

John Godey

JOHNNY EL GUAPO

(The Three Worlds of Johnny Handsome)



***Mickey Rourke, protagonista
de la versión cinematográfica
con dirección de Walter Hill***

Edward G. Robinson, Walter Matthau,

Con Johnny el
tres las novelas
dey, editadas po
nés, que han a
propia celebrida
de la versión fi
A emoción por
vada a la pant
De

LA GENUINA NOVELA NEGRA
BLACK

se

Johnny el Guapo detalla el viaje de un criminal dentro y fuera de la cárcel, a través de la cirugía para corregir las deformidades que lo han atormentado desde la infancia, y profundiza en la violencia que rodea a Johnny.

OceanofPDF.com



John Godey

Johnny el Guapo

La genuina novela negra — 10

ePub r1.0

Titivillus 04.02.2023

OceanofPDF.com

Título original: *The Three Worlds of Johnny Handsome*

John Godey, 1972

Traducción: Jesús de la Torre

ISBN: 84-01-44310-5

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

METAMORFOSIS EPIDÉRMICA

El reciente estreno de *Johnny el Guapo* (*Johnny Handsome*), versión cinematográfica de la presente novela (*The Three Worlds of Johnny Handsome*), ha devuelto atención a John Godey, escritor no muy prolífico pero aureolado de resonantes éxitos: basta recordar su *Pelham Uno Dos Tres* (*The Taking of Pelham One Two Three*), también llevada al cine. En realidad, el verdadero nombre del novelista es Morton Freedgood, con el que firmó la obra fuera del género criminal *The Wall-to-Wall Trap* en 1957. Sin embargo (y pese al empleo de otro seudónimo, Stanley Morton, con motivo de su primeriza novela de 1947 *Yankee Trader*), Freedgood se ha escudado habitualmente con la firma de John Godey, a la que incluso recurrió para su volumen autobiográfico de 1973 *The Crime of the Century and Other Misdemeanors*; de ahí que, en adelante, nos refiramos a él como John Godey.

Cabe puntualizar asimismo, y en especial para el lector que haya contemplado previamente el filme *Johnny el Guapo*, que la adaptación cinematográfica de Walter Hill distribuye acentos diversos de los que se escalonan en la novela de Godey. Ésta resulta un nítido ejemplo de la narrativa negra que, a partir de los últimos años sesenta, prolongó las plasmaciones clásicas de la corriente cristalizada con la producción hammettiana. Su realismo, henchido de ánimo y precisión documentalistas y adicto tanto al subgénero de la psicología criminal como al rumbo temático de la descripción minuciosa de la preparación de un atraco, contrasta con el enfoque dado al filme por Hill, que participa del horror gótico y de un efectista y truculento tratamiento de la violencia. Pesan en las diferencias entre novela y filme las propias idiosincrasias de ambos medios de expresión: Godey sugiere, con las palabras, una manifiesta

fealdad del protagonista, mientras que Hill ofrece imágenes de un Johnny monstruoso (quizá con el empeño de justificar que el delincuente, tras la operación de cirugía plástica, no sea reconocido por sus antiguos cómplices).

De todos modos, lo que probablemente ocasiona mayores divergencias reside en el largo tiempo transcurrido desde la publicación de la novela hasta el estreno del filme, diecisiete años. *The Three Worlds of Johnny Handsome* fue editada (por Random House, con tapa dura) en 1972, cuando la novela negra evolucionaba de forma notoria con respecto a su periodo clásico pero aún no se había sumido en el hiperrealismo *sucio* de la década de los ochenta que puede advertirse, por ejemplo, en las obras de James Ellroy. Por el contrario, el filme, de 1989, pertenece claramente a la contemporánea trayectoria, sensacionalista y tremebunda, de un *thriller* que disfruta con el usufructo de los avances técnicos en los efectos especiales y, de acuerdo con determinadas orientaciones, en el maquillaje; la realización de Walter Hill implica, menos que la recreación del lenguaje del cine negro, el culto a los posibles impactos de la fantasmagoría visual. También hay que constatar que la carrera de Godey en la novela criminal se inició inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, en tanto que la de Hill en la dirección cinematográfica se originaría a mediados de los años setenta. Tres décadas separan los arranques de ambas dedicaciones profesionales, e igualmente tres décadas distancian los nacimientos de los dos creadores.

John Godey vio la luz en Brooklyn, Nueva York, en 1912. Después de sus estudios en esta ciudad, sirvió en la infantería del ejército americano desde 1943 a 1946. A su regreso a la vida civil continuó su ejercicio profesional de las relaciones públicas en el ámbito cinematográfico, lo que le condujo a trabajar para distintas compañías, entre ellas United Artists, 20th Century Fox, y Paramount. Quizá se debió a tal dedicación que en 1947 eligiera el seudónimo para firmar su primera novela de tema criminal, *La pistola y Mr. Smith* (*The Gun and Mr. Smith*), recuperada, tres decenios más tarde, en nuestras latitudes por Plaza & Janés. Su segunda novela de género, *The Blue Hour* (1948), obtuvo en cambio cercana edición española, con el título *El recibo verde*; y se debe precisar que el giro de denominación

no correspondió tan sólo al capricho hispánico, puesto que una nueva edición americana propuso el nombre *Killer at His Back* y, seguidamente, una londinense se llamó *The Next to Die*.

Cuatro novelas más de John Godey aparecieron a lo largo de los años cincuenta: *The Man in Question* (1951, luego *The Blonde Betrayer*), *This Year's Death* (1953, con edición argentina denominada *La muerte del año* y accedida a nuestras librerías), *The Clay Assassin* (1959) y finalmente *The Fifth House* (1960). A continuación, y tras un lustro de silencio, sobrevendría su período de mayor éxito y prestigio, el de *A emoción por minuto*, *Johnny el Guapo*, y *Pelham Uno Dos Tres*; con este libro se completa la edición, por Plaza & Janés, de un trío de obras muy representativo de Godey.

Un actor en paro protagonizaba, en 1966, *A emoción por minuto*, obra de connotaciones irónicas que coincidió históricamente con el nuevo itinerario, de carácter sarcástico, emprendido por Donald E. Westlake en el marco de la novela negra (un itinerario ya preconizado, desde Europa, por Chester Himes mediante su serie referida a los dos detectives policiales de color en Harlem). Un editor londinense publicó en primer término aquella novela, con el título *The Reluctant Assassin*; al año siguiente, Simon & Schuster la lanzó en Estados Unidos, ahora bautizada como *A Thrill a Minute with Jack Albany*; y la versión cinematográfica, debida a Jerry Paris, se llamó en 1968 *Never a Dull Moment* y obtuvo aquí el mismo título castellano que la novela. La excelente acogida a esta obra hizo que Godey escribiera rápidamente una especie de secuela, aún más burlesca, con el mismo personaje; el título ya indicaba el contenido: *Never Put Off till Tomorrow What You Can Kill Today*, «no dejes para mañana lo que puedas matar hoy».

A esta obra de 1970 seguiría, dos años después, *Johnny el Guapo*, que abandonaba el recurso al humor y comportaba tentativas de innovación en la estructura que afloraron de nuevo, en 1973, con *Pelham Uno Dos Tres*. Este bestseller sobre el secuestro de un Metro en Nueva York por cuatro individuos y en torno a las caóticas repercusiones en distintas esferas de la urbe (con particular incidencia y significación en cuanto se refería a elevados funcionarios) tuvo inmediata adaptación cinematográfica por

Joseph Sargent y consolidó la fama de Godey. Desde entonces ha publicado *Talisman* (1976), *The Snake* (1978), *Nella* (1981) y *Fatal Beauty* (1984).

Johnny el Guapo puede parecerse a *Pelham Uno Dos Tres* en cuanto el relato gira en torno a un «golpe» meticulosamente preparado, pero, según tal punto de vista, encaja mejor con la tradición narrativa de los atracos cuya planificación y ejecución son descritas prolijamente: una sublínea del subgénero de *crook stories*, o sea, de relatos de delincuentes. Recuértese, como detonante (literario y cinematográfico) del auge de las narraciones de *hold-ups*, o «golpes», *La jungla de asfalto*, y, como novelista con cierta especialización en este tema, a Lionel White, autor de la obra *Clean Break*, que daría lugar al famoso filme de Stanley Kubrick *Atraco perfecto*. Más próxima en fecha de aparición a *Johnny el Guapo* resulta la novela de Donald E. Westlake, firmada con el seudónimo Richard Stark, *The Score*, uno de los puntos sobresalientes de la serie protagonizada por el delincuente Parker; y algún detalle de *Johnny el Guapo*, como el previo ataque al cuartel policial con el fin de anular dispositivos básicos de la seguridad urbana, hace pensar en aquella obra de Westlake.

Tres partes sucesivas conforman *Johnny el Guapo*. Dos (la primera y la tercera) en el presente, y una, intermedia, en el pasado. La referida al pretérito narra la reconversión del rostro del protagonista por un cirujano que considera las deformaciones físicas como fuentes de comportamientos desviados hacia la marginación y el delito y que ensaya sus métodos con reclusos. El médico espera que Johnny, con una nueva y más bien agraciada faz, renuncie al mundo del delito tras abandonar la prisión. Pero, según se ha sabido ya por la primera parte, Johnny regresa a los orígenes. El relato recobra el presente, que está ceñido a la preparación de un atraco a un banco, con un teniente de la policía implicado. Johnny, que tiene cuentas que saldar con sus cómplices, juega la baza de que éstos no puedan ahora reconocerle. Y, mediante una precisión modélica en el desarrollo narrativo, Godey conduce a sus personajes hacia una tragedia colectiva donde late todo tipo de significaciones; entre éstas, que el cirujano no había cambiado al protagonista, sólo le había proporcionado un disfraz.

¿Se habría inspirado también Godey de Westlake y de la serie Parker en lo concerniente a este tema? En 1963 *The Man with a Getaway Face* narró

el cambio de fisonomía facial de Parker, anterior al atraco de la citada *The Score*. Sin embargo, mucho más antigua resultaba *Senda tenebrosa*, de David Goodis, cuyo principal personaje también se veía impelido a que la cirugía transformara su rostro; y la homónima versión cinematográfica, interpretada por Humphrey Bogart, hizo largo hincapié en la espera del protagonista a poder exhibir una segunda faz que le alejara de todo peligro. En cualquier caso, el ángulo documentalista tomado por John Godey confiere una verista peculiaridad a *Johnny el Guapo* y sus reflexiones en torno a una epidérmica metamorfosis.

JAVIER COMA

OceanofPDF.com

A Lee Wright

OceanofPDF.com

PRIMERA PARTE

MUNDO LIBRE

OceanofPDF.com

1

Cuando Mitchell abrió la puerta del bar «Little Georgie's» y echó un vistazo dentro, supo que probablemente estaba perdiendo el tiempo. Pero a pesar de ello, se acercó a la barra. De pronto dejaron de oírse una docena de conversaciones, cediendo paso a la música melancólica y medrosa que salía de la gramola y hacía vibrar el llamativo cristal que había delante de la máquina. Recorrió con la vista, desafiante, en torno a aquellos ojos blancos que aparecían emplazados como morteros en unos rostros negros.

En la barra, dos hombres que estaban de pie le dejaron espacio, a regañadientes. El barman le miró atentamente con la inevitable bayeta de sacar lustre describiendo suaves círculos sobre la gastada madera de la barra.

—Cerveza, por favor.

Dejó la maleta apoyada contra la fina barra destinada a apoyar los pies, y cuando estuvo erecto vislumbró su propia imagen en el espejo de detrás del mostrador: era la imagen movible y borrosa de una cara pálida, y un cabello recio e inesperadamente gris que le caía rizado sobre la frente como si fuera el penacho de un casco.

—Cerveza.

La voz del barman no era sino una corroboración neutral. Un barman, en sus horas de trabajo, como buen profesional, era un poco más tolerante que el resto de la Humanidad. La presencia de Mitchell constituía una mera equivocación, y el barman, indudablemente, lo sabía. Era pequeño y gordo, y cuando se volvió para depositar la cerveza, se dibujaron en su cuello unas arrugas carnosas. Al dejar el vaso pidió, con la misma voz neutral, cuarenta centavos.

Después de remojarse los labios con la grata frialdad de la espuma, Mitchell se reprochó a sí mismo el no haber sabido sacar una clara conclusión de su corto paseo por Philbin Street. Era ésta una calle que libraba una obstinada e infructuosa acción de retaguardia a todo lo largo de su recorrido, inevitablemente perdida contra su implacable destino. En este momento de su historia permanecía situada sobre una insegura cerca de

equilibrio racial, pero dentro de seis meses o un año se decantaría sobre su punto de apoyo y sólo marcharía en una dirección. Las caras blancas que aún subsistían, acabarían desapareciendo de sopetón como si alguien hubiera pulsado una clavija dejando la calle iluminada por un único y sólido color.

Él había visto o notado este fenómeno, pero se hallaba demasiado preocupado para percatarse de que, como reflejo de la mezcla poblacional los bares cambiarían también hasta tal punto que algunos de ellos iban a ser tan sólo bares de negros. Blancos y negros podían vivir juntos en incómoda tensión, al menos temporalmente, pero no beber y jugar juntos; la tolerancia establecía una línea puritana.

Bebió la mitad de su cerveza y dejó el vaso sobre la barra. La gramola emitió un pequeño gemido y dejó de tocar. Detrás de él, en las mesas, y en los extremos de la barra, las conversaciones se habían reanudado otra vez, pero eran mudas, a la defensiva. Estaba echando a perder el punto de parada de esta gente camino de su casa, y lo lamentó. Pero ¿es que no había entrado ningún blanco en este tugurio desde que se volvió un local de negros? ¿Quién era él, una especie de demonio? Bueno, sí; tal vez lo fuera.

Apuró su vaso e hizo un gesto con la cabeza al barman, que se le acercó inmediatamente.

—¿Otra cerveza?

Mitchell sacudió la cabeza.

—Trato de localizar a un hombre llamado Jappy Schroeder.

—¿Cómo dice?

—Jappy Schroeder. ¿Sabe dónde podría encontrarlo?

—¿Es ese tal señor Schroeder cliente de este bar? ¿O me pregunta si le conozco personalmente?

—Bueno, me interesa saber cualquiera de las dos cosas.

—No me suena ese nombre —respondió tajante el barman—. Pero tampoco conozco por su nombre a todos los clientes. Por un casual, ¿es este señor Schroeder de raza blanca?

Mitchell se rascó la cabeza y dijo:

—¿Me creería si le dijera que no lo he sabido nunca?

—Sería conveniente saberlo —dijo el camarero llanamente, añadiendo una sonrisa. Recogió el vaso y se puso a limpiar automáticamente la barra con su bayeta—. No sé dónde puede usted encontrar a ese señor Schroeder, ni jamás he oído hablar de él.

Probablemente estaba diciendo la verdad, sobre todo en lo concerniente a que no sabía dónde podía ser localizado Jappy Schroeder. Pero poco importaba, aunque estuviera mintiendo. Lo que menos esperaba Mitchell era que le encaminaran directamente hasta Jappy. A buen seguro, nadie que conociera a Jappy iba a hacer semejante cosa.

—Si sigue por Philbin cuatro o cinco manzanas hacia el Sur —dijo el barman—, encontrará un lugar donde alguien, seguramente, podrá ayudarle.

—Gracias. —Dejó sobre la barra una moneda de veinticinco centavos y se guardó el resto del cambio—. Buenas noches.

El barman empujó la bayeta.

—¿No será usted de la Policía?

—Ni hablar.

Se dirigió a la puerta, traspasando la barrera de silencio y miradas de soslayo de aquellos ojos blancos, y salió a la calle. Incluso antes de que cerrara la puerta tras él, empezaron a elevarse las conversaciones igual que una marea ascendente. Se encogió de hombros, se cambió la maleta a la mano derecha, y echó a andar hacia el Sur por Philbin Street. Casi de repente, en la esquina inmediata, surgió otro bar ante él.

Mientras estaba de pie, delante, contemplándolo, pasó ante él un hombre negro, de baja estatura, sujetándose el sombrero con la mano para impedir que se lo llevara el viento, y entró en el establecimiento. En las ventanas había cortinas verdes y el local se llamaba «Mallon's Pub». Mitchell decidió seguir adelante. Aquel camarero sabía lo que decía. Cuatro o cinco manzanas más abajo encontraría un bar al que no iban los negros. Sin embargo, por lo que acababa de ver, Jappy, moviéndose al compás de los tiempos, podía tener un símbolo de color dentro de su organización.

Como reconocimiento a su ocurrencia, Mitchell sonrió secretamente en medio de la oscuridad. Fue una sonrisa rígida e inusitada que afloró un momento en sus labios y desapareció súbitamente sin dejar rastro. Eran la misma forma mecánica y compartimentada en que sonreiría un niño.

Cuatro manzanas al Sur entró en «Chitty's» y encontró algo de provecho. Era un bar de trabajadores, desaseado y parco en iluminación, como si la mecánica social se hubiera esforzado por crear un clima bien a tono con las inciertas vidas de sus clientes.

Mitchell atrajo algunas miradas –más curiosas que hostiles– como consecuencia de sus ropas, que eran nuevas y bien confeccionadas, pese a que, hasta entonces, él no se había preocupado nunca por su forma de vestir. Al comprarlas y gastar en ellas dos o tres veces más del precio que solía pagar, trataba de justificar tales gastos argumentando que aquello era una especie de disfraz. Pero lo cierto era que las había comprado, simplemente, porque le gustaban el corte y el tacto de aquel tejido.

El tono conversacional, cuando se iba acercando a la barra, era de triste murmullo. Las caras, igual que la suya, eran blancas. Pidió una cerveza al barman, un hombre con cara de cuchillo, maliciosa, que transpiraba dureza. Mitchell, al verle, pensó que se trataba de un ex presidiario. De ahí que cuando le sirviera la cerveza, Mitchell le hablara por un lado de la boca, como para establecer su identidad.

—¿Dónde puedo encontrar a Jappy Schroeder?

Aquel rostro afilado no movió ni un músculo, y sus terrosos ojos se mostraron opacos. En cambio, el ritmo de la bayeta se alteró.

—Amigo, jamás he oído hablar de él.

—Es curioso. Yo juraría que sí.

—¿Qué le hace pensar eso?

En aquellos rasgos faciales afilados se dibujaba un atisbo de desafío.

—Nada en particular, salvo que los camareros suelen conocer a mucha gente.

—Cuando yo digo que no conozco a alguien, es que no le conozco.

—¿Hace mucho tiempo que trabaja usted aquí?

De pronto, como si hubiera recibido un aviso de precaución, el tono del barman se volvió cauteloso.

—¿Es usted policía?

Mitchell, por ningún motivo concreto, respondió:

—¿Y si lo fuera?

—Entonces continuaría sin haber oído jamás ese nombre. —Su voz se elevó aguda y punzante—. ¿Satisfecho? ¿Se encuentra satisfecho, amigo?

Un hombre que estaba sentado a pocos pasos de él, junto a la barra, dijo con mirada agresiva:

—Joey, ¿te está dando algún problema este tipo?

—Espera que se lo pregunte —repuso el barman con una sonrisita maliciosa—. ¿Me está usted dando algún problema?

Mitchell se quedó mirando al hombre que había hablado antes. Aquel hombre miraba ferozmente con la cara congestionada, y se inclinaba hacia delante sentado en un taburete, cargando su peso de tal forma que amenazaba caerse de bruces si no lo derribaba su propio enfado. Mitchell pensó que cualquier error por su parte, en aquellos momentos, podría conducirle a una pelea inútil. Con el rostro totalmente inexpresivo se volvió hacia el barman.

—Ni hablar de problemas —respondió.

Terminó su cerveza y puso un billete sobre la barra. El barman lo recogió y se alejó de allí. El hombre del rostro congestionado, desde su taburete, proseguía murmurando. Otro cliente que estaba a su lado trataba de aplacarlo. Mitchell recogió la maleta y se dirigió hacia la salida. Al traspasar la puerta volvió la cabeza y vio que el barman estaba llamando por teléfono. La sonrisa de Mitchell hizo su fugaz aparición.

Cuando llevaba recorridas dos manzanas de distancia se percató de que le estaban siguiendo. Como era demasiado pronto como para atribuir este hecho a la llamada telefónica hecha por el ex presidiario, pensó que debía haberse equivocado con respecto al barman del bar de negros. Bueno, aquello convertía al pequeño y regordete hombre negro en un disimulador de primera clase, que era más de lo que podía decir respecto al que le iba siguiendo, el cual se protegía con un descomunal abrigo y un pasamontañas ruso con orejeras, que hacían de él un desgarrado paquete humano, resultando imposible establecer su tamaño y forma. Le venía siguiendo muy de cerca, habida cuenta de la poca gente que circulaba por la calle, y su técnica de seguimiento resultaba irrisoria. Durante un momento en que Mitchell volvió la mirada hacia atrás, simuló estar observando con interés el

escaparate de una camisería. Lo malo era que los escaparates de aquella tienda estaban a oscuras.

Mitchell caminaba ante pórticos de edificios de viviendas deslustrados, y entradas de tiendas ruinosas situadas en un nivel inferior al de la acera. Luego, de pronto, la calle cambiaba de fisonomía. Las casas empezaban a ser más altas, con fachadas de ladrillo y no de madera, sin tanta necesidad de reparaciones. Las tiendas que surgían ocasionalmente estaban al nivel de la calle y aparecían provistas de letreros de neón. Entre ellas había un *drugstore* denominado «Rexall», grande, limpio, bien iluminado, y en su interior se distinguían dos farmacéuticos con batas blancas y gafas, detrás de un mostrador. La vanguardia negra había llegado hasta aquí y se encontraba ante una batalla de contención.

La calle describía un giro a la izquierda. Ante los ojos de Mitchell apareció un letrero de colores verde, azul y blanco, con una serie de ráfagas intermitentes de rayos equis que se entrecruzaban y, en lo más alto de aquel esplendor eléctrico, surgían unas letras blancas alargadas que decían BEEBEE'S. BAR. SALÓN DE CÓCTEL. PIANISTA. BEEBEE'S.

Mitchell cruzó bajo el esplendente letrero semejante al arco iris, pero antes de entrar volvió la mirada hacia atrás. El que le venía siguiendo se hallaba a una manzana de distancia y venía moviéndose demasiado de prisa. De pronto vio que se detenía y se inclinaba hacia el suelo como si estuviera buscando algo que se le había caído. A esta distancia creyó descubrir algún rasgo familiar en su seguidor. Trató de recordarle, sin conseguirlo, y se encogió de hombros. Abrió la puerta de paneles y entró en el «Beebee's».

Este establecimiento no tenía nada en común con los dos tugurios anteriores. Aquí había mucho cromo, destellos, luces difusas, ruido, personas que se movían haciendo travesuras. Estaba lleno de gente joven, emprendedora y bien vestida. Mitchell no tenía miedo aquí de que sus ropas llamaran la atención. Muchísimos hombres lucían trajes cruzados, amplias y llamativas corbatas, zapatos de hebilla o adornados con tiras, y camisas rayadas multicolores. Y también había chicas. En los dos sitios anteriores apenas había visto un par de ellas. Aquí eran numerosas y animadas, complicadamente vestidas, con peinados fantásticos, muchas piernas y

muslos al descubierto y carnosos senos jóvenes asomando por encima de los escotes bajos de los vestidos.

Aunque la barra estaba abarrotada de clientes, logró hacerse un espacio libre de escasas pulgadas junto a una muchacha de audaz belleza y cabello negro, vestida con un traje verde limón, que trataba de hablar airadamente a gritos con su acompañante. La barra era atendida por dos hombres, los cuales trabajaban aprisa para dar abasto a las demandas de los parroquianos. Mitchell no veía que sirvieran cerveza. El Martini parecía ser el objeto de la preferencia popular, con el whisky como bebida secundaria. Se le acercó el barman más joven que se estaba volviendo prematuramente calvo, pero lucía unas exuberantes patillas y en cuya mano izquierda brillaba un rutilante anillo de diamante azul.

—¿Qué va a ser?

—Whisky. —Mitchell nombró una marca y se quedó mirando al joven barman que giraba sobre sus talones y cogía una botella de detrás de la barra—. Con agua.

El camarero escanciaba con mucho estilo, echando el licor en el vaso desde treinta centímetros de altura, terminando la operación con un hábil capirotazo de su muñeca como broche final del acto.

—Es un dólar y cuarto.

Mitchell sacó su cartera parsimoniosamente, mientras el barman tamborileaba ligeramente con los dedos sobre la madera de la barra. Mitchell esgrimió un billete de cinco dólares y luego lo retiró dejando los dedos del barman agitándose en el vacío.

—¿Dónde puedo encontrar a Jappy Schroeder?

—¿Jappy Schroeder? Bueno, está... —Cortó repentinamente la respuesta—. No sé. Quiero decir que no conozco a ningún Jappy Schroeder.

—No Schroeder; Jappy *Schreiber*.

—No, *Schroed*...

Mitchell se echó a reír y le entregó el billete. El barman se alejó casi a la carrera, taconeando sobre el entarimado. Como era un palmo más alto que el otro barman de mayor edad, tuvo que inclinarse torpemente para susurrarle algo al oído. Éste, nada más recibir la comunicación, miró hacia la barra, a Mitchell, una sola vez, y ya no volvió a mirarle. Envió al joven a

otro sitio, fuera del alcance de la vista, e inició su retomo hacia la barra, sin apresurarse, moviéndose con seguridad, sin alterar sus pasos. Mitchell pensó que el joven estaría ya haciendo la llamada telefónica a Jappy. Seguramente ésta era la segunda o tercera llamada telefónica que recibía Jappy en la última media hora, y aquello podía empezar a molestarle un poco.

A la izquierda de Mitchell, las voces iban en aumento. La muchacha del vestido verde y su amigo, un joven guapo de cara ancha, que vestía traje gris perla y camisa de color rosa fuerte, se estaban dando el pico y susurrando insultos mutuos con acalorada pasión. El vocabulario de la chica concordaba perfectamente con el del hombre. Mientras Mitchell observaba, el joven alzó la mano con la palma abierta y la dirigió hacia el rostro de la muchacha. Ésta, en un acto reflejo, se echó hacia atrás y empujó el brazo de Mitchell. Por encima del borde de la copa salpicaron unas gotas de su contenido.

—Oh, disculpe. —La muchacha tenía ojos violeta en un amplio rostro de campesina, tez encendida y brillante de salud y cólera, y unos senos juveniles y firmes que sobresalían como crema por encima del escote de su vestido—. Espero no haberle mojado.

Mitchell sacudió la cabeza y le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa y en el mismo instante se olvidó de él, y se volvió nuevamente hacia el joven que la acompañaba. Su suave cuello se encendió otra vez con renovada cólera.

—¡Polaco muerto de hambre, has hecho que moje a este señor! —dijo acusadoramente a su amigo.

—Me estás obligando a sacudirte, zorra y sucia polaca.

El barman apareció delante de Mitchell.

—¿Puedo hacer algo por usted?

Tenía un rostro arrugado y ojos azules bizqueantes, con todas las trazas de un marinero. Mitchell, un poco aburrido de tanto repetir la misma letanía, dijo:

—Estoy tratando de localizar a Jappy Schroeder.

—¿Es amigo suyo?

—Amigo de un amigo.

El barman más joven reapareció en el otro extremo de la barra y estaba dando tímidas muestras de no querer mirar hacia ellos.

El trapo de la barra describía un círculo lento.

—¿No será usted oficial de policía?

—¿Cree que un amigo de Jappy iba a tener un amigo polizonte?

—¿Cómo se llama ese amigo de Jappy? —preguntó el barman.

—Lo he olvidado —repuso Mitchell—. Escuche, ya está bien de tanto misterio. ¿Puede usted ponerme en contacto con él o no?

—Es posible —dijo con calma el barman—. Lo que pasa es que no sé dónde está en estos momentos. —Del bolsillo de su delantal sacó un bloc de notas y un trozo de lápiz—. Por si supiera algo, déjeme su nombre y dirección. Quizás él pueda ponerse en contacto con usted. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Cogió la libreta de manos del barman y escribió *J. Mitchell*, se detuvo y dijo—: ¿Dónde hay un hotel decente en esta ciudad?

—Depende de lo que llame usted decente. El «Philbin Arms» no está mal. Tres manzanas recto hacia el Sur.

Mitchell asintió y anotó: *Hotel Philbin Arms. Urgente.*

Mientras el barman estudiaba el mensaje, Mitchell se puso a mirar a la pareja que se estaba peleando. Al parecer, habían zanjado su disensión, pues ahora estaban intercambiando pequeños y firmes besos, dándose el pico como dos gallos excitados.

—Está bien —dijo el barman deslizado la libreta en el bolsillo de su delantal—. Pasaré la noticia.

—Su socio, con las prisas, ha olvidado devolverme el cambio de un billete de cinco dólares —dijo Mitchell—. Pídaselo y quédese con el resto.

—Así lo haré —respondió el barman—. Hasta la vista.

Mitchell cogió la maleta y se fue. Después del bullicio que reinaba dentro del bar «Beebee's», la calle pareció singularmente tranquila, hasta que las súbitas explosiones del tubo de escape de una motocicleta vino a restablecer el equilibrio. Se detuvo a encender un cigarrillo, sin acabar de desechar por completo la sensación de culpa que sentía al fumar cigarrillos caros, y dio la espalda al severo viento que soplaba del sur, al mismo tiempo que miraba con ojos de miope por encima de la cazoleta formada con sus manos para proteger la llama de la cerilla. El hombre que le venía

siguiendo se había refugiado en la sombra oscura que proyectaba un pórtico elevado, permaneciendo tan inmóvil que hubiera podido pensarse que estaba dormido. Mitchell sintió la tentación, sólo por divertirse, de acercarse a él y despertarlo. Pero aquello habría sido un pasatiempo sin el menor sentido. Cogió su equipaje y reanudó la marcha.

Al dejar atrás los resplandores de neón arrojados por el «Beebee's», la calle volvió a oscurecerse. Un poco más adelante se destacaba la inexistencia de un edificio, igual que el hueco dejado por la mella de una fea y, sin embargo, útil dentadura. Los demoledores habían estado allí y ya se habían marchado, dejando paso a un bulldozer que había nivelado los escombros, aunque no muy bien, creando un solar de ruinas no más desolado ni deshumanizado que el montón de bañeras inservibles, marcos de cuadros rotos y sillas medio quemadas que había remplazado. La luminosidad había dado paso a la creciente oscuridad, igual que el paisaje de un mal sueño. Mitchell se quedó mirándolo durante largo rato, tratando de identificar el recuerdo que aquello le traía. Pronto lo consiguió. Le recordaba su propia vida.

Escuchó pasos detrás de sí, y se volvió a mirar. Alguien venía corriendo hacia él. El hombre que le venía siguiendo se apartó discretamente a un lado para dejarle paso al que corría. El que venía corriendo alzó el brazo y gritó:

—Oiga, quiero verle.

Mitchell se detuvo a esperarlo. El otro aflojó la carrera hasta un paso normal, y se aproximó a él cautelosamente. Era el joven del traje color gris perla, el mismo que se había peleado con la muchacha del vestido verde. Tenía cabello castaño oscuro con un flequillo que cubría la mitad de su frente, y elaboradas patillas que rebasaban el lóbulo inferior de sus orejas en más de dos centímetros.

—Tengo que verle —dijo otra vez.

—Está bien.

—Le he oído decir... —Se detuvo para tomar aliento—. Le he oído hacer preguntas acerca de Jappy Schroeder.

El tono de su voz pretendía ser firme pero sin lograrlo, porque se lo impedían las dificultades de su respiración.

—Nada de preguntas. Lo que quiero es saber dónde encontrarlo. Pero usted no está en condiciones de decírmelo.

El joven se percató súbitamente de la inclemencia del viento. Alzó el cuello de su chaqueta y encogió los hombros.

—Deje que le dé un consejo, amigo —dijo—. No es saludable andar por ahí haciendo preguntas acerca de ciertas personéis.

Mitchell se quedó estudiando la cara del joven. Era un rostro juvenil y atractivo, pero aterronado, tosco. Después de un detenido examen notó que se esfumaba la inocencia que el flequillo confería a aquel rostro. Era un rostro que concordaba con su recia estructura corporal: torso macizo, y poderosos brazos y hombros.

—¿Debo entender que conoce a Jappy? —preguntó Mitchell tranquilamente—. Entonces dígame dónde está.

—No espere que le diga nada. Si fuera listo se marcharía y dejaría de preguntar por Jappy Schroeder.

El joven, para reforzar sus palabras, le punzó el pecho con su dedo, y esto, inexplicablemente, irritó a Mitchell, quien crispó los dedos hasta formar un puño con la mano que tenía libre. Pero la abrió inmediatamente. Empezaba a enfadarse. Aspiró a fondo el humo de su pitillo, y se fue calmando. Con voz relajada dijo:

—Tú no has hablado con Jappy. El camarero hizo correr la voz de que yo quería verle.

—No te pases de listo. No trates de decirme si he hablado o no con Jappy.

—Si Jappy hubiera hablado contigo querría saber quién soy yo, y qué ando buscando. Lo que menos te habría dicho era que me despidieses.

Los ojos del joven se estrecharon.

—¿No serás un poli? Porque yo no me asusto de la bofia. Y te lo digo en la cara. Odio las entrañas de los polis y no me asusta ninguno de ellos.

—¿Crees que iría por ahí un policía preguntando dónde localizar a Jappy? Sobre todo en un barrio donde sabe que los bares están llenos de tipos deseosos de decírselo a Jappy.

—¿Cómo voy a saber yo lo que haría un pasma? Odio sus malditas entrañas.

Mitchell, de pronto, se sintió harto del comportamiento estúpido de aquel joven.

—Tú y tu compañero, el de allí —dijo haciendo un gesto con la cabeza para señalar detrás del joven—. Jappy debe de andar sin blanca cuando se rodea de gente así. Por lo visto está recogiendo las últimas migajas del barril.

—¿Quién te viene siguiendo? —Empezó a volverse para mirar detrás de sí, pero de pronto se detuvo, rígido, y sus mofletudas mejillas se fueron plegando en torno a sus ojos reducidos a dos líneas—. ¿Tratas de que me vuelva para sorprenderme y saltar sobre mí? No intentes pegármela, Jack.

La calle que se extendía a espaldas del joven estaba desierta. O bien su perseguidor había aprendido a ocultarse, o bien había decidido abandonar el seguimiento por considerarlo un mal asunto.

—¿Qué broma es ésa de las migajas del barril? —dijo el joven, con rostro sombrío—. Te diré una cosa, Jack. No sé quién eres, pero vale más que moderes tu lenguaje.

Volvió a apuntar otra vez con el dedo hacia el esternón de Mitchell, pero éste se apartó hacia atrás justo a tiempo para que aquel dedo quedara suspendido en el aire. Estaba temblando.

—Escucha esto —dijo Mitchell—. No llevarás un arma encima, ¿verdad?

—Y a ti qué te importa si la llevo. ¿Qué clase de pregunta rara es ésa?

—Porque si no tienes un arma, o si no sabes sacarla rápidamente, ni usarla... valdría más que no intentaras tocarme otra vez. Porque si vuelves a tocarme otra vez te voy a dar una paliza.

El dedo quedó temblando en el aire, pero no avanzó más. El joven trataba de sonreír.

—¿Estás seguro de eso? ¿Estás seguro de poder hacerlo?

—De lo que estoy seguro es de darte una paliza y mandarte a un hospital por dos o tres semanas, y que tengas que alimentarte con una pajita y cagar en una cuña.

—Ni tú eres tan fuerte como dices, ni me das ningún miedo —alardeó el joven.

—¿Quieres que probemos?

Mitchell hablaba muy tranquilamente, pero era una tranquilidad que nacía de pura rabia. El joven se dio cuenta de ello y, después de sopesar los pros y los contras, dejó que su dedo tomara la decisión. Lentamente, como si buscara un contrapeso, el dedo fue bajando hasta una posición normal.

—En otra ocasión —dijo fríamente el joven—. Da la casualidad de que me está esperando ahí dentro una señorita.

—Está bien. —Mitchell seguía temblando, pero la rabia que sentía comenzaba a decrecer y él empezaba a enfadarse consigo mismo—. Está bien. De acuerdo.

Por encima del hombro del joven vio que se abría la puerta del «Beebee's» proyectando un rectángulo de luz y dejando paso a un hombre que entró apresuradamente. Mitchell se cambió la maleta de mano y dijo:

—No hagas esperar a tu chica.

El joven miró, desconcertado.

—Todavía no hemos terminado de hablar.

—Tú no tienes nada que decirme.

Se abrió la puerta del «Beebee's» y salió un hombre por ella. Mitchell reconoció en él al mismo que había entrado hacía un momento. Echó a andar resueltamente hacia ellos. Mitchell dijo:

—Con ése ya sois cuatro. El primero empezó a seguirme cuando el negro hizo su llamada telefónica. Como el marinero telefoneó dando mi dirección, en el vestíbulo del «Philbin Arms» habrá otro esperándome...

—¿Cómo sabías que se llamaba Marinero?

—Y estás tú, aunque ya te encontrabas dentro del «Beebee's». El cuarto es este que llega, el cual recibió la llamada del ex presidiario de Chitty y se puso en contacto con Marinero... —Detrás del joven surgió una forma humana—. Y supongo que ahora va a tomar el relevo.

Llevaba puesto un sobretodo abierto que se agitaba con el viento, y un sombrero tirolés con una plumita sujeta a la franja circular de dicha prenda. Era de la misma estatura que el joven, pero más ancho de hombros y más macizo de tórax. Mitchell calculó que el recién llegado era, probablemente, tan duro como aquel joven se consideraba a sí mismo y trataba de aparentar.

—Tully, ¿quién es este tipo?

El joven quedó sorprendido.

—¡Battler! ¿Qué haces por aquí?

Battler clavó su mirada en Mitchell. En aquella mirada no había hostilidad ni siquiera curiosidad. Sólo había valoración y, aun así, en una dosis muy limitada. Estaba evaluando al hombre que tenía delante como a un posible oponente, y calculando cómo podría vencerlo; no *si* podría vencerlo, sino *cómo* podría vencerlo. Cuestión de técnica.

Su piel era recia y áspera, y tenía unos ojos negros bajo unos párpados arrugados, de papel. Su nariz era aplastada, torcida hacia la izquierda en su maltrecho caballete.

—Amigo, he oído decir que quieres ver a Jappy Schroeder.

Su voz sonaba apagada, bronca, pero no con demasiada; justo lo suficiente, pensó Mitchell, para convencerlo de que era un ex boxeador. Mitchell asintió y Tully se apresuró a decir:

—Battler, se hace pasar por un tipo duro. ¿Y si le demostrásemos quién es más duro?

Battler no hizo caso de estas palabras.

—¿Te importaría decirme para qué quieres verle?

Mitchell negó con la cabeza.

—Es un asunto privado. —Cogió la maleta—. ¿De acuerdo? ¿Vamos?

Battler asintió.

—Tengo mi coche aparcado ahí delante. —Se volvió hacia Tully—. ¿Quieres venir tú también?

—Claro que quiero. Iré a buscar a Sunny al bar.

—De acuerdo. Nos detendremos en el «Philbin Arms» para recoger a Bobby.

—Bobby —observó Tully—. Él dijo que habría alguien en el hotel. ¿Quién se lo comunicó?

—Escucha, amigo —dijo Battler—, tengo que hacer algo. —Simuló una pistola con su propia mano y dobló el dedo índice—. ¿Has comprendido? ¿Seguro?

—Seguro.

Mitchell dejó la maleta y alzó sus manos hasta la altura de los hombros. Battler le cacheó con prontitud y habilidad.

—Limpio —dijo, y como para borrar la afrenta que le había inferido al cachearle, recogió la maleta del suelo y se la entregó a Mitchell—. Vamos en busca de Jappy.

—¿Qué pasa con el que me está siguiendo? —dijo Mitchell—. ¿No vais a recogerle también?

Battler le miró extrañado.

—Nadie te ha estado siguiendo. Sólo estoy yo aquí, y Bobby en el hotel. —Se volvió hacia Tully—. ¿Le has seguido tú?

—Yo no. Ya he dicho que me encontraba en el «Beebee's», y Marinero corrió la voz de que alguien estaba preguntando por Jappy. Por eso salí a ver.

—No te ha estado siguiendo nadie —dijo Battler. Luego, la sospecha redujo sus ojos a dos rayas—. Oye, ¿no te estará siguiendo la Policía?

Mitchell negó con la cabeza.

—Serían figuraciones mías.

—Trató de mostrarme al que dijo que le seguía —añadió Tully.

—¿Y viste a alguien?

—No quise mirar. Pensé que era un truco.

—A lo mejor me confundí —aclaró Mitchell—. Tal vez fuera algún mendigo indeciso que quería pedirme una limosna.

—Jappy no tiene a nadie que se parezca a un mendigo —dijo Battler.

Mientras se iban acercando al «Beebee's», se abrió la puerta del bar y salió la chica del vestido verde.

—¡Qué cara más dura tienes, bastardo! —le gritó a Tully—. ¿Te parece bonito dejarme sola en el bar?

—Cierra el pico —dijo Tully—. Entra y recoge los abrigo, que nos vamos con Jappy.

—¡Con Jappy! Me habías prometido llevarme a la ciudad, ¡chorizo barato! —Ella retrocedió al ver que Tully la amenazaba con el puño—. ¡Anda, pégame, piojoso de mierda!

Battler se interpuso entre ambos.

—No vamos a estar así toda la noche. Entrad los dos a recoger los abrigo. Nos reuniremos en el coche.

Hizo a Mitchell una señal con la cabeza, y echaron a andar hacia el coche que estaba a media manzana de distancia. Era un «Chrysler» sedán grande, que estaba aparcado junto a una boca de incendios. Se detuvieron ante el vehículo sin pronunciar palabra y esperaron. Se abrió la puerta del «Beebee's» y salieron del interior Tully y la muchacha, haciendo movimientos extraños con los brazos y hombros para ponerse las prendas de abrigo.

—Me gustaría que dejaran de pelearse entre sí —dijo Battler—. Resulta aburrido. ¿Sabes a qué me refiero?

Cuando llegaron hasta el coche no hablaban, pero se miraban de manera fulminante. Battler abrió la puerta trasera y la muchacha entró. Pero cuando vio que Tully se disponía a hacer lo mismo le detuvo con la mano y lo empujó hacia atrás. Tully la insultó.

—¿Qué pasa ahora? —exclamó Battler.

—Prefiero tener a mi lado ese otro tipo, antes que a este chiflado holgazán. —Dio unos golpecitos con la palma de la mano sobre el asiento que había junto a ella y dijo—: Pasa, encanto, y siéntate al lado de Sunny.

—¡Eres una puta! —gritó Tully, queriendo arrojarla contra ella.

Battler lo cogió para contenerlo y tiró de él.

—¿Y qué más da? Por amor de Dios, dejad de pelearos. —Hizo a Mitchell una señal con la cabeza—. Entra, amigo.

Mitchell se encogió de hombros. La muchacha hizo sitio en el asiento y dejó que Mitchell se acomodara a su lado. Battler empujó a Tully a continuación de Mitchell, cerró la puerta y fue a situarse detrás del volante. El coche arrancó emitiendo un potente ronroneo y se separó del bordillo. Su interior quedó inundado por la abrumadora fragancia del perfume de la muchacha.

Ella apretó su muslo contra el de Mitchell.

—¿Cómo te llamas, encanto?

—Cierra el pico —contestó Mitchell.

OceanofPDF.com

El hotel «Philbin Arms» era una reliquia de otros tiempos. Era un hotel de ciudad pequeña, de calidad, que permaneció en su sitio después de que la urbe creciera y trasladara su centro social a otra parte. Estaba bien cuidado, por alguien cuyo orgullo era probablemente ancestral, y, ciertamente, sin justificación económica. Así, aunque todo su entorno había sucumbido a los profundos cambios operados en la ciudad, o se había cambiado de emplazamiento, el hotel «Philbin» continuaba defendiendo su territorio. Ningún visitante acomodado, exceptuando algunos nostálgicos viajeros de comercio, se detenía allí ahora. Pero el hotel se mantenía sereno y con pocos cambios: era un pintoresco edificio de diez pisos y fachada de piedra, cuyas escalinatas y aceras eran fregadas a fondo cada mañana, con las estriadas columnas de su pórtico desconchadas pero invenciblemente limpias, y su *graffiti* pacientemente lavado con productos de limpieza cáusticos.

La parada a la puerta del hotel les llevó menos de un minuto. Battler envió a Tully dentro. Éste subió saltando las elegantes escaleras de la puerta, situadas entre brillantes globos emplazados sobre postes con trabajos de volutas, y desapareció dentro del vestíbulo con piso de mármol. El hombre que salió con él, al cabo de un instante, iba arrebujado en un abrigo de cierta piel sintética, y su espeso cabello, cuidadosamente peinado, brillaba a la luz de los globos. Ocupó el asiento delantero, al lado del conductor, y el coche se puso otra vez en marcha.

—Hola, Bobby —le saludó Mitchell—. ¿Cómo es que tienes ahora más pelo que hace seis años?

Bobby se volvió desde su asiento para mirar hacia atrás, parpadeando.

—¿Conoces mi nombre?

—Nos lo ha oído a nosotros —dijo Battler. Luego se volvió ligeramente hacia Bobby—. ¿Qué significa lo de hace seis años? ¿Conoces a este sujeto?

Bobby atisbo en los asientos traseros del vehículo.

—No lo he visto en mi vida.

Mitchell esbozó su súbita sonrisa.

—Hace seis años no llevabas peluquín.

—Es mi propio cabello —respondió Bobby. Tully soltó una carcajada y Bobby le espetó—: ¿Quieres que te parta la boca, Tully? —Pero la perplejidad que sentía disipó su cólera, y volviéndose hacia Battler dijo—: ¿Quién es este tipo sabelotodo?

Battler se encogió de hombros y accionó hábilmente el volante, adelantando a un autobús de color verde que tenía una franja horizontal con varios nombres de poblaciones suburbanas. Un poco más adelante se metió en una autopista de cuatro carriles, en la que había un centro comercial con gasolineras, puestos de helados y un número casi ilimitado de almacenes de muebles con precios de fábrica.

—A lo mejor te vio retratado en algún sitio —dijo Sunny riéndose entre dientes—. Tal vez en una oficina de correos vio algo parecido a una antigua foto tuya, sin peluquín.

—Nadie te ha pedido que abras la boca —dijo Bobby.

—Vete a hacer puñetas —le contestó Sunny.

Tully se puso a increparla y ella le respondió en igual tono, enzarzándose en una mutua agresión desde ambos lados de Mitchell. Battler mostró su perfil, nudoso y ceñudo, y dijo:

—¡Ya está bien!

El intercambio de insultos acabó cesando, pero sus miradas siguieron siendo feroces. Battler, satisfecho, volvió a centrar su atención en el volante. Cogió el carril de la izquierda y, acelerando, adelantó hábilmente a tres automóviles que circulaban por su derecha; seguidamente se situó a la zaga de un cuarto coche, y siguió pegado a él hasta que éste se dio por aludido apartándose a la derecha. Mitchell pensó que aquello era conducción competente; o, mejor dicho, conducción profesional.

Pero Bobby continuaba un tanto preocupado. Dirigiéndose al perfil de Battler le preguntó:

—¿Conoces a este sujeto?

—Vamos a averiguar quién es. Lo único que sabemos de él es que está preguntando por Jappy.

—Pues yo no lo he visto en mi vida. —Bobby miró hacia atrás, bajando la vista, sombría y recelosa—. ¿Quién le ha dicho que llevo un peluquín?

—Nadie —respondió Battler.

—Entonces, ¿cómo lo sabe?

Battler se encogió de hombros.

—Pregúnteselo a él.

—Eh, tú, enteradillo, ¿me conoces? —preguntó Bobby.

—Claro —repuso Mitchell—. Tú te llamas Roberto Mendoza, descienes de portugueses, naciste en el Este, en Providence, Rhode Island; tu viejo desapareció antes que tú nacieras, tu vieja fue apedreada y se ahogó en una acequia, una noche de lluvia, cuando tenías catorce años; fuiste limpiabotas en el palacio de justicia de Providence, te pescaron afanando aparatos de radio cuando tenías quince años, te enviaron a una granja reformatorio...

—¡Santo Dios! —exclamó Bobby sin aliento.

—¿Quieres que continúe?

—Ya has dicho demasiado. Me gustaría saber dónde has averiguado tantas cosas. De veras que me gustaría saberlo.

—Es un apestoso poli —dijo Tully.

—No lleva armas —aclaró Battler—. Si no lleva armas no es poli. De cualquier modo, ningún polizonte correría el riesgo que está corriendo él con todo este montaje que ha preparado.

—Aunque sea de la Policía, poco puede importarme a mí —dijo Bobby—. Estoy limpio y voy recto por la vida, como una flecha.

Mitchell pensó que, después de todo, había montado una buena representación, y que lo único conseguido con ello era crear otro elemento de tensión. Una tensión innecesaria, sin objeto. Sin embargo, pensó secamente, considerando la atmósfera de desconcierto que reinaba en el coche, no había duda de que a todo el mundo le atrae el misterio.

—Además —añadió Battler pacientemente—, un policía no tendría que ir de bar en bar tratando de localizar a Jappy. Los polis saben dónde vive Jappy. Ya llegamos.

Situó el coche en el carril de la derecha, y continuó la marcha frenando suavemente hasta entrar en una amplia zona de aparcamiento. Delante de un

edificio, alargado y bajo, profusamente iluminado, se agrupaban varias docenas de coches. En lo alto del tejado, abarcando casi toda su longitud, se destacaba un resplandeciente anuncio azul de neón, en el que se leía: PI'N WHISTLE BOLERA – SALÓN DE CÓCTEL – COMEDOR. Y debajo, en letras rojas: *Un lugar de reunión para toda la familia*. Era un edificio nuevo, con acabados de imitación de pino nudoso, cuyo diseño rústico aparecía complementado por una valla de empalizada, un profundo alero al borde del tejado y falsas contraventanas negras en torno a los huecos de la fachada. Su pórtico estaba decorado con una versión en yeso de la bandera americana, formando arco sobre la puerta, arrugada y fruncida, de forma que las estrellas se agrupaban unas sobre otras y las barras se extendían alargadas y protuberantes, igual que cordilleras montuosas. Mitchell consideró todo aquel alarde simbólico como altamente respetable y, al mismo tiempo, enteramente comprensible, pues era un alarde que se repetía, cambiando algún que otro detalle, miles de veces por toda la geografía del país.

Battler detuvo el coche en la parte derecha del edificio, ante una cadena de eslabones que cerraba el paso, de la cual pendía un letrero diciendo: PROHIBIDA LA ENTRADA. SÓLO PERSONAL DE LA CASA. Bobby bajó del coche, desenganchó la cadena, y cuando Battler hubo traspasado el obstáculo la enganchó de nuevo y volvió a ocupar su asiento. El vehículo rodeó el edificio por la parte de atrás, y fue a aparcar junto a una pequeña valla de madera, que tenía forma rectangular, de palos muy desgastados por la acción del tiempo. Los haces luminosos de los faros del coche pusieron al descubierto varios cubos de basura, cuidadosamente tapados, y algunas escobas y utensilios de limpieza. En el fondo había una cocina muy iluminada. Al apearse del coche captaron el sonido característico de la vajilla, y el olor penetrante a comida que salía por un extractor. A la izquierda de la empalizada se veía una escalera exterior, de metal negro, que conducía hasta una puerta de madera.

Subieron los peldaños por parejas, con Battler en retaguardia. Mitchell no estaba seguro de si esto lo hacían por mera coincidencia o por pura precaución. Bobby llamó a la puerta con los nudillos, dando tres golpecitos secos y calculados. En seguida zumbó un dispositivo de apertura

automática, y Bobby la abrió. Entraron uno tras otro. Era una habitación grande y modestamente amueblada como oficina, con una amplia mesa escritorio, un sofá y unas sillas cromadas, una pequeña caja fuerte y un mueble archivador. No tenía ventanas al exterior, pero en la pared del fondo había un rectángulo, abarcando toda la anchura de la estancia, el cual daba vistas a una bolera que había abajo.

Cuando Mitchell dio el primer paso hacia el hombre que estaba sentado sobre el borde de la mesa escritorio, se le ocurrió pensar que, dado su apodo^[1], ningún desconocido tendría dificultades para localizar a Jappy Schroeder en medio de una multitud. Se puso a observarlo breve y desapasionadamente: el rostro grande y suave, los pliegues ascendentes de los párpados, los oscuros ojos almendrados, la tonalidad amarillenta de la piel... Pero sobre todo su aire de misterio, como si escondiera u ocultara algo, la clásica cara de póquer que aumentaba su inescrutabilidad cuando desplegaba una sonrisa.

—Hola, Jappy. Me alegro de verte —dijo Mitchell.

Al pronunciar estas palabras se percató de que estaba escuchando con sentido crítico el sonido de su propia voz. Lo había hecho bien. Al menos pensó que lo había hecho bien, que era una voz técnicamente perfecta, que no parecía ocultar nada.

—¿Nos conocemos? —preguntó Jappy.

—No, hasta hace medio minuto.

—Ajá —añadió Jappy, y le miró fijamente.

Él le miró también, haciendo un esfuerzo para desafiar la mirada del otro, para atreverse a derrotarla. Jappy rompió el punto muerto en que se hallaban; sus ojos cambiaron de posición. Mitchell empezó a relajarse y a sentirse mejor. Se le fue el pánico. Dijo:

—Me has enviado a todo un ejército. Me han cercado y me han traído aquí.

—Por amor de Dios, no sigáis ahí de pie —dijo Jappy—. Sentaos todos.

Jappy se quedó esperando a que se sentaran todos. Uno de sus pies oscilaba ligeramente y rebotaba en la mesa cada vez que la golpeaba con el talón. Mitchell permanecía de pie, a casi dos metros de distancia de Jappy, manteniendo su mirada fija en aquellos ojos oblicuos y un tanto empañados.

—Está bien. —El pie de Jappy se quedó inmóvil—. ¿Qué te traes entre manos, amigo?

Mitchell notó un ruido sordo que retumbaba indistintamente en el suelo que tenía bajo sus pies. Se puso a escuchar y captó un martilleo profundo seguido por lo que muy bien podía ser un coro distante de voces humanas. La ventana de cristal vibraba a causa del sonido.

Tully apuntó con un gesto de su barbilla hacia la invisible bolera que había debajo, comentando:

—Algún estúpido acaba de hacer una buena tirada.

—Necesitaba hablar contigo —dijo Mitchell.

—¿Y para eso montas todo este numerito? Podías haber buscado mi número en la guía y haberme llamado por teléfono.

—Entonces me habrías colgado sin contemplaciones. De este modo estaba seguro de poder hablar contigo.

—Está bien —dijo Jappy—. Ya me tienes delante.

—Es un poli, Jappy —dijo Tully.

—Sabe un montón de cosas más —añadió Bobby, casi en cuclillas, medio sentado en el borde de su asiento—. Sabe cosas que no te podrías ni imaginar... Hasta cómo murió mi vieja.

—Un poli no tendría una información así —añadió Battler—. Además, no va armado.

—Tal vez lleve su arma en la maleta —dijo Tully.

Battler se echó a reír con voz ronca, añadiendo:

—El día que me preocupe por la posibilidad de que alguien me mate sacando un arma de una maleta, me retiraré.

Jappy observaba a ambos interlocutores. Tenía la cabeza inmóvil y sus reducidos ojos cambiaban rápidamente de dirección de un extremo a otro bajo sus cejas negras.

Bobby empezó a hundirse en su asiento; luego volvió a incorporarse y dijo:

—Un poli puede no saber nada sobre mi vieja, ¿pero qué me dices de un oficial de libertad vigilada?

Jappy sonrió y sus grandes dientes cubrieron el espacio que dejaba entre los labios.

—Amigo, ¿conoces al oficial de libertad vigilada de Bobby?

—¿Por cuál de sus condenas?

—No está bromeando, maldita sea —dijo Bobby—. Hasta sabía lo de mi peluquín, cuando nadie me ha visto sin él en seis años. Ni siquiera las chicas.

—Apuesto a que yo conseguiría que me mostraras tu sesera pelada —dijo Sunny con voz jocosa, pero con un matiz de sexualidad.

—A ti voy a mostrarte yo una cosa —añadió Tully—, pero serán los nudillos si no cierras esa maldita boca.

Jappy golpeó enérgicamente su talón contra la mesa, y le dijo a Mitchell:

—Amigo, te has metido en un buen lío al hacer que te trajeran aquí. ¿Quieres empezar a decirnos por qué lo has hecho?

—Claro —respondió Mitchell—. Lo que ocurre es que todavía estoy tratando de acostumbrarme al hecho de que tengas aquí una pandilla nueva..., con la excepción de Bobby Mendoza.

Jappy ofreció su restringida sonrisa japonesa y dijo:

—Hombre, esto parece interesante. Ahora resulta que sabes desde cuándo conozco a mis amigos. Adelante. Adelante. Continúa diciendo cosas de interés.

—Bueno, debí suponer que habría bajas —contestó Mitchell—. Por ejemplo, Harry Jackson ha desaparecido..., probablemente una noche, cuando iba conduciendo a toda velocidad. ¿Y Eddie Murray? No sé, ¿quizá tuvo algún problema con una mujer y el marido de ésta lo degolló?

—Acabemos con él de una vez —sugirió Bobby—. Jesús, este tipo tiene respuestas para todo.

El pie de Jappy se quedó detenido en medio de su balanceo.

—Basta ya de chistes, amigo. ¿Qué te ronda por la cabeza?

—Lo siento —dijo Mitchell—. Sólo era un poco de humor. Está bien, te lo diré. Da la casualidad que conocí a uno de tus muchachos, y me contó algunas cosas.

Jappy dijo cautelosamente:

—¿Uno de mis muchachos? ¿Es eso cierto? Bueno, ¿y cómo te contó tantas cosas?

—Creo que le gustaba hablar.

—¿Y dónde conociste a ese tal amigo mío?

—En Fredding.

—¿En la penitenciaría del Estado? ¿Y por qué estaba allí uno de mis amigos?

—Por ladrón —respondió Mitchell.

—¿Y tú qué hacías allí? ¿Estabas de visita o qué?

—Estaba como recluso —dijo Mitchell—. Yo también lo soy.

Tully dijo:

—Jappy, yo no soporto estar en la misma habitación que un ladrón. ¿Puedo irme de aquí?

Battler comentó pensativo:

—Pues yo tomaría en serio el que un tipo con antecedentes de recluso escondiera su arma en la maleta. Sobre todo si pensaba que podían cachearlo.

—No te tragues eso —dijo Tully con súbita urgencia—. Podría ser un poli secreto tratando de infiltrarse.

—¿Un policía secreto? —exclamó Jappy—. Tonterías. Lees demasiadas novelas estúpidas. Ellos no pueden permitirse emplear agentes no conocidos con ladrones de poca monta. —Su voz se tomó amarga—. Para merecer un espía tienes que ser realmente importante, como, por ejemplo, un grupo de revolucionarios. Con los ladrones de poca categoría sólo emplean polis de poca categoría. Valdría más que dejaras de leer esos sucios libros.

Mitchell seguía escuchando el ruido sordo y monótono de la bolera.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Jappy.

—Mitchell.

—¿Y qué más?

—John. Pero me llaman Mitchell.

—Está bien, Mitchell. ¿Recuerdas por casualidad el nombre de ese amigo mío que conociste en la prisión del Estado?

—Johnny *el Guapo*.

Poco le importaba a Mitchell la reacción que pudieran experimentar los otros; lo que le importaba era la de Jappy. Pero el rostro de éste aparecía

inexpresivo, tal y como Mitchell esperaba que ocurriera. Nada intensificaría más la impasibilidad de Jappy, que la sorpresa. Era un acto de defensa cuidadosamente preparado, y su capacidad de lucha se endurecería en proporción a la fuerza de la que tenía que defenderse. Así pues, cuando finalmente se permitió dejar entrever un atisbo de sorpresa arqueando sus cejas negras, Mitchell supo que Jappy estaba disimulando, que había acusado el golpe y estaba haciendo comedia. Pero no podía, o no quería, expresarlo en voz alta, la cual fue, cuando al cabo se decidió a hablar, tan plana y carente de inflexiones como siempre.

—Johnny *el Guapo*. ¿Qué te parece? Qué pequeño es el mundo. Pero lo que menos me imaginaba era que Johnny *el Guapo* fuera un tipo tan charlatán. ¿Verdad, Bobby?

—Mira que hablar sobre mi vieja... —dijo Bobby ofendido—. Eso es realmente sacar a relucir cosas sagradas.

—Ella está muerta y no puede hacerle ningún daño —dijo Jappy—. Deja ya de hablar de tu madre.

—Mientras lo hiciera respetuosamente... —añadió Mitchell con voz grave—. Puedo asegurar que lo hizo con mucho respeto, aun cuando dijera que se ahogó en una acequia.

—¿Y te habló mal de nosotros? —preguntó Bobby—. Ya sabes, él formaba parte de...

—Era un sujeto demasiado encantador para hablar mal de nadie —aclaró Jappy, con la misma gravedad de voz que Mitchell—. Pero lo de su locuacidad..., eso es una faceta nueva en él.

—Éramos compañeros de celda —dijo Mitchell—. Nada tiene de particular que quisiera hablar. Cuando te llevas bien con tu compañero de celda, normalmente te desahogas con él. Después de todo, yo hice lo mismo.

Jappy lo estaba mirando cuidadosamente, de un modo crítico, y Mitchell le devolvió la mirada con indiferencia.

—Jamás hubiera pensado que eras un ex presidiario —dijo Jappy—. No tienes el aspecto. ¿Entiendes lo que quiero decir con eso del aspecto?

—Gracias. Sólo cumplí cinco años escasos. Llevo fuera poco más de un año. Y no van a volver a meterme allí.

—Eso mismo lo he oído decir otras veces —objetó Jappy, gruñendo—. ¿En libertad vigilada?

—La he cumplido. Soy un hombre libre.

—¿Tuviste algún trabajo dentro?

—Dentista.

—¿Tú eres un maldito dentista? —preguntó Tully.

—Ayudó al dentista de la prisión —dijo Jappy—. Tienes que disculpar al muchacho. No ha pasado por la cárcel..., todavía.

—Ni llegará ese día —alardeó Tully—. Jamás me veréis en una cárcel.

—¿Por qué te metieron? —preguntó Jappy a Mitchell.

—Robo —repuso Mitchell, y añadió secamente—: Me hicieron una jugarreta.

—Es de esperar. No sé de nadie a quien no se la hicieran. ¿También se la hicieron a Johnny *el Guapo*? Supongo que te contaría algo.

Mitchell asintió:

—Una o dos cosas.

—Johnny *el Guapo* —dijo distraídamente Jappy. Luego frunció el rostro—. He oído decir que lo pasa mal.

—No. Lo pasa bien. Muy bien.

Bobby intentó decir algo, pero Jappy le detuvo en seco mediante un gesto brusco con la palma de la mano.

—Me alegro de oír eso —dijo Jappy a Mitchell—. ¿Cuándo sale?

—Ya ha salido.

—¡No me digas! —Los ojos de Jappy estaban fijos en su pie balanceante—. ¿Y cuándo ha sucedido eso?

—Hace un par de meses. Con los pies por delante.

—Cuánto lamento esa noticia. —La habitación quedó tensa en medio del silencio de los resuellos contenidos—. ¿En alguna pelea de la prisión?

—Cáncer —respondió Mitchell—. Salió de allí no hace mucho y se fue a la costa. Oí decir que murió en el hospital de una ciudad. —En su rostro se dibujó una sonrisa fugaz—. Tú ya sabías todo esto, ¿verdad?

—El viejo cancro —comentó Jappy—. Bien, creo que será el hombre más hogareño del cementerio. —No prestó la menor atención a la risita

chillona de Tully—. Pero tú no has venido hasta aquí sólo para contarme que Johnny *el Guapo* la palmó a causa del viejo cancro.

Mitchell sacudió la cabeza.

—Quisiera hacer un pequeño trabajo para ti.

—Está todo completo —repuso Jappy haciendo que sus rasgos faciales mostraran su pesar—. Lo siento, pero no tengo nada.

—Ya veo que estás bien provisto de gente. Gente maravillosa. Pero no he venido a pedirte lo que se dice un trabajo. De hecho, a lo único que he venido es a traerte un nuevo asunto.

—Confío en que no me estés ofreciendo un asunto ilegal —objetó Jappy—. Yo ya no hago esa clase de trabajos. —Consideró sus palabras—. A decir verdad, nunca los hice.

—De hombre honrado a hombre honrado, te aseguro que el asunto que traigo entre manos es completamente respetable.

—Sin embargo, tú has estado en una penitenciaría.

—Ya he pagado mi deuda con la sociedad —dijo Mitchell—. Además, me hicieron una mala jugada.

Jappy ya estaba cansado de aquel juego.

—Está bien, soldado, ¿qué traes en la cabeza?

—¿Podemos hablar en privado?

Jappy pareció sopesar la pregunta. Luego asintió y dijo:

—¿Por qué no?

OceanofPDF.com

Mitchell se quedó mirando cómo desfilaban los demás por la puerta que había a la izquierda, y tuvo ocasión de ver al otro lado de ella un salón amueblado corrientemente, incluyendo la gran pantalla blanca de un receptor de televisión. Cuando se hubo cerrado aquella puerta, Jappy dijo con acento familiar:

—¿Por qué motivo dices que estuviste en Fredding?

—Por estupidez criminal. Quise reventar una caja fuerte «cabezanegra».

—Yo creía que ya no quedaba ninguna de esas bastardas.

Mitchell hablaba con naturalidad, aunque con una dosis justa de tristeza.

—Era una oficina de facturación, una firma antigua que tenía una caja fuerte antigua... Entrar allí fue fácil pero la maldita caja... La atacué con una buena carga de nitro. Lo suficientemente grande para despertar a toda la ciudad, pero apenas si abolló la caja. Aun así pude haber escapado, pero perdí los estribos. Me desconcertó tanto aquella caja, que me dediqué a recorrer los despachos birlando monedas, abonos de autobús, relojes de mesa, pisapapeles..., hasta paquetes de cigarrillos a medio terminar. Finalmente salí, cargado con aquella morralla, y me topé de cara con un guardia.

—Conque una caja fuerte «cabezanegra» —comentó Jappy—. Deberían estar fuera de circulación.

—Eso es agua pasada —dijo Mitchell. Señaló con la mano hacia la bolera que había debajo—. ¿Todo ese tinglado es tuyo?

—¿No te contó nada sobre ello Johnny *el Guapo*?

—Jamás lo mencionó.

—Él no lo sabía —dijo Jappy sonriendo amargamente—. Fue mucho después de lo suyo.

—¿Me estás probando otra vez?

—Hombre, tú te has presentado aquí como viniendo de la nada. ¿Crees que debo tragármelo todo sin rechistar?

—¿Qué podría ser yo..., un policía? Eso ya lo hemos descartado antes.

—Claro. Soy un mero aficionado. Dejemos eso de una vez. Pero no estorba ser un poco desconfiado. Ya probé en una ocasión la penitenciaría, y no me gustó.

—Yo te puedo enseñar una forma segura para no ir a la cárcel.

—¿Es eso cierto?

—Vuélvete honrado y sigue siéndolo.

—Gracias —dijo Jappy—. Agradezco mucho tu consejo.

Mitchell mostró su sonrisa instantánea.

—Jappy, quiero hacerte una proposición.

—Ni hablar. No me interesa.

—Es un bombón, Jappy.

—Todos los bombones son dulces hasta que se vuelven agrios. No quiero ni oír hablar de ello. —Se quedó en silencio escuchando el ruido sordo de la bolera. Luego se puso en pie y se acercó al ventanal desde donde podía contemplarla—. Están empezando a animarse. A las ocho estarán llenas las pistas, y la gente tendrá que esperar turno para usarlas. Consumirán bebidas, mucha cerveza y bastantes alimentos. Al final de la semana obtendré pingües beneficios.

—Esto que dices es tan emocionante que me produce vibraciones en la espina dorsal.

Jappy se volvió hacia él.

—¿Cuántos años tienes, cuarenta? Yo cuarenta y cinco. Ya no necesito más emociones. Y lo que necesito menos todavía es otra sentencia que me lleve a la prisión. Así que puedes quedarte con las emociones.

—¿Te has vuelto un ciudadano honrado? No me lo creo. —Mitchell señaló hacia la puerta de la habitación adyacente—. Si así fuese no estarían ahí esperando esos tipos.

—Hago algunos pequeños negocios; pequeños préstamos, llevo algunas chicas. Nada de robos ni de hurtos. Sólo cosas fáciles con las que puedo comprar protección. Nadie ofrece protección por robo; así que no robo absolutamente nada.

—A juzgar por lo que dijo Johnny *el Guapo*, tú eras un ladrón de primera fila.

Jappy simuló no haberle oído.

—Tengo un socio, un cuñado. Es honrado y conoce este negocio. No quiero que venga nunca por aquí, para que nadie sospeche de él. Las ganancias las invertimos en el negocio. Acabamos de restaurar la cocina. Cuesta más de veinte mil.

—Jappy, veo que te estás haciendo rico —dijo Mitchell en voz baja.

Jappy se acercó otra vez a la mesa escritorio.

—No fastidies. De sobra sabes quién es el que se hace rico.

Los polis. Desde el jefe hasta el último guardia. Yo me arriesgo con el negocio y ellos se enriquecen, sin hacer ninguna inversión.

—Para enriquecerse hay que correr riesgos.

—Gracias otra vez —dijo Jappy—. De veras que aprecio estos magníficos consejos que me das.

Mitchell intercambió con Jappy una mirada neutral. Era una especie de tregua, pensó, mientras se reagrupaban para una guerra de desgaste. Jappy se inclinó hacia el cajón de su escritorio, pero en seguida detuvo el movimiento y lo convirtió en un torpe gesto de rascarse la espinilla. Sin embargo, Mitchell sabía que lo que intentaba era echar mano a una botella, pero la escasa calidad de éste había frenado su impulso. Prefería pasar sed a compartir con nadie su licor. Mitchell pensó que la tacañería de Jappy era lo que, de manera tortuosa e indirecta, le haría claudicar.

—Hablas de riesgos —dijo Mitchell—. Me gustaría que te decidieras a correr... sólo uno.

—Sólo un pequeño riesgo que no puede fallar... ¿verdad?

—Todas las cosas pueden fallar —aclaró Mitchell—. Incluyendo ésta. Pero no creo que falle.

—Si tan buen asunto es, ¿por qué no te lo quedas para ti solo?

—Tú ya conoces la respuesta. Es un trabajo para cuatro o cinco hombres. Tú tienes los hombres.

Jappy dijo:

—¿Cuántas veces quieres que te lo repita? He terminado con esa vida. Me siento satisfecho como estoy. Lo hice una vez y me condujo a la penitenciaría. He terminado con esa vida. Estoy satisfecho.

—Tonterías —dijo Mitchell sin alterarse—. Tú no estás satisfecho ni lo estarás nunca. Lo estarás cuando culmines el gran asunto de tu vida.

—¿Es todo esto más información carcelaria de Johnny *el Guapo*?

Jappy miró en derredor, como buscando un sitio donde escupir.

—Tal vez. Pero ya tengo bastante con lo que me has dicho. Ya veo que eres un negociante de pacotilla. Y es una lástima porque tienes cerebro y lo vas a malgastar. Tú sigue con tus libros de cuentas, con tus préstamos pequeños. Todo eso no son más que migajas que te deja el sindicato. Lo único que te dejan es que te apañes con los desperdicios...

—Amigo, eres un poco bocazas.

—O un espía de la Policía —dijo Mitchell riendo—. Incluso en esta piojosa ciudad debe de haber una veintena de maleantes esperando unirse a ti. ¿Quién eres tú? Un hombre de cuarenta y cinco años, traficando con baratijas y sobornando a sucios policías para que te dejen vivir. Puede que sea una forma curiosa de decirlo, pero no eres más que un fracaso, Jappy.

La sonrisa de Jappy era amarga pero calmada. Si debajo de aquella sonrisa se escondía la furia, pensó Mitchell, era evidente que sabía contenerla muy bien.

—¿Y tú opinas que mi vida quedaría solucionada si yo diera un golpe maestro?

—El golpe de que te estoy hablando —dijo Mitchell— es de un millón de dólares.

De repente, como si se hubiera operado un repentino y profundo cambio en su metabolismo, el rostro de Jappy se cubrió por una capa de sudor y sus ojos se volvieron turbios. Se humedeció los labios cuidadosamente, como si la aridez de éstos pudiera rasparle la lengua. Su mano se dirigió al cajón del escritorio, se detuvo y empezó a temblar, igual que si la parquedad luchara contra la necesidad en aquel campo de batalla. Luego emitió un quejido, abrió enérgicamente el cajón y sacó de él una botella y dos vasos cochambrosos. Mientras Jappy escanciaba el licor, Mitchell, leyó la etiqueta. Le temblaban las manos. Era una marca barata de whisky de centeno. Empujó hacia Mitchell uno de los vasos y sin pérdida de tiempo levantó el otro y se lo bebió.

Mitchell echó mano al suyo, olfateó el nuevo alcohol de grano, lo dejó otra vez sobre la mesa y miró fijamente a Jappy.

—¿En qué consiste tu proposición? —preguntó Jappy. Su voz era amarga a causa de la desesperación provocada por el conocimiento de sí mismo.

Esto va bien, advirtió Mitchell para sus adentros. El pez ha picado el anzuelo. Esto va bien. Levantó el vaso y bebió, sintiendo que el licor verde le quemaba al descender por el esófago. Chasqueó los labios, agitó la copa mirándola al trasluz y la depositó sobre la mesa.

—No será para tanto —añadió Jappy—. Ahórrate la paja y ve directo al grano. ¿En qué consiste el asunto?

—En asaltar un Banco —repuso Mitchell—. ¿No te dije antes el botín? Un millón. Un millón de dólares.

Jappy echó más whisky en su copa y se lo bebió. Miró pensativo a Mitchell.

—En la «Casa de la Moneda» hay mucho más, pero yo no estoy chiflado. Ni tampoco estoy para asaltar un Banco. Me gusta demasiado la libertad.

—Imagínate trescientos mil, o tal vez más, para cuando seas viejo —dijo Mitchell con calma—. Y sin un centavo de descuento. Pones la mitad en valores y el resto en inmuebles. Incluso contando con la inflación, es un dinero para el retiro.

—Ofréceselo a otro —dijo Jappy—. Yo no lo quiero.

Pero sus palabras tenían un matiz inseguro y defensivo. Mitchell sabía que el anzuelo lo tenía bien clavado.

—Te lo ofrezco a ti porque deseo reducir al mínimo los riesgos. La verdad es que tú tienes cerebro, y eres serio y buen organizador.

—¿Dijo Johnny *el Guapo* que yo era serio?

—Dijo que tenías una grave debilidad, y que eras el hombre más ahorrativo que había conocido. Dijo que lo fastidiaste por culpa de eso. Pero no negó tus buenas cualidades.

—Soy conservador en lo tocante al dinero. No me gusta ir tirándolo por ahí como hacen muchos tipos.

—Johnny te acusó de dejarle ir a presidio porque eras un maldito tacaño. Alegó contra ti que podías haber comprado su libertad con dos o

tres mil, pero no quisiste gastar ese dinero. Estoy citando las mismas palabras de Johnny, ¿entiendes?

Jappy dijo muy en serio:

—No hubo manera de arreglarlo. Si la hubiera habido, yo lo habría hecho. Johnny no me creyó nunca. No pude convencerlo.

—No, no le convenciste. Y eso le sacaba de quicio. Te odiaba a muerte. Tal vez tuviera razón, tal vez no. Yo no lo sé. Por lo que a mí concierne, te concedo el beneficio de la duda. Pero incluso cuando Johnny hablaba tan mal de ti, nunca negó que tú fueras inteligente y que supieras organizar un trabajo. De hecho, cuando empezó a olvidarse un poco de lo tuyo, le oí algunas veces decir que no le importaría volver a tu lado.

—Yo no lo hubiera admitido. Desde el momento que un hombre siente rencor contra ti, ya no puedes fiarte de él. No digo que necesariamente se hubiera vengado de manera deliberada, aunque también podría ocurrir; pero antes o después me perjudicaría, incluso sin darse cuenta de ello. Cosa del inconsciente, ya sabes.

Mitchell asintió.

—Así pues, ¿qué hay en *tu* inconsciente?

La voz de Jappy aparecía tan exenta de inflexiones, tan sutilmente insinuante, que a Mitchell le faltó poco para sorprenderse y lamentarse de su ingenuidad. Pero dijo con voz serena:

—Yo trato de ser consciente en todo momento. Estoy buscando un *número uno*. Lo mismo me da uno que otro y, además, Johnny *el Guapo* está muerto. Si tú le perjudicaste a Johnny, peor para él. Yo procuraré que no me perjudiques a *mí*.

—Quiero recordarte —objetó Jappy—, que todavía no hemos hecho ningún trato. Lo que estás diciendo, hasta ahora, es pura retórica. Pura teoría, ¿entiendes?

El rostro de Jappy aparecía enigmático, indescifrable. Continuaba con la frente bañada de sudor, pero él se había calmado y su fiebre había remitido. Mitchell pensó que éste sería el momento de tirar del anzuelo a manera de recordatorio. Dijo:

—¿Acaso te resulta todo esto un tanto indiferente? ¿Te importa que siga hablando sobre ello?

—Si te apetece hablar, yo escucho. —Jappy se encogió de hombros—. Eso es cosa tuya.

—No —dijo fríamente Mitchell—. A ti te toca dar el paso. ¿Sí o no?

Jappy echó mano a la botella de whisky, la ladeó sobre el vaso, pero cambió de opinión y volvió a dejarla sobre la mesa, dando un golpe.

—Habla —dijo—. Explica ese maldito asunto de una vez.

Mitchell pensó que el anzuelo continuaba seguro y podía tomarse el tiempo suficiente. Se aclaró la garganta y dijo con tranquilidad:

—Como te dije antes, se trata de un millón de dólares y de robar un Banco.

—Ya he oído el precio antes —dijo Jappy—. Y también que era un Banco. Eso es lo que me inquieta. Todo el mundo quiere asaltar Bancos porque en ellos está el gran botín y la gloria. El golpear en la cabeza a un transeúnte y birlarle la cartera... Eso lo puede hacer cualquier palurdo con buenos músculos y una barra de hierro. Pero asaltar un Banco..., eso pertenece a la liga de primera división, eso es el orgasmo de los ladrones.

—A mí no me importa la gloria. Lo que me interesa es el dinero.

—Y todo el mundo lo sabe —continuó hablando Jappy, como si no hubiera oído las palabras de Mitchell—. Los Bancos lo saben, los ladrones lo saben, la Policía lo sabe. Los Bancos no se dejan quitar así como así su dinero; te lo ponen muy difícil. Apuesto a que caen más ladrones en asaltos a Bancos, en proporción, que en otros robos. Y es lógico; si los riesgos son elevados, las ventajas tienen que serlo también.

—Como tú dices —agregó Mitchell—, con buenos músculos es fácil. Pero por golpear a un tipo en la cabeza, o derribar a un borracho, lo más que se sacan son diez dólares cada vez. Bueno, golpeando en la cabeza a cien mil individuos podrás conseguir un millón. No digo que no puedas hacerlo si trabajas las veinticuatro horas del día. Pero no te lo recomiendo. En un Banco..., lo haces de golpe, en una sola operación.

—Si es que te sale bien.

—El ladrón corre más riesgos que el hombre honrado. Si no quieres correr riesgos será mejor que vivas dentro de la ley. Lo importante no estriba en evitar todos los riesgos, sino en disminuirlos.

—De acuerdo —dijo Jappy—, y ahora que he oído tu filosofía, oigamos algunos detalles.

—Claro. ¿Conoces la ciudad de Amesville?

—Creo que está por el sur del Estado.

—En el extremo suroeste. Allí está emplazada la fábrica de galletas «Munchmore».

Jappy asintió:

—Algo así había oído decir.

—Es una población de unos ocho mil habitantes. Nuestro objetivo es el «Banco Popular» de Amesville.

Jappy protestó:

—Tú estás loco. En el «Banco Popular» de Amesville no hay un millón de dólares en efectivo para que vayamos a robarlo.

—La mayor parte del tiempo, no. Pero lo hay un miércoles sí y otro no.

Jappy aguzó la mirada.

—¿Es que manejan la nómina de la «Munchmore»?

—Exacto. Lo normal sería que la «Munchmore» se valiera de algún Banco de la ciudad de Melton, que se encuentra sólo a unos quince kilómetros de la fábrica. Pero ocurre que el presidente de esta fábrica de galletas es un viejo amigo del presidente del «Banco Popular» de Amesville. Así que este pequeño Banco maneja la abultada nómina.

—Continúa —dijo Jappy.

—Pero sigue siendo un Banco pequeño. Todo su personal, desde el director al conserje, viene a sumar de siete a ocho empleados.

—No obstante, un Banco, por pequeño que sea, puede disponer de una cámara acorazada de apertura retardada, y yo no sé de nadie que haya sido capaz de abrir una caja de éstas.

—En efecto, el «Popular» de Amesville dispone de una de esas cámaras —afirmó Mitchell.

—¿Entonces?

—Entonces pasa que un Banco, cuando tiene abierta su cámara acorazada, es tan vulnerable como un supermercado.

—No me olvidaré de este pequeño detalle —ironizó Jappy—. Eso deberían saberlo todos los ladrones de Bancos.

—Un martes sí y otro no, por la tarde, después del horario normal del despacho al público —dijo Mitchell—, llega a Amesville un furgón blindado con aproximadamente un millón de dólares en efectivo..., en billetes pequeños y plata. Procede de la «Reserva Federal», que no registra los números de serie.

—Espera un momento. ¿Estás diciendo que la fábrica de galletas no paga mediante cheque y que sigue llenando sobres para pagar a su gente?

—Lo hace con cheques. El Banco enlaza con un sistema de ordenadores que confecciona las nóminas. Lo registra todo: nombre, cantidad, deducciones de la Seguridad Social, pensiones, seguros, impuestos estatales y federales, hospitalizaciones... todo lo acumulativo.

—Todo eso es fascinante —dijo Jappy—. Habré de tenerlo presente para cuando se me ocurra robar un Banco.

—Cobran un tanto por este servicio, lo cual, para un Banco de la entidad del «Popular», resulta interesante. Pero los verdaderos beneficios del Banco...

Jappy le interrumpió.

—Esto resulta cada vez más interesante —apuntó con la cabeza hacia la puerta de la habitación contigua—. Ahí dentro siguen esos cuatro y seguramente no les gusta estar encerrados esperando. Probablemente se estarán peleando entre sí a estas alturas. Después empezarán a tirarse del cabello. ¿No crees que podrías ir al grano?

Mitchell prosiguió con mucha calma:

—El modo más sencillo de cobrar un cheque nominativo es yendo al Banco que lo emitió. Así que, en días de cobro, todo el personal de la nómina acude a la ciudad para hacer efectivo su cheque. La mayor parte de ellos van a la hora del almuerzo, pero también acuden muchos después del trabajo. El Banco permanece abierto para ellos. En total, acude a cobrar más del noventa por ciento de la plantilla. Esto significa que el Banco ha de tener a mano dinero en efectivo. De ahí que tengan preparado un millón de dólares, miércoles alternos cada mes.

—¿Y qué gana el Banco con tantas molestias por su parte?

—Precisamente en eso está su ganancia. Inducen a los trabajadores de la fábrica a que abran cuentas. Muchos lo hacen, pues les resulta conveniente.

Abra una cuenta en el Banco, como dice la publicidad. Por tanto, el «Banco Popular» de Amesville obtiene muchos clientes y con ello aumenta su capital.

Jappy repiqueteaba impacientemente con los dedos sobre la mesa.

—En la tarde de cada martes previa a un miércoles de pago, el furgón blindado descarga un millón de dólares en efectivo y lo depositan en la cámara acorazada cuyo dispositivo temporizador de apertura está programado para la mañana siguiente.

—El intentar robar un furgón blindado significa hacer oposiciones a que te maten, a menos que estés de acuerdo con uno de sus ocupantes —dijo Jappy sacudiendo la cabeza—. Y aun así... Aun así pueden salir mal muchas cosas.

—Exacto —agregó Mitchell—. Por eso no intentaremos robar el coche blindado.

—Ni tampoco reventaremos la puerta de la cámara acorazada. Eso significa que habremos de esperar a que empiecen a llegar los de la fábrica, a la hora de comer, y el director abra la cámara. Para entonces tendremos allí miles de personas. ¿Prefieres trabajar ante un gran auditorio?

—La cámara se abre a primera hora de la mañana —dijo Mitchell.

Jappy enderezó su espalda.

—Pero eso no tiene sentido. ¿Por qué no la abren cuando necesiten el dinero?

—Porque dentro de la cámara, además del millón en efectivo, hay otras cosas que necesitan sacar para su trabajo rutinario.

—Entonces, ahí está el tendón de Aquiles de todo esto —dijo Jappy, y respiró profundamente.

—Ése es su punto débil. Y es entonces cuando nosotros damos el golpe.

Y ahora, pensaba Mitchell, Jappy haría el resto. El pez se metería en la barca por sus propios medios.

Los párpados de Jappy estaban bajos hasta más de la mitad, como si pretendieran ocultar los ojos. Pero su mano, puesta sobre el escritorio, le traicionaba. Sus dedos se movían nerviosos. Mitchell se puso en pie y se acercó a la ventana. Abajo, casi todas las pistas de la bolera estaban en movimiento, y se notaba gran actividad en el bar y el restaurante contiguos,

así como en la barra de bocadillos y bebidas suaves. La clientela estaba compuesta por chicos y chicas jóvenes —todos casi idénticos por su cabello largo y faldas y pantalones llamativos—, así como por matrimonios cuyos niños se sentaban inquietos en los bancos de plástico situados detrás de la línea de lanzamiento.

Mitchell escuchó a sus espaldas el sonido característico de la botella encima de la mesa. Jappy estaba bebiendo sin que él lo viera. Esbozó su sonrisa fugaz y empezó a volverse, pero de pronto se quedó petrificado.

Abajo, en pie o apoyado sobre la barra, había un tipo estrafalario cubierto con una prenda de abrigo de descomunales medidas y, en la cabeza, un sombrero como el de un espantapájaros. Algo avivó nuevamente la memoria de Mitchell, pero sin ningún resultado. Le hubiera gustado que aquel hombre se volviera, para verle la cara...

—Acércate un instante —le dijo a Jappy, sin apartar la mirada de la ventana.

Jappy se unió a él. Mitchell apuntó con su dedo hacia aquel extraño individuo y Jappy siguió la dirección del brazo.

—¿Aquel tipo desgachado? —preguntó—. Ya le veo. ¿Qué pasa con él?

—Nos ha seguido desde la ciudad. ¿Sabes quién es?

—No —respondió Jappy—. Averigüémoslo.

OceanofPDF.com

Parecían dos espectadores observando desde un palco una representación escénica, con el ventanal semejando el arco del escenario que enmarcaba toda la acción que se estaba desarrollando abajo. En la barra había un cambio permanente de personas, pero el hombre del abrigo desastrado apenas se movía de su sitio, con su espalda tan imperturbable y anónima como si fuera una estatua del proscenio. Cuando aparecieron en escena Tully y Bobby hubo en la ventana un ligero revuelo de reconocimiento, igual que se agitaría un público, pensó Mitchell, al hacer su entrada en el escenario un conocido actor. Bobby se rezagó en la entrada, mientras encendía un pitillo, y Tully se movió deambulando hacia la derecha con indiferencia. Ninguno de ellos dos miraba hacia la barra.

Mitchell permanecía detrás y ligeramente al lado de Jappy. Sunny, a la derecha de Mitchell, no paraba de contonearse y lo rozaba suavemente a intervalos. Pero estos roces, pensaba Mitchell, eran, probablemente, inocentes porque Sunny era una chica muy revolucionada que necesitaba hallarse en continuo movimiento aunque estuviera técnicamente en reposo. Battler se encontraba un poco más apartado de su derecha, respirando con perceptible dificultad por su aplastada nariz. Abajo todo parecía hallarse en suspenso, petrificado, aunque las pistas de la bolera estuvieran en constante movimiento lúdico y los cristales de las ventanas no dejaran de trepidar por el ruido sordo de las bolas y los bolos.

Bobby abandonó la entrada y se encaminó lentamente hacia la barra, pasándose la mano con esmero sobre el cabello, como si quisiera asegurarse de que lo llevaba debidamente anclado en la cabeza. Un instante después entró Tully en el campo visual, balanceándose. Los dos convergieron en la barra y se situaron muy cerca de aquel hombre, pero sin tocarlo. Cuando éste se percató de la presencia de ellos, presionaron sus cuerpos contra él, pero no con demasiada fuerza, sino con la suficiente para hacerle ver que no tenía escapatoria. Bobby inclinó la cabeza hasta su oído y le dijo alguna cosa, a la que el otro respondió con un gesto que, aun desde la distancia, podía interpretarse en parte como una protesta y en parte como una

negativa. Bobby volvió a decirle algo. A Mitchell se le antojó que aquello era como estar viendo un programa de televisión con el volumen cerrado, cómico y a la vez molesto, igual que si se hubiera violado alguna regla de la Naturaleza.

Tully empezó a empujarle con su cuerpo y el grupo entero —la *Gestalt*, pensó Mitchell recordando esta palabra usada algunas veces por Katsouras— avanzó en bloque hacia la puerta. El desconocido se agarraba a la barra, pero Tully presionó con más fuerza y sus manos fueron resbalando por la superficie de madera. Aunque ahora su cara estaba de perfil a la ventana, el hombre continuaba con la cabeza gacha y sus facciones permanecían en la oscuridad. Pero durante un fugaz momento Mitchell comprendió de quién se trataba. Su sangre se le quedó helada de incredulidad, rabia y consternación.

—¿Lo conoces? —le preguntó Jappy.

Mitchell, poniendo en su voz un acento de tranquilidad e indiferencia, contestó:

—No. Me recuerda a un determinado delincuente, eso es todo. ¿Cómo quieres que le conozca? Ésta es tu ciudad, no la mía.

—Podría venir de *fuera* —dijo Jappy—. Igual que tú.

Abajo, los otros llegaban ahora a la puerta moviéndose más rápidamente. El viejo trataba de resistirse, pero todo era inútil. Parecía estar diciendo algo y sus brazos, inmovilizados, pretendían soltarse como para dar más énfasis a sus palabras. Daba la impresión de que Bobby le escuchaba atento, con la cabeza inclinada hacia el viejo, pero Tully se mostraba inflexible.

Transpusieron la puerta y se perdieron de vista. En la habitación de arriba hubo una exhalación general de resuellos contenidos. Mitchell permanecía junto a la ventana, contemplando las animadas pistas de bolos y tratando de convencerse de que se podía haber equivocado respecto a aquel viejo. Pero era una esperanza perdida.

—Magnífico trabajo —comentó Jappy—. Se han llevado de ahí a ese sujeto y nadie se ha percatado de ello. Ni siquiera el camarero.

—¿A qué llamas tú un magnífico trabajo? —dijo Sunny—. ¿A que esos dos sementales puedan con un pobre viejo?

—¡Cállate! —exclamó Johnny.

—¿Por qué iba a callarme? ¿Es que no puedo manifestar mis opiniones?

—Tus opiniones las tienes entre las piernas, y el hablar no es tu fuerte.

Así que cierra el pico.

Sunny, ofendida, abrió la boca, pero Battler la interrumpió:

—Ya le has oído.

—Ya le has oído —le remedó Sunny—. Hablas como en esas horripilantes películas de la tele, cuando Edgar, o como se llame ese Robinson, dice algo y sus fieles amigos añaden: «Ya le has oído». Pues, adelante.

Jappy miraba a Mitchell.

—¿Y no lo has visto antes? ¿Estás seguro?

—Completamente —respondió Mitchell, pensando con amargura qué objeto tendrían aquellas palabras.

Asimismo pensaba «si yo fuera listo me largaría ahora mismo de aquí, mientras me fuera posible hacerlo».

—¿Quién seguiría a uno de nosotros, sino un policía? —La voz de Jappy sonaba con acento de extrañeza—. Y ese tipo es un miserable y desgraciado polizonte.

—Ya le has oído —dijo Sunny.

Battler la increpó:

—Estás buscándote que te cruce la cara.

—Hacedme un favor —dijo Jappy con aire fatigado—. Calmaos todos y dejad de pelearos de una vez.

—Ya le has oído —repitió Sunny en voz baja.

—Ahí vienen —advirtió Battler.

Afuera se oían rechinar los peldaños de la escalera metálica. Mitchell se puso tenso, pero no se movió. Su mente parecía trabajar a marchas forzadas. Jappy puso el dedo sobre el botón de apertura de la puerta, y lo apretó al cabo de unos instantes. Al abrirse la puerta apareció Bobby en el umbral. Respiraba agitadamente y tenía la cara pálida. Cerró la puerta y se recostó contra ella brevemente, como si necesitara recuperar fuerzas. En las rodilleras de sus pantalones había un pequeño desgarrón y una mancha de barro.

Jappy exclamó:

—¿Dónde diablos está Tully y...?

Bobby le cortó en seco alzando la mano y dijo:

—Jappy, llévate de aquí a la muchacha.

Jappy, en respuesta urgente a las palabras de Bobby, hizo con la cabeza una indicación a Sunny y le señaló con el dedo la puerta de la habitación contigua.

Sunny se dirigió a Bobby:

—¿Dónde está Tully? ¿Qué le ha ocurrido?

—Se encuentra bien. Por Cristo, ¿quieres entrar en esa habitación?

Ella le miró fijamente, dio media vuelta y se dirigió taconeando hacia la habitación de al lado. Antes de desaparecer por la puerta, ella gritó con rencor:

—¡Ya le has oído!

Bobby aguardó a que la puerta estuviera totalmente cerrada y dijo:

—Jappy, ha muerto.

—¿Tully? —La voz de Jappy se alzó con un acento de quejumbrosa incredulidad.

Las piernas de Mitchell empezaron a temblar y separó los pies para mantenerse firme.

La tez de Jappy, que se había tomado blanca, cambió a un color oscuro sombrío y luego a un rojo intenso.

—¿Qué quieres decir con qué ha muerto? ¿Ha sufrido un ataque al corazón o algo parecido?

—Tully le golpeó. Santo Dios, él...

—¡Que lo golpeó! ¡Yo no he dicho que se golpee a nadie!

Una parte de la mente de Mitchell se puso a funcionar y, de pronto, comprendió que acababa de ser liberado. Pero él continuaba todavía entumecido.

—Trató de escapar —dijo Bobby—. Echó a correr por detrás, hacia el campo. Tully le dio alcance y lo derribó. El viejo se puso en pie y le propinó a Tully un puñetazo. Tully, resentido, le derribó de otro directo, pero el maldito viejo volvió a levantarse, y después de pegarle nuevamente a Tully salió corriendo campo a través. Tully le dio caza y le pegó con todas

sus fuerzas hasta tumbarlo. Mientras le tenía caído en el suelo le golpeó un par de veces, hasta que llegué yo...

—¿Y dónde diablos estabas tú durante todo ese tiempo?

Bobby se ruborizó.

—El viejo maricón me puso la zancadilla al escapar, y lo demás ocurrió tan rápido... —Se tocó el desgarrón de la rodillera con dedos solícitos—. Parece mucho tiempo, pero todo pasó en pocos segundos. Además, no me parecía que hubiera prisas. Pensé que Tully se haría con él fácilmente. Cuando vi que estaba teniendo complicaciones y que el viejo le plantaba cara de aquella forma, eché a correr hacia ellos. Pero cuando llegué allí...

—Jesús —exclamó Jappy—. Válgame Dios...

—Yo no suponía que Tully le iba a pegar tan fuerte. Pero ya le conoces, tiene más fuerzas que un buey y le aplastó el maldito cráneo como si fuera de papel.

—¿Estás seguro de que ha muerto? —preguntó Jappy.

—Lo he comprobado bien. No tiene pulso. Ni le late el corazón.

«¿Qué debo hacer —se preguntaba Mitchell—, elevar una oración de gracias?».

—Si hay algo que odio en este mundo —dijo Jappy—, son las cosas que se hacen sin sentido. Especialmente cuando se mata sin sentido.

Mitchell pensó que había llegado la hora de que él dijera algo.

—Además —dijo—, la muerte de ese pobre viejo te afecta.

—Me importa un rábano el viejo. Venía buscando complicaciones. Pero era una muerte *inútil*.

—Tully es como un buey —dijo Bobby—. No sabe pegar científicamente. Se limita a usar su fuerza. Pero nadie ha visto nada, Jappy. Todo ha ocurrido allí detrás, en el bosque, y no había nadie más. Estaban solos.

—¿Dónde está el viejo ahora? ¿Y dónde está el zoquete de Tully?

—Allí atrás, con el muerto. Están entre las hierbas. Son tan altas que no hay forma de verlos. Están bien escondidos.

Battler habló por primera vez:

—Valdría más que nos moviéramos.

—Jappy, ¿qué hacemos?

—Deshaceos de él.

—¿Adónde lo echamos?

—¿Qué más da? Arrojadlo al vertedero de desperdicios. Tiradlo al maldito río a ver si le arrastra la corriente hasta el otro Condado. Pero hacedlo desaparecer. Ahora mismo.

Bobby miró a Battler.

—¿Puedes prestarme el coche?

—Será mejor que vayas a echar un vistazo —le dijo Jappy a Battler—. Averigua quién es. A ver qué papeles lleva encima.

—¿Traigo aquí sus cosas?

—Aquí no traigas nada. Examina lo que lleve con él y tíralo en cualquier parte. Arrójalos a la basura. —Jappy se volvió súbitamente hacia Mitchell—. Nos has traído mala suerte.

—Tonterías —respondió Mitchell—. No lo achagues a la mala suerte. Ha sido pura estupidez. Yo en tu lugar me desprendería de ese muchacho.

Battler estaba gesticulando con brazos y hombros para ponerse el abrigo.

—¿Hay sangre? —le preguntó a Bobby—. Tengo una lona en el coche.

—Claro que hay sangre. Le despachurró la maldita cabeza.

Battler y Bobby se dirigieron a la puerta.

—Que vaya con vosotros y eche una ojeada al muerto. —Jappy hizo una indicación a Mitchell—. ¿Te importa ir?

Mitchell se encogió de hombros y siguió a los otros dos bajando por la escalera metálica. Desde el descansillo se puso a mirar hacia el campo, oteando en la oscuridad. Lo único que podía descubrir era una ininterrumpida línea de altas y espesas hierbas que se extendía profundamente hasta una zona sumamente oscura que formaba la frontera del bosque.

—Las hierbas tan altas les proporcionaban un buen escondite, ¿verdad? —preguntó Bobby.

Descendieron apresuradamente por los peldaños elásticos de la escalera. Media docena de coches, pertenecientes a los empleados de la «PI’N WHISTLE», aparecían aparcados delante de la entrada, en el arcén, tras los cuales se elevaba la zona de hierbajos, de un metro y algo más de altura,

que se movían ligeramente con el soplo del viento. A unos treinta metros más adentro, a mitad de camino entre el aparcamiento y el comienzo del bosque, se encontraron a Tully sentado sobre el suelo con las piernas extendidas al frente. Ni siquiera levantó la cabeza. El cadáver se hallaba más adentro, a metro y medio de él, boca abajo, con las piernas flexionadas como en un postrer espasmo de dolor.

—Será mejor que te agaches —dijo Battler.

Battler y Bobby se encontraban ya en cuclillas, y la punta de los hierbajos sobresalían varios centímetros por encima de sus cabezas. Mitchell se agachó también, y en dicha postura fue andando hasta donde se encontraba el cadáver. Tenía la cabeza deformada y en el cráneo se destacaba una brecha de líquido negro. Mitchell no necesitaba verle la cara, pero estaba obligado a hacerlo. Lentamente, casi con esmero, rodó el cuerpo hasta dejarlo boca arriba. Aquel rostro flaco y demacrado aparecía manchado de sangre, y parecía el de un hombre viejo. Sus ojos, circundados de color bermejo, estaban abiertos, mirando fijamente a la lejanía del cielo. Mitchell se dio media vuelta y regresó arrastrándose hasta donde Battler y Bobby estaban esperando.

—No lo he visto en mi vida —susurró.

—Está bien —dijo Battler, y le dio a Tully con el codo—. Vamos, merluzo. Échame una mano.

Mitchell no esperó más. Se fue arrastrando por entre las hierbas y ascendió por la escalera metálica. Llamó tres veces y Jappy le abrió la puerta.

—¿Y bien?

—No lo conozco —dijo Mitchell—. Algún viejo maleante. Tiene los ojos abiertos.

—¿Y qué quieres que le haga? ¿Se los beso para que duerma bien? —Jappy encendió un cigarro. Al igual que su whisky, el cigarro era de una marca barata y olía que apestaba—. Te diré una cosa, Mitchell. Creo que estás «quemado». Me lo estoy pensando mejor.

—Estoy «limpio» —objetó Mitchell—. Ni siquiera sabe nadie que estoy en la ciudad.

—Ese viejo lo sabe —arguyó Jappy con voz sepulcral.

—Ese viejo está muerto, ¿recuerdas?

—Pero te venía siguiendo, ¿recuerdas?

—Venía siguiendo a *alguien*. Podía ser a alguno de tus muchachos. También podía ser a mí. Es posible que me viera exhibir un puñado de billetes en alguno de aquellos bares.

—¿Y te iba a seguir hasta aquí? Muy ambicioso tenía que ser ese mangurrino. ¿Hablaste con alguien de la cárcel sobre el robo al Banco?

—Ni siquiera sabía yo lo del Banco de Amesville hasta encontrarme en libertad.

—Esperemos a ver qué podemos averiguar acerca del muerto —dijo Jappy—. Me temo que algo va mal. Cuando hayamos averiguado lo del muerto te comunicaré mi decisión sobre el robo del Banco.

—¿Que me comunicarás tu decisión? —dijo Mitchell—. Pues que te vaya bien, capullo. —Cogió su maleta—. Ya encontraré otro contacto. Puede que no sea tan listo como tú, pero sabrá decidirse de una vez y no tendrá tantas dudas.

—Adelante —dijo Jappy—. Si quieres irte nadie te va a detener.

—Celebro haberte conocido —añadió Mitchell.

Salió por la puerta y cerró de golpe. Cuando llegaba al centro de la escalera metálica percibió el foco de luz que despedía la puerta al abrirse. Continuó bajando, y cuando aún no había llegado al pie de la escalera oyó la voz de Jappy que decía:

—No te pongas así. ¿Por qué eres tan susceptible?

Mitchell sonrió, hizo un guiño y volvió a quedarse serio. Su expresión era grave cuando comenzó a subir los escalones.

Jappy abrió la puerta para que saliera Sunny, y ésta lo hizo igual que una fiera que escapa de su jaula.

—¿Soy yo la esclava de tu harén turco para que me empujes como una bestia? —exclamó indignada—. Entra en la habitación, sal de la habitación... Ni que estuviéramos en el siglo XIX. Yo no tengo por qué aguantar tus groserías.

—No alborotes tanto y cállate —dijo Jappy.

—Igual que una esclava turca —repitió Sunny—. No dejas a nadie libertad de elección.

—Puedes disponer de toda la libertad de elección que quieras. Sólo tienes que decir una palabra y volver a trabajar de camarera donde estabas, a que te soben el trasero los representantes de medias y a meterte en la cama por cinco dólares.

—Yo no me he acostado en mi vida con nadie por cinco dólares. Soy libre y puedo haberlo hecho con alguien. Pero no por cinco dólares. ¡Nunca!

—Bien —dijo Jappy con tono de hastío—, entonces es que has subido el precio.

—Tengo belleza y juventud, y me cotizo bien en el mercado.

Jappy le dijo a Mitchell:

—¿Estás viendo qué pandilla? El único que tiene juicio es Battler, pero le falta inteligencia. No te culparía si te asustases y te fueras a otra parte con tu proposición.

—Lo único que necesito es que arriba haya cerebro, y los demás obedezcan las órdenes —contestó Mitchell.

—¿A dónde has enviado a Tully? —preguntó Sunny—. Algo está oliendo mal aquí. Se supone que podíamos divertirnos esta noche. Santo Dios, apenas habíamos entrado al «Beebee's», y ya nos vemos encerrados en esta casucha. Por si fuera poco, Tully desaparece. ¿En dónde diablos está?

—Ha ido a un funeral —dijo Jappy—. ¿Satisfecha?

—Mierda —repuso Sunny.

Mitchell se acercó a la ventana y se puso a contemplar las pistas de la bolera. Eran las nueve, y la mayoría de las familias se habían ido, dejando las pistas a la gente joven. La barra estaba más animada que antes, y el restaurante contiguo aparecía muy bien atendido por dos camareras con minifaldas rojas que se movían vivaces con sus bandejas por entre las mesas. Sólo por distraerse, Mitchell se puso a observar a un joven calvo, vestido con un chándal, que lanzaba una bola y parecía que iba a obtener una buena puntuación. Cuando oyó el zumbido de apertura de la puerta, no se volvió en seguida, sino que continuó mirando al joven que lanzaba otra bola.

Battler aparecía de pie junto a la mesa de Jappy, y Bobby y Tully estaban cerca de la puerta. Tully sostenía un pañuelo pegado a la mejilla, y por encima de la blancura del trapo destacaban sus ojos malhumorados. Jappy, en pie, hacía gestos a Sunny para que entrase en la estancia de al lado. Ella le miraba con rebeldía.

—Y no me vengas con protestas —le dijo Jappy levantando la voz—. O entras en esa habitación o te doy un puntapié en el trasero y caes por la escalera. ¡Muévete!

Sunny miró melancólica a Tully, y éste eludió su mirada. Ella se volvió de repente, entró en la otra habitación y cerró de un portazo. Al quitarse Tully el pañuelo de la cara dejó al descubierto un feo verdugón rojo en su mandíbula. Observó detenidamente el pañuelo y volvió a colocárselo contra el rostro.

Jappy le preguntó:

—¿Qué te ha sucedido? —Al no responder nada Tully, Jappy se dirigió a Battler—: ¿Qué le ocurre?

—Se ha pasado de listo y le he tenido que sacudir. Pero no ha sido nada.

—Le dio bien en el trasero —dijo Bobby—. Un buen golpe.

—Debías haberle roto un par de dientes —agregó Jappy. Hizo un gesto de rechazo—. ¿Qué hay del muerto?

—Se llamaba Morris Laplace —contestó Battler—. No sabemos de dónde procede. Pero en su bolsillo había una carta de un recluso de Fredding. También estuvo recluido allí.

Jappy se volvió hacia Mitchell y le preguntó:

—Morris Laplace. ¿Te suena ese nombre?

Mitchell negó con la cabeza.

—¿No lo conociste en Fredding?

—Allí hay más de cuatro mil reclusos. No he oído nunca ese nombre.

Jappy le miró durante un rato con ojos inquisidores. Luego le dijo a Battler:

—¿Os habéis deshecho de él?

—En el vertedero municipal. Había en él una pira colosal. Lo echamos encima y ardieron también sus papeles.

—No es fácil que arda completamente un cuerpo —dijo Mitchell—. Imaginaos que mañana encuentran algún resto.

—En tal caso cantaremos —añadió Jappy—. Diremos a la Policía quién le golpeó. ¿Verdad, Tully? ¿Verdad, pedazo de zoquete?

Efectuó un movimiento extraño, aunque con sorprendente rapidez, y Tully no tuvo tiempo de defenderse ni de esquivarlo, y el puño de Jappy le alcanzó en el temporal izquierdo. Su cabeza rebotó contra el revestimiento de madera de la pared, y sus ojos se quedaron sin brillo. Pero instintivamente protegió su rostro con las manos y se echó hacia atrás, en tanto que Jappy volvía a usar el puño haciendo una finta en busca de un hueco libre para golpear, pero Tully continuaba apartando la cabeza. Finalmente, resoplando de rabia, Jappy le asestó un puñetazo en las costillas que obligó a Tully a hacer una mueca de dolor.

Jappy bajó los brazos, se apartó de Tully y le dijo a Mitchell:

—¿Deseas regresar a tu hotel?

Mitchell asintió, diciendo:

—¿Puedes llamar un taxi?

—Lamento que hayas tenido que ver esto —dijo Jappy—. Si supiera que iba a servir de algo, mataría a ese zoquete con mis propias manos. —Se encogió de hombros y casi sonrió—. Tal vez se encargue de él la Policía.

—Esperemos que así sea —agregó Mitchell—. Así aprenderá a obedecer órdenes.

—Vuelve mañana por la mañana, a las diez o las once —dijo Jappy—. Daremos un paseíto en coche. ¿Te parece?

—Claro —repuso Mitchell—. Me encantará.

Mitchell se inscribió en el hotel «Philbin Arms» y fue conducido a su habitación en un ascensor abierto, tipo jaula. Al llegar a la puerta despidió al botones con un dólar de propina, y la abrió él mismo. La habitación era de techo alto, espaciosa, con un mobiliario decimonónico y sin gracia, recias cortinas corinto cubriendo las ventanas, y un penetrante olor a cera. Examinó el cuarto de baño: baldosas blancas, un amplio lavabo pasado de moda, y bañera sólida sobre patas torneadas. Regresó al dormitorio y se sentó sobre la cama, al lado del teléfono.

Facilitó un número a la operadora y esperó, con la mente en blanco, mientras escuchaba el sonido que hacía al marcar, y, seguidamente, el zumbido del timbre. Por fin descolgaron al otro lado de la línea y se oyó una voz diciendo: «Diga».

—Creo que ha picado —dijo Mitchell.

—¿Qué? —preguntó la voz.

Mitchell hablaba lenta y pausadamente, y con trazas de impaciencia:

—He dicho que creo que ha picado. Mañana lo sabré seguro.

La voz gruñó sin comprometerse.

—Otra cosa —dijo Mitchell—. ¿Puso usted a Morris Laplace para que me siguiera?

—¿Que si puse a quién? ¿A Morris Laplace? Oh. ¿El viejo convicto que hacía de enfermero en Fredding? ¿Que si le puse para seguirte? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Se lo estoy preguntando. ¿Le puso a seguirme?

—Tonterías. Si yo quisiera seguirte, ¿habría puesto a un hombre como Morris Laplace?

—Bueno, si le interesa saberlo, Laplace ha sufrido un accidente.

—¿Qué clase de accidente? ¿Estás tratando de decirme que tú...?

—Yo ni siquiera lo he tocado. Pero ocurre que me he enterado de ello.

Hubo una pausa.

—¿Fue grave el accidente?

—Muy grave. Ha muerto.

—¡Eres un hijo de perra! —La voz se elevó repentinamente, sin gradaciones, hasta alcanzar un tono de absoluta furia—. ¡Si piensas que me voy a comer un asesinato...!

Mitchell, frunciendo el labio, acabó con aquellos gritos colgando de golpe el aparato.

OceanofPDF.com

El «Chrysler» rodaba veloz y suavemente por el llano de la campiña, siempre un poco por debajo de los límites de la velocidad autorizada, siempre con escrupulosa obediencia a las señales e indicaciones de la carretera. Al igual que hiciera la noche anterior, Mitchell observaba con aprobación la manera de conducir de Battler. Era un volante de primera categoría.

En los intervalos que surgían entre la sucesión de monótonas e idénticas poblaciones, los campos yacían inmutables y vacuos, descansando, recuperándose para los cinco meses a partir de la primavera en que serían puestos a trabajar: arar la tierra, abonarla, sembrarla, hacerla germinar, de forma que, un año más, alumbrara provisiones...

Jappy estaba sentado con la espalda recta, en posición inmutable desde el momento en que ocupara su asiento junto a Battler, como si ello constituyera un especial privilegio u orgullo, dejando para Mitchell todo el asiento posterior. Anteriormente, Tully y Bobby habían protestado vigorosamente por no haberles dejado ir también, pero Mitchell insistió en su exclusión y Jappy lo había respaldado.

—¿Quién diablos se supone que es este tipo, para que venga a darnos órdenes? —decía en voz alta y enojado Tully—. Lleva aquí menos de veinticuatro horas y ya está mandando.

—Cierra el pico —dijo Jappy—. Después de lo que hiciste anoche te encuentras en la lista de los malos. No lo empeores más.

—Yo no estoy en esa lista —comentó Bobby.

—Pero debiste impedir que se cargara al viejo.

—Yo no leo los pensamientos —dijo Bobby con toda seriedad—. Si hubiera sabido lo que Tully iba a hacer...

—Lo cierto es que cuando se hace un reconocimiento del campo de batalla, no se lleva a todo un ejército —aclaró Mitchell.

—Entonces tú eres el general, ¿no? —dijo Tully—. Pues así, ¿en qué queda convertido Jappy, en un lugarteniente o algo parecido?

Desde su posición en la ventana, Mitchell obtenía una vista completa de las desiertas pistas de la bolera y sus alrededores.

Un equipo de dos hombres y una mujer, vestidos idénticamente con pantalones vaqueros y bufandas que cubrían sus cabezas, se dedicaban a las tareas de limpieza; barrían las pistas, limpiaban con aspirador las alfombras, pasaban el trapo a los bancos de plástico, verificaban el material en busca de desperfectos...

—Si el espectáculo es suyo, dilo. Así sabremos quién tiene que darnos las órdenes —objetó Tully.

—El espectáculo no es de nadie, todavía —replicó Jappy—. Eso es precisamente lo que intentaremos decidir hoy. Hoy sabremos si va a haber o no espectáculo.

—Eso no es una razón para que no vaya yo también.

Mitchell dijo fríamente:

—No vamos a necesitar de tu especialidad. Puedes estar seguro de que utilizaremos tus servicios cuando necesitemos matar a algún viejo.

Tully se lanzó contra él con los puños cerrados, pero intervino Battler interponiéndose con toda la humanidad de su cuerpo.

—¡Voy a machacar a ese hijo de perra! —exclamó Tully.

Su rostro enrojecido se dejaba ver por encima del hombro de Battler.

—Ve a sentarte —le indicó Jappy.

—¡Lo mataré! —gritó Tully.

—Escucha, payaso —dijo Jappy en tono familiar—. Tú no tienes aquí un puesto permanente. Esto es como cualquier otro trabajo. Puedo despedirte, darte una patada en el trasero. Y eso es lo que haré si no dejas de hacer chulerías. Ve a sentarte.

Tully hizo ademán de vencer la resistencia de Battler, pero en seguida desistió de ello y fue a sentarse en una silla.

Jappy le habló a Bobby:

—Como ha dicho Mitchell, para ir de patrulla no se envía a todo el ejército. No conviene que vean en la ciudad a un ejército arrastrando lets botas alrededor del Banco.

Mitchell se inclinó hacia delante en su asiento y, elevando la voz por encima de la corriente de aire que se metía por la ventanilla triangular situada a la derecha de Jappy, dijo:

—No me entusiasma la idea de que Tully participe en esta operación. Es un trabajo que precisa de mucha sangre fría.

—Yo puedo controlarle —dijo Jappy—. Es un novato pero tiene nervio y no se arredra. Sé manejarlo.

—Eso espero. Pero ya es hora de que empiece a comportarse como un hombre y no como un niño mimado.

—Sé manejarlo. Le conozco muy bien. Igual me pasa con Bobby. Le conozco de arriba abajo. A decir verdad, al único que no conozco es a ti.

—Estupendo. Si ves en mí algo que no te gusta, dilo. Estás a tiempo. Todavía no hemos hecho ningún trato.

—A Tully es cuestión de saber tratarlo. No seas severo con él. Trata de que te guste un poco.

—No es cuestión de que te gusten las personas con las que trabajas. Solamente hay que saber depender de ellas.

—Deja de ser tan intransigente. Cede un poco por tu parte y todo será más fácil.

—Está bien —dijo Mitchell—. Pero no me gustaría echar por la ventana un millón de dólares sólo por culpa de un novato.

—Cuando se pasa de la raya —habló Battler por primera vez—, yo sé cómo enderezarlo. Igual que anoche. Bastó con pegarle una vez. A él no le gusta que le peguen. Creo que es por su apariencia.

Jappy asintió y dijo:

—Lo que dice Battler tiene sentido.

—Ya me he dado cuenta —añadió Mitchell.

—Cuando estuvo en el ring le traquetearon bastante el cerebro, pero eso no le afectó el juicio.

A unos setenta y cinco kilómetros al noroeste de Amesville, se detuvieron en un restaurante económico para tomar café y luego continuaron la marcha. Cuando apareció un letrero publicitario del «Amesville Motel» (Piscina Climatizada), Mitchell dio un golpecito a Battler en el hombro.

—Tira a la izquierda en la próxima señal de tráfico. Es otra vía que entra a la ciudad y pasa junto a la fábrica de galletas. Conviene que le echemos un vistazo.

—¿Tiene algo que ver con el robo del Banco? —preguntó Jappy.

—Lo que tiene que ver únicamente es su nómina. Pero no estará mal que la veamos. Aquí mismo, Battler.

Battler se metió por una carretera de hormigón de tres carriles. Una valla publicitaria, que reproducía el logotipo y los colores de la etiqueta estampada en la caja de «Galletas Munchmore», anunciaba que la fábrica se encontraba a seis kilómetros de allí siguiendo recto.

—Dentro de cinco minutos empezaremos a olerlo —dijo Mitchell—. O antes, si el viento es favorable.

—No veo ninguna ventaja en que pasemos por ella —comentó Jappy—. También puedo vivir sin oler a galletas.

—Representa una visión muy estimulante —advirtió Mitchell—. Tiene el mismo aspecto que el dinero.

Aumentaba el tráfico y ellos empezaban a ver pequeños y decadentes establecimientos comerciales a ambos lados de la ruta, ante los cuales se destacaban reducidos parches de asfalto que servían de lugares de aparcamiento: venta de bebidas para llevar, servicio de comidas, un puesto cochambroso de crema congelada, venta de jerseys con «defectos de fabricación», un «almacén» de muebles a «precios de fábrica»... Todo lo cual no eran más que trampas dispuestas a atrapar el dinero de los trabajadores de la fábrica.

Mitchell inhaló aire profundamente.

—Ya se percibe el olor —dijo.

—No está del todo mal. Es algo dulzón —dijo Battler oliscando.

—Dulce y fresco —dijo Mitchell—. ¿Os imagináis lo que es estar ahí dentro? Más dulce y más fresco. Ese olor te lo llevas a casa contigo metido en la nariz, en la ropa, en el pelo. Te acompaña siempre. Al cabo de poco tiempo lo aborreces y no te quedan ganas de comer más dulces en tu vida.

—A mí me gusta —declaró Battler.

—Nada más de olerlo me hace pensar que estoy ahí dentro otra vez —dijo Mitchell.

—Tú lo *has querido* al empeñarte en pasar por aquí —dijo Jappy.

—Una vez trabajé en la panadería de la prisión —confesó Battler—. Me gustaba ese olor.

—No pensé que me iba a afectar tanto —dijo Mitchell—. En seguida la veréis..., después de esa curva.

Los rayos del sol incidían sobre el campo de coches que poblaban los lugares de aparcamiento en torno a los edificios; interminables hileras de vehículos, puestos ordenadamente, y pintados de color granate, negro, gris, salmón, amarillo, verde. Los edificios de dos plantas se asemejaban a una maqueta hecha a escala gigante, ordenadamente, idéntica, tachonada de ventanas brillantemente iluminadas por la luz solar. Battler aflojó la marcha y cruzaron por delante de una amplia entrada con columnas, guardada por una garita con dos policías especiales de uniformes azul grisáceos. Más adelante había otra ala de la fábrica con su propia maqueta de edificios y su aparcamiento atestado de coches.

—Ahora ya podemos ir a echar un vistazo al Banco, ¿no? —dijo Jappy.

—El Banco es bastante más pequeño —repuso Mitchell—. Puede que no os impresione.

—Lo que me impresiona a mí es el dinero —comentó Jappy—. El tamaño es lo de menos.

—El dinero es lo que cuenta. Un miércoles sí y otro no.

El aparcamiento estaba muy lleno cerca de la entrada del supermercado, pero del lado de la carretera estaba casi vacío. Battler aparcó en la última fila de emplazamientos marcados con yeso. Directamente frente a ellos, al otro lado del camino en declive, de un solo carril que pasaba por detrás del supermercado, se alzaba el «Banco Popular» de Amesville, ocupando una parcela bellamente edificada. Era un edificio colonial, pequeño y atractivo, de ladrillo rojo y decoraciones blancas de madera, de una sola planta y de unos treinta metros de profundidad. Se hallaba rodeado de plazas de aparcamiento.

—Es un Banco pequeño —dijo Jappy—. Sólo hay tres coches aparcados. Parece mentira que valga un millón.

—Por las mañanas está más atareado. Usualmente por comerciantes que traen sus ingresos de la noche anterior, si es que no los han dejado en la depositaría nocturna, o que necesitan cambio en billetes pequeños y monedas. También acuden algunas amas de casa a sacar dinero para la compra matutina, y gente de ese tipo.

—No me importaría que hubiera dentro seis o siete personas. Eso proporciona al lugar un aspecto normal visto desde fuera.

—En días de pago, a hora más avanzada, a la hora del almuerzo, esto es una barabúnda. Lo mismo ocurre por la tarde, cuando salen de la fábrica. Pero a esa hora nosotros ya estaremos lejos.

—O muertos.

Mitchell continuó hablando:

—Battler puede aparcar aquí. Si lo prefiere, en este mismo sitio, cerca del camino. Estará vacío. Todo el mundo prefiere estar lo más cerca posible de la tienda. Cuando salgamos del Banco habremos de recorrer unos treinta metros hasta el coche...

—Cargados con el dinero no podremos correr mucho.

—En este mundo no hay nada perfecto —dijo Mitchell—. Claro que correríamos más sin el dinero. ¿Pero qué tiene eso de divertido?

—No me gusta la salida —objetó Battler—. Demasiado estrecha. Sólo bastaría que viniera otro coche en dirección contraria mientras estuviéramos saliendo de aquí, para que tuviéramos complicaciones.

—No necesitas utilizar la salida. Da la vuelta aquí mismo. El bordillo no es muy alto. Sáltalo, cruza la acera y sal directamente a la carretera.

—De acuerdo —dijo Battler—. Robáis el Banco, cruzáis corriendo con el dinero, os metéis en el coche y nos vamos.

¿Luego qué? ¿Cómo recorreremos los doscientos cincuenta kilómetros que nos faltan para llegar a casa sin que nos pesquen?

—Es un problema —dijo Mitchell—. Pero cuento con Jappy para que lo resuelva. Para que piense y dé la solución.

—No corras tanto —dijo Jappy—. Primero tengo que convencerme de que podemos robar el Banco.

—Entra y examínalo. Ya te dije el personal que tiene. Velo por ti mismo.

Jappy abrió la puerta del coche.

—Voy a abrir una cuenta corriente. Eso me dará tiempo para hacerme cargo de la situación. —Se apeó—. ¿Sabéis qué interés pagan?

Mitchell le espetó:

—Supón que no te pagan unos intereses satisfactorios. ¿Vas a ponerte furioso y echarlo todo a rodar?

Jappy se quedó erguido delante del coche, estirándose la chaqueta.

—Si no me gusta el interés meteré solamente veinticinco dólares en la cuenta. Usaré nombre falso. Dame una calle de la ciudad.

—Cross Street 29. Es una fonda.

Se quedó contemplando a Jappy que entraba en el Banco, frío y autosuficiente. En el asiento delantero, Battler parecía hecho de granito; la cabeza, el cuello, los hombros..., todo ello formaba un bloque sólido, impermeable. Battler sabía esperar. A decir verdad, el esperar constituía uno de los requisitos básicos de su vocación. Los hombres imaginativos eran malos para esperar; se consumían entre fantasías. Battler no empleaba sus energías en quimeras.

Veinte minutos después salió Jappy del Banco. Mitchell observó que se detenía en el camino de servicio, sacaba su cartera y metía en ella, parsimoniosamente, un papel que traía en la mano. Luego, con la misma parsimonia, siguió andando hasta el coche y se sentó al lado de Battler. En la boca tenía un cigarro sin encender.

—Ya soy cuentacorrentista del «Banco Popular» de Amesville —dijo. Arrimó una cerilla al cigarro y sopló nubes de humo acre contra el cristal del parabrisas—. Pagan un cinco por ciento compuesto trimestral, desde el día que lo pones hasta que lo sacas. Es más de lo que se obtiene en casa.

—Felicidades —dijo Mitchell—, vas a ser independientemente rico. Por cierto, ¿qué te ha parecido el plan?

Antes de responder, Jappy expulsó tres veces humo.

—Podría resultar, pero sigue sin ofrecer garantías.

—Si las hubiera, carecería de romanticismo el robo.

—Claro. He mirado detenidamente la cámara acorazada. Es un monstruo. No me gustaría nada tener que reventarla.

—No será necesario reventarla. Estará abierta.

—Si no lo estuviera nos encontraríamos en apuros. No podemos detenernos en medio de la operación y decir: «Perdonen, pensábamos que tendrían la caja abierta». En el robo no hay invitaciones de contraseña para otro día.

—Di alguna cosa útil —sugirió Mitchell.

—No me gusta que la cámara esté situada tan adentro. Al hacer la retirada tendremos que recorrer mucha distancia por dentro del Banco.

—Pero tiene una ventaja, por otra parte. Eso hace más difícil que vean desde fuera lo que está sucediendo.

—Tal vez. Pero me gustaría ver de antemano si hay posibles alarmas policiales, para trabajar sobre ellas. No me satisface que me sorprendan. ¿Con qué clase de protección cuentan?

—En días de pago, comenzando al mediodía, prácticamente tienen todas las fuerzas policiales; no tanto para proteger el dinero como para mantener el orden en la cola de gente. Por la mañana sólo hay, además del vigilante del Banco, un agente de la ciudad.

—Será el mismo que me ha buscado un sitio en la cola —dijo Jappy—. Y me ha llamado señor. ¿Un poli retirado? Un grandullón y barrigudo, ya mayor.

—Es holandés. Fue agente uniformado en la Policía de Melton hasta que se retiró hace tres o cuatro años.

—¿Te lo imaginas como un hombre dinámico?

—Lo dudo. No se mueve muy bien. Artritis o algo parecido. Cuando estaba en activo no se distinguió por su valentía. No creo que le dé por ganar medallas ahora. Especialmente si ve que le están encañonando con unas cuantas armas.

—Nunca se sabe con los holandeses. Son tercos y obstinados. Lo sé porque yo también lo soy. ¿Y en cuanto al policía de la ciudad?

—Depende. Generalmente es uno de los más jóvenes. Deberías conocer cómo son los agentes de una ciudad pequeña.

Battler se agitó en su asiento y dijo:

—El policía de una ciudad grande es más seguro. Conoce las probabilidades y, según vea las cosas, no tratará de ser un héroe. Los guardias de la ciudad pequeña son brutos como adoquines, y no saben tener en cuenta las posibilidades.

—Bien —dijo Jappy—. ¿Podemos esperar complicaciones por parte del policía de esta ciudad?

Mitchell se encogió de hombros.

—Lo único que puedo contestarte es que no lo creo.

—De acuerdo —dijo Jappy—, pero ¿y si nos las da?

—Entonces le mataremos —repuso Mitchell encogiéndose de hombros.

—Es lo que me imaginaba que ibas a decir —añadió Jappy haciendo una mueca.

—¿Sabes de otro procedimiento mejor?

—No —repuso Jappy—. No sé de ningún otro mejor.

OceanofPDF.com

Una camarera del «Pin’N Whistle» trajo de la cocina bocadillos y café y cobró por ello un dólar a cada uno. Mitchell protestó.

—En vísperas de conseguir un millón de dólares, deberías invitarme a una comida mucho mejor.

—El negocio es cosa aparte —replicó Jappy—. Yo también pago.

El viaje de regreso de Amesville había durado tres horas y media. Tully y Bobby estaban esperando en la oficina, malhumorados. Cuando se hubo marchado la camarera, Jappy ocupó su asiento habitual detrás de la mesa escritorio. Los otros se sentaron de frente a él. Mitchell cogió su bocadillo y su taza de café, y se acercó a la ventana.

Tully continuaba resentido por su exclusión de la descubierta matinal, dijo:

—¿Quieres que me tape los oídos con los dedos cuando hablas, y así no escucharé tus secretos?

Jappy, hablando con la boca llena de hamburguesa, dijo:

—Esta mañana hemos estado examinando la proposición de Mitchell. Se trata de asaltar un Banco. Quedan algunas dificultades por salvar, pero parece un buen asunto. Vamos a ejecutarlo. Y ahora, he aquí el plan...

Con calma y lucidez, Jappy fue expresando los detalles principales. Mitchell le escuchó durante un rato, y luego se puso a mirar por la ventana. Las pistas de la bolera estaban desiertas y tranquilas, ilimitadas, pero en uno de sus extremos había una figura humana, estableciendo con ello una proporción espacial, de igual forma que un paisaje cobra proporciones de escala al situar en él un animal o una persona. Era Sunny. Estaba apoyada contra la acolchada parte posterior de la barandilla de uno de los cubículos reservados, y, aun estando en reposo, Sunny parecía inquieta.

Jappy terminó su exposición.

—Y éste es el plan a grandes rasgos. Así se hallan las cosas por ahora.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó Bobby—. ¿Cómo se llama el Banco?

—Os lo diré cuando llegue el momento en que debáis saberlo.

—¿Y por qué molestarte siquiera en decírnoslo? —chanceó Tully—. Cuando llegue la hora de asaltar el Banco, lo señalas con el dedo, entramos y lo robamos. Así, con un poco de suerte, no será necesario ni que sepamos cómo se llama.

—Por el momento —dijo Jappy—, cuantas menos personas conozcan los detalles, mejor.

—Battler lo sabe —objetó Tully—, y cuando mueve la cabeza se le oyen castañetear los sesos.

—Si tu cerebro castañeteara —dijo Jappy—, al menos sabríamos que lo tienes.

Mitchell, molesto por aquel altercado, se volvió hacia la ventana. Sunny, ahora, no estaba sola. Se encontraba hablando con un hombre, el cual daba la espalda a Mitchell; era un individuo de aspecto corpulento, con un impermeable, y sombrero gris de surco alargado en el centro de la copa y ala caída sobre la frente. Mitchell lo miró con detenimiento y experimentó una sacudida de cólera. «Incluso a esta distancia hueles a polizonte», pensó agarrándose cómicamente con los dedos las aletas de la nariz, a manera de pinzas.

Mitchell vio cómo se alejaba de allí, a grandes zancadas, con aire torpe, brutal. Sunny se quedó mirándole hasta que desapareció, y seguidamente corrió a la barra y descolgó el teléfono. Se puso a marcar presurosa, alzando la vista hacia la ventana cada vez que marcaba un número.

Sonó el teléfono en la mesa y Jappy lo descolgó, emitiendo un gruñido circunspecto. Estuvo escuchando y luego dijo:

—¿Qué diablos quiere? El día de pago es dentro de una semana.

Mitchell veía hablar a la muchacha. Cuando ella dejó de mover la boca oyó que Jappy hablaba de nuevo:

—¿Te dio alguna indicación acerca de por qué quería verme?

Ella habló de nuevo, encogiéndose de hombros. Jappy lanzó un juramento y ella colgó.

Jappy colgó con rabia el aparato.

—Shannon. El hijo de perra. Viene hacia aquí.

—No sé por qué le temes —dijo Tully—. Figura en la nómina, ¿no?

—Cuando dice que quiere verme significa que quiere dinero. El hijo de perra.

—¿Quieres que nos larguemos? —preguntó Battler.

—¿Y qué más da? Para él no es ningún secreto veros aquí.

—¿Quién es Shannon, algún policía? —preguntó Mitchell.

—Es el teniente jefe de detectives. La sanguijuela más grande de todas.

—¿Crees que tiene algo que vender? —preguntó Mitchell.

—Él, puede que lo crea así; pero yo sé maldita la cosa que... —Las llamadas insistentes que aporrearon la puerta, le cortaron la palabra—. Incluso golpea la puerta como un polizone.

Pulsó el botón y se abrió la puerta. La débil luz diurna que entraba por el hueco del marco quedó casi totalmente anulada por el cuerpo macizo de Shannon. Cerró la puerta y miró en derredor con una sonrisa despectiva.

—Tully —dijo Jappy—, levántate y deja tu asiento al señor Shannon.

—Me quedaré de pie —dijo Shannon—. Vengo en visita de negocios.

—¿No viene usted con una semana de antelación?

—Se trata de un asunto nuevo. —Los ojos de Shannon recorrieron la estancia, con aire altivo y desafiante, y se detuvieron en Mitchell—. ¿Quién es ese sujeto?

Mitchell le aguantó la mirada, sin pestañear, aunque estaba sumamente tenso.

—Un amigo —respondió Jappy.

—¿De veras es usted amigo suyo? —preguntó Shannon.

Mitchell, deliberadamente, se volvió hacia la ventana.

—Tu amigo no es muy cortés que digamos —añadió Shannon. Mitchell ni siquiera se volvió—. ¿No piensas presentármelo?

—¿Para qué? —respondió Jappy—. Él ya conoce a la Policía.

—De eso estoy bien seguro —dijo Shannon—. Cuando veo a un maleante no lo confundo con nada más.

—¿Le apetece una copa?

—¿De ese meado de hormiga que tú llamas whisky? No, gracias. Cuando estoy de servicio no bebo meado de hormiga. —Dirigió su voz hacia Mitchell—. Amigo, soy el teniente Joe Shannon.

Mitchell se dio la vuelta y le miró. Pensó que aquel rostro de piel congestionada, nariz hundida y ojos protuberantes color azul claro, alimentaban en él viejos recuerdos.

—Qué emocionante —dijo.

—Conque es un bromista, ¿eh? —comentó Shannon—. Jappy, ¿quieres saber una cosa? Me parece que no me gusta tu amigo.

—Creo que le asusta *usted* —añadió Jappy.

—¿Cuál es su nombre, amigo? —preguntó Shannon. Mitchell le miró, sin decir palabra—. Le he preguntado cómo se llama, amigo.

—Dile cómo te llamas, por amor de Dios —le aconsejó Jappy—. ¿Qué puede importarte eso?

—John Smith —respondió Mitchell.

—Gracias. A lo mejor algún día podemos ser debidamente presentados. ¿Comprende bien mis palabras?

—Y ahora que ya lo ha asustado bastante —dijo Jappy—, ¿tratamos de ese nuevo asunto?

—¿Por qué no? —contestó Shannon—. ¿Qué sabes acerca del asesinato de Morris Laplace?

Su voz era despreocupada, incluso aburrida, y la sorpresa estaba bien fingida, pensó Mitchell. Sin embargo, Shannon había cometido un error táctico: mantuvo sus ojos claros, fijos en Jappy, y éste no mostraría la menor reacción. Pero Mitchell pensó que Shannon era lo bastante listo como para darse cuenta de esto a su vez. Poco le importaba. No había venido aquí a descubrir a ningún asesino, sino a ser sobornado.

—¿Quién es ese Morris del que me está hablando? —preguntó Jappy.

—Morris Laplace es un cadáver que hemos recogido del vertedero municipal. Tenía la cabeza machacada y gran parte de su cuerpo estaba quemado, pero hemos podido aprovechar lo suficiente de sus huellas dactilares para conseguir su identificación.

—No sé nada, teniente, absolutamente nada —dijo Jappy.

—Pues fue visto aquí.

—¿Aquí? —exclamó Jappy enfáticamente, señalando el tablero de la mesa en particular—. ¿Le han dicho que fue visto *aquí*? Le han informado mal, teniente.

—Al decir aquí me estoy refiriendo a la bolera. Anoche fue visto en la bolera.

—¿Ah, sí? Está bien, cada noche pasan por aquí trescientas o cuatrocientas personas, y es posible que estuviera aquí. Pero yo no me enteré.

—Tal vez lo sepa alguno de tus muchachos. —Sus ojos se fueron clavando sucesivamente en todos, y sólo obtuvo cuatro señales negativas de cabeza—. Todos dicen que no. ¿Qué te parece?

—Aquí no sabemos nada acerca de ese Morris, ni muerto ni vivo —dijo Jappy—. ¿No estará usted pescando a ciegas aquí y en la ciudad?

—¿Eso iba yo a hacer? —Su voz era burlona—. Estoy trabajando con información sólida.

—Confío en que no le haya costado nada, porque apesta. ¿No cabe la posibilidad de que sus soplones le den información mala porque necesiten desesperadamente uno de cinco o de diez?

—¿Uno de cinco o de diez? Estás viviendo en el pasado. ¿No has oído hablar de la inflación?

Jappy bostezó.

—Teniente, ¿le parece que hablemos dentro de una semana?

—Vamos a hablar ahora mismo —replicó Shannon—. Estoy haciendo una investigación oficial acerca de la muerte de Morris Laplace, a requerimiento de la Policía de su ciudad de residencia. Les he prometido darles algunos resultados... esta misma tarde.

—Jamás vi a ese hombre —dijo Jappy— ni tampoco lo vieron ninguno de mis muchachos. No conozco a ningún policía de su ciudad de residencia. Ni siquiera sé cuál es su ciudad de residencia. No existen testigos oculares ni pruebas. ¿Cómo es posible que un teniente jefe de detectives se encargue personalmente de un asunto rutinario, en vez de enviar a uno de sus hombres?

—Gracias por decirme cómo debo dirigir mi departamento —dijo Shannon—. Te hablaré con franqueza. Tal vez existan testigos oculares y pruebas, o tal vez no. Pero lo importante es esto: la Policía de la ciudad de Laplace actuará o no, según mis recomendaciones.

—Si la Policía de esa ciudad supiera algo positivo, enviaría a uno de sus hombres. Si tuvieran una pista sólida no harían un requerimiento rutinario como éste.

—Ya veo que tienes una mente lógica. Pero la cuestión es la siguiente: ¿Quieres tener complicaciones o no?

—¿Complicaciones? —exclamó Jappy—. Esto es un maldito chantaje.

En el repentino silencio que siguió, Shannon empezaba a agitarse y sus ojos se fueron aclarando hasta quedar casi incoloros, de la tonalidad rojiza de su rostro. Parecía situado al borde de una explosión de rabia y violencia. Mitchell pensaba que no había nada tan justo como acusar de inmoral a un policía corrupto. Luego, Shannon se fue distendiendo y esbozó una severa sonrisa.

—Aclaremos una cosa —dijo sin perder la sonrisa, pero con voz glacial—. El hecho de que tú y yo hagamos negocios juntos no nos sitúa en el mismo plano. Yo sigo siendo un oficial de Policía y tú un ladrón, igual que tus amigos. Si me dieran el sueldo que merezco no tendría que dejarme sobornar. Así que no te pases de la raya, porque entre nosotros todavía existe una diferencia. No lo hagas más, ¿entendido?

—Mierda —dijo Tully en voz alta.

Shannon se encaró con él:

—La próxima vez que te vea por el centro de la ciudad, te prometo encontrar una excusa para encerrarte y darte una buena paliza. Te lo prometo, novato, solemnemente.

Tully se puso rápidamente en pie, pero se quedó inmóvil cuando le dijo Jappy, con voz aguda:

—Cierra tu maldita boca.

Pálido y furioso, Tully boqueó igual que un pez falto de aire en la arena de una playa. Luego cruzó de prisa la oficina, pasando delante de un Shannon severo, y se metió en la habitación contigua dando un portazo.

—Está bien —dijo Shannon—. Hablemos de negocios.

—¿Y si yo le dijera que no tengo ningún negocio de que tratar? —objetó Jappy.

—Entonces te haría la vida imposible en esta ciudad.

—Dígame, ¿qué debo hacer para vivir como un hombre honrado? —preguntó Jappy asintiendo con resignación.

—Ahora es cuando hablas con sentido —dijo Shannon—. Ahora sí que te portas como un hombre práctico y realista.

—Pero deseo que sepa personalmente una cosa: yo estoy limpio. Desde luego, no le culpo a usted, teniente, aunque alguien pretende hacerme una faena. Pero soy inocente.

—Oh, claro; eres inocente. ¿Qué más da?

—Yo pensé que podía importar eso a la hora del trato.

—Oh, importa, claro que importa. Si yo supiera que tienes algo que ver con la muerte de Morris Laplace, lo cargaría en tu cuenta. Pero, considerando que eres inocente, lo dejaremos en mil quinientos dólares.

Jappy emitió un quejido sordo de dolor.

Después de marcharse Shannon, mientras se podían escuchar todavía sus pesados zapatos en los peldaños de la escalera exterior, Jappy se llevó las manos al rostro y empezó a balancearse atrás y adelante en su butaca emitiendo agudas lamentaciones de pena. Mitchell pensó que parecía un hombre afligido, una plañidera; quería tanto el dinero que cuando se desprendía de un puñado parecía estar pasando por la muerte de un miembro de su familia. Bobby y Battler, turbados, miraban fijamente al suelo. Para ellos, la actitud de Jappy resultaba completamente extraña. Según ellos, el dinero ganado azarosamente había que gastarlo con prodigalidad, sobre todo en ropas, lujos, fiestas; como si lo guardaran en un Banco de felices recuerdos que pudieran llevarse con ellos cuando cayeran. ¿Quién podía decir que estuvieran equivocados? ¿Qué placer proporcionaría el estar sentado en la prisión soñando con una fabulosa cuenta bancaria? Los recuerdos había que hacerlos a base de buenas bebidas, coches veloces y mujeres complacientes.

Jappy se destapó la cara y miró fijamente a Mitchell.

—¿Cómo es que Shannon no te conocía?

—¿Por qué habría de conocerme?

—Porque antes de venir a Philbin era teniente de prisiones en Fredding.

—Ya lo sé.

—¿Y bien?

—Yo conocía a Shannon, pero en Fredding hay...

—... más de cuatro mil presos. Sí, lo sé. Lo mismo dijiste cuando te pregunté por Morris Laplace. ¿Seguro que estuviste en Fredding?

—¿Qué te obliga a preguntar una cosa así?

Jappy le miró con suspicacia y luego volvió a sus lamentaciones:

—¡Qué derroche, qué maldito derroche de dinero!

Mitchell dijo:

—Deja de llorar. Te ha salido muy barato.

—Mil quinientos dólares. ¿Dices que es barato? ¿Mil quinientos dólares entregados así como así a un policía chantajista?

—Para librarte de una acusación de homicidio no es mucho.

—¿Cómo lo sabía? —dijo Jappy angustiado—. ¿Cómo lo sabía el hijo de perra?

—Se ha marcado un farol. La Policía de la ciudad de Laplace puede que haya solicitado una investigación rutinaria al saber lo de la muerte de aquél, pero Shannon ha venido aquí por su propia cuenta, en busca de dinero.

—Pero ha dicho que tenía pruebas contra mí. Después de todo, Laplace ha estado *aquí*.

Mitchell sacudió la cabeza.

—Shannon no mentía respecto a la aparición del cadáver a medio quemar, ni en cuanto a su identificación por las impresiones dactilares. Pero el resto es falso. Han encontrado un cuerpo calcinado en un vertedero, y a Shannon le ha faltado tiempo para aprovechar la ocasión de salir a buscar dólares. Te chantajea a ti, pero tú no eres más que uno de sus clientes. Apuesto a que repite la misma historia en otros dos o tres sitios de la ciudad. Sacará un beneficio del muerto, y luego emitirá un informe diciendo que el asesino o asesinos resultan desconocidos. A Shannon le importa un rábano quién mató a Laplace, y lo mismo les ocurre a los policías de su ciudad de residencia.

Jappy dio un suspiro.

—Todo eso ya lo sé yo. Ha fingido delante de mí. Pero yo no podía correr el riesgo de que me consideraran sospechoso, aunque no haya pruebas ni procesamiento. Yo no podía aceptar su envite. —Se volvió hacia Battler—. Dile a Tully que venga.

Echó mano al cajón y sacó un cartucho de monedas envueltas por el Banco. Se puso en pie cuando vio que entraba Tully silbando y atusándose el flequillo. Mitchell vio que Jappy asía con su puño derecho el cartucho de monedas.

—Sujétale —dijo Jappy.

Battler inmovilizó los brazos de Tully detrás de la espalda. Jappy separó ambos pies y balanceó su cuerpo. Golpeó con el puño contra el rostro carnoso de Tully, y éste rebotó sobre Battler, manándole un poco de sangre por la nariz, la cual dibujó en su labio inferior un bigote al estilo hitleriano. Su expresión pasó de la sorpresa a la furia y empezó a luchar para librarse de la presa que ejercía Battler sobre él. Aprovechando la propia violencia del otro, Battler lo levantó en vilo y le dejó caer de golpe. Tully continuaba luchando, aunque tenía más miedo a la fuerza potencial de Battler que a la amenaza real de Jappy. Tully resopló y Jappy se echó hacia atrás, muy molesto, al recibir de frente una fina rociada sanguinolenta.

Battler retorció los brazos de Tully a manera de llave, y le mantuvo erecto, diciéndole:

—Quédate así para que pueda pegarte.

Jappy dijo con disgusto:

—Ya es suficiente. Déjale libre. Nada bueno iba a conseguir aunque estuviera pegándole así durante un mes.

—No voy a tolerar que sigas pegándome de esa forma —protestó Tully, pero no hizo ningún movimiento y se puso a mirar cautelosamente a Battler.

—Quédate con tu nariz hinchada —dijo Jappy—. Bastante poco es por mil quinientos. —Se apartó—. Tú y Bobby, salid de aquí. Nosotros tenemos trabajo.

Tully sacó el pañuelo y se lo puso en la nariz. Battler buscó un asiento y lo ocupó. Bobby abrió la puerta exterior, poniéndose la mano libre en la cabeza, como si quisiera proteger su cabello contra una posible ráfaga de viento. Mantuvo la puerta abierta hasta que salió Tully, con su cabeza baja y arrastrando los pies, y siguió tras él.

—Esos quince billetes van a salir de su parte en el botín —dijo Jappy—. Está bien. Estudiemos el mapa de carreteras.

Mitchell estaba comiendo en el salón restaurante del hotel «Philbin Arms», vacío de comensales en las tres cuartas partes de su capacidad. La comida era sencilla y preparada con indiferencia, pero el servicio, por lo que concernía a la colocación de la mesa y solicitud de un camarero viejo y de cara triste, resultaba excelente. Cuando iba por la mitad, Mitchell se fijó en el camarero, el cual le recordaba a Morris Laplace. Pobre Morris Laplace; pobre viejo y estúpido presidiario que, en su empeño por tomar parte en no sabía qué, le había ido siguiendo desde Amesville a Philbin, para tener la mala suerte de acabar en lo alto de una pira funeraria construida con un montón de basura.

Mala suerte. La mala suerte de Morris Laplace ha sido buena suerte para mí, pensaba Mitchell. El viejo mentecato pudo haberlo echado todo a perder, y a buen seguro lo habría estropeado todo, si no por malicia sí por imprudencia. Pero Tully era todo músculo, con menos inteligencia que un cretino, y había aplastado el cráneo de Morris Laplace. De no haberlo hecho, todo habría terminado mucho antes de empezar. Mi buena suerte, pensaba Mitchell, y la mala suerte de Morris Laplace. Tal vez tenía que ser así. Tal vez la suerte fuera una limitada partida de billar rotativo, en la que tenías que tirar a costa de otro para que se mantuviera siempre el equilibrio...

Mirando el asunto retrospectivamente, no resultaba muy difícil sacar conclusiones. Morris Laplace había trabajado en la fábrica de «Galletas Munchmore», y siempre que tenía ocasión de tropezarse con Mitchell, le sugería astutamente que cuando se cansara de la vida recta, y decidiera «hacer algún trabajo», le gustaría asociarse con él. El pobre Morris Laplace suspiraba por volver a la prisión, sin darse cuenta de ello. Cada vez que Mitchell le decía que iba a seguir una vida honrada, Laplace guiñaba el ojo, incrédulo. Laplace lo sabía mejor que nadie. Bien, pensaba Mitchell, Laplace lo sabía muy bien. Y de ahí que cuando el día anterior tomó el autobús que le trajo de Amesville, Laplace le hubiera seguido en su destartalado coche.

Una cosa le llamaba la atención. ¿Cómo sabía Morris Laplace que se había despedido de su empleo en la fábrica? Este detalle le estuvo intrigando hasta que recordó el trabajo que desempeñaba allí Laplace. Era mensajero; recogía y distribuía el correo interior, empujando un carrito de ruedas de departamento en departamento. Ya fuese por casualidad, intencionadamente o por curiosidad, Laplace había leído el escrito interdepartamental del supervisor de Mitchell donde se hacía constar oficialmente la renuncia al puesto de trabajo y el día de su marcha. Así, sigilosa y estúpidamente, Morris Laplace le había seguido desde Amesville hasta Philbin Street, y desde Philbin Street hasta el «Pin’N Whistle...».

La lectura favorita de los delincuentes, aquellos que leen algo aparte de cómics, son los libros de bolsillo que tratan de crímenes y de criminales, y los devoran sin el menor sentido crítico, pese a que sus autores, inocentemente, los llenan de errores e inverosimilitudes que hasta el ladrón más zafio puede detectar.

Mitchell también era un devoto de ellos y había leído bastantes. Pero ahora, al pasar por la librería del hotel, compró dos revistas semanales de noticias.

Subió a su habitación en el lento ascensor de jaula, y después de colocar la cadena de seguridad en la puerta se despojó de su chaqueta, corbata y zapatos, y se tumbó a leer sobre la cama. Miró detenidamente la primera revista y con más rapidez la segunda, la cual trataba aproximadamente del mismo tema. Cuando notó que empezaba a bostezar dejó a un lado la revista. Bajó de la cama y comenzó a desabotonarse la camisa, pero en aquel momento llamaron a la puerta.

En un principio no hizo otro movimiento que el de la cabeza para mirar hacia la entrada. La llamada se repitió, más aguda, más insistente. Se cerró la camisa y fue a la puerta, despacio. Dudó un instante; luego, frunciendo el ceño, desenganchó la cadena y abrió la puerta. Era Shannon.

—¿Qué desea? —preguntó Mitchell.

—Eh, trata de ser más hospitalario. —Shannon se mostraba jovial. Se acercó a la cama y se sentó en ella—. Deberías decir: «Buenas noches,

teniente Shannon, qué alegría el verle por aquí».

—¿Qué desea?

—Esta tarde ha sido muy divertido en la oficina de Schroeder. Ya me imaginaba que me iba a divertir mucho allí, esta tarde.

—Pues a mí no me hace ninguna gracia.

—Cuando dije: «Jappy, ¿quién es este sujeto?». Fue muy divertido. Pensé que te mearías en los pantalones.

—Yo pensé que exigir a Jappy mil quinientos dólares también era muy divertido.

—¿Muy divertido? —dijo Shannon guiñando el ojo—. Ésa fue la mejor parte de todo. Fue la *crema*.

—Es usted un sucio chantajista.

La voz de Mitchell era tranquila, sin acaloramiento.

—Oh. Te estás volviendo duro y mezquino. Oh.

Por tercera vez, Mitchell dijo:

—¿Qué desea?

—Quiero aclarar unas cuantas cosas. Creo que es correcto, ¿no? Forma parte del trato, ¿no?

Mitchell asintió.

—¿Qué problema hay con el teléfono? Es más seguro.

—Y así no tienes que verme la cara, ¿verdad? —Shannon estaba todavía sonriente, pero sus ojos aparecían adustos—. La tuya no es una actitud muy amistosa que digamos. ¿Me entiendes? Me gustaría que fueras un poco más afable.

—Vayamos al grano —dijo Mitchell.

—Yo puedo hacer que seas amable. Tengo medios para ello. ¿Lo entiendes? Aunque lo eche todo a rodar. ¿Entiendes?

Mitchell guardaba silencio.

—Puedo hacer que te maten —añadió Shannon—. Es muy fácil. Basta con que te delate ante Schroeder. Basta con que le diga que tú eres Johnny el Guapo.

SEGUNDA PARTE

MUNDO INTERNO

OceanofPDF.com

El consultorio de especialistas era un oasis de individualidad en el desierto de la semejanza institucional. Pero no podía compararse siquiera con el despacho del director, que tenía alfombras y paredes empapeladas, y ostentaba toques tan personales como un cenicero de pie de elefante, un bote de gas lacrimógeno autografiado por John Dillinger (pero era falso, pues el director jamás conoció de cerca a Dillinger), unas pulgadas de cuerda pretendiendo haber sido el lazo corredizo puesto en el cuello del último hombre ahorcado en el Estado, y una instantánea del director, como joven y risueño teniente de la Policía Militar durante la Segunda Guerra Mundial, cruzando en un jeep la avenida Ginza de Tokio.

La mesa escritorio del doctor era un viejo pero bien conservado palisandro, visiblemente libre de las cicatrices, muescas y características que parecen ser congénitas en el mobiliario de una prisión. Sus sillones estaban tapizados de cuero, las sillas eran redondeadas y confortables, pertenecientes a una familia muy distinta a la de las sillas de madera de respaldo recto que prevalecen en todos los hospitales. Las paredes estaban pintadas de verde pálido, pero este color quedaba enmascarado y neutralizado por un abundante despliegue de diplomas y certificados, y por una serie de grabados sobre temas médicos, la mayoría de ellos de personas que padecían dolencias en diferentes grados, cómicas o incluso grotescas.

El hombre que había detrás del escritorio llevaba puesta una chaquetilla blanca de mangas cortas que dejaban al descubierto unos poderosos antebrazos poblados de denso pelo ensortijado y negro. Tenía la piel aceitunada y llevaba un espeso mostacho muy oscuro salpicado de gris. Su cara era redonda y tenía los ojos castaños, cálidos y despiertos.

Consultó una carpeta que había sobre la mesa y dijo:

—Usted es John M. Sedley. ¿Correcto?

—Correcto.

—¿Cómo le llaman?

—John M. Sedley.

—No sea bromista y dígame cómo le llaman.

—Johnny *el Guapo*.

—¡Bah! Me refiero a cómo le llamaban de niño. ¿Le llamaban John, Johnny, Jack?

—Me llamaban Mitchell. —Se quedó callado, pero luego decidió satisfacer la muda curiosidad del doctor—. Es un apodo. Entre los chicos con los que crecí, tres nos llamábamos John. A uno le llamábamos John y a otro Johnny. Así que a mí me llamaban Mitchell.

—Le llamaré Mitchell, si no le importa. Yo soy Douglas Katsouras.

El doctor Katsouras inclinó el cuerpo hacia delante sobre la mesa, gruñendo, y tendió su mano a Mitchell. Éste se quedó dudando, pero le estrechó la mano. Fue un momento que Mitchell recordaría después porque Katsouras no sonreía. Los oficiales de prisiones ofrecían siempre una sonrisa glacial cuando estrechaban la mano. A Mitchell se le antojaba más sincero el gruñido.

—Soy cirujano plástico —dijo Katsouras—. Estamos iniciando en Fredning un programa de rehabilitación quirúrgica. Me gustaría explicárselo.

—¿Sobre señales de pinchazos? —preguntó Mitchell—. Yo no soy adicto.

—Lo sé. Y he decidido no trabajar con adictos. Usted parece saber algo sobre este tipo de programas.

Mitchell se encogió de hombros.

—He conocido aquí a un yonqui que le quitaron las señales. Me habló sobre ello. ¿Entiende usted algo de lo que le estoy diciendo?

—Hasta la última palabra. He trabajado bastante en casos de paladar hendido. Así que entiendo su voz gangosa. ¿En dónde le quitaron las cicatrices a ese yonqui de que me habla?

—En cualquier prisión, no sé. —Mitchell se encogió de hombros otra vez—. Aquel tipo me habló de ello. Le quitan las cicatrices...

—A decir verdad, no se las quitamos. Se las cambiamos. Supongo que conoce usted lo que son las cicatrices de aguja. Se producen en el antebrazo del heroinómano por inyección prolongada con agujas no estériles. También se producen pequeños hoyuelos al inyectarse por vía subcutánea. Bueno, lo

que hacemos es enmascarar las cicatrices, hacer que parezcan suturas quirúrgicas.

—¿Sabe por qué los adictos se someten a ese tratamiento? —preguntó Mitchell.

—*Nuestra* intención es eliminar los estigmas y proporcionar un mejor clima para la rehabilitación. El yonqui se somete a ello para que, cuando le coja la Policía, no le identifique como adicto por las picaduras de aguja. Mire, nosotros somos confiados, pero no estúpidos.

—Con esa cirugía o sin ella, el adicto que sale de la cárcel regresa a su ciudad, hace contacto con los de antes y vuelve a pincharse. Ustedes no pueden ganar.

Katsouras habló fríamente por primera vez.

—La proporción de reincidencia entre los adictos ha tenido hasta ahora un descenso insignificante. Lo admitimos. —Luego se entusiasmó—. Pero con los no drogadictos hemos obtenido unos excelentes resultados. Aquí tengo algunas cifras...

—No, gracias. Le creo de palabra.

—Está bien, dejemos aparte las estadísticas. Pero me gustaría explicar la hipótesis que respalda el uso de la intervención quirúrgica como fuerza disuasiva de la reincidencia.

—No entiendo esas palabras tan cultas —dijo Mitchell.

—No trate de engañarme. —Katsouras abrió un expediente que tenía sobre la mesa y señaló en él con la punta del dedo—. Su CI es más de veinte puntos superior al mío.

—Hice trampa —aclaró Mitchell—. Llevaba las respuestas escritas en el puño de mi camisa.

Katsouras dijo:

—Verá, no hay ninguna regla que le obligue a sacrificarse. Relájese, por amor de Dios, y emplee unos minutos de su valioso tiempo en escuchar lo que tengo que decirle.

—Cada segundo que falto, algún viejo presidiario de patillas está arrancando páginas de esos sucios libros. No van a dejar más que a Dickens y a Frances Parkinson Keyes. —Guardó silencio—. Está bien, doctor. Le escucharé.

—Gracias —dijo Katsouras, y en el tono de su voz no había ningún tipo de sarcasmo—. Para empezar, le diré que la hipótesis no es nueva. Se asume, desde hace mucho tiempo, que los defectos físicos, las deformidades, pueden constituir un poderoso factor contribuyente a la conducta antisocial.

Mitchell resopló.

—También se asume desde hace mucho tiempo, que la conducta social, como usted la define, no resulta en modo alguno tan maravillosa. Al menos nosotros, los antisociales, no vamos a volar el mundo en pedazos.

—Este hecho retrocede a mucho antes de que existieran bombas, de lo cual puedo citarle algunos ejemplos, al menos literarios. Quasimodo, el jorobado de Notre Dame, debido al odio que generaba su apariencia física, se movía dentro de una vida de crímenes. Ricardo III dejó que sus deformidades se convirtieran en el factor motivante de su vida. Mr. Hyde...

—No —dijo Mitchell—. No es en absoluto lo mismo. El brebaje que él bebía le convertía en malo por dentro y por fuera.

—No quiero discutir, pero concédame el argumento central.

—¿Que la fealdad hace lo feo? Si usted lo dice. —Mitchell se sonrió—. Yo no me he identificado nunca con ninguno de esos tipos. Mi modelo fue Calibán. ¿Sabe? Al mirarse en el espejo se enfurecía.

—¿De veras? Yo fui un niño gordo, una bola de grasa. Mi *alter ego* fue Humpty Dumpty, lo que, una vez dañado, no se puede reparar. ¿Qué le parece? Tenía miedo de elevarme porque si me caía me podía despanzurrar.

—Usted perdió peso —dijo llanamente Mitchell. Sus dedos tocaron ligeramente la aplastada muesca de su nariz, y su ceja rota—. Yo le gané.

—Lombroso... —dijo Katsouras—. ¿Ha oído hablar de Lombroso? —Se detuvo ante el lento asentimiento de Mitchell—. Lombroso postulaba la teoría del criminal congénito. Según sus palabras, estos individuos «tenían los instintos feroces del hombre primitivo». Aseguraba que estos seres eran regresiones genéticas a estadios inferiores de la evolución humana. A partir de esto formó la teoría de que los rasgos faciales de los criminales constituyen un distintivo, y que ciertas facciones fisonómicas son signos reveladores de criminalidad. Ello carece por completo de base científica, pero en épocas de mayor ignorancia fue aceptado como una verdad.

—Sin embargo, de alguna manera, eso es exactamente lo que usted está diciendo.

—¡Use la cabeza, hombre! Lo que sí es verdad es que ciertas deformidades son el *resultado* de una vida delictiva; es decir, de una vida de violencia o pasada entre personas violentas. Pero todo eso no son más que deformidades *traumáticas*: narices aplastadas, dientes rotos, orejas y cejas partidas, cicatrices de todo tipo a causa de lesiones inferidas por cuchillos, objetos contundentes u otras armas.

Katsouras estaba inclinado por encima del escritorio, sudoroso, intenso, ilusionado, y Mitchell pensó: «Le envidio; él cree en algo».

—Lombroso ha sido totalmente invalidado —dijo Katsouras—. Nuestra teoría descarta que el criminal sea nato y traiga consigo los estigmas de la criminalidad, sino que los estigmas *pueden* hacer al criminal.

—¿Y qué clase de teoría tiene usted para los criminales que no tienen marcas o deformidades, e incluso que son bien parecidos?

—Maldita sea, usted sabe que yo no estoy propugnando que sólo las personas desfiguradas sean criminales, ni que lo sean *todas* las que tengan deformidades. Lo único que defiende nuestra teoría es que la deformidad *puede* llevar a una conducta psicológica desviada. La mayoría de los individuos deformes se ven a sí mismos como ellos piensan que los ven los demás, con la única diferencia de que su propia imaginación los hace verse un poco *peor* de lo que son. La deformidad reduce la aceptación social y esto a su vez puede impulsar al sujeto hacia una conducta desviada.

—Un momento —dijo Mitchell—. Si una persona desfigurada acaba siendo marginada a causa de sus deformidades en una sociedad legal, ¿por qué no le ocurre lo mismo dentro de la sociedad criminal?

—Porque los criminales, que al ejecutar actos ilegales repudian la *conducta* de la clase media, también repudian sus *normas* y, por ende, aceptan de buen grado la deformidad. En este sentido, la sociedad criminal es más democrática y tolerante que la sociedad legal.

—Ojo, doctor. Hasta aquí, los criminales se van desenvolviendo bastante bien.

Katsouras se permitió una sonrisa antes de continuar.

—Las personas deformes, hasta aquí, sufren también limitaciones en cuanto a igualdad de oportunidades económicas se refiere. De ahí que experimenten otro tipo de desviación hacia el seno de una sociedad donde las deformidades no constituyen una desventaja para adquirir dinero.

Mitchell parecía escéptico.

—Es decir, que si ustedes embellecen a una persona, ésta sale de la prisión, se vuelve honrada, se convierte en un carca de clase media que paga impuestos, en un crédito para la sociedad, ¿no?

—No ponga las palabras en mi boca. Todavía andamos a tientas. No negamos que las raíces de las causas fundamentales del comportamiento criminal, incluso tratándose de gente deforme, son muy profundas, y que, a menudo, la cirugía no sirve de ayuda. Y que con los adictos, como he dicho antes, fracasamos casi en su totalidad.

—Perderán el tiempo poniendo a los adictos una nariz recta y unas orejas bonitas. Lo único que quieren ellos es pincharse. Maldito lo que les importa tener la nariz derecha, o incluso no tenerla. Lo que quieren es clavarse la aguja en la vena.

—Todos la emprenden con el adicto; no sólo nosotros, sino Lexington, los psiquiatras, los grupos como Synanon...

Mitchell sudaba en su asiento, y sus pantalones vaqueros empezaban a pegársele al cuerpo. Katsouras, al ver que se agitaba, le miró con aire inquisitivo.

—Este asiento es demasiado acogedor —dijo Mitchell—. Igual que lo es usted. Usted me está tratando exactamente como a un ser humano, y esa mezcla resulta demasiado rica para mi sangre. Apuesto a que pretende usted convencerme para que haga algo.

—Oh, qué suspicaz es usted. Jesús, sería horrible que fuera usted a resultarme un maldito paranoico.

—Sin embargo, acuérdesse del viejo chiste: el hecho de que yo sea un paranoico no significa que alguien no esté metiéndome ráfagas en la cabeza.

—Concédame una oportunidad. Nadie va a obligarle a que se convierta en paciente mío. A decir verdad, yo puedo no aceptarle.

Mitchell se puso a reír.

—En el mundo de los negocios, a esa técnica se la conoce como una venta negativa.

—Permítame explicarle cómo trabajamos. En primer lugar, tenemos por norma pedir voluntarios.

—Un celador me ordenó que me presentara aquí. ¿A eso le llama usted voluntario?

—Los otros sí que son voluntarios. Yo me interesé específicamente por usted. Por dos razones: por su inteligencia y... —su pausa fue casi imperceptible—. Y por su problema.

—¿A cuyo problema usted desea meter el diente?

—Exacto. Hemos averiguado que no compensa dedicarse a los problemas mínimos, pues no se pueden valorar bien los resultados sólo con un cambio menor en la apariencia.

—Y ustedes no quieren arruinar las estadísticas.

—No hable mal de las estadísticas. Nosotros somos científicos...

—Y nosotros conejos de indias.

—Ustedes son pacientes —dijo Katsouras—. Y yo soy cirujano. Creo que puedo hacer algo para que viva hiera de la cárcel.

—¿De verdad cree eso de mí? ¿Cree que si me arregla la cara ya no volveré a la prisión?

—Según la estadística, se reducirían sus oportunidades de reincidir. Nosotros no damos garantías, ni se las pedimos a nuestros pacientes.

—Menos mal que no lo hacen. Yo he conocido a individuos que intentaron llevar una vida dentro de la ley, con la mejor voluntad del mundo. Pero no se hallaban dotados para el mundo en libertad. Lo único que sabían era delinquir. Por otra parte, tampoco son tan maravillosos los beneficios de una vida dentro de la ley. ¿A quién le gusta un trabajo por sesenta dólares a la semana?

Katsouras pasó por alto esta cuestión.

—Déjeme continuar. Ya le he dicho que pedimos voluntarios, pero no aceptamos a aquellos que no se sienten debidamente motivados. Naturalmente, desde el principio excluimos a los psicópatas.

—¿Qué pasa, que no obtienen de ellos buenos resultados estadísticos?

—Procure no interrumpirme. Igualmente tratamos de eliminar a los individuos *ofuscados*, a aquellas personas que achacan todos sus problemas a su deformidad y se apoyan en ella como muleta para aliviar su sensación de fracaso. Finalmente, excluimos a la persona cuyas *ideas* son puramente cosméticas y piensa que si se le eliminan las cicatrices de su acné, por ejemplo, automáticamente todo va a ser de color de rosa en la vida.

—Doctor, ¿lleva mucho tiempo haciendo este trabajo?

—Durante mi residencia en Sing, hace quince años, tomé parte de un programa, pero no lo he practicado desde entonces. Aun así, he estado al corriente de la literatura.

—¡Atiza! —exclamó Mitchell—. Es estupendo que haya estado usted al corriente de eso.

—No se haga el sabihondo. Dígame solamente una cosa. ¿Se le ha pasado alguna vez por la cabeza hacerse la cirugía plástica?

—Lo único que se me ha pasado por la cabeza es que soy extremadamente feo, y que estaría muy bien no serlo. Y nada más. Aprendes a aceptar que has nacido con mala suerte, aprendes a adaptarte a ello.

—Pero usted no nació con todo eso. Las orejas, el paladar, la barbilla, sí. En cambio, la nariz y las cejas son deformidades traumáticas.

—Si cambiara usted la nariz y las cejas rotas, ¿me convertiría en un tipo guapo?

—No, ya se lo dije. —Guardó silencio durante un momento prolongado, y luego dijo, con gran naturalidad—: Mitchell, ¿sabe una cosa? Yo podría transformarle de tal manera que ni su propia madre le reconocería.

—No necesitaría cambiarme mucho. La mayor parte de las veces estaría tan borracha de cerveza que no me conocería aunque me sentara en su regazo.

—Puede que mi aspecto le parezca más bien el de un jugador de rugby, pero soy un auténtico cirujano y presté el juramento de Hipócrates. Le hablo en serio —dijo Katsouras— cuando digo que no le reconocería ni su madre. —Se inclinó hacia delante por encima de la mesa, y añadió con toda serenidad—: Puede que me resultara usted un tipo difícil, pero me gustaría convertirle en mi paciente.

De pronto, renació en Mitchell el sueño infantil de que el mago benéfico se presentara una noche, y le transformase con sólo darle un toque con su varita milagrosa. Pero hacía mucho tiempo que había dejado de acariciar aquel sueño, y otros muchos. Dijo:

—Suponga que dijera que no. ¿Me meterían en la celda de castigo?

—Adelante, Mitchell. Diga sí o no. Y si fuera no, usted volvería a su biblioteca. Habríamos pasado usted y yo un minuto de charla agradable, y ahí terminaría todo.

—Ha sido muy repentino. Me encuentro confuso. Usted ha arrojado sobre mí una fabulosa idea. Necesito tiempo para reflexionar.

Katsouras parecía complacido, y Mitchell se dio cuenta de que había pasado su examen con nota de aprobación.

—Por cierto, ¿quiere que le deje alguna lectura sobre cirugía plástica?

Mitchell sacudió la cabeza.

—Como quiera. —Katsouras se puso en pie. Era un hombre macizo, poderoso, tirando a gordo—. Así pues..., piénselo bien. Estaré aquí nuevamente, la semana próxima.

Mitchell se desprendió del abrazo que le proporcionaba la mullida butaca.

—Metamorfosis. ¿Conoce usted el relato de Kafka? Esto es algo similar, pero al revés; la cucaracha se convierte en hombre.

—Es una estupidez por su parte considerarse una cucaracha.

Estrechó la mano de Katsouras, y cuando salía por la puerta oyó que el doctor llamaba a otro hombre. Del banco de espera se levantó un recluso. Era rubio y fibroso, y su labio leporino, alzado en la parte derecha del rostro, dejaba al descubierto seis blancos y húmedos dientes en una mueca perpetua.

A lo largo de la semana, Mitchell había examinado tantas posibilidades y fantasías, había escudriñado tanto en los lugares oscuros de su mente, que el ver al doctor Katsouras casi constituía para él un anticlimax. De ahí que se encontrara sentado en el banco de madera y mirase con indiferencia a la cerrada puerta del consultorio. El extremo opuesto del banco lo ocupaba otro recluso, con la cabeza hundida en una revista, en un intento expreso de ocultar su recia y áspera epidermis picoteada de hoyos y surcada por las cicatrices de la acné. Aquella desfiguración, pensaba Mitchell con una leve sonrisa, consciente de sus conocimientos sobre aquella materia, podía tener arreglo mediante un procedimiento llamado dermabrasion, consistente en desbastar la epidermis con una pequeña rueda abrasiva, movida eléctricamente como el tomo de un dentista, hasta que desaparecen las cicatrices o, al menos, hasta que son sensiblemente reducidas.

Había pasado bastantes horas leyendo sobre cirugía plástica en cuantos libros y revistas consiguió pescar en la biblioteca, en ese vertedero de material de lectura, sin el menor orden ni concierto, llevado allí por gentes que compraban una sutil parcela en el cielo mediante su contribución con aquellos libros suyos que nadie quería. Había leído, u hojeado, tres libros: una novela y dos libros de texto de medicina, ambos publicados hacía décadas y, por tanto, probablemente muy atrasados respecto a la actualidad quirúrgica. Lo más actual era un artículo de una revista de moda elegante que, en cierta forma, había descendido hasta estas inapropiadas materias. Trataba de un médico europeo de buen tono, especializado en cirugía cosmética para damas ricas y elegantes que querían eliminar los inevitables estragos de la edad.

La cirugía resultaba una cosa extraordinaria que, de hecho, restituía la juventud (al menos temporalmente) a los senos flácidos, nalgas, mandíbulas, ojos, bocas, piel... El relato de la revista, excitante y fatuo, daba a la cirugía plástica un matiz frívolo y trivial, aunque se ocupaba brevemente de la parte más seria de la cirugía cosmética, como eran las

deformidades humanas causadas por graves accidentes de tráfico, la reparación de algunas pavorosas heridas de guerra, etcétera.

Se abrió la puerta del consultorio y salió por ella el recluso de labio leporino que había visto Mitchell la semana anterior. Aquel labio aparecía peor que nunca; blanco, torturado, como si quisiera replegarse haciendo ascos a su propia fealdad. Mitchell sabía cómo sonaba la palabra de aquel hombre: amortiguada, nasal, siseante, ventosa, como la voz de un oligofrénico, todavía peor que la suya. ¿Cómo sería tener labio leporino y paladar hendido? Pero recordaba muy bien, por su lectura, que era altamente improbable que ambas dolencias se combinaran dando lugar a esa complicada aflicción sin esperanzas. Una pequeña bendición.

—Moretti.

El hombre salpicado de acné bajó su revista y entró en el consultorio. ¿Le frotaría y raería, Katsouras, la piel hasta dejársela más lisa que el culito de un bebé? ¿Y saldría entonces Moretti al mundo libre y se convertiría en un ciudadano modelo, en una persona dócil con un trabajo de nueve a cinco y un seguro de vida, y la misma mujer en la cama todas las noches durante el resto de su existencia? ¿O reincidiría en la delincuencia como el recalcitrante criminal que indudablemente era? ¿Prevalecería el lema de los polis de que «una vez te haces delincuente (por emplear una palabra cariñosa hacia su natural enemigo) lo serás por el resto de tus días»?

Cambió de posición y miró a través de la puerta abierta de la sala de espera, que le dejaba ver un sector de la enfermería de la prisión: toscas y pardas camas de hierro, ásperas sábanas de muselina, mantas grises y enfermos en distintos grados de convalecencia o decadencia... Todo era semejante a una repleta sala de hospital, excepto que estas ventanas tenían barrotes. Ante su campo visual cruzó un enfermero empujando un carrito con medicinas. Era uno cualquiera de tantos, un viejo presidiario que debía de andar por los setenta...

¿Qué le estaría sucediendo a Moretti detrás de aquella puerta cerrada? ¿Habría pasado también él una semana de agonía? ¿O le resultó fácil tomar una decisión? Unas cuantas raspadas, la pérdida nada lamentable de un poco de piel y, ¡abracadabra!, ya no tendría necesidad de ocultar su cabeza detrás de las revistas. ¿Qué le habría dicho el espejo a Moretti cuando se

mirase en él con ojos inquisitivos? Mitchell, por primera vez en muchos años de su vida, se había mirado a un espejo sin disgusto ni amarga aceptación, sino con asombro. Éste era *él*, este John Mitchell Sedley con la nariz rota, las orejas gachas, sin apenas barbilla y las cejas deformes, un ser horroroso conocido como Johnny *el Guapo*. Si le quitaban todas esas cosas, estas posesiones, estas marcas, ¿quién sería entonces el ser que proyectara la nueva imagen? Si su habla salía limpia, en vez del irritante sonido oral de un imbécil, ¿el habla de quién sería? ¿Quién sería él, en vez de Calibán?

El doctor tenía razón; posiblemente no toda la razón, pero la tenía. Su cara habíale convertido en un criminal; o, por lo menos, había hecho muy difícil la posibilidad de que no lo fuera. Su cara (y su paladar hendido) había sido una barrera entre él y cualquier relación normal con las chicas; le mantuvo, durante toda su vida de estudiante, secuestrado entre los libros; le separó de la estúpida fraternidad del instituto a la que tan ávidamente quiso pertenecer en un final esfuerzo por abrir una brecha en el muro de separación... Todo ello le condujo a abandonar el instituto durante el primer semestre, y le empujó literalmente al borde de la autodestrucción.

Todo ello, por último, le hizo cometer su primer delito, el primero de muchos, en muchos lugares...

Moretti salió del consultorio con su erosionado rostro impasible.

—John Mitchell Sedley.

Mitchell entró en el consultorio. Katsouras, sentado detrás del escritorio, le dio la mano y luego le hizo una señal para que ocupara el suave sillón de piel. Vestía una prenda azul marino de cuello abierto, como antes, dejando ver matojos de pelo negro ensortijado.

—Tiene ojeras —dijo Katsouras—. ¿Ha pasado una mala semana?

—¿Va usted a practicar a Moretti la dermabrasion?

—Bueno, bueno —dijo Katsouras arqueando sus negras cejas—. Todavía no estoy decidido respecto a Moretti.

—¿Quién es usted, un sádico? Primero le hace concebir esperanzas y luego le deja tirado.

—¿Y a usted qué diablos le importa? Así que ha leído, ¿eh? ¿Cree que eso le convierte en un experto? He enviado a Moretti al psicólogo.

—Bien, le ha cargado a otro el muerto, ¿no?

—Jesús, es usted muy pendenciero. Le envió al psicólogo porque éste se halla mejor cualificado que yo para tomar una decisión. Me da la impresión de que Moretti cree que cuando le deje limpio, el mundo será hermoso. Y no es así. La cirugía no es más que el comienzo.

—¿Y qué sucederá con Moretti si le rechazan? ¿Olvidará sus sueños y volverá dócilmente a seguir siendo feo?

—Hágame un favor, Mitchell. Deje de ayudarme a llevar este asunto.

—Pensé que tendría usted una respuesta —dijo Mitchell suavemente.

—Yo no tengo respuestas para todo. Ni todo el día para estar discutiendo aquí. ¿Qué hay respecto a usted? ¿Qué ha decidido?

—Hay una cosa que me preocupa; si digo que sí estaré admitiendo como cierta, no importa en qué medida, una cosa desconocida. Y las gentes, aunque sean presidiarios, odian y temen a lo que no conocen.

Katsouras asintió con vehemencia. Mitchell pensó «Yo no soy igual que Moretti. Yo sé cómo manejarle, pero no estoy seguro de querer hacerlo».

—¿Puedo darle un consejo?

Mitchell sacudió la cabeza y dijo:

—Usted y yo no vemos las cosas de la misma manera, aunque a la larga puedan coincidir nuestros intereses. Básicamente, lo que usted persigue es verme fuera de la cárcel. En cambio, lo que a mí me interesa es saber en quién voy a convertirme, quién voy a ser.

—Usted, lo que se dice su propia esencia, o como quiera que se le llame..., no cambiará realmente. Lo que cambiará será el medio ambiente en que usted viva. Su entorno será más acogedor, menos suspicaz; ya no se verá rechazado.

—Tal vez. —Mitchell permaneció un instante mirando al techo—. Está bien. Aceptaré el reto. Intentémoslo, doctor.

—Magnífico —dijo Katsouras—. Será un placer trabajar con usted.

Se puso en pie, sonriente, y le tendió la mano. Mitchell, al estrecharla, dijo:

—¿Tengo que darle la mano al entrar y al salir, cada vez que nos veamos?

—Vaya aprendiendo a ser más respetuoso con su cirujano. De lo contrario, acabará con la nariz en la nuca.

Mitchell yacía tendido sobre la mesa blanca, mientras Katsouras le presionaba, le exploraba y le golpeaba con el puño, mostrándole, en una visión de abajo arriba, una serie de pelos negros que brotaban de las fosas nasales. Cuando el doctor le pasó la uña a lo largo de la planta del pie, el dedo gordo de Mitchell se encogió.

—Siéntese, por favor.

Se incorporó balanceando las piernas que colgaban al borde de la mesa. La blancura de su cuerpo era bien notoria y él se percató de los pliegues de su abdomen y la flaccidez de sus músculos. La alimentación feculenta de la cárcel y la falta de ejercicio, no contribuían a la salud corporal ni a la mental. Katsouras dijo:

—Para el escaso ejercicio físico que hace, está usted en buena forma. No hay motivos para que no podamos empezar ya.

—¿Querrá hacerme un favor?

Katsouras asintió, al tiempo que recorría firmemente con el dedo, ejerciendo una ligera presión, la columna vertebral de Mitchell.

—Deje ya de decir *nosotros*. Si lo que quiere decir es *yo*, diga *yo*.

—Es la forma en que hablamos los médicos. Creo que está destinado a sonar modesto.

—O mayestático.

Katsouras se puso a dar golpecitos leves con los nudillos, casi distraídamente, sobre la columna vertebral de Mitchell.

—Perfecto. Puede vestirse. —Se quedó mirando cómo el otro se deslizaba sobre la mesa para ponerse en pie—. Yo no detecto nada sospechoso en su espalda. No veo en ella ninguna curvatura ni debilidad inherente. Deje de ir encorvado de esa forma. Es una postura viciosa.

—¿De veras?

—Por eso le hago esta sugerencia cosmética. Permanezca erguido. No hay razón para encorvarse.

—¿Está seguro de que no la hay?

—Lo que le ocurre es que se pliega usted sobre sí mismo para resultarle menos visible a la gente. Ya lo sé. Cuando yo haya terminado el trabajo con

usted, verá cómo no querrá ocultarse. ¿Por qué no mirar hacia el frente y empezar a mejorar su postura desde ahora mismo?

Mitchell desplazó sus hombros hacia atrás e irguió el cuerpo. Esta postura implicaba cierto esfuerzo, pero a la vez experimentaba como una sensación de placer y se sentía más alto.

—Continúe practicándolo, y dentro de poco tiempo lo encontrará natural. No lo deje. Cuando haya terminado de vestirse venga al despacho.

Cuando Mitchell hubo ocupado nuevamente el sillón delante del escritorio, Katsouras dijo:

—Ya tengo reunidos bastantes pacientes para dar comienzo al programa, la semana próxima. Lo haré yo solo, sin ningún equipo. No habrá cuadro de cirujanos ni ninguna jauría de asistentes sociales. Oh, quizá se presente, de cuando en cuando, un residente de cirugía plástica, para asombrarse de mi obra, y un anestesista, cuando lo necesite. Y una competente enfermera, pero nadie más. No habrá equipo, ni programa masivo. Un máximo de diez o doce pacientes. ¿Le parece bien?

—Ya empiezo a asombrarme de su obra.

—Está bien. A menos que usted tenga alguna objeción que hacer, comenzaremos la semana que viene.

—¿Cuánto tiempo durará todo esto?

—Aproximadamente un año..., por lo menos.

—Eso es mucho.

—¿Tiene que ir a algún sitio? Escuche, usted constituye prácticamente todo un compendio de cirugía cosmética. De modo que el hacerlo en un año supone trabajar a toda pastilla. Ello implica que hemos de hacer todo lo que podamos. Si quiere, está a tiempo de volverse atrás. Le va a resultar doloroso e incómodo... No es tan malo como otra clase de cirugía, pero tampoco es un placer.

—¿Y podrá manejar usted solo tantas y tan diferentes operaciones?

—Sí, pero es porque tengo un talento portentoso.

—Y también humildad.

Katsouras cogió una hoja de papel en blanco.

—Hagamos inventario —dijo, comenzando a tomar notas—. Nariz, mentón, paladar, orejas...

—¿Qué tienen de malo mis orejas?

—Están bastante bien configuradas, pero son lo que nosotros llamamos orejas de Dumbo, o de radar. Las personas raramente piensan que sus orejas están deformadas en exceso. Tal vez se deba a que se hallan a los lados de la cabeza y fuera de su vista. Pero se asombraría usted al ver sus orejas debidamente colocadas en su sitio. Bien, orejas. Veamos las cejas. — Levantó la vista rápidamente, como para anticipar una pregunta—. Sí. Quitaremos las cicatrices y reharemos las cejas en su totalidad, pelo y todo.

Mitchell se pasó los dedos suavemente por la cara.

—Es una lista muy larga. ¿Cree que puede arreglar todo esto?

—Disponemos de técnicas para eso... y para más.

—¿Y qué va a pasar con las cicatrices?

—¿Por quién me ha tomado..., por un zapatero remendón? No. No quedará ni una cicatriz visible. —Katsouras dejó el lápiz sobre la mesa—. Comenzaremos por el paladar hendido. Diga qué quiere saber acerca del procedimiento. Puedo contarle mucho, un poco, o nada. ¿Con cuánto se conforma?

—¿Quién es aquí el médico?

Katsouras se puso a mirarlo detenidamente.

—Me he dado cuenta de que con las personas imaginativas resulta una buena idea darles una descripción detallada de lo que va a ocurrir, pues nada de lo que voy a hacerles resulta tan malo como lo que ellas se imaginan. ¿Comprende mi punto de vista?

—Lo comprendo. Es usted un estupendo psicólogo.

—¿Y bien? —dijo Katsouras.

—Cuéntemelo todo.

—De acuerdo. En términos muy simples, un paladar hendido significa exactamente eso, un paladar partido, hendido. El paladar es la bóveda o cielo de la cavidad oral...

—¿Qué quiere decir cavidad oral? —preguntó Mitchell inocentemente.

—Pues la boca. El paladar separa la boca de la cavidad nasal y nasofaríngea. La mitad anterior de la bóveda forma el paladar duro y la mitad posterior es el paladar blando o velo. El velo es lo más importante para la expresión oral y la deglución.

—¿La palabra deglución tiene algo que ver con tragar?

Katsouras se quedó mirándole, pero continuó:

—Tiene suerte, porque el paladar blando es más fácil de arreglar. Por cierto, ¿hubo en su familia alguien con el paladar hendido?

—Sí —repuso Mitchell con asombro—. Mi padre.

—Generalmente es hereditario. Ocurre en el período embrionario, y su incidencia viene a ser de uno cada cinco mil.

—He tenido mucha suerte, me ha tocado la china entre cinco mil.

—Ha tenido suerte porque oye bien. Un velo hendido, frecuentemente, afecta a la audición. También le interesará saber que la edad óptima para operar un paladar hendido es aproximadamente a los dieciocho meses. ¿Qué edad tiene usted?

—Más de dieciocho meses. De todos modos, cuando yo tenía esa edad seguramente no se había inventado la cirugía de paladar.

Katsouras sonrió.

—La primera operación de paladar hendido fue hecha en Francia por un dentista llamado Le Monnier..., en 1776. —Katsouras se frotó la barbilla—. Después de la operación va a necesitar usted terapia de la pronunciación. Tendrá que aprender a usar su paladar nuevo. Ya me las arreglaré para traer un logoterapeuta a la penitenciaría.

—¿Y después de eso?

—Después de eso, Calibán cantará como Ariel.

—Jesús —susurró Mitchell—. Jesús, eso sería estupendo.

—Jesús —repuso Katsouras en tono burlón—, eso sería humano.

La noche previa a la operación, Mitchell permaneció tumbado en la cama del hospital, bien despierto, con la cabeza entre las manos, sus pensamientos fragmentados, anárquicos, usando su memoria a manera de látigo para castigarse. Katsouras le había ofrecido una píldora para asegurarle un buen descanso nocturno, pero él la rechazó. ¿Por qué? Por una idea estúpida de mostrar su dureza u orgullo, lo mismo que el hombre que ante su pelotón de fusilamiento hace un gesto con la mano para que no le venden los ojos. En el mundo de los presidiarios tienes que ser duro, o

aparentar serlo, que a veces viene a ser lo mismo. Tu supervivencia depende de ello.

En el curso de su vida le había costado mucho tiempo adquirir dureza, pese a que desde los primeros años de su infancia se le habían presentado más oportunidades que a la mayor parte de otros muchachos. Al principio, su dureza no tenía nada que ver con su aspecto físico. Su padre era marinero, y, aunque él lo recordaba sin cariño, no podía negarse que había sido un hombre interesante, a pesar de su condición. La impresión más fuerte que tenía Mitchell —aunque no pudiera recordar una palabra específica o una frase— era de la calidad de la retórica usada por el padre (sin que importase el gangueo de su paladar hendido), en las peleas que sostenía con su madre. Cuando no se hallaba enzarzado en furiosas disensiones domésticas, era un hombre hosco, silencioso e introvertido. Las peleas parecían resucitarlo, como si sólo entonces reclamara la vida toda su atención.

En las visitas que efectuaba al hogar, entre una travesía y otra, o durante las raras ocasiones en que se encontraba en tierra sin trabajo, su padre y su madre bebían, practicaban el sexo y se peleaban; a veces, las tres cosas al mismo tiempo. A medida que fue pasando el tiempo y las ausencias del esposo se hicieron más frecuentes, la madre empezó a tener amantes, al principio sólo por una noche, pero luego con carácter semipermanente. En una ocasión se presentó su padre de improviso en el hogar (por aquel entonces, siempre que llegaba a casa era de improviso), y encontró a la madre con su amante, ambos desnudos, bebiendo cerveza en la mesa de la cocina. Curiosamente, allí no se produjo ninguna explosión. Por el contrario, subió de tono el bullicio de la fiesta, y luego se metieron los tres en la misma cama. Ésta fue la última vez que Mitchell vio al padre. Ya no volvió más. Ni tampoco le importó mucho a la madre. Lo único que ella echaba de menos eran los envíos de dinero, que solían llegar con sorprendente regularidad desde cualquier puerto extranjero.

¿Qué había sido del padre? Años después, más por curiosidad que por verdadero interés, Mitchell se esforzó en localizarlo a través del sindicato, pero ya no pertenecía a éste ni figuraba en sus ficheros. O estaba muerto, o se había enrolado en algún barco de bandera extranjera, no importaba cuál.

Lo único que Mitchell recibió de él fue el dudoso don de su paternidad y unos cuantos libros que se dejó en casa, un legado por incomparecencia, precioso y permanente...

Mitchell había sido feo desde la misma cuna. Y era tan horribilmente feo que las amigas más impresionables de su madre consideraban aquello como un castigo de Dios. No pasaría mucho tiempo sin que quedara desengañado de la propia ignorancia de su aspecto físico. Su madre, víctima del triunfo de la ceguera maternal, le arrullaba y ensalzaba la delicada transparencia de su piel, que constituía todo el catálogo de puntos a su favor, y las amigas se abstenían de hacer comentarios delante de ella. No obstante, una vez que Mitchell hubo salido a la calle, lo aprendió rápidamente, no de los compañeros de juegos, sino de los comentarios gratuitos que hicieron algunos adultos desaprensivos. Sus amigos se burlaron despiadadamente de él al principio, pero no por largo tiempo, pues tales cosas no cuentan mucho entre la comunidad infantil.

Pero al entrar en la adolescencia volvió súbitamente a ser distinto. El propio aspecto llega a ser obsesivamente importante para uno, y Mitchell cobraría una dolorosa conciencia del suyo. En una ocasión en el instituto de enseñanza media, para que sus condiscípulos no vieran su rostro prefirió retirarse por completo y quedarse en casa, recluido durante varias semanas. Finalmente, un funcionario encargado de los novilleros fue a buscarlo a casa, y un psicólogo, tras una breve entrevista con él, le dijo (como si él no lo supiera ya) que tenía una desventaja sobre los demás y que debía aprender a compensarla de algún modo (el cual no mencionó). Le dijo también que otro día continuarían hablando de todo ello pero, por descuido o indiferencia, ya no volvió a ponerse en contacto con él.

Fue por esta época cuando, buscando ávidamente aceptación, cualquier clase de aceptación, iniciaría un lento proceso de configuración de su futuro. Probó durante un tiempo con el deporte, pero él no pasaba de ser un buen atleta y la insensata intensidad de la competición lo hastiaba y además, después de su actuación, cuando terminaba de ducharse, se reanudaba la vida social y nuevamente se veía excluido. Así que frecuentó la compañía de los marginados e inadaptados sociales (los tontos académicos, los indisciplinados, los elementos anormalmente huraños). Éstos, al igual que

él, eran portadores de estigmas, y entre ellos encontraba una comunidad precaria de marginados ofendidos.

Aquello constituía una peligrosa comunidad. No sólo buscaban el desarrollo de una postura de auto sustentación al margen de la sociedad, sino que empezaban a sentirse orgullosos de su diferenciación y a nutrirse de ella. Y de ahí que no tardaran mucho tiempo en empezar a cometer actos «antisociales»; vandalismo estúpido intimidando e incluso golpeando a otros muchachos, dificultando la labor de los profesores, sustrayendo coches a título de travesura. El punto de partida hacia la delincuencia real se produjo cuando empezaron a delinquir impulsados por el lucro. Había empezado el proceso de endurecimiento.

Para demostrar su dureza, Mitchell robaría en numerosas ocasiones. Pero él no se sentía cómodo con todo esto. Sus lecturas le habían proporcionado, si no otra cosa, un sentido decente de los valores morales. Y a diferencia de la mayor parte de sus compañeros, él era un estudiante despierto. Una profesora estuvo a punto de salvarle. Era una de aquellas solteronas maravillosas, con desinteresada dedicación por su oficio y, posiblemente, con un frustrado instinto maternal. Hizo cuanto pudo por conseguirle una beca de estudios por un año en un instituto pequeño. Mitchell abrigaba, por aquel entonces, ciertas esperanzas de una vida nueva, pero no le durarían mucho tiempo. Debió de presentirlo porque, de las dos maletas que llevaba al llegar al instituto, sólo llegó a abrir una de ellas.

El incidente que le empujó finalmente hacia el precipicio fue tan terriblemente estúpido que más bien debiera formar parte de una mala película, que de la vida real. En el campus existían hermandades, y mediante los esfuerzos de un muchacho de su clase de inglés, con el que compartía gran interés por los libros, Mitchell se comprometió a ser uno de ellos. Sabía que tales hermandades resultaban triviales y anacrónicas, mas, deseoso de ser aceptado, sufrió con jovialidad las estúpidas pruebas que se le exigían a un novicio. Pero al final de aquel insensato período lo rechazaron en la votación. La hermandad, haciendo gala de una insensible idiotez, en vez de comisionar a su padrino para comunicarle la mala noticia, envió al mismo individuo que había instigado el rechazo. Aquel asno varonil dijo:

—El que te rechazemos no tiene nada que ver contigo personalmente, pero tenemos que proteger la hermandad. Con tu..., bueno, con tu aspecto físico no aportarías ningún crédito en favor de la hermandad, ni atraerías a las chicas bonitas. De hecho, algunos hermanos opinan que podrías dañar nuestra reputación en el campus...

El encuentro tuvo lugar en el aparcamiento del colegio, por la noche, y Mitchell se volvió sin decir palabra. Se sentía demasiado desgraciado, incluso para enfadarse. Sólo deseaba desaparecer de la vista de todos, suicidarse. Jamás sabría si habría sido capaz de quitarse la vida, pues poco antes de abandonar el aparcamiento lo salvó cierto instinto de conservación. Espontáneamente, olvidándose de todo, se vio poseído por un acceso de rabia. Se dio media vuelta, interceptó al emisario cuando iba a entrar en su coche, y le tiró al suelo de un puñetazo. Y ya estaba a punto de dejarle sin sentido a fuerza de golpes cuando lo impidió un guarda del instituto.

A la mañana siguiente recogió sus cosas y abandonó el centro sin decir palabra ni dejar una nota, regresando a su hogar. O, mejor dicho, a lo que quedaba de él, pues su madre se hallaba en los últimos grados del alcoholismo agudo. Aquella misma noche se fue en busca de sus amigos, los marginados. Dos noches más tarde irrumpía en una tienda de licores y vaciaba la caja registradora, mientras uno de sus compinches golpeaba entusiásticamente con el arma a un empleado, porque éste no había levantado las manos con la suficiente rapidez como para complacerle.

No había transcurrido un mes cuando sufrió el primer arresto.

Morris Laplace, el viejo enfermero, lo despertó muy de mañana, presentándole un rostro gris, furtivo y al mismo tiempo inocente; era el rostro de un presidiario habitual que se había pasado dentro la mayor parte de su vida y que, cuando saliera en libertad, se esforzaría por regresar allí otra vez y, con el tiempo, morir en la prisión, su único y verdadero hogar. Laplace le comunicó que podía lavarse, pero que aquella mañana no habría desayuno para él.

Mitchell acudió al lavabo y luego se tendió nuevamente en su elevada cama del hospital. Cerró los ojos y se quedó escuchando los sonidos de la

sala que despertaba: hombres que retomaban lentamente a la vida, en medio de una mezcolanza de gemidos, ventosidades, maldiciones, carraspeos flemagogos de garganta, protestas incoherentes..., como si con los ruidos de la vida quisieran convencerse a sí mismos de que no habían muerto en algún momento de aquella noche larga y desolada. Oyó pasos arrastrándose hacia el lavabo y, en un rincón apartado de la sala, sonó un grito lleno de terror.

—Tranquilo. ¿No habrás creído que lo iban a degollar?

Mitchell abrió los ojos y contempló, en una visión de abajo arriba, al doctor Katsouras con su papada, atezado, afeitado pulcramente. Llevaba una camisa blanca con las mangas enrolladas por encima de los velludos y musculosos antebrazos, que iban reduciendo su diámetro cónicamente hasta acabar en unas poderosas muñecas y en unos dedos embotados y eficaces. Tras él había un hombre joven y alto, vestido con un traje oscuro.

—¿Estamos listos? —dijo Mitchell, y por vez primera sintió un misterioso estremecimiento de aprensión.

—Todavía no. Primero debo hacer una otoplastia. Orejas de radar peores que las tuyas, si es capaz de imaginarlo. Éste es el doctor Wilson. —El hombre alto asintió—. Es residente de primer año en anestesiología. Le dejamos que practique su habilidad con pacientes como usted. Resulta más barato que comprar ratones albinos.

El doctor Wilson se sonrojó y murmuró una protesta. Mitchell le devolvió el asentimiento de cabeza.

—Emplearemos anestesia general, y cuando le duerma el doctor Wilson no tendrá que temer más que a una cosa: no volver a despertar.

El doctor Wilson, procurando seguir la chanza, dijo:

—Lo que sí le garantizo es que no se va a despertar *durante* la operación.

Al mismo tiempo, le dirigió a Mitchell una mirada de disculpa.

—Si tiene la amabilidad de volverse un poco —dijo Katsouras—, el doctor Wilson le dará un pinchazo en el trasero.

Laplace se aproximó trayendo una bandeja. Mitchell giró sobre su cuerpo y tiró hacia abajo del pantalón de su pijama. En seguida sintió la humedad líquida del alcohol y un fino pinchazo. Katsouras dijo:

—Esto le adormecerá un poco, y le relajará para que cuando le pongamos la anestesia general...

—Escopolamina —dijo el doctor Wilson—. Produce un sueño tranquilo.

—Me gusta —dijo Mitchell—. Ojalá me lo dieran todas las noches.

Se notó relajado, ya fuese porque la medicación había empezado a hacer efecto o porque él lo creía así. Katsouras y el doctor Wilson se alejaron, y Mitchell cerró los ojos cayendo en una agradable y placentera atemporalidad. Más tarde tendría conciencia de que lo levantaban y depositaban sobre la mesa de operaciones y del techo que se movía encima de él. Cuando inclinó la cabeza todo lo que pudo hacia atrás, formando puente con el cuerpo, igual que un luchador, divisó en lo alto la cara arrugada de Morris Laplace.

Era una habitación totalmente blanca, y Katsouras se hallaba de pie, acompañado por Wilson y por una figura de mujer vestida de blanco; era una enfermera de mediana edad, sólida, de cabello gris. Katsouras estaba sosteniendo una cosa en alto, para que lo examinara Wilson, y decía:

—Esto es un Dott; una doble T, una mordaza. Su hoja mantiene el tubo endotraqueal sujeto a la parte superior de la lengua, y mejora la visión del campo operatorio.

La meticulosidad demostrada por Katsouras en torno al aparato conocido como doble T, llamó poderosamente la atención de Mitchell, considerándolo como una de las cosas más graciosas que jamás había visto. De ahí que se pusiera a sonreír ampliamente cuando el doctor se inclinó sobre él con su rostro oscuro y serio destacando por encima de la bata quirúrgica de color azul pálido. Luego se retiró Katsouras, y el doctor Wilson le dijo que respirase con naturalidad, y una especie de nube sombría se fue acercando a su cara y la cubrió...

... Pero todo había sido un sueño. Jamás había abandonado la cama de la enfermería de la prisión. Estaba placenteramente adormecido y los ruidos de la sala le llegaban amortiguados. Sentía la garganta áspera y caliente. Se incorporó sobre el codo para pedir a alguien un poco de agua, y vio al doctor Katsouras que entraba en la habitación. Iba vestido con traje de calle y no con el de color azul, de cirujano, que Mitchell había visto en su sueño.

Quiso decir algo, pero el doctor le hizo señas con la mano para que guardara silencio.

—No diga nada. De todas formas, no sentirá ganas de hablar cuando, dentro de poco, empiece a dolerle. Le daré un bloc de papel para que escriba lo que tenga que decir.

Mitchell se quedó mirándole, lleno de asombro.

—Ya ha terminado la operación. Duró poco menos de una hora. Es una de las virtudes de la escopolamina; no se entera uno de nada.

Así pues, todo había terminado y no había estado soñando. De repente notó que le dolían los labios y la lengua. Probablemente se debía a la hoja del Dott, la mordaza llamada doble T. Había terminado la operación y su paladar ya no estaba partido. Con el tiempo, si Katsouras no había exagerado, dejaría de resoplar igual que un cerdo hozador y su voz sonaría como la de cualquier otro. ¿Podía creer en Katsouras?

—Le pondré a dieta líquida durante un par de días. Vendré a verle mañana y probablemente lo haré levantarse. Si le duele demasiado llame al enfermero. Tiene instrucciones de darle Demerol, si lo necesita. Como decimos nosotros, la operación ha sido un éxito.

Vio que se alejaba Katsouras y, como si con su marcha se llevara con él cierta forma de sustento, Mitchell, de repente, empezó a sentir dolor. Su intensidad le cogió por sorpresa y se incorporó vehementemente sobre los codos, pero en seguida se dejó caer otra vez. El dolor, la mayoría de las veces, no resultaba insoportable si sabes sobreponerte a él. Mitchell lo sabía muy bien por amarga experiencia: a lo largo de su vida había tenido que soportar demasiados dolores. Pero ahora no le dio resultado. El dolor que sentía iba haciéndose gradualmente más severo, y estaba convencido de que tendría que pedir alivio.

Laplace se encontraba en el otro extremo de la sala, sentado sobre el borde de una cama, charlando con un enfermo. Mitchell le hizo señas con la mano pero él siguió con su conversación. Mitchell esperó un par de minutos, y entretanto el dolor iba en aumento, como si tuviese una llama en la boca. Echando mano al bloc que le había entregado Katsouras, escribió en letras de molde: ¡CALMANTE! Afianzándose sobre el codo arrojó el bloc, planeando, hacia el otro extremo de la sala. La libreta fue

revoloteando a media altura y siguió su curso hasta golpear ligeramente en el pecho de Laplace.

Laplace recogió el bloc y se acercó de prisa a Mitchell.

—¡So bastardo! —exclamó con voz chillona y temblorosa de viejo. Su dedo nudoso apuntaba vacilante a causa de la rabia, o de la edad—. ¿Quién crees que eres...?

Mitchell le agarró el dedo y se lo fue doblando hacia atrás, contra la muñeca, obligando a Laplace a inclinarse para librarse de la presión, hasta que la mueca de su asqueroso rostro estuvo a una pulgada de la cara de Mitchell.

—Calmante —dijo éste—. *Ahora.*

Mitchell, consternado, oyó el sonido de su propia voz; era la misma nasalidad, la misma congestión malhumorada. No había cambiado. Soltó el dedo de Laplace, dándole un empujón hacia atrás, y se dejó caer sobre la cama. Laplace se alejó murmurando. Cuando volvió con el carrito, continuaba murmurando.

—Será bastardo; tirarme una libreta en mi propia sala.

Pero le administró la droga, y Mitchell notó que se le iba el dolor de inmediato, y también la conciencia. En el mismo instante de su despertar oyó el sonido repetido de su voz y pensó: «Este griego hijo de puta ha fracasado conmigo...».

OceanofPDF.com

Una semana después de que a Mitchell se le permitiera volver a los alimentos sólidos, se presentó la logoterapeuta. Durante su dieta de alimentos líquidos, infantiles y semisólidos, había perdido cuatro kilos y medio, pero él le dijo a Katsouras que la pérdida de peso provenía de la preocupación por su habla.

—Me ha rajado usted sólo para hacer reír. La operación habrá sido todo un éxito, pero yo sigo hablando como un retrasado.

—Si usted se lo propone de verdad, si pone en ello toda su inteligencia y empeño, dentro de pocos meses hablará tan bien como yo.

—Válgame Dios. ¿Y quién quiere hablar igual que una cocinera griega de comidas rápidas?

La logoterapeuta era una muchacha negra de poco más de veinte años, profesora titulada y con una conciencia muy estricta de su profesión y de sus responsabilidades. Era alta, fibrosa y sensible, y Mitchell supo, a partir de su segunda o tercera visita, que resultaba fácil hacerla gritar. También él estuvo muy cerca de dar gritos durante la primera entrevista.

Se sentaron en una habitación con paredes de color rosa que se empleaba para celebrar sesiones de terapia de grupo, lo miró, nerviosa, y le dijo sin rodeos lo que pensaba.

—Comencemos por establecer nuestra línea principal de actuación. Debemos movernos a lo largo de las líneas de menor resistencia, estableciendo qué es lo que puede aprender más fácilmente el alumno, qué es lo que supondrá mayor diferencia para él, y qué desea aprender.

—Apuesto a que yo soy su primer paciente —dijo Mitchell.

—Usted no es mi primer alumno. Usted es mi primer alumno *adulto*.

—¿Le pone nerviosa el encontrarse dentro de una prisión?

—Creo que aquí me encuentro segura. Pero estamos malgastando el tiempo. Es su tiempo, no el mío. Si prefiere malgastarlo...

—Está bien. Lo siento, hermana.

—Así está mejor. Empezaremos por enseñarle a tragar correctamente, y a controlar el paso del aire. A dirigir la corriente de aire desde la nariz a la

boca; una vez que haya aprendido a hacerlo consistentemente, habrá ganado media batalla, y luego empezaremos a trabajar la calidad de la voz.

—¿Cuánto tiempo nos llevará todo esto, hermana?

—Mi nombre es Miss Carter. No nos parece aconsejable hacer predicciones en cuanto a la duración del tratamiento. En gran parte depende de la actitud y motivación del alumno...

—¿Y no puede hacer un pronóstico?

—Cuatro meses. O seis —se detuvo—. O posiblemente tres. ¿Empezamos?

—Empecemos, Miss Carter.

—Si lo desea, puede llamarme Ema.

Katsouras echó hacia atrás la cabeza de Mitchell, enfocó en su boca abierta una potente luz, y se puso a escudriñar el interior de la cavidad bucal centrando su interés en la ruidosa y regular respiración del paciente. Luego apagó la luz y volvió a sentarse detrás de la mesa.

—Está muy bien —dijo Katsouras—. ¿Cómo va la logoterapia?

—¿Cómo le suena mi voz?

Mitchell se mostraba desafiante, casi beligerante.

—Hasta ahora, muy bien. Pero lo último que ha dicho, no sonó muy bien. Usted se ha puesto tenso y se ha evidenciado una regresión. Sé que ocurre, en ocasiones, incluso pasados una docena de años. ¿Qué le parece la logoterapeuta?

—¿La negra? Me gusta.

—¿Es necesario que la llame así?

—Doctor, ¿no deberíamos llamar negra a una negra? —Se dio cuenta de que aquello le incomodaba a Katsouras—. Lo siento, era una broma. Me gusta Ema. Es muy seria y trabaja duro. Me considera como un reto importante y desea triunfar. Lo mismo me sucede a mí. Por eso formamos un buen equipo.

—Muy bien. Practiquemos otra operación. —Katsouras le miró con aire especulativo y sus ojos fueron posándose en todas las facciones de Mitchell, como si estuvieran haciendo un inventario—. ¿Qué le parece si continuamos con las orejas?

—Usted es el médico.

—Y usted, no lo olvide, bromista. —Sacó del cajón un espejo bastante grande, con mango y parte posterior metálica. Se lo entregó a Mitchell, se levantó de su asiento y fue a colocarse detrás de él—. ¿Qué es lo que está viendo en el espejo?

Mitchell le echó una mirada furtiva de soslayo, y se contempló en el espejo.

—Veo a Calibán —dijo.

Katsouras, empleando sus dos dedos índices, presionó sobre las orejas de Mitchell hasta dejárselas pegadas a la cabeza.

—¿Y ahora qué ve?

—A Calibán con las orejas pegadas a la cabeza.

Katsouras dio un suspiro y volvió detrás de su escritorio.

—Orejas. Operación de orejas. Llamada otoplastia. Orejas. Incluso las más bonitas serán incapaces de ganar un concurso de belleza, pero resultan interesantes. ¿Sabía usted que la configuración del oído externo es tan individualmente distintiva que algunas Policías europeas se valen de ella como medio de identificación, igual que de las huellas dactilares?

—Cualquiera se fía de los polis. Si pudieran te tomarían huellas del apéndice.

—La operación dura más o menos una hora. Consiste en practicar una incisión detrás de las orejas, reconstruirlas remodelando sus cartílagos, y luego coserlas bien ajustadas a la región mastoidea de la cabeza. Y ya está; se acabaron las orejas en forma de puerta de taxi.

—¿Y las cicatrices?

—No se ven porque caen en las líneas naturales que forman los pliegues de la oreja. —Katsouras metió la mano debajo del escritorio y sacó una cámara fotográfica con estuche de cuero—. Le haré unas cuantas fotos.

—¿Con éste físico?

—Es una práctica normal en cirugía plástica, tomar fotos antes y después. —Katsouras extrajo la cámara del estuche y graduó los mandos—. Antes de que se vaya le daré un frasco de Fisohehex. Es un agente antibacteriano. Durante los próximos días lávese la cara con ello, especialmente la zona de las orejas. Que le recorten bien el pelo. Use el Fisohehex durante el fin de semana, y el lunes por la mañana le operaremos.

—Me marchó fuera el fin de semana.

—No se haga el gracioso —Katsouras enfocó la oreja izquierda de Mitchell con el lente de la cámara, atisbo a través del visor y dijo—: Sonría.

—El *sopla-sopla* era un aparato ingeniosamente simple y efectivo, empleado para ayudar al paciente a dirigir, en su debida forma, la columna de aire al hablar. Consistía en un trozo de cartulina o papel rígido, doblado de tal manera que presentara dos superficies paralelas separadas entre sí unos dos centímetros y medio. El paciente se lo colocaba con el plano de arriba apoyado en el labio superior y directamente por debajo de la nariz, de forma tal que el plano de abajo se apoyara en el labio inferior, justamente por debajo de la boca. En cada una de ambas superficies se adhería un trocito de papel de seda, y cuando el paciente comenzaba a hablar se sabía, por el movimiento del papel, si estaba hablando correctamente. Si se agitaba el trocito de papel de seda del plano superior, eso quería decir que estaba hablando incorrectamente, puesto que el aire lo estaba expulsando por la nariz, y si se movía el de debajo era señal de que lo hacía bien, expulsándolo por la boca.

Ema Carter adoptó el *sopla-sopla* desde el primer momento, y Mitchell practicaba con él incansablemente. Ahora bien, al llegar a un grado de prácticas en que Mitchell apenas necesitaba ya de semejante artilugio rudimentario, Ema, sin embargo, insistió en que siguiera usándolo para asegurarse de que no sufría una regresión inconsciente. A decir verdad, Mitchell había aprendido rápidamente a dirigir el aire a través de la boca, y sería sólo ocasionalmente cuando, por fatiga o bajo alguna tensión, recurriría a su antiguo hábito de gangueo nasal. Ema se sentía muy satisfecha con los progresos conseguidos.

—Voy a dejarle un magnetófono para que pueda usted seguir trabajando solo sobre la calidad de la voz, entre visita y visita.

Ella le había advertido que el paciente encuentra dificultades para juzgar la calidad de su propia voz mientras está hablando, pero que si lograba *escucharla*, si la reproducía y se escuchaba a sí mismo, entonces podría juzgarla con más imparcialidad.

Mitchell le preguntó:

—Dígame una cosa, Ema. ¿Está usted contenta con su alumno?

—Oh, sí... —Dejó de hablar de golpe y se ruborizó, turbada ante su explosión de entusiasmo profesional—. En comparación con los niños, usted lo está haciendo muy bien. Pero está obligado a ello, ¿no cree?

Mitchell le hizo un guiño y se puso a leer la cartulina que tenía en la mano.

—Cuando el curso de los acontecimientos humanos hace necesario... Vamos, Ema; mire que darme a leer estas cosas... No es más que un cubo de ñerda.

—¿Un cubo de qué...?

—De ñerda.

—Otra vez.

—De mierda.

—Bien, probemos de nuevo...

Dejó de hablar de pronto, confundida, y se llevó a la boca su delicada mano. Mitchell echó hacia atrás la cabeza y se puso a reír, dirigiendo el aire a través de su boca.

Aquella noche, en su celda, pendiente de las pisadas del carcelero en sus regulares paseos por delante de la puerta, Mitchell habló pegado al micrófono de la grabadora de pilas, se escuchó con el volumen bajo, lo borró, volvió a hablar y a escucharse hasta que, al final, con las primeras luces del alba, cayó dormido, exhausto, una hora antes de que se pusiera a resonar por todas las celdas el timbre despertador, el cual le arrancaría violentamente de un sueño en el que, mientras hablaba a una nutrida audiencia congregada en una catedral, comenzó de súbito, a resoplar por la nariz con una fuerza tan grande que transformó a toda aquella multitud en un increíble amasijo de miembros y órganos hechos añicos.

El lunes por la mañana Morris Laplace le despertó muy temprano. Valiéndose de la mortecina luz del alba que reinaba en la sala, Laplace le administró una inyección subcutánea de fenobarbital soluble de 0. 12 gramos, según le había informado Katsouras.

—Esto te calmará —dijo Laplace—. Dentro de una hora te daré otro pinchazo. Así no sentirás preocupaciones.

—De cualquier forma no iba a sentirlas...

¿Qué necesidad tenía de alardear de duro e impresionar con ello a un infeliz veterano como Laplace? Ninguna. Aquellas fanfarronadas sólo obedecían al duro estilo de su mundo, del mundo de la delincuencia. O tal vez a cualquier otro mundo.

—Si tú lo dices... —agregó Laplace—. Pero si oyeras, sin estar dopado, todo el ruido y los crujidos sabiendo que te están cortando en pedazos...

—Vete a paseo, viejo.

—Presidarios... —comentó Laplace despectivo—. Qué buenos y agradecidos son, ¿sabes?, algún día me cabrearé y meteré una burbuja de aire en la jeringa de alguien. ¡Zas!, una embolia. Eso les enseñará a ser duros.

Laplace se fue con el carrito de instrumentos. Mitchell cayó en un sopor y no despertó hasta que volvió de nuevo Laplace, al cabo de una hora, para ponerle otra inyección de fenobarbital. Esta vez no hubo charla. Apoyó la cabeza en sus manos y se quedó escuchando los habituales sonidos que se producían en la sala con el despertar de la muerte pequeña del sueño nocturno, a la agonía prolongada de la jomada diurna...

Se lo llevaron al quirófano. Katsouras, vestido otra vez con su bata de color azul claro, le puso una inyección, seguida de varias más, como alfilerazos, alrededor de las orejas.

—Doctor, ¿qué hay en esa aguja?

—Nupercaína. Un anestésico local.

—No hacía falta que pusiera eso —dijo Mitchell con voz soñolienta—. Yo soy así de duro.

—Tal vez —respondió Katsouras—. Pero yo no.

Katsouras se marchó y Mitchell se puso a mirar al techo, sin interés. En seguida el techo empezó a moverse hacia atrás y él se dio cuenta, vagamente, de que le transportaban en una camilla de ruedas a la sala de operaciones. Katsouras estaba hablando con la misma enfermera de cirugía que le había ayudado durante la operación de paladar. Katsouras sostenía en las manos una cosa que parecía ser una media de algodón. Se acercó,

seguido de la enfermera. Ésta le incorporó sobre la camilla y Katsouras le puso la media en la cabeza y la fue deslizando hacia el cuello. A ambos lados de la media había orificios. La enfermera los colocó a la altura de las orejas y sacó a éstas por aquéllos.

—Cosemos la media a la piel para que no se mueva —le dijo Katsouras a Mitchell—. ¿Alguna objeción?

Mitchell notó una serie de toques pesados, abruptos, indoloros, en su oreja derecha y, al cabo de un momento, se repitieron en la izquierda.

—Casi listo —dijo Katsouras, y su voz sonaba imprecisa, flotante—. Pero antes impregnamos de epinefrina la piel que hay detrás de las orejas y la región mastoidea... —Estaba haciendo algo en torno a su oreja derecha—. Preste atención. Así sabrá cómo hacerlo si algún día tiene que realizar una otoplastia... Y ahora, la izquierda.

—¿Qué? —dijo Mitchell.

—Es para favorecer la hemostasia, la coagulación de sangre. Ahora le dejaremos en maceración cinco minutos y luego le operaremos.

La enfermera revoloteaba por encima de la mesa de operaciones. Era maciza, solemne, con un ligero bozo en las mejillas y el mentón, y contemplaba a Mitchell con calma y profesionalidad. Mitchell pensó que era una enfermera de fiar.

—Confío en usted, enfermera —dijo Mitchell. Katsouras regresó al cabo de un rato y le dijo a la enfermera algo acerca de la anestesia.

—¿Cómo sabe que está funcionando?

—Hemos hecho la prueba pinchándole con un cuchillo.

—¿Cuándo lo han hecho?

—Acabo de pincharle. Hágame un favor, cállese para que yo pueda trabajar. Si a lo largo del trabajo necesito sus consejos, le consultaré.

La sensación que Mitchell sintió en la oreja derecha fue como si le frotaran la piel con un dedo más bien insensible, y a continuación un crujido. No le resultó agradable, pero tampoco le dolió. Se dio cuenta de que le estaban cortando, aunque no parecía importarle mucho. Continuaron los toques y frotamientos y, a veces, los crujidos eran más fuertes de lo habitual. En algunas ocasiones Katsouras se dirigía a la enfermera con voz seca, pero ella raras veces le contestaba.

Un rato después oyó a Katsouras que decía:

—Oreja número uno ajustada en su totalidad. Ahora vamos por la número dos.

—Despiérteme cuando llegue a la número tres —dijo Mitchell.

Aunque se sentía un tanto confuso acerca de los detalles de la transición, Mitchell tenía conciencia de que le había devuelto a la sala. Katsouras se encontraba junto a su cama, vestido con un pantalón holgado y una chaqueta deportiva a cuadros de colores atrevidos.

—Parece usted el representante de un jockey —comentó Mitchell. Una cosa blanca y abultada obstruía su visión periférica. Se tocó un lado de la cara—. ¿Qué es todo esto?

Katsouras respondió:

—Cuando se le despierte le dolerá la oreja. Puede tomar aspirina o codeína. Pero no abuse de este privilegio porque el dolor no será muy fuerte. Eso que nota en la cabeza es una serie de vendajes, una compresa circular hecha con gasa estéril y, por último, un vendaje elástico. Ello impide que se le bajen las orejas.

—Qué barbaridad —comentó Mitchell.

—Dentro de cuarenta y ocho horas le quitaré los vendajes. Pero no la compresa, que deberá llevarla puesta unos tres meses.

—¿Ya sabe usted lo que se trae entre manos?

—Estos pacientes... —dijo Katsouras suspirando—. Las orejas cicatrizan mediante unión fibrocartilaginosa, lo cual podrá consultar en el diccionario cuando tenga ocasión. El proceso tarda en completarse unos tres meses, y la compresa le protege de cualquier trauma accidental. ¿Convencido?

—Si usted lo dice. Creo que me está empezando a doler.

—¿De veras? Pero usted es un tipo duro ¿o no?

—Yo soy duro —dijo Mitchell—. Creo que lo soy.

Mitchell iba a entrar en el despacho del doctor, pero de pronto, al ver a Shannon, decidió volverse atrás. El teniente de la prisión estaba sentado en un rincón, y sus ojos, al ver a Mitchell, parpadearon automáticamente desafiantes.

—Pase —dijo Katsouras.

—Puedo hacerlo más tarde.

—El teniente Shannon está observando nuestro programa. Pase y siéntese.

Mitchell miró a Shannon, que le echó otra rápida mirada con aire despreciativo.

—No le importa, ¿verdad? —preguntó Katsouras.

Shannon se agitó ligeramente y dijo:

—¿O acaso sí te importa, eh, granuja? Claro que no te importa.

Mitchell se encogió de hombros y se sentó, respondiendo:

—Yo no dirijo esta prisión.

—Ya llegará el día en que los granujas la dirijan —añadió Shannon. Katsouras quiso protestar, pero Shannon le cortó en seco—. O en que la dirija un médico. También llegará ese día.

Katsouras continuaba sin alterarse.

—Entremos a echar un vistazo a esas orejas —le dijo a Mitchell.

Mitchell se puso en pie y, al no moverse Shannon, tuvo que saltar por encima de las piernas extendidas de éste, para poder seguir a Katsouras. Cuando estuvieron dentro de la sala de consultas, el doctor encendió la luz del techo. Al tocarle Katsouras la oreja izquierda, Mitchell hizo un movimiento defensivo.

—Sigue estando tierna —dijo Katsouras—. Pero muy bien.

Shannon entró en la habitación.

—Parece que ha hecho un buen trabajo, doctor.

—Yo he vendado la herida y Dios la ha curado. Eso lo dijo Ambrose Paré, hace unos tres siglos, y todavía tiene vigencia.

—Menos falsas modestias, doctor, y deje a Dios que haga sus propias fanfarronadas —dijo Mitchell.

—Hijo de perra, no repliques al doctor.

La voz de Shannon, repentina, aguda y dura, tenía la contundencia de un golpe. Pero Mitchell sabía muy bien que era una voz fingida. Shannon no era tan tonto como para confundir una broma con una falta de respeto. Lo que estaba haciendo era provocar deliberadamente una determinada situación.

—No se excite —dijo Katsouras—. Lo único que ha hecho es bromear conmigo.

—Es un sinvergüenza —añadió Shannon—, y los sinvergüenzas tienen que aprender a respetar a los que son mejores que ellos.

Katsouras dijo tranquilamente:

—Cualquiera sabe quiénes son los mejores.

—Ustedes, los idealistas, me revientan. Es un delincuente y está aquí para recibir su castigo. Así ha de ser la justicia. Pero ustedes los tratan como si fueran héroes. ¿Se imagina usted que le va a agradecer lo que está haciendo por él?

—Eso es lo de menos —dijo Katsouras—. Si yo buscara la gratitud de *alguien* no me levantaría de la cama por las mañanas.

—No espere la *mía* —añadió Shannon—. Con toda esta basura no *me* está haciendo ningún bien.

Katsouras terminó de examinar a Mitchell y dijo:

—Necesitaría un cuaderno entero para apuntar todas las cicatrices que lleva entre los pliegues de la piel.

—¿Puedo quitarme la compresa de la cabeza por la noche?

Por debajo del ángulo que formaba el codo de Katsouras, Mitchell observó que Shannon estaba encendiendo un cigarrillo y que, después de sostener encendida la cerilla entre los dedos, la arrojaba contra él. Le cayó sobre el pie, quedó adherida encima y se apagó definitivamente. Mitchell se desprendió de ella haciendo un movimiento con el zapato.

—Llévela dos o tres semanas más y luego ya veremos —dijo Katsouras. Apagó la luz del techo—. ¿Cómo va esa logoterapia?

—Estupendamente. Ema cree que terminaré pronto.

—Termina pronto —dijo Shannon— a ver si empiezas a trabajar y te ganas lo que comes.

—Realmente no ha perdido mucho tiempo —aclaró Katsouras—. Unas horas de terapia a la semana, y unos cuantos días de recuperación postoperatoria.

—Eso trastorna la rutina.

—Rutina..., lo más sagrado entre lo sagrado.

—En efecto, lo más sagrado. Rutina es lo que hace falta en una prisión. Gracias a ella se evita que estos sinvergüenzas se maten entre sí o destrocen las paredes estúpidamente. Aquí dentro tenemos cuatro mil fieras, y sin la rutina esto sería un manicomio. Dígame otra forma mejor.

—Hay una: dejando de pensar que son fieras.

—Tonterías. —Shannon escupió abundantemente en el suelo y lo restregó con la suela del zapato—. Son animales. ¿Cree que éste...? —Señaló con la cabeza, despectivamente, hacia Mitchell—. ¿Cree que este granuja no va a volver más por aquí?

—No sabría decirlo. Pero confío en que no.

—Un delincuente habitual no puede dejar de serlo por obra de su bisturí. Un delincuente es un delincuente. —Dirigió su encendida y maliciosa mirada hacia Mitchell—. Sedley, ¿tengo razón?

—Creo que tiene razón, jefe.

—¿Por qué me llamas jefe, Sedley? Yo no soy un jefe.

Mitchell no dijo nada.

—Te he hecho una pregunta, Sedley. Contesta.

Mitchell bajó la vista hacia sus manos, que se buscaban entre sí sobre sus piernas, como si las dos juntas pudieran reunir más fuerzas para mantener su control.

—Me llamo teniente Shannon. —Sus brillantes ojos azules se agitaron—. Quiero oírtelo pronunciar, granuja.

—¿Y qué objeto tiene eso? —preguntó Katsouras.

—Dilo, granuja.

—Teniente Shannon.

La cólera que sentía hizo que su voz sonara como tiempo atrás; las sílabas salieron en medio de un resoplido gangoso.

—Teniente Shannon. —La voz aguda del teniente sonaba como una cruel y exacta imitación—. Y ahora repite esto: «un ladrón es un ladrón, y

siempre lo será».

—¡Por amor de Dios, teniente! —exclamó Katsouras.

—Dilo —le apremió Shannon—. Di «soy un ladrón y siempre lo seré».

—¡Teniente!

—¡Dilo, sinvergüenza!

—¡Váyase al carajo!

Mitchell descubrió un destello de regocijo en los ojos de Shannon, y supo lo que se le avecinaba cuando el teniente se levantó de su asiento. Pero todavía no estaba lo suficientemente ágil como para protegerse. La palma abierta de Shannon se estrelló contra un lado de su cabeza. Rebotó sobre la mesa y Katsouras acudió a sujetarlo. Mitchell, invadido por un acceso de rabia interior, hizo grandes esfuerzos para soltarse, pero Katsouras pudo mantenerle pegado a la mesa, anulándole con su propio peso.

Cuando se agotaron sus fuerzas, quedó inmóvil. Katsouras fue apartándose cautelosamente, como si quisiera tantear sus intenciones, y por último se apartó por completo dejándole que se pusiera en pie. Shannon ya se había marchado.

—En el colegio practiqué la lucha libre —comentó jovialmente Katsouras—. Sé sacar partido de mi propio peso.

Mitchell se tocó la cara con mucha prevención. Su piel parecía echar fuego.

—Dios mío, ¡qué bastardo! ¡Qué bastardo!

—Está usted gangueando. —Katsouras le retiró suavemente la mano de la cara y se inclinó a examinar el sitio dañado—. Dígalo otra vez.

—Qué bastardo. Qué *bastardo*.

—Ahora lo ha dicho mejor. Quería pegarle en la oreja, ¿sabe? Pero falló. Un trabajo excelente y podía haberlo estropeado.

—Será mejor que vuelva a la biblioteca —dijo Mitchell.

—Escuche; no intente ninguna tontería.

—Ahora no. Ahora ya me he calmado.

—No se preocupe. Voy a tener una charla con el director.

—Olvídelo. El director apoyará a Shannon y se irá a pique su programa.

—Soy médico y no tolero brutalidades con mis pacientes. —Cogió el teléfono—. Voy a concertar una entrevista con él...

Mitchell puso la mano sobre el aparato.

—Yo no he sido luchador, pero sé bastante más que usted sobre política carcelaria. Si desea que su programa siga adelante, cuelgue.

Katsouras se quedó mirándole fijamente, y al cabo de unos segundos puso el auricular en su sitio.

Ella estaba en pie pretendiendo mostrar un aire resolutivo pero era puramente experimental. Él la estaba mirando. Era una muchacha alta, delgada, negra, con un rostro serio que apenas dejaba entrever el celo misionero que ardía en su interior.

—Pues bien, eso es todo. Ya no queda nada por hacer.

—¿Estoy graduado? —Él pretendía alejar todo regocijo de su voz, pero podía oírlo, degustarlo—. ¿Me está señalando la puerta?

—Habla usted muy bien. Estoy sorprendida... Quiero decir que ha sido en tan corto espacio de tiempo... Si continúa practicando no volverá atrás.

Se sentía incómoda. Tenía las mejillas oscurecidas por el rubor, y su bolso se agitaba de un lado a otro como prueba de inquietud. De pronto, pensó Mitchell, ahora tenemos una amistad entre nosotros; ahora que ya no vamos a vernos más. No, se corrigió a sí mismo; ahora que nuestra amistad se está *afianzando*; ahora que ya no somos una profesora determinada ni tampoco un alumno determinado, se puede decir, sin lugar a dudas, que nos gustamos mutuamente.

—Verá, Ema —dijo Mitchell—. En todo este tiempo no le he dicho ni una sola vez cuánto apreciaba lo que estaba haciendo por mí.

Rápidamente, como si tratara de ocultar sus sentimientos, ella respondió:

—Aunque todas sus maneras no sean muy finas, usted me daba siempre las gracias después de cada sesión.

—No quiero hacer una escena —dijo él sonriendo—. Pero debo decirle que es muy buena profesora y que antes de que cuelgue su *sopla-sopla*, va a ser una bendición para mucha gente.

Al sentirse cazada, dijo:

—Un profesor es tan bueno como lo sea su alumno.

Él le tendió la mano. Ella, después de dudar un instante, la aceptó, ofreciéndole un apretón duro, huesudo, cálido. Mitchell se puso a considerar que éste era el primer contacto físico, de cualquier clase, habido entre los dos. Retuvo la mano de ella y luego, en un gesto del que hasta él mismo se extrañó mientras lo estaba haciendo, inclinó su cuerpo hacia adelante y rozó suavemente con los labios aquellos huesudos nudillos.

Ella dio medio vuelta y quiso desaparecer, como aterrorizada, pero de repente se volvió y, acercándose a él, se puso a hurgar en su bolso. Del interior sacó algo, ofreciéndoselo.

—Un presente en el día de su graduación, un obsequio de recuerdo... — dijo, y desapareció otra vez.

Era un *sopla-sopla*, bella y pacientemente construido en aluminio, con sus dos planos en la forma correspondiente. Mitchell se lo puso bajo la nariz y, dirigiendo el aire por la boca, con impecable pronunciación, dijo:

—Gracias, Ema; muchísimas gracias.

OceanofPDF.com

Katsouras no había estado nunca antes en la biblioteca, y su presencia en ella parecía una especie de violación de la órbita en que ambos se veían: el despacho, la sala de operaciones y la enfermería del hospital. Otorgó una mirada de obligación a los estantes de libros, pero con desinterés hacia ellos. Sus maneras daban a entender que estaba aquí en misión especial.

—¿Es cierto que va a salir en libertad bajo palabra?

Su voz no podía ocultar un acento de consternación.

—He comparecido ante la Junta de Libertad, pero no sé si me la van a conceder o no.

—Han pedido mi opinión.

—Lo sé. Gracias.

—¿Qué supone que decidirán?

—Los de la Junta están chiflados. Cualquiera los entiende. He comparecido ante ellos otras veces, y me han rechazado. Hay unos requisitos. A lo mejor yo no los reunía antes. Falta un año tan sólo para que se cumpla mi condena. Tal vez me la concedan en esta ocasión.

Katsouras cogió un libro y lo miró, melancólico.

—No sé si me entenderá, pero me gustaría que continuara aquí durante algún tiempo más. Debí haber informado en contra suya.

—Ya encontrará otro paciente, doctor.

—Ya tengo otros pacientes. Pero usted es mi proyecto número uno.

Mitchell añadió:

—Doctor, estamos hablando de que un hombre salga de la prisión y se convierta en un ser libre.

—Lo sé. Soy un bastardo griego.

—El otro día me miré al espejo. Si exceptuamos que ya no me resulta tan fácil encontrarme las orejas, continúo siendo *Johnny el Guapo*, el hombre más feo de la ciudad.

—Oh, ¿y del paladar, no me dice nada? Por Dios, deje de abrumarme con sus críticas. ¿Cuándo sabrá la decisión de la Junta?

—Dentro de pocas semanas; tal vez un mes, o más. De haber sabido que le iba a afectar tanto, habría escupido a los ojos de los que componen la Junta.

—Unas semanas, tal vez más de un mes —dijo Katsouras como si pensara en voz alta—. Aunque de forma un poco precipitada, en ese tiempo podría hacer la nariz y la barbilla. Claro que luego quedan los cuidados postoperatorios...

—¿No consulta usted al paciente? Eso suena un poco a violación quirúrgica.

—Demonios, ¿no desea cambiar de rostro? ¿No quiere seguir fuera de la prisión?

—Pues hasta ahora, a pesar del paladar y las orejas, sigo siendo el mismo hombre. No se olvide de una cosa: el que mediante unos pocos cortes con un cuchillo afilado pueda usted devolverme a un estado de gracia e inocencia, no es más que una *teoría*.

—No tergiversar lo que ha dicho. Lo único que he pronosticado es que la cirugía cosmética puede proporcionarle una sensación de confianza en su aspecto físico, un sentimiento de seguridad respecto a su forma de mirar a los demás. Las orejas han sido sólo el comienzo. Cuando tenga la nariz y el mentón arreglados, no se reconocerá ni usted mismo. Usted *será* un hombre distinto.

—Por fuera. Por dentro seré Calibán.

—¿Y por qué no Calibán *el Guapo*?

Mitchell se echó a reír. Katsouras le observó con perspicacia, como si estuviera evaluando la buena naturaleza de aquella risa. Satisfecho, sonrió.

—Mañana por la mañana le estaré esperando en mi despacho. Planearemos nuestra estrategia. Ni que decir tiene que necesito su opinión sobre unos pocos asuntos de técnica quirúrgica.

A la noche siguiente, tarde, mucho tiempo después que dejara el despacho de Katsouras, Mitchell yacía despierto en la cama de la celda, tratando de precisar el momento justo en que aquello había sucedido. Era un signo indefinible, una emoción sutil que él sólo podía equiparar, por su novedad y

asombro, la primera eyaculación autoprovocada en medio del calor sofocante y el insomnio de una medianoche ya lejana. Incluso experimentaba una sensación de culpa. Sobre todo, una sensación de culpa. Y fue ya con la luz del alba, cuando se esforzaba por separar el techo de la amorfa penumbra que llenaba la celda, cuando llegó a la conclusión, exhausto de un combate consigo mismo, de que resultaba tan erróneo sentirse culpable por entregarse a la masturbación, como lo era por sentir el primer toque de vanidad.

Se dirigió al despacho de Katsouras, ocupó el sillón negro de piel y esperó hasta que el doctor terminara de tomar notas sobre una carpeta. Cuando cerró la carpeta, Katsouras alzó la vista frunciendo el entrecejo.

—Me doy cuenta de que usted me cree capaz de considerarle sólo como un pedazo de carne.

—¿De dónde saca eso?

—Por el modo en que reaccioné ayer ante la idea de su libertad condicional.

Mitchell se encogió de hombros y dijo:

—Todos tenemos nuestra afición. La suya es trincar carne.

—Se supone que un cirujano no debe intimar demasiado con sus pacientes.

—Claro, podía aficionarse demasiado a esa carne y temblarle el pulso a la hora de cortarla.

—Pero yo no suscribo enteramente esa idea. Soy un griego sentimental y pienso que ese concepto médico, misterioso y distante, es para los pájaros. Sin embargo, hace años aprendí, en «Sing», que el médico no debe enredarse en charlas con los reclusos. Éstos son suspicaces y piensan que uno los está espiando. Por eso reprimo mis naturales inclinaciones y no hago preguntas.

—De todas formas no le iban a responder más que con mentiras.

—¿Me mentiría usted?

—Claro. Sobre todo en cosas importantes. Si no fuesen importantes, podría decirle la verdad.

—Yo solía sentir curiosidad acerca de los que daban con sus huesos en la prisión. Pensé que aquello podría ser útil para ayudarme a

comprenderlos. Pero siempre obtuve la misma respuesta. «Me han traído injustamente». Todos los hijos de puta que conocí en «Sing» eran inocentes. ¿Usted también?

—Me hicieron una jugarreta.

—¿Lo está viendo? Por eso no hago preguntas, y mis pacientes creen que me da lo mismo. —Katsouras aparecía turbado—. Pero, ¡al diablo con todo eso! Hablemos de las operaciones.

—¿De veras que le gustaría saber por qué estoy aquí?

—¿En este momento? No sería pertinente. Como no fuera sólo por curiosidad.

—Entonces satisfaré su curiosidad.

Mitchell, ante aquella reacción de voluntariedad por su parte, experimentó algo parecido al asombro. Jamás se lo había contado a nadie, aunque se consumiera de irritación o de cosas peores, a lo largo de los años que llevaba preso. No era el hecho en sí, ni el delito; eso representaba un riesgo normal en la vida de un ladrón y él no se quejaba. Fueron las secuelas...

Dijo:

—Nuestro objetivo era una joyería, pero no piense que éramos ladrones de joyerías caras. Era una tienda de venta de joyas a plazos, situada en un barrio obrero. Diamantes baratos, baratijas, chucherías de pocos quilates, muy deslumbrantes; algo de oro y platino, engastes, relojes, piedras semipreciosas... Dudo de que el artículo más caro de la tienda pudiera costar más de quinientos o seiscientos dólares. La nuestra era una operación de llegar y cargar únicamente con lo que se pudiera. Éramos cuatro, y si lográbamos arramblar un buen puñado de objetos, lo más que obtendríamos después, cada uno, serían mil o mil quinientos, que era lo que nos pagaba por ello el perista.

—Eso suena a mucho riesgo por pocas ganancias —dijo Katsouras.

—¿Quién dijo que los ladrones eran listos? El caso es que entramos a la tienda y empezamos a afanar cosas, pero el vigía que teníamos apostado afuera divisó un coche patrulla que se acercaba, a pocas manzanas de distancia. Luego resultó que no venía por nosotros, sino que acudía a otra llamada que le habían hecho en la misma zona. Pero nuestro vigía no lo

creyó así y nos avisó con la bocina. Entonces iniciamos la huida hacia nuestro coche. Era una tienda muy estrecha y alargada; yo me encontraba en el fondo recogiendo los relojes que estaban en reparación en el taller y que me parecían de oro. Los demás salieron precipitadamente, pero cuando alcancé la puerta ya era demasiado tarde. El coche de la Policía se encontraba muy cerca del nuestro y mis amigos decidieron huir y dejarme dentro.

—Ya no queda honor entre los delincuentes —dijo Katsouras.

Mitchell sonrió.

—No tenían otra opción, a no ser que la hubieran emprendido a tiros con la Policía. Pero eso habría resultado estúpido. De manera que se largaron y me dejaron en la tienda, agachado detrás del mostrador para evitar los faros del coche patrulla que inundaban de luz los escaparates. Fue un mal asunto del que nadie tuvo culpa. ¿Honor? ¿Qué clase de honor nos iba a quedar si nos detenían a los cuatro?

—¿Entonces no le molesta que le abandonaran?

—¿Que me abandonaran? Ellos salieron pitando para salvar la piel. Eso es todo.

—Pero le dejaron para que le cazaran.

—Me dejaron para que me escapara, si podía. Y casi lo conseguí. Los agentes, en vez de perseguir a nuestro coche, decidieron quedarse allí. Sospecho que debieron de verme dentro y pensaron que les resultaría más fácil atrapar a un hombre en un lugar cerrado, que capturar a tres huyendo en un coche rápido. Así que se apostaron detrás del coche patrulla, sacaron sus armas y me conminaron a salir de allí. Tuve mucha suerte. A veces, en situaciones como aquélla, los agentes son tan insensatos que la emprenden a tiros nada más llegar. En otras ocasiones te invitan a que salgas, y cuando lo haces disparan contra ti, aunque no vayas armado. Aquella pareja se limitó a apostarse a ambos lados de la puerta, con sus armas preparadas, y ordenarme a voces que saliera.

—¿Y salió usted?

—Sí, pero por la puerta de atrás. No sé cuánto tiempo estarían allí invitándome a salir, pero...

—¿Entonces escapó?

—De la joyería, sí. Pero me hallaba en una ciudad desconocida para mí, y lo único que podía hacer era avanzar y poner la mayor distancia posible entre la joyería y yo. Por último vi una parada de autobús y me detuve en ella esperando que se presentara el primer vehículo, pero lo que se presentó fue un coche patrulla de la Policía y me detuvo como sospechoso. Sospechoso de nada, porque la noticia del robo a la joyería les llegó poco después, por la radio. Me llevaron rápidamente hasta la tienda y uno de los agentes que había allí dijo reconocerme y me detuvieron acusado de robo.

—¿Y realmente le reconoció a usted?

—Ni mucho menos. Él no pudo haber visto de mí más que la sombra al otro extremo de la tienda, y tan sólo por un breve instante. El hijo de puta mintió descaradamente.

—Se refiere a él como si fuera un monstruo —dijo suavemente Katsouras—. Mintiera o no, tenía en su poder al verdadero culpable, ¿no?

—Mintió al decir que me había visto dentro —dijo Mitchell—. Teniendo eso en cuenta, la acusación fue injusta.

—Yo no veo la diferencia. Usted fue declarado culpable y usted estaba robando en la tienda.

Mitchell se puso a pensar que los ladrones y las personas honradas vivían con diferentes clases de lógica, no sólo con distintos puntos de vista sobre el derecho de propiedad, sobre qué estaba bien y qué estaba mal, sobre la inviolabilidad de la ley o sobre las virtudes de la Policía. Según el nuevo vocabulario, había oído decir que los ladrones eran seres antisociales por ir contra el sistema. Pero eso era un disparate. El delincuente tenía un interés personal por el sistema, y deseaba firmemente preservarlo para así poderlo separar de una cantidad razonable de sus bienes y riquezas.

Sorprendido por su propia vanidad, Mitchell sonrió y dijo:

—Doctor, usted y yo estamos en distintas longitudes de onda. De cualquier manera, ésta es la historia de mi caída.

—¿Se declaró culpable y le condenaron?

Sacudió la cabeza.

—Fui a juicio y me condenó un jurado de gente como yo, un mal abogado y la avaricia de un hombre.

A juzgar por la expresión de sobresalto que había en el rostro de Katsouras, Mitchell supo que acababa de exteriorizarse, que había mostrado su cólera y amargura acumuladas durante cinco años en la soledad de su mente. Todo el mundo necesitaba un faro, pensó irònicamente. El suyo había sido el odio y el sueño maligno de la venganza.

Katsouras dijo preocupado:

—Relájese. Obre con calma. No tiene necesidad de hablar de ello si le molesta.

—Quiero hacerlo —dijo, y era verdad o, al menos, una media verdad. De improviso deseó oír hablar de sí mismo, por así decirlo; quería probar y degustar algo que jamás antes había articulado, excepto con su voz secreta —. Quiero hacerlo.

—Eso es cosa suya —dijo Katsouras con cautela.

—Fui inculpado, llevado a juicio y condenado —dijo llanamente—. Yo nunca debí ser condenado. El caso era muy fácil de ganar, y había dos modos de hacer añicos a la acusación. Uno era disponer de un abogado decente, y el otro untar con un poco de pasta al agente que dijo verme dentro de la joyería.

Katsouras parecía sorprendido.

—De cualquier manera habría costado dos o tres mil dólares. Pero yo estaba sin blanca; no tenía ni un centavo. Jappy Schroeder disponía del dinero. Pero no quiso sobornar a nadie.

—Me cuesta trabajo creer que el policía se dejara sobornar —objetó Katsouras.

Mitchell sonrió.

—¿Me creerá si le digo que fue él quien se ofreció para hacer un trato? Yo le envié a ver a Jappy. Pero éste le dijo que no.

—Quiero entender que Jappy fue uno de los implicados en el robo.

—Sin el testimonio del agente, ni siquiera habría habido juicio. Me hubieran tenido que soltar por falta de pruebas. Pero el hijo de perra fue tan patológicamente tacaño...

Se interrumpió, sintiendo que el odio brotaba abundantemente dentro de él, igual que una bilis.

—Ha dicho algo sobre un abogado...

La voz de Katsouras era de tanteo. Parecía emocionado.

—Cualquier abogado criminalista medio decente habría convertido en picadillo el testimonio de aquel guardia. Pero Jappy no aflojaría la pasta. Así que el tribunal me asignó uno. Je oficio. Era un viejo incompetente y trampista que sólo vivía para su botella y era incapaz de concentrarse durante más de treinta segundos consecutivos. El fiscal se aprovechó de todo ello y yo fui a parar a la penitenciaría.

—¿Tenía Jappy ese dinero? —preguntó Katsouras—. ¿Abrigaba rencor contra usted?

—Sólo fue por el dinero. Me vendió porque es un tacaño patológico.

—Lo que no entiendo es por qué no lo delató usted —dijo Katsouras—, llevado por la cólera. No me diga que el mundo del hampa tiene su código.

—Si yo hubiera cantado podía haber comprado mi inmunidad o una sentencia más benigna. Pero no habría tenido futuro. Necesitaba seguir viviendo en el mundo de la delincuencia.

Katsouras estaba haciendo esfuerzos por comprender.

—¿Le amenazó a usted? ¿Tenía usted miedo de que lo matara, incluso estando en la prisión?

—Para eso hace falta tener influencias. Jappy no era más que un delincuente de poca monta, como yo. No habría podido conseguir nada dentro de la penitenciaría.

Katsouras dijo astutamente:

—Usted lleva cinco años alimentando este sentimiento. Cuando salga de aquí, ¿piensa ajustar cuentas?

—He hecho una mala representación escénica. No, todo ha terminado.

—¿Está usted seguro? Escuche, Mitchell, si abriga todavía alguna idea...

—Ya no abrigo ideas. Hábleme de las operaciones.

—Las operaciones —comentó Katsouras—. Las operaciones.

—Todo ha terminado, doctor —dijo Mitchell sonriendo—. Palabra de ladrón.

Katsouras valoró la sonrisa y pareció satisfecho.

—Está bien. Las operaciones. Nariz y barbilla. Haré primero la nariz y dejaré la barbilla para unas semanas después. Es un poco precipitado, pero

tenemos que luchar contra el tiempo. La nariz. La suya tiene una belleza rara. ¿Cuántas veces se la han roto?

—Cuando pasaron de tres perdí la cuenta. Una vez fue con un bate de béisbol aserrado. Ésa fue la peor. Me la dejaron hecha una cafetera.

Katsouras asintió expresando conformidad.

—Le diré unas cuantas cosas sobre narices. La suya, antes de que se la dejaran hecha una cafetera con un bate de béisbol, estaba contraída como una tienda de campaña, con el lomo —se pasó la mano sobre el caballete de su propia nariz— a manera de tejado de dos aguas. Las personas sienten más sensibilidad hacia sus narices, que hacia cualquier otro rasgo fisonómico. Tiene una explicación obvia: la nariz es el rasgo más grande y prominente. Por cierto, la mayoría de las rinoplastias son hechas en mujeres. En los hombres, por regla general (salvo aquellos que tienen motivos profesionales para ello, como ocurre con los actores, y bien sabe Dios que los actores están aquejados de muchos complejos), frecuentemente vemos que poseen problemas psicológicos muy arraigados que se les solucionarían con una nariz nueva. Pero también operamos a los hombres. De hecho, con creciente frecuencia.

—Bueno, yo no deseo roturar un nuevo campo médico.

—Voy a reconstruir su nariz prácticamente desde el principio. Es como crear una nueva. Por cierto, sin cargar ningún gasto extra, le arreglaré ese tabique que tiene tan desviado y así podrá respirar mejor. Muy bien. Como material de construcción tomaremos un poco de tejido autógeno...

—Tradúzcame eso, por favor.

—Autotrasplante, injerto de su propio cuerpo. Específicamente, un rectángulo de hueso ilíaco canceloso..., canceloso significa esponjoso, y el ilion es el hueso de la cadera. Le cortamos un trozo de hueso ilíaco, le damos forma de letra *L* y construimos con él la nueva nariz. Todo el trabajo se hace por dentro y así no quedan cicatrices.

»Ahora bien, cuando le quite ese trozo de hueso ilíaco, tomaré una cantidad suficiente para sacar de él la nariz y la barbilla. Cuestión de economía. Así no tengo que cortarle dos veces. Sólo tengo que congelar lo que me sobre en la primera operación para cuando lo necesite en la segunda.

—¿Echaré de menos el hueso de mi cadera?

—En absoluto. A no ser que me falle el pulso, no debe producirse pérdida de movimiento o movilidad. Por supuesto, la operación de la cadera será la más dolorosa de todas las que le he practicado, y de las que faltan por hacer.

—Morderé en una bala.

—Después de la operación sentirá dolores, pero no le durarán mucho. Le aplicaré anestesia general y estará totalmente dormido mientras procedo con la nariz. De esa forma se evitará oír ruidos desagradables.

Katsouras dirigió la luz y cogió la cámara fotográfica. Cuando la luz iluminó el rostro de Mitchell, éste echó la cabeza hacia atrás instintivamente. Él era un buscador de sombras; evitaba la luz. No sólo la cara, pensó, sino la profesión. La oscuridad es el elemento de los ladrones.

Cerró los ojos, escuchando un silencio que solamente era turbado por la sorda respiración de Katsouras y por el chasquido seco del obturador. Katsouras le ladeó varias veces la cabeza, guiándosela firmemente con los dedos. Cuando cesaron los disparos de la cámara, Mitchell abrió los ojos.

Katsouras, sentado ya detrás de su escritorio, dijo:

—Todo el mundo desea una nariz de actor cinematográfico, pero nosotros procuramos dar una que concuerde con las facciones de cada rostro.

Extendió una hoja de papel delante y se puso a trazar narices; frunciendo el ceño con suma concentración.

—Quisiera una nariz de actor —dijo Mitchell.

—Ya la tiene. De actor cómico.

Mitchell se puso a reír, pero fue una risa que sonó hueca, pues sabía que no iba a necesitar precisamente una nariz de actor, pero sí deseaba que fuera atractiva. Se arrellanó en su asiento echándose hacia atrás, se puso las manos en el rostro y cubrió con ellas su nariz. Era el mismo gesto que empleaba, siendo joven, para ocultar su rostro. Con el transcurrir del tiempo llegaría a desecharlo, como desafío a su fealdad. Pero ahora, al igual que cuando era joven, se estaba imaginando una cara atrayente detrás de sus manos.

Inexplicablemente, la fantasía de su juventud había resucitado. Pero, ¿podían representar la realidad aquellas narices de papel que estaba dibujando Katsouras? ¿Podrían adquirir forma sólida alguna de aquellas narices bidimensionales, transformarse en carne y volar mágicamente del papel a su cara? Hizo descender su mano y configuró una barbilla imaginaria.

—Hábleme de la barbilla, doctor.

¿Sería su propia voz lo que había oído, enturbiada por la ansiedad y la avidez? Sí, deseaba estar presentable. Quería que le mirase la gente, pero no como un bicho raro; quería pasar desapercibido. En efecto, él se encargaría de que le ignorasen.

—¿De la barbilla? Le daré forma al hueso ilíaco, igual que a la nariz...

—Entonces serán iguales barbilla y nariz, ¿no? —comentó Mitchell. Necesitaba hacer algún chiste para aliviar su tensión.

—Sabihondo. Existen dos técnicas. En una le hago un corte por debajo de la barbilla e inserto el hueso. Queda una cicatriz, pero cae dentro de la línea de las arrugas del cuello y no se ve.

—¿Y la otra?

—En esa otra practico el corte en el fondo de la boca y por él introduzco el hueso. La cicatriz queda dentro y, naturalmente, resulta invisible. A propósito; el procedimiento de la barbilla nos va a ayudar a rectificar la maloclusión de sus dientes, aunque lo más probable es que necesite un pequeño trabajo dentario adicional.

—Si no le importa, preferiría que lo hiciera por dentro de la boca —dijo Mitchell procurando dar a su voz un acento normal.

—Claro. A mí me da lo mismo.

La mañana de la operación fue despertado por un enfermero nuevo, el cual le informó de que Morris Laplace se había ido a casa. Irse a casa era la jerga carcelaria empleada para decir que uno salía en libertad. Mitchell pensó que esta jerga resultaba inapropiada con un viejo presidiario como Laplace. Su único y verdadero hogar era la penitenciaría, y antes o después acabaría regresando a ella. Cuando se hubo alejado el enfermero, Mitchell se

entretuvo en tratar de recordar algunos detalles de la operación, tal como Katsouras se los había contado. Después que le durmiera el doctor Wilson, Katsouras le sacaría de la cadera una cantidad determinada de hueso. Entonces daría comienzo la operación de la nariz. Le pondrían la cabeza dentro de una especie de anillo blando semejante a un buñuelo, y le cortarían las vibrisas (palabra técnica para designar los pelos de la nariz) con tijeras de punta roma untadas de vaselina para que se le adhirieran los pelos. En cada ojo le aplicarían un ungüento oftalmológico para prevenir irritaciones. Le tratarían el rostro quirúrgicamente con Zepirán acuoso (fuera lo que fuese aquello), y le limpiarían la nariz con un aplicador de punta de algodón a manera de hisopo, igual que hacen las madres para limpiar la nariz de sus bebés...

Cuando le transportaron en la camilla de ruedas hasta la sala de operaciones ya iba sedado. Tuvo vaga conciencia de la presencia del doctor Wilson y de la rechoncha enfermera quirúrgica, pero no vio a Katsouras hasta hallarse de vuelta en la habitación.

—Buenas tardes —dijo Katsouras.

Delante de él gravitaba, irritante, una amorfa nube blanca. Trató de disiparla y se dio cuenta de que era el vendaje que envolvía su nariz, afectando a su visión periférica. Le costaba trabajo respirar y la boca le sabía a sangre.

—Tiene usted los mejores ojos a la funerala que he visto en mi vida —dijo jocosamente Katsouras—. Equimosis.

Mitchell pensó: «No soy extraño a la equimosis, esa necroazulada protesta que presenta el cuerpo ultrajado por la violencia. Yo la he lucido frecuentemente como emblema de una vida mala y peligrosa...».

—Durante unos días hable lo menos posible —dijo Katsouras—. Nos hallamos ante una pequeña paradoja. Para evitar que suba la presión arterial y venosa de su cabeza, me gustaría que guardara reposo absoluto en cama durante cuarenta y ocho horas. Al mismo tiempo, para el bien de la cadera, debería levantarse lo antes posible para evitar la cojera. Al no poder hacer las dos cosas a la vez, nos inclinamos en favor de la nariz. Dos días de cama, y el tercero levantarse y caminar.

Mitchell se tocó el vendaje.

—Tiene la nariz inmovilizada con cintas y vendada. Sin férula, para evitar la necrosis de los tejidos blandos. Dieta líquida durante el resto del día de hoy y mañana. Compresas de hielo picado sobre los ojos para disminuir la tumefacción. Puede cambiárselas usted mismo cuando sea necesario. Bajo la nariz tiene esponjas de gasa. Ya se las cambiará la enfermera. Cuando le duela, aspirina o codeína, administradas debidamente por ella. Creo que le van a quedar unas bonitas napias. Tiene la cadera vendada y no debe tocársela. Le quitaremos el vendaje dentro de un par de días. ¿Alguna pregunta?

Mitchell se mojó los labios. Su voz salió en un susurro cascado:

—Sólo una. ¿Puedo sufrir en paz?

OceanofPDF.com

Era la primera vez que Mitchell salía al patio desde hacía una semana. Se movía lentamente, siguiendo las advertencias que le había hecho Katsouras, de que evitara actividades físicas extenuantes, y se hallaba esperando en la puerta cuando sonó la campana. Al disponerse a entrar se le puso al lado un hombrecillo pequeño y le dijo:

—¿Tú eres Sedley?

Mitchell asintió tímidamente con la cabeza.

—Ya ha llegado tu libertad. Te vas a casa.

El corazón de Mitchell sufrió una sacudida.

—¿Cómo lo sabes?

—Estoy en la oficina y manejo los papeles.

Mitchell le miró con ferocidad.

—¿No será un error?

El hombrecillo negó con la cabeza.

—¿No tienes una colilla?

Mitchell, con los entumecidos dedos temblándole, puso un paquete de cigarrillos en las manos de aquel hombre.

—Qué suerte tienes, bastardo. Yo estoy aquí para siempre. Maté a mi socio y a su esposa. Yo no tenía nada contra ella, pero no dejaba de gritar, y en el estado que me encontraba me puse nervioso y la maté también.

Mitchell temblaba con una excitación tan irreal y extraña que le faltaba poco para ser sexual en su vaporosa urgencia.

—¡Qué bella! —exclamó Katsouras—. Vea qué puente. Igual que un dios romano. Las narices de los dioses griegos no tenían puente. Échale un vistazo.

Mitchell cogió el espejo y miró brevemente.

—Parece una cadera.

—Cuidado, está permitiendo que sus emociones escapen a su control.

—Katsouras quitó el espejo—. Esa nariz está todavía inflamada. Irá

disminuyendo de tamaño durante aproximadamente un año. ¿Le cuesta respirar?

—Un poco. ¿Me aliviaría la irrigación?

—Caramba, doctor, jamás se me habría ocurrido a mí. No —dijo Katsouras jovial al tiempo que metía en una solución un poco de algodón estéril—. Le limpiaré las aletas de la nariz. No me atrevo a arriesgarme a nada más, por ahora.

—Usted es el médico.

—Con adulaciones no irá a ninguna parte. —Katsouras tiró el algodón descolorido—. Dentro de unos días le limpiaré un poco por dentro y haré algo para contraer la mucosa. Le visitaré cada dos días durante las próximas semanas. Después iré haciéndole una revisión mensual durante tres o cuatro meses, y a ver qué pasa.

Para entonces llevaré tiempo fuera de aquí, pensó Mitchell. Hacía varias horas que le habían dicho lo de su libertad y la euforia había sido remplazada por el desasosiego. ¿Qué haría él cuando saliera? ¿Cómo se adaptaría a la libertad? Para muchos reclusos, estas preguntas carecían de valor práctico. Al enfrentarse al mundo libre volverían a delinquir. Ejecutarían un robo o dos, retornarían, inevitablemente, al camino anterior, serían capturados y volverían a la prisión. Si hemos de creer a los psicólogos, allí era, en principio, donde deseaban estar. Él había visto a muchos delincuentes dejar diseminadas pistas por doquier, como si estuvieran locos. Sólo les faltaba dejar su tarjeta de visita con el número de teléfono y la dirección postal.

Katsouras se había acercado al frigorífico, y cuando volvió se sentó nuevamente, portando en su mano un trozo de hueso. Nada más recibir la atención de Mitchell, alzó el hueso entre los dedos para su observación.

—Ésta es su barbilla.

Debería decírselo, pensó Mitchell. ¿Para qué esperar más?

—En vista de lo bien que se va resolviendo lo de la nariz, me gustaría empezar con la barbilla dentro de tres semanas.

—Ya no estaré aquí.

A Katsouras casi se le cayó de las manos el trozo de hueso ilíaco.

—¿Ha llegado ya? Mierda.

—Mierda para usted —respondió Mitchell—. Estamos hablando de mi libertad.

Katsouras no estaba dispuesto a ceder. Dijo:

—Maldita sea. Me revienta que se vaya al traste todo este trabajo.

—Sé apreciar todo lo que ha hecho usted. Y comprendo que tenga sus motivos para estar así.

—Soy un bastardo egoísta a quien le importan un comino los pacientes, ¿verdad? —Depositó el hueso encima del escritorio y preguntó con tranquilidad—: ¿Confía usted totalmente en mí?

—Más que en cualquier otro.

—Por Dios, déjese de sensiblerías; resultan embarazosas. Escuche. —Tocó el hueso con la uña—. Usted necesita esto. Sin esto, usted está incompleto, es un trabajo a medias. También necesita que se le arreglen esas cejas rotas...

—Diga mejor que quien las necesita es usted.

—... no tanto porque puedan estar desfiguradas, como de hecho lo están, sino porque son el distintivo de un modo de vida violento. De acuerdo, suponga que nos olvidamos de las cejas. Pero no de la barbilla, por amor de Dios. Su barbilla es la desfiguración *básica*, es uno de los estigmas que le impusieron una conducta antisocial.

—Suponiendo que tenga usted razón en un cien por ciento, ¿qué más da? Dentro de pocos días estaré otra vez aquí.

—Eso ya lo sé. Pero le voy a pedir que haga algo; retrase su salida de aquí unas pocas semanas. Y ahora dígame que estoy loco.

—Está usted loco. —Mitchell se pasó la mano por la depresión anatómica que había donde debiera estar su barbilla—. Probablemente no habrá forma de retrasar mi salida de aquí, aunque yo lo pidiera.

—Pero, ¿y si ello fuera posible? ¿Y si encontráramos la manera de solucionarlo?

—Tan pronto como yo sugiriese la idea de continuar aquí dentro, me enviarían derecho al manicomio.

—Pero, ¿y si lo arreglara yo?

Mitchell apretó su mano derecha sobre la barbilla y no dijo nada.

La operación de la barbilla se hizo con anestesia local y duró dos horas, mediante la inserción del hueso a través de una incisión practicada en la boca, justamente delante de la lengua.

Según fueron las cosas, no había resultado difícil aplazar la salida oficial de Mitchell, ni tampoco era un hecho que careciera de precedentes en su totalidad. Katsouras alegó que su paciente estaba en la mitad de un tratamiento médico que no podía interrumpir y, al estar conforme Mitchell, se pospuso la libertad. Pero, a pesar de los ruegos del doctor, Mitchell rehusaría permanecer allí un momento más de lo mínimo y absolutamente necesario para cumplir los cuidados postoperatorios.

—Éste es nuestro último encuentro —dijo Katsouras.

Se hallaba detrás de la mesa escritorio. Después de apagar la lámpara se quitó la chaquetilla blanca y se puso una chaqueta de cheviot. Mitchell pensó que parecía estar ejecutando un rito sentimental.

—No se aflija —respondió Mitchell—. La vida está llena de últimos encuentros. Gracias a ellos nos resulta más llevadera.

—Es usted un maldito cínico. —Los ojos de Katsouras estaban tristes y húmedos. La otra cara de la moneda griega de la euforia, pensó Mitchell—. Necesito que un presidiario me dé lecciones acerca de la vida. Usted es un experto en formas de vida.

—*Touché* —dijo Mitchell—. Eso es francés, por fastidiarme.

Katsouras dejó escapar un suspiro.

—¿Sabe qué va a hacer ahora?

—Me han ofrecido un trabajo. La dirección de la fábrica de «Galletas Munchmore» tiene conciencia social. Cada año proporciona trabajo a unos cuantos ex presidiarios. Está en Amesville. Es una pequeña población cerca de Melton.

—Para que luego critique la bondad de la gente —dijo Katsouras—. En qué consiste su trabajo.

—Director comercial —respondió Mitchell, y se puso a sonreír al ver el gesto involuntario de sorpresa que hacía Katsouras—. Trabajaré como peón en la sala de embarque.

—Bueno, por algo hay que empezar.

—Claro. Deme un año o dos y me verá escalando el puesto de presidente del consejo de administración.

—Sabihondo. ¿Qué es lo que sabe hacer?

—Robar. ¿Ha leído *Hudribas*, de Samuel Butler? Dice: «Una vez que el ladrón ha traspasado ciertos límites, ya no debería preocuparse por dejar de ser ladrón. El robo, para él, es un mensaje de Dios. Dejémosle que intente ser un buen ladrón».

—Yo no leo esa porquería de libros. Me gustaría ver un par de veces más esa nariz; y también la barbilla. ¿Podrá pasarse por mi consulta? Se encuentra a unos diez kilómetros de Melton.

—Creo que sí, si tengo que hacerlo.

—No está obligado a nada —dijo Katsouras—. Si lo prefiere, puedo recomendarle un especialista en Melton.

—Iré a su consulta. El otro podría ser todavía peor que usted.

Katsouras guardó silencio durante un momento, y luego dijo:

—Por cierto, el otro día tuve una charla con nuestro viejo amigo el teniente Shannon.

El cambio de tema fue abrupto. A Katsouras le costaba mucho trabajo decir adiós, y se agarraba a lo que fuera para posponer la despedida. Mitchell carraspeó.

—Dijo que está pensando en dejar el servicio de la prisión y pedir el traslado a la Policía de cualquier otro lugar más al Norte.

—Pues lo que pierda ese lugar lo ganará la penitenciaría.

—Me alegraré de que se vaya. Es un hombre brutal y cruel.

—Es un polizonte. ¿Qué espera de él?

—No hable mal de los policías por el hecho de que Shannon sea un indeseable. Los he conocido muy buenos, honestos, competentes y comprensivos.

—Sólo las personas como usted tropiezan con policías comprensivos. Nosotros sólo encontramos policías como Shannon.

—¿Sabe lo que me dijo Shannon cuando me anunció que se marchaba?

—Le dijo que «aquí no puedo hacer dinero».

Katsouras le miró extrañado.

—Lo dijo guiñando desvergonzadamente el ojo. ¿Cómo sabía usted lo que diría Shannon?

—Es un chorizo. Así como lo oye. En la prisión arrambla con todo lo que puede; paquetes de cigarrillos..., de los reclusos más pobres. No tiene compasión. En el fondo, es un ladrón.

—¿Lo sabe el director? —Katsouras se encogió de hombros, y se respondió a sí mismo—: Oh, bueno... Espero que no sea usted uno de sus contribuyentes.

—Lo soy.

—Pero usted no tiene nada.

Mitchell sonrió.

—Es norma corriente el que los presidiarios ricos y poderosos lean antes que los demás todos los libros nuevos y sucios que hay en la biblioteca. Lo pagan en paquetes.

—¿Y deja usted que eso ocurra?

—Yo no. Yo no lo permitía hasta que llegó Shannon. Ahora lo permito, y los paquetes son entregados directamente a Mr. Shannon.

—Creo que me queda mucho por aprender. —Katsouras suspiró y miró fijamente la mesa. Luego levantó la cabeza con aire triste y posando los ojos en Mitchell, dijo—: Así que se marcha.

—Me marchó.

—Como un hombre distinto. Quiero que entienda esto. Ya es usted un hombre distinto.

—¿Es eso cierto? ¿Lo puede usted asegurar?

—Mitchell, usted es ahora un hombre atractivo. Aun con esas cejas estropeadas. Es usted un hombre de *aspecto enteramente distinto del que era*. Quiero que se meta esto en la cabeza. Su cara es diferente. Su voz es diferente. La postura de su cuerpo es diferente. ¿Se acuerda de cuando le dije que no le iba a reconocer ni su propia madre? Bien, pues no le reconocería. ¿Quiere echarse una última mirada al espejo?

—¿Y qué haría usted si yo aullara con furia?

Katsouras quedó dubitativo. Luego dijo:

—Escuche. Se supone que yo no debo impulsarle a nada. Me dicen que eso es de mala psicología, que pone a la gente a la defensiva. Pero usted es demasiado estúpido u obstinado para entenderlo. O para admitirlo, que viene a ser lo mismo. De manera que se lo diré una vez más. *Usted no es el mismo que llegó aquí hace cinco meses.* Ya no tiene que seguir escondiéndose. Usted es bien parecido, y quiero que se meta eso en la cabeza.

—Usted es el médico.

—Eso dicen. —Katsouras consultó su reloj—. Me espera otro paciente.

—Que Dios tenga compasión de él. —Mitchell se puso en pie y extendió la mano—. Ya hace cinco minutos que no nos hemos estrechado la mano. Chóquela.

El apretón de manos que se dieron fue duro, muscular, breve.

—Gracias por todo, doctor Katsouras.

—Ha sido un placer, señor Sedley.

Cinco reclusos fueron puestos en libertad y la furgoneta de la prisión los estaba esperando en el patio para llevarlos hasta la estación de autobuses de Fredding donde se dispersarían, cada uno por su lado. El capitán de la penitenciaría les dio la mano a todos y murmuró unas frases rituales que eran una mezcla de felicitación y advertencia. Fueron saliendo a través de cuatro o cinco compartimientos separados por barrotes y puertas de acero, y pronto se encontraron ante la luz solar parpadeando como si fueran topos deslumbrados. Entraron en la furgoneta y fueron ocupando sus asientos rígidamente, nerviosos, cuestionando la credibilidad de lo que estaba sucediendo. La furgoneta se puso en movimiento, se abrió la puerta principal y todos salieron al exterior, al mundo libre.

Mitchell, con voz de volumen intermedio, dijo:

—Creo que podré vivir el resto de mis días sin escuchar el ruido de las rejas metálicas.

Mientras la furgoneta se dirigía veloz hacia Fredding, miró a sus compañeros. Todos iban silenciosos, introversos, pero no resultaba difícil

leer sus mentes. Se concentraban, con todas sus fuerzas, en la forma de volver a la prisión. Ellos ni siquiera tenían conciencia de esto, pensaba Mitchell, pero eso era exactamente lo que estaban haciendo.

Pero tú, dijo Mitchell para sus adentros, tú eres diferente. ¿O no? Bueno, ¿no lo eres?

OceanofPDF.com

No tardaría mucho en considerar su trabajo en la fábrica «Munchmore», y su residencia en Amesville, como un tiempo fuera del tiempo —un interregno—, en el que él no era lo que había sido antes ni lo que sería después. Era como marchar sin avanzar. Sabía que era un hombre en busca de su identidad, pero renunciaba a expresarlo en tan portentosos términos. Sin embargo, era exactamente eso, salvo que, cuando por último averiguó quién era él, se dio cuenta de que había redescubierto a su antiguo ser. Era una marcha sin avanzar.

Sin convicción, casi por omisión, había decidido llevar una vida recta cuando saliera de Fredding, elaborando una fórmula ingenua que le facilitaba su decisión: robar es malo porque conduce a la cárcel y volver a ésta resulta impensable. Así pues, no robes. En esta ecuación entraba también el doctor Katsouras, pero su lugar en ella era más irónico que otra cosa. ¡Otro triunfo del viejo doctor! Formuló otra aproximación práctica: robar es un mal hábito y los malos hábitos resultan nocivos. Luego hay que abandonar el hábito.

Pero el reconocimiento de este imperativo moral no sería, como razón para llevar una vida recta, más poderosa que para dejar de fumar, el solo hecho de saber que conduce al cáncer, a las cardiopatías o a la tos matinal. El conocer la respuesta no comprendía toda la solución. Era preciso resolver los detalles, y éstos resultaban onerosos. Existían síndromes de abstinencia, tentaciones casi irresistibles, racionalizaciones automáticas y malos hábitos compensatorios, como por ejemplo el atracarse de comida. En sus cinco primeras semanas en libertad había ganado nueve kilos de peso. Había tentaciones por doquier y cada vez que las vencía no estaba seguro de si, a la larga, el esfuerzo hecho para vencer fortalecería su resolución, o mermaba su capacidad de resistencia.

Durante su primera semana en la fábrica reconoció a varios ex presidiarios. «Munchmore» daba trabajo en toda su factoría a unos

cincuenta ex presidiarios, la mayor parte en quehaceres de categoría inferior. Para Mitchell, era como si aquellos hombres llevaran impreso un sello en la frente: rostro severo y suspicaz, crueldad subyacente, aura de temeridad y violencia reprimidas. La prisión deja su marca impresa en el hombre. En una ocasión, estando en el comedor de la empresa, había sentados dos hombres detrás de él, a los cuales por su forma de charlar y por la jerga carcelaria que empleaban, identificó como ex presidiarios sin haberlos visto siquiera. No eran muy inteligentes, por cierto. El ladrón de categoría evitaba la jerga de los bajos fondos, ya que ésta constituía una revelación certera para la Policía.

A los pocos días de estar allí se topó con Morris Laplace, vestido con la chaqueta de alpaca propia del uniforme de los repartidores de «Munchmore», empujando un carrito de ruedas de goma lleno de cartas. Aunque en la prisión no habían sido muy amigos, Laplace se alegró mucho de verle y, a los treinta segundos de conversación, quiso impresionarle diciéndole que sólo pensaba continuar en aquel honrado trabajo hasta reunir algún dinero, después de lo cual volvería a la «vida anterior». Luego, ladeando la cabeza le preguntó:

—¿Tú también, Johnny?

—No. Yo seré honrado a partir de ahora.

Laplace hizo un guiño y dijo:

—Claro. Un tipo como tú... Oye, ¿y si tomásemos una cerveza después del trabajo?

Mitchell rehusó pero, al salir por la puerta principal una vez concluida la jornada, Laplace le estaba esperando con su coche. Era un «Oldsmobile» cascado que debía de tener más de diez años. Morris Laplace insistió en llevarle a casa.

—Sé que quieres llevarme por el buen camino —dijo Laplace—. Tú seguirás una vida decente hasta que cumplas tu libertad condicional, y luego harás algún trabajito.

—Yo ya he terminado con esa vida —repuso Mitchell.

—¿Un gran tipo como tú? ¿Con la influencia que tenías en la prisión?

Según el léxico carcelario, el status de los hombres que había dentro dependía de la importancia de sus delitos. La reputación de un recluso que

había logrado un fuerte botín, aunque la Policía se lo hubiera quitado de las manos a los cinco minutos de robarlo, se clasificaba muy alta. Por el contrario, en el otro extremo del espectro de la delincuencia, el ladronzuelo de coches o de individuos borrachos era tenido en baja estima. A un sujeto que había matado a un Policía se le consideraba un plusmarquista, lo mismo que a cualquier homicida, excepto el que había matado a una mujer o a un niño. De cualquier manera, Laplace había decidido convertirse en un presidiario de elevado status, probablemente debido a que Mitchell había recibido un trato preferencial por parte de Katsouras.

—Yo nunca he sido un gran tipo —dijo Mitchell—. He sido siempre un ladrón mediocre.

Laplace le llevó hasta la puerta de la pensión y esbozando una elaborada sonrisa, dijo:

—Sé que vas por el camino recto y todo eso, pero cuando estés dispuesto a volver a la vida anterior, ¿querrás acordarte de tu viejo amigo Morris? ¿Lo harás, Johnny?

—No te olvidaré —respondió Mitchell—. Y cuando te mande venir, acuérdate de traerte tu orinal de cuña. ¿De acuerdo, veterano colega?

Salió del coche y dejó dentro a Laplace, vertiendo veneno contra él.

El funcionario encargado de su libertad condicional se llamaba Harry Baumer, y era un tipo estupendo. Le faltaban dos años para jubilarse y no deseaba crearse complicaciones, cosa que le venía bien a Mitchell. Sus entrevistas eran generalmente breves y, a partir de la segunda o tercera de ellas, las preguntas de Baumer se hicieron incluso mínimamente inquisitivas.

—Usted no ha hecho ningún comentario acerca de su trabajo —dijo Baumer.

Se encontraban sentados en la oficina de éste, en la que había un viejo escritorio de roble muy estropeado, archivadores con la pintura desconchada y dos sillas vetustas pero utilizables. El sol se esforzaba por meterse a través de una ventana que seguramente no había limpiado nadie en los veintiocho años que Baumer llevaba ejerciendo aquel cargo.

—Sí, lo hice —respondió Mitchell—. Le dije que el trabajo es bueno.

—Lo sé. ¿Pero cómo es que no se ha quejado ni una sola vez?

—Es mi trabajo. ¿Qué objeto tiene el protestar?

—¿No le resulta monótono?

Se acordó de la nave de carga, desordenada y ruidosa, los interminables movimientos, el esfuerzo que imponían los paquetes en los brazos y músculos de la espalda, el cansancio agotador que exigían las horas extraordinarias para terminar un trabajo...

—Creo que sí —contestó—. Pero todos los trabajos resultan monótonos.

—Eso depende. Algunos no lo son.

—Robar —dijo Mitchell—. Robar no es monótono.

Baumer sonrió y dijo:

—Lo que intentaba decirle es que usted es demasiado inteligente para hacer esta clase de trabajo.

—También soy demasiado inteligente para robar.

—Es usted un empedernido polemista —dijo Baumer en tono cariñoso—. Lo que trato de saber es..., ¿cómo se las arregla para romper la monotonía?

—¿Se refiere a por qué no me junto con malas compañías, me emborracho e inicio peleas? —Mitchell sonrió—. No. Me voy a casa, entro en mi habitación y paso la mayor parte del tiempo leyendo.

—Una vida casi monástica. ¿Ni siquiera sale por la noche con los compañeros?

—Ya tengo bastante pasando el día con ellos.

—¿Y respecto al bello sexo?

—¿Respecto a ellas?

—Usted es un hombre bien parecido y en la fábrica debe haber bastantes chicas fáciles. Me pregunto..., bueno, si tiene éxito con ellas, ya sabe.

—¿Equivale a quebrantar mi libertad, acostarme con una chica?

—No se enfade —dijo Baumer—. Sólo era una pregunta amistosa.

—Ya conoce usted la respuesta —contestó Mitchell—. No faltan oportunidades. Pero no me gusta hacer el tonto por ahí. No soy un tipo raro,

pero es cuestión de preferencias.

—¿Y el supervisor está satisfecho con su trabajo?

—Necesitaría ser muy tonto para no saber hacerlo bien. Me paso el día entero atando paquetes de galletas con una cinta metálica, pegando etiquetas y direcciones sobre éstos, y echándolas en cada uno de los veinte arcones, para su envío, según el emplazamiento geográfico de su destino. Si a usted le gusta atar y pegar, entonces es un trabajo fascinante... De lo contrario, es simplemente un trabajo.

—Bueno, por algo se empieza. Tal vez le ofrezcan algo más interesante. O, con el tiempo, cuando se haya usted acostumbrado a vivir en libertad, puede buscarse un empleo mejor en cualquier parte. Entretanto, esto es, al menos, un trabajo honrado.

Mitchell sonrió y dijo:

—Pues no dice mucho en favor de la honradez.

La primera vez que una chica le miró con interés, él hizo un gesto cómico de automenosprecio: se miró exageradamente de arriba abajo dando a entender que no comprendía lo que ella veía en él. Muchas chicas le miraban o le hablaban con actitud insinuante, pero aquello no le producía ningún interés. De la misma manera que a lo largo de su vida había sido rechazado por su aspecto físico, e ignoradas todas sus otras cualidades, ahora sólo era aceptado por su cara y nada más que por su cara. En cuanto a sexo, nacido del tedio y el descontento entre las chicas de la fábrica, cuyo único escape de la pura insipidez era la convivencia promiscua, tampoco le convencía. El sexo era necesario, pero sin conducir al compromiso. De ahí que resultara mucho más simple y seguro el comprarlo en un burdel.

Si se hubiera dejado persuadir por el sexo, su espejo podría haberle dado una imagen placentera, pero él empleaba una visión de rayos X que traspasaba la superficialidad de la piel y la carne, y descubría la interioridad del hombre. Calibán. La sociedad le aceptaba ahora por el valor de su cara. Pero lo irónico del caso era que la sociedad interpretaba mal su nuevo y blando rostro de ahora, como interpretara mal el de antaño. La sociedad, igual que las mujeres, se preocupaba solamente por lo superficial.

Cuando le acuciaba el deseo de robar, visitaba el burdel cuatro o cinco veces por semana, entregándose frenéticamente a los mercenarios y complacientes cuerpos que se retorcían debajo de él. Pero aquello era una distracción para sus deseos, no un sustituto. En el trabajo hacía prodigios envolviendo y atando, pero tampoco esto colmaba su necesidad. Los simples movimientos manuales no resultaban suficientes para anular su exigencia mental, ni el escuchar o intentar unirse a la sempiterna y monótona charla (deportes, chicas y coches) de sus compañeros de trabajo, siempre con el empalagoso olor dulzón del pegamento metido en sus pituitarias... Por las noches, cuando paseaba a horas tardías, iba acuciado por el miedo, esforzándose por acallar la voz interior que le prometía liberarle de su tensión si robaba alguna cosa, lo que fuera, algo meramente simbólico. Pero él sabía que no era cierto, que era igual que el fumador de cigarrillos que se engañaba a sí mismo diciéndose que con tres pitillos al día...

Hasta que un día se apoderó de un bolígrafo de diecinueve centavos en una tienda barata. Aquello fue una monstruosa estupidez y la consecuencia de su desesperación. Era un bolígrafo de diecinueve centavos pero, si le hubieran sorprendido, le hubiesen enviado de nuevo a la prisión hasta cumplir el resto de su condena. Por último, recuperó un atisbo de cordura y cuando iba a salir de la tienda dirigió sus pasos hacia la caja y pagó su importe. Ya fuera, al recibir el aire fresco, estuvo a punto de desmayarse al pensar en la enormidad del riesgo que había corrido.

Por aquel entonces ya conocía lo de los miércoles alternos del «Banco Popular» de Amesville. En ocasiones, había pensado en el asunto, no seriamente sino tal vez como el dentista que mira la obra de otro colega. Pero ahora, cuando se dirigía a casa con el bolígrafo (y el ticket de su compra), experimentó un sensible cambio. En esta ocasión contemplaba el Banco como un chupete, igual que el fumador que lleva en la boca un cigarrillo de plástico.

No sabría decir en qué momento exacto dejó de ser una ficción el robo del Banco, para convertirse en un ejercicio que le llevaría a la

determinación de ponerlo realmente en práctica. Pero el momento exacto no era un factor concluyente, como tampoco lo era el hecho de que un fumador entrara de pronto (aunque fuera sólo con la imaginación) en un estanco, y comprase un paquete de cigarrillos.

Quizá, si lo hubiese pensado concienzudamente, habría aislado la serie de pasos emocionales que le condujeron al punto en que ahora se encontraba. Pero estaba persuadido de que aquello, en gran medida, despejaría su creencia de que le faltaba vocación y gusto por el total aburrimiento nada gratificante de una vida honrada. Otrora, eso pudo haber sido diferente; pero en estos momentos, cuando llevaba veinte años haciendo de ladrón, él era un ladrón y continuaría siéndolo, dejando a un lado las minucias psicológicas. Butler: «Cuando el ladrón ha traspasado ciertos límites... El robo, para él, es un mensaje de Dios...».

Y así, mientras casi se había desmayado de miedo por robar un bolígrafo barato, el sólo pensamiento de robar un Banco le convertía en un hombre frío y profesional. Una cosa era arriesgar su libertad por un bolígrafo de diecinueve centavos, y otra hacerlo por un botín de un millón de dólares. Sin embargo, él no podría haber hecho eso jamás. Pero cuando vio la posibilidad de ser rico y a la vez vengarse de Jappy, la tentación se hizo irresistible.

También sabía que estaba irrevocablemente comprometido, el día que telefoneó al doctor Katsouras.

Como la prisión había sido el único ambiente compartido con Katsouras, y como éste raras veces hablara de sí mismo, Mitchell quedó sorprendido en su primera visita, realizada varios meses antes para el reconocimiento, al encontrarse frente a una mujer alta de cabello negro, y dos niños revoltosos que parecían una versión reducida de su padre, sentados en el porche de la gran casa blanca que componía la vivienda y despacho del doctor. Quedó extrañado al encontrarse con un Katsouras bastante más formal del que recordaba; o quizás el que había cambiado era él, ahora que se consideraba un hombre libre. Pero esta vez, cuando llegó por la mañana en el autobús procedente de Melton, su antigua y simpática relación parecía restablecida.

Charlaron sobre su nueva vida en libertad, y Katsouras daba claras muestras de sentirse complacido. Mitchell se expresaba en tono menor, sin mostrar alegría por su libertad ni por su trabajo, y esto pulsó la nota correcta.

—Deje de lamentarse —objetó Katsouras—. Puede que la calidad de la vida fuera de la prisión deje mucho que desear, pero al menos es libre de salir a dar un paseo por la noche, si le apetece.

—Doctor, sé que es usted un hombre honesto y no quiero que vea en mis palabras ningún tono despectivo. Algún día le elevarán a los altares. San Katsouras *el Bueno*.

—Me gusta trabajar decentemente. ¿Y por qué no habrían de canonizarme, siendo uno de los cirujanos más fantásticamente exitosos de la Historia?

—San Katsouras *el Humilde*.

—La humildad es para los pájaros, no para los cirujanos. Veamos esas cejas. —Ladeó la lámpara y se inclinó a observarle con interés, tocando ligeramente las cejas según las examinaba. Con cierta extrañeza en su rostro preguntó—: ¿Qué hace que decida tan repentinamente, arreglárselas?

—¿Qué clase de pregunta estúpida es ésta? ¿No me urgió usted mismo para que le dejara hacerlo?

—Efectivamente. Pero usted dijo que no, y ahora dice que sí. ¿A qué viene ese cambio de opinión? Estoy obligado a preguntárselo. La motivación es muy importante; ya se lo expliqué hace tiempo. Y hay ocasiones en que estamos obligados a negarnos a hacer la cirugía cosmética.

—Oh, mi motivación es la mejor de todas. Deseo obtener un empleo como modelo de cejas perfectas.

Katsouras apagó la lámpara y dijo:

—Estoy hablando en serio.

Mitchell extendió ambas manos al frente.

—No es que yo tenga una razón apremiante para ello, pero... ¿Cómo diría...? Pero tengo la sensación de encontrarme incompleto. No es que esto resulte tan importante, y si usted no quiere hacerlo, de acuerdo. No me voy a sentir tan infeliz por ello como para ponerme a robar chuletas de cordero en el supermercado.

—Yo no soy el único cirujano plástico de esta región. Si quiere, le puedo dar el nombre de tres buenos de la zona, y cualquiera de ellos, probablemente, se lo haría.

—Cuando necesite hacerme un trabajo demasiado fino acudiré a otro doctor. Pero para los trabajos toscos sigo fiándome de usted.

Katsouras se quedó observándole intensamente, centrandó en él sus especulativos ojos negros. Mitchell, durante un instante terrible, pensó que Katsouras había descubierto sus intenciones, había adivinado que deseaba operarse las cejas para perfeccionar su disfraz. Pero seguramente no llegó a tanto, incluso ni a sopesar semejante posibilidad, porque su sonrisa empezó a anunciarle un veredicto favorable.

—¿Cuándo quiere que empecemos? Exigirá un período de hospitalización bastante largo. ¿Podrá conseguir, digamos, un par de semanas de vacaciones en su trabajo?

—Tendré que comunicárselo al departamento de personal y a mi oficial de vigilancia.

—Es una interesante operación —dijo Katsouras—. Se tratará de una sola capa con un pedículo vascular debajo. Será usted su propio donante...

Cuando Mitchell sacó a mientes el tema del pago, Katsouras le hizo callar con un movimiento de su mano.

—Olvídelo. Si le cobrase ahora empezaría yo a lamentarme por el trabajo gratis que le he hecho antes. Además, no tendría con qué pagármelo.

—Dígame cuánto es, y lo robaré.

—Déjese de bromas.

—Ni un centavo más ni uno menos, dígame a cuánto suben sus honorarios —dijo Mitchell—. Oiga, tengo algún dinero en el Banco y me sentiría mejor si me dejara pagar los gastos de transporte.

—Digamos cien dólares —respondió Katsouras encogiéndose de hombros.

—¡Venga, hombre! Otros médicos cobran cien dólares por recetar aspirinas por teléfono.

—Los médicos ajustamos nuestras facturas a los pacientes. Mis mayores ingresos los consigo arreglando tetas y nalgas flácidas a las

mujeres viejas y ricas. Por eso puedo permitirme el lujo de cobrar poco en otros trabajos. Lo que pierdo por un lado lo gano por otro.

Estando en Fredding, a Mitchell le extrañaba mucho que sólo sus compañeros más observadores se dieran cuenta de que le habían cambiado el rostro. Los demás, aunque notaran algo en él, se limitaban a mirarle y a decir que tenía muy buen aspecto, pero nada más. En la «Munchmore», cuando volvió a reanudar su trabajo en la sala de embarque, sus compañeros parecían totalmente ignorantes de la reparación que le habían hecho en las cejas. Al igual que en Fredding, le decían que tenía buen aspecto y le preguntaban si le había sentado bien la operación (cuya naturaleza ignoraban puesto que él no se lo había dicho), pero ahí quedaba todo. Cuando habían comenzado con las operaciones, meses antes, Katsouras le había predicho exactamente esta falta de agudeza o de interés, y había resultado cierto.

La noche anterior, Mitchell encendió todas las luces de su habitación y las dirigió hacia el espejo enmarcado que tenía sobre su anticuado aparador. Seguidamente empezó a contemplarse detenidamente, desde todos los ángulos y distancias imaginables; a veces se situaba tan cerca que su nariz tocaba el cristal; luego volvía a retirarse a un par de metros de distancia, se miraba de lado, de semiperfil, sonriendo, serio y, con la ayuda de un espejo de mano, se miró incluso la parte posterior de la cabeza. Finalmente, maravillado por el cambio, reconoció que podría engañar a su propia madre, y si era capaz de esto también podría engañar a Jappy o a cualquier persona de este mundo. Solamente tenía que cuidar de dos cosas: mantenerse erguido en su nueva postura y evitar la regresión de la voz. Pero estos detalles los había controlado con éxito durante dos meses anteriores, y ello le proporcionaba un alto grado de confianza.

Su cabello, que había sido negro hasta hacía seis años, se había vuelto gris. Lo dejó crecer cuando abandonó Fredding, y se lo peinó sobre la frente, al nuevo estilo, pero sin que la raya fuera más larga de lo que solía ser antes. Sus ojos, naturalmente, eran del mismo color de antaño, pero ya no tenían la forma anterior, ligeramente almendrada. Por si acaso, al día

siguiente se presentó en la consulta de un óptico, se graduó la vista y encargó unas lentillas de contacto azules.

El conflicto entre su deseo de venganza contra Jappy por los cinco años que le había hecho pasar en la penitenciaría, y el imponderable de que no podría robar el Banco sin la ayuda de éste, se resolvió por sí mismo, de forma pragmática. Sin Jappy no podía haber ni robo ni venganza. Con Jappy, lo primero resultaba viable y lo segundo constituía, al menos, una remota posibilidad. Inevitablemente, tenía que acudir a Jappy. No sólo porque él mismo careciera de contactos en el mundo del hampa, sino porque Jappy poseía un alto grado de aptitud, cautela e inteligencia organizadora (aparte del par de hombres más que iban a necesitar).

Para conseguir medio millón de dólares, tenía que permitir que Jappy consiguiera otro tanto. Mirándolo con frialdad, y en el supuesto de que pudieran compaginarse dos factores tan irreconciliables como el dinero y la venganza. Sin embargo, se hizo a sí mismo una promesa: a la menor oportunidad que se le presentara de traicionar a Jappy, cualesquiera que fuesen los riesgos, la aprovecharía.

Y sobre esta base, que parecía la más apropiada para sus propios fines, estableció su plan.

A primeras horas de la mañana de un sábado cogió un avión, depositó una carta en el buzón de Correos de Market Street, y regresó esa misma tarde a casa. Ni siquiera había pedido permiso a Baumer para abandonar la ciudad. Existían escasas posibilidades de que se descubriera, salvo que su avión cayera y entonces poco importaría ya. San Francisco quedaba demasiado lejos como para ir simplemente a que estamparan un matasellos sobre una carta, pero aquello era esencial. Aunque Mitchell hubiera conocido a alguna persona en San Francisco a la que poder pedirle que echara una carta en el buzón, no se habría fiado de ella. No quería dejar ni un solo cabo suelto.

Las dos cartas eran fáciles de escribir, pero le hicieron sentir incómodo; no por el fingimiento de su propia muerte, sino por la complejidad de sus

sentimientos hacia Jappy. La carta dirigida a Jappy era corta, como de hecho lo era la que le dirigía su «amigo», al que dio el nombre de Al Ford.

El escribir la carta de Ford le entretuvo algunas horas en una máquina de escribir de la sala de embarque, rehaciéndola varias veces, no tanto por su contenido como por su ortografía y sintaxis, teniendo la sensación unas veces de que se pasaba y otras de que no llegaba. La carta de Al Ford decía:

Querido señor Schroeder:

Hace un par de días, cuando Johnnie aún estaba vivo, me suplicó que le enviara a usted la carta adjunta, cuando él se hubiese ido de este mundo. Yo le prometí hacerlo. Nos hicimos amigos en la enfermería de la prisión. Yo me encuentro ya mejor y saldré del hospital dentro de una semana.

Se alegrará usted de saber que Johnnie no padeció dolores, ya que las últimas semanas estuvo totalmente drogado y los últimos días los pasó en estado de coma del que ya no despertaría. Fue cáncer de páncreas. Pero la droga evitó que Johnnie sufriera.

Fue un buen chico, aunque lo conocí por poco tiempo. Y entonces se nos fue.

Su seguro servidor, el amigo de Johnnie,

Y estampó una firma escrita laboriosamente con letras grandes e infantiles.

La dirección del sobre la puso de su puño y letra, dejando que se torciera de vez en cuando, pero no excesivamente, pues quería asegurarse de que aquella caligrafía resultara fácilmente reconocible como la suya propia.

Jappy:

Probablemente te extrañará que te escriba. Eso mismo me ocurre a mí. Pero no tengo a nadie más a quien escribirle, lo cual está diciendo algo acerca de mi vida. Una vida

miserable. Me encuentro enfermo, agonizante, y mi fin lo veo muy cerca. Quiero que alguien sepa que me voy. No sé por qué pero parece importante no dañarla sin dejar rastro. Resulta muy divertido que a la única persona a quien se me ocurre escribirle sea a un hijo de puta como tú.

Por lo tanto, si puedes dejar de reírte el tiempo suficiente, celebra mi marcha echándote un trago de ese whisky matarratas que tienes.

JOHNNY el Guapo

A través de Morris Laplace tuvo noticias de Shannon. Laplace seguía en su empeño de asociarse con él, sabe Dios por qué, salvo por el hecho de que el pobre viejo abrigara la ilusión de que Mitchell era un delincuente de primera fila. En aras de esta idea, Laplace se hizo impermeable al insulto, al menos después de haberlo recibido. Esto obligaba a Mitchell a huir de él por los pasillos de la fábrica, y a inventar nuevas excusas para no aceptarle una cerveza de amigo.

Pero una noche lluviosa, a mitad de semana, Laplace consiguió acorralarlo. Mitchell se encontraba en la biblioteca de Melton cuando apareció por allí Laplace, siguiéndolo, seguramente, dado que Laplace no era un asiduo lector. Se hallaba sentado en una mesa leyendo una revista de actualidad, cuando Laplace se deslizó a su lado. Mitchell continuó leyendo, ignorando los sibilantes siseos del otro, pero la mención de Shannon atrajo su atención.

—¿Qué pasa con Shannon?

—¿Con nuestro viejo amigo de la penitenciaría, el teniente Shannon? Pues que hace ocho o nueve meses que dejó aquello.

—Lo había oído —dijo Mitchell asintiendo, y prosiguió su lectura.

—Es jefe de detectives al norte del Estado... En la ciudad de Philbin.

—¿Dónde? —preguntó Mitchell. Sus dedos se pusieron a revolver las páginas de la revista.

—En Philbin.

Mitchell se dio cuenta de que sus dedos estaban arrugando las páginas de la revista, y se puso a alisarlas.

—Nada me gustaría menos que vivir en una ciudad donde Shannon estuviera de polizone —cacareó Laplace—. No podría soportarlo.

Laplace siguió parloteando con su astuta voz de viejo, no importándole el hecho de que Mitchell no le contestase. Tal vez se sintiera satisfecho de no ser insultado. Mientras contemplaba, sombrío, cómo sus dedos alisaban las páginas arrugadas de la revista, Mitchell pensó que, con Shannon en la ciudad, tenía muchas posibilidades de que le localizara y le descubriera. De esa forma, todo habría terminado antes de comenzar.

Pero más tarde, después de haber logrado desembarazarse de Laplace, mientras regresaba andando en medio de la lluvia tras haberse apeado del autobús, se dio cuenta de que no tenía por qué haber terminado todo, de que, providencialmente, podía existir una forma de obtener medio millón de dólares y vengarse de Jappy al mismo tiempo. No le iba a costar ni un centavo. De hecho, quien iba a pagar la factura era Jappy.

Se encontraron en Woodrow, una población a medio camino entre Philbin y Melton. Cuando Mitchell bajó del autobús, ya eran casi las siete y estaba oscureciendo. Echó a andar por la deslustrada terminal que olía a hamburguesa frita y a cuerpos cansados, y tomó la calle principal de Woodrow, desierta si se exceptuaban algunas personas que se dirigían al cine, y las llamativas luces de neón de unos cuantos bares y restaurantes. Dos manzanas más adelante ya no había luces y sólo quedaban los escaparates a oscuras de las tiendas cerradas. Siguió andando a una marcha regular, sin prisas, y pronto oyó detrás de sí un coche que se deslizaba cerca del bordillo. No se volvió ni dejó de andar. El coche le siguió a lo largo de otros cien metros, y luego se acercó a él y se detuvo. La puerta del lado de la acera se abrió.

Entró en el vehículo y éste partió. El rostro de Shannon aparecía escasamente iluminado de color rosa, en la luz tenue procedente del tablero de instrumentos. Conducía con la mano izquierda, y la derecha la apoyaba sobre el espacio que quedaba entre ambos. Cualquiera hubiese dicho que iba él solo en el coche. Su arrogancia y aire despreciativo eran imponentes, pero en estas circunstancias resultaban ficticios.

Shannon tomó una carretera rural y condujo a lo largo de ella durante diez minutos. Un par de veces aminoró la marcha como si buscara un sitio para parar, pero continuó adelante. Finalmente, al llegar a un tramo solitario, abandonó la carretera de asfalto y entró por un camino lleno de baches que corría oblicuamente internándose bajo un techo formado por las ramas de los árboles. Metió el coche entre unos arbustos tan espesos que los ocultaban casi totalmente a la vista de la carretera. Apagó las luces, bajó la ventanilla del coche y encendió un cigarrillo. Luego, sin dejar de mirar al frente a través del parabrisas, habló por vez primera:

—¿Qué tienes en mente?

Su voz era áspera.

—Un millón de dólares —dijo Mitchell.

Shannon expulsó una nube de humo, en silencio. Era toda presencia dentro del coche, llenando el espacio que había detrás del volante con su volumen. Traspasó a Mitchell con una mirada azul y fría y dijo:

—Si tienes en la cabeza lo que pienso que tienes, voy a sacarte de ese asiento y a hacerte picadillo.

Mitchell no dijo nada, pero le echó una mirada de igual a igual.

—No olvides jamás que soy policía —dijo Shannon.

—Me importa poco lo que diga que es. Sé que le gusta el dinero.

La voluminosa mano derecha de Shannon, la cual éste tenía apoyada en el sitio que quedaba entre ambos, quiso alzarse, pero continuó donde estaba.

—Te advierto una cosa, sinvergüenza; no acabes con mi paciencia.

Lo dijo con voz resuelta, pero Mitchell no se preocupó. En aquellas palabras, Mitchell le había dicho todo, le había desafiado, y Shannon había recogido el guante. Añadió tranquilamente:

—Procuraré no pasar del límite. ¿Quiere que continúe?

—Todavía no has dicho nada. ¿Quieres ir al grano?

—Ahora mismo —repuso Mitchell—. Sé dónde se puede robar un millón de dólares. Le ofrezco la mitad.

—Nunca en la vida le he pegado a un loco —dijo Shannon—, pero siempre hay una primera vez. ¡Voy a partirte la cabeza!

Era el último coletazo de falso orgullo, y Mitchell no se sintió afectado por ello. Aguardó pacientemente a que se le pasara.

—Pero si no estás loco —añadió Shannon—, eres el delincuente más osado y estúpido que he conocido en toda mi vida. ¿Cómo se te ocurre tener la loca idea de que puedes presentarte delante de un policía con una proposición así? ¿Es que tratas de suicidarte?

Mitchell dijo fríamente:

—Esa idea me la dio usted en Fredding. Y desde el momento en que accedió usted a venir aquí esta noche, supe que no me había equivocado.

—Escúchame bien, hijo de perra. ¿Te das cuenta de que con lo que me has dicho ya podría enviarte de nuevo a la prisión por veinte años?

Mitchell se puso a reír y, durante un momento, al ver lo tensos que se ponían los músculos de la garganta de Shannon, pensó que había ido demasiado lejos. Pero aquella tensión duró poco. Aun así, Shannon tenía que hacer una última concesión a las apariencias. Echándose hacia atrás, giró la llave de contacto y puso el motor en marcha.

—Quedas detenido, sinvergüenza. Voy a llevarte a Philbin y empapelarte por conspiración de robo, intento de soborno a un oficial de Policía, quebrantamiento de libertad vigilada...

—Claro —dijo Mitchell—. Hágalo, teniente.

Shannon dio marcha atrás bruscamente, y luego siguió avanzando por la carretera. Las luces de los faros iban rebotando sobre el asfalto según conducía, con las ruedas de la izquierda por el centro de la calzada.

—Va usted conduciendo en dirección opuesta —dijo Mitchell con mucha cortesía.

Shannon continuó en silencio durante un rato, con los hombros inclinados hacia el volante. Luego dijo, con voz tranquila:

—¿Cuál es tu proposición?

Fueron viajando durante más de una hora por oscuras y silenciosas carreteras rurales, sin apenas encontrarse con los faros de otro coche en dirección contraria. Shannon escuchaba en silencio, haciendo de cuando en cuando alguna interrupción para preguntar algo. Mitchell sabía que, al aceptar o no su oferta, no era ya más que una cuestión de sentido práctico.

Si Shannon estaba seguro de que aquello iba a funcionar, aceptaría. Ya no cabían fingimientos.

Las preguntas que hizo fueron inteligentes:

—No me entra en la cabeza que un tipo como tú quiera desprenderse así de medio millón de dólares de su propio dinero.

—Yo no me voy a desprender de un sólo centavo. Es dinero de Jappy Schroeder.

—¿Y todo este tejemaneje sólo porque podrías toparte conmigo en Philbin?

—Claro. Yo estaba seguro de que usted conocía a Jappy. De hecho, usted me dice que hace negocios con él. Forzosamente íbamos a tener que encontrarnos los dos. ¿Podía yo arriesgarme a que usted no me traicionara?

Shannon asintió y dijo:

—Sin embargo, queda algo más. ¿Abrigas algún rencor contra Jappy Schroeder?

—Sí. Pero no hay en ello ninguna cuestión psicopatológica, si es a eso a lo que se refiere.

—A eso me refiero.

—Es una rara combinación de negocios y placer. Él me ayuda primero a mí a conseguir un gran botín, y luego se lo quito yo a él.

—Resulta más complicado de lo que me gusta que sean las cosas —dijo Shannon—. Fastidiar el negocio a un antiguo colega, sólo por venganza, implica muchos sentimientos adversos.

—La venganza es cosa secundaria. Lo que cuenta es el millón de dólares. Por esa cantidad de dinero yo traicionaría a cualquiera.

—¿Incluyendo al amistoso teniente jefe de detectives de tu barrio?

—Tenemos que hacer las cosas *con un poco* de fe. Yo ya la tengo.

Shannon dijo:

—Suponte que no tienes éxito. Suponte que te reconoce como a Johnny *el Guapo*.

—Entonces usted se olvida de todo y lo máximo que le habría costado sería un paseo en coche y unos litros de gasolina. ¿Se acuerda usted de cómo era yo? ¿Cree que me reconocerá?

Shannon aflojó la marcha y se volvió hacia Mitchell para estudiar su rostro.

—No. Sinceramente, no creo que te pueda reconocer.

—Entonces ya está —dijo Mitchell—. No hay más que hablar.

—Te llevaré hasta la estación de autobuses —añadió Shannon.

Regresaron en silencio hasta el centro de la ciudad. Mitchell dijo:

—Gracias por el paseo, teniente.

Shannon asintió.

—Estaremos en contacto —aceleró el motor del coche en punto muerto—. Preferiría que todo esto no fuera tan complicado. Tienen que funcionar muchas cosas para que salga bien.

—Medio millón de dólares no se gana así como así —agregó Mitchell—. De cualquier manera, usted no puede perder. No se verá implicado en ello a no ser que todo salga bien.

—La otra cosa que me preocupa es por qué un verdadero granuja como tú engaña a sus propios colegas.

—Ellos también son unos granujas —dijo Mitchell—. ¿Por qué preocuparse por un hatajo de sinvergüenzas?

Shannon asintió pensativo.

—Mantengámonos en contacto.

Mitchell se apeó del coche y echó a andar hacia la estación de autobuses que se encontraba a una manzana de distancia. Sin necesidad de volverse a mirar sabía que Shannon continuaba sentado tras el volante observándole y pensando. Bueno, que pensara y reflexionara cuanto quisiera, porque ya no iba a dar marcha atrás. Con placa de policía o sin ella, un granuja sería siempre un granuja.

Tres semanas más tarde, Mitchell acudió al despacho de Baumer para su última presentación. Cuando terminara la visita habría dejado de ser un liberto, y su deuda con la sociedad estaría saldada.

El día siguiente era su último de trabajo en la «Compañía de Galletas Munchmore». Había sido muy correcto solicitar su renuncia, presentándola ante la empresa con dos semanas completas de anticipación. A la mañana siguiente hizo su maleta, comió en la barra de un drugstore, dio un paseo, y luego cogió el autobús de Philbin.

TERCERA PARTE

MUNDO GENUINO

OceanofPDF.com

Jappy era tan laborioso y metódico que Mitchell, frecuentemente, estaba a punto de mostrar su impaciencia. Pero sabía muy bien que ningún detalle perfectible escaparía al examen de aquel hombre, y en esto radicaba su fortaleza.

A instancias de Jappy, acudieron a Amesville en día de pago porque él quería ver la situación del Banco en el momento en que los trabajadores de la «Munchmore» se amontonaran allí para hacer efectivos sus cheques.

—¿Cuál es la relación? —dijo Mitchell—. Que todo esto tendrá lugar unas pocas horas después de que hayamos atracado el Banco.

—Nunca se sabe —objetó Jappy—. Después, oliendo a presidiario, de nada nos serviría lamentarnos de haber dejado algún cabo suelto. Lo que hagamos antes es lo que cuenta, aunque parezca no tener ninguna relación.

Iban sentados como siempre: Jappy al lado de Battler y Mitchell solo, en el asiento de atrás. El viaje lo hicieron prácticamente en silencio, y llegaron al centro de la población pocos minutos después de las doce. El tráfico, que cerca de las afueras resultaba fluido, al llegar al centro urbano se convertiría en un atasco. Avanzaban metro a metro, y cuando llegaron al aparcamiento del supermercado eran las doce y media. En torno al Banco había una larga fila de coches. Jappy le dijo a Battler que continuara.

—No quiero que nos vean en el mismo sitio varias veces. Alguien puede verme y acordarse de mí. La próxima vez que aparquemos aquí será para asaltar el Banco.

Siguieron las indicaciones del aparcamiento municipal, dos manzanas más al Sur y una a la derecha. Jappy se apeó del coche.

—Voy a hacer un ingreso en mi cuenta de ahorros.

—Con tanta gente tendrás que esperar mucho —le previno Battler.

—Eso es lo que yo quiero. Así tendré tiempo de observarlo todo. —Antes de alejarse dijo—: Si decidís dar un paseo a pie, no os metáis por el centro de la ciudad ni vayáis juntos.

Mitchell dejó pasar unos minutos, y luego salió del coche. Battler dijo que prefería quedarse. Echó a andar por Main Street. A la izquierda, al

fondo de la calle, la caravana de coches delante del Banco parecía no moverse. Giró a la derecha y se puso a caminar por una zona sucia de pequeños negocios: un taller de carrocería, otro de fontanería, una tienda de tapicería y alfombras..., todos escupiendo a la calle sus detritus. Luego la ciudad cobró nuevamente aspecto residencial: grandes y viejas viviendas, un tanto decadentes, que constituyeron las casas de los primeros pobladores de la ciudad, con cúpulas, terrazas y miradores, muchas de las cuales eran ahora hogares turísticos o tiendas de antigüedades.

Se detuvo al llegar al puente blanco que estaba tendido por encima de la pequeña extensión del río Ames, que discurre claro y somero sobre las erosionadas y limpias piedras de su lecho. Se apoyó sobre la barandilla y evocó el año durante el que había estado viviendo en esa población. ¿Había realmente acabado hacía sólo unas pocas semanas? Ahora parecía muy remoto, fuera del tiempo. Llegó a aquella ciudad y se fue de ella sin dejar huellas, sin permitirse ningún contacto humano. Incluso cuando visitaba el burdel, que se hallaba emplazado fuera del alcance de su vista, justamente al otro lado del recodo de ese mismo río, había elegido a una chica diferente cada vez. Llegó a la ciudad como un extraño y se fue de ella como un extraño.

Se quedó mirando fijamente al agua, con indiferencia, matando el tiempo, y luego regresó al coche. Battler continuaba monolíticamente sentado detrás del volante. Apenas movió un músculo al verlo entrar. Mitchell encendió un cigarrillo, se lo fumó, y otros dos más antes de que regresara Jappy y ocupara su sitio en el asiento delantero. Battler puso en marcha el coche y lo sacó del aparcamiento.

—Dirígete al Sur y toma la primera carretera secundaria que veas en dirección oeste —dijo Jappy—. He puesto quinientos en mi cuenta.

—Cuando les limpiemos el Banco —comentó Mitchell— procuraremos dejarles lo suficiente para que te paguen tus ahorros cuando la canceles. Más los intereses.

Battler giró hacia Main Street, y luego enfiló hacia el pequeño puente blanco.

—He contado cuatro policías —le dijo Jappy a Mitchell—. El vigilante del Banco y tres agentes de la ciudad; uno dentro y dos fuera. Dijiste que

había solamente un policía de la ciudad.

—Los de fuera están para mantener en orden la cola. No vienen al Banco hasta el mediodía. Por las mañanas las cosas son tal como dije; el vigilante del Banco y un agente de la ciudad.

—Está bien. He podido enterarme de una cosa. La alarma está conectada con la jefatura de Policía. Funciona mediante un dispositivo de pedal. Esto no me gusta ni un pelo.

—¿Qué crees que harían, en un caso así, el vigilante del Banco y el otro agente? —preguntó Battler.

—Cualquiera sabe. Yo creo que el vigilante del Banco se portará como un buen chico. En cuanto al policía de la ciudad... nunca se sabe lo que pueda hacer un polizone joven. No tiene sentido. Mitchell, ¿está siempre el mismo agente?

—Van turnándose. Pero casi siempre hay uno de los jóvenes.

—Respecto al personal empleado... Hoy hay más que la última semana.

—Los miércoles de pago refuerzan la plantilla. Principalmente con mujeres, ¿verdad?

—Tres mujeres y dos hombres. Generalmente, los cajeros de los Bancos se comportan con sensatez en caso de atraco. Pero ese pedal de alarma... Es muy fácil deslizar un pie sin que se vea desde el otro lado del mostrador.

—Desde el primer momento tenemos que disuadir a los posibles héroes —dijo Mitchell—. Debemos entrar asustándolos. Nada de buenos modales ni cortesías, aunque esto constituya una buena lectura en los periódicos del día siguiente.

Jappy estaba de acuerdo y asintió con la cabeza.

—De todas formas, yo nunca leo las noticias que hablan de mí —añadió—. Antes que nada, hay que advertirles que le volaremos la maldita cabeza al primero que se mueva.

—¿Y si alguien se mueve? —preguntó Battler.

—Entonces se la volamos.

Previamente había estado recorriendo toda la red de carreteras de entrada y salida de Amesville, desde todos los puntos cardinales imaginables —

autopistas estatales, carreteras comarcales, arterias secundarias, vías urbanas que serpenteaban para enlazar con las zonas rurales—, valiéndose siempre de un mapa de carreteras en el que Jappy anotaba detalles tan insignificantes como las distancias no registradas, cruces, curvas, colinas e incluso caminos sin salida. Deliberadamente dejaron el coche sin lavar durante algunas semanas, con el fin de que su color quedara oscurecido bajo una recia capa de suciedad. Exceptuando el parabrisas, los cristales de las ventanas aparecían sucios y veteados, dando la sensación de que llevaban cortinas casi opacas.

La carretera por la que rodaba ahora el coche, atravesaba una zona rural escasamente poblada, y conectaba con una carretera secundaria doce kilómetros más adelante, la cual enlazaba a su vez con una autopista del Estado. Jappy, con el inevitable mapa abierto sobre sus rodillas, iba anotando cuidadosamente todos los puntos de referencia y cada una de las curvas de la carretera, comprobando sus anteriores anotaciones y, de vez en cuando, introduciendo alguna nueva.

Una vez en la autopista estatal, dobló el mapa, lo puso en la guantera del coche, y ordenó a Battler regresar a casa.

—Muy bien —dijo Jappy—. Dentro de dos miércoles, a partir de hoy, efectuaré otro ingreso en mi cuenta. A las nueve de la mañana.

—Pero, por amor de Dios, si allí ya no queda nada más por ver —dijo Mitchell.

—No trates de imaginarte lo que queda por ver. Ten esto bien en cuenta: quien crea que es fácil robar un millón de dólares acabará dando con sus huesos en chirona. ¿Es que tienes ganas de volver a la penitenciaría?

—Antes me cortaría el cuello.

—Lo mismo digo —añadió Jappy—. Entonces no trates de imaginarte nada.

Pasó un buen rato desde que Jappy llamara a la puerta, desde lo alto de la escalera metálica, hasta que sonó el zumbador que abría la cerradura. Dentro se hallaban Tully y Sunny, uno a cada extremo de la habitación, pero

sus caras aparecían encendidas de excitación, y las ropas de ella estaban arrugadas.

—Esto es una oficina, no una maldita alcoba —dijo Jappy—. Largaos los dos de aquí.

—Jesús, qué modales —protestó Sunny—. Pareces un maldito caballero de la mesa del Rey Arturo. No eres muy cortés que digamos. Por no hablar de tus insinuaciones acerca de que nos estábamos manoseando.

—¿Qué se supone que he de hacer? —exclamó Tully—. ¿Bueno, trabajamos juntos o qué? Nos tratas a mí y a Bobby como si fuéramos dos malditos polis.

Jappy respondió con tono de hastío:

—Cuando llegue el momento lo sabréis todo. Hasta entonces, dejad de hacer preguntas.

Sunny se encaró con Tully:

—Si tuvieras agallas no le permitirías que te tratara como a un desgraciado; Pero tú no tienes agallas.

Tully desvió su cólera hacia la muchacha.

—¡Vete a la mierda, puta!

—¡Follate a tu madre! —exclamó ella, recogiendo su bolso y encaminándose hacia la puerta—. Si te deja.

Tully la empujó con tanta fuerza que Sunny fue a caer contra la barandilla de la escalera. Luego cerró de un portazo amortiguando los gritos de rabia de ella.

—Vaya pareja —comentó Jappy meneando la cabeza—. Está bien. Vamos a lo nuestro. Todavía quedan por resolver dos serios problemas: la alarma y la salida. Tal y como yo lo veo en este momento, la alarma es algo que no podemos controlar puesto que se trata de un factor humano. Tal vez uno de los cajeros la pise, y tal vez, no. Pero ya lo estudiaré mejor. La fuga no va a resultar fácil. Doscientos cincuenta kilómetros en un coche lleno de dinero robado, es un problema.

—Cambiemos de coche —dijo Battler—. Podemos tener un coche, o incluso dos, escondidos en cualquier parte de la carretera...

—¿Y a quién dejamos dentro? —le interrumpió Jappy—. No vamos a contratar a cualquiera para que espere dentro. Eso significa que debemos

dejarlo vacío. ¿Y si nos lo roba algún niñato para darse un paseíto? Suponte que uno de esos coches no arranca. Suponte que llegamos y tiene una rueda pinchada.

—Teniendo varios coches...

—Cuanto más coches tengamos, más posibilidades habrá de que surjan problemas. Además, poco importa en *qué* coche viajemos. Lo que importa es que será un coche *lleno* de dinero.

—Ya me conoces —dijo Battler—. Puedo llevar cualquier coche por donde sea.

—Sé que eres el mejor conductor que he conocido. Pero por muy bueno que seas, no podrás cruzar un control de carretera como si fueras con un tanque. Tampoco esperes encontrarte con simples guardias en los controles de carretera, sino con soldados de la reserva, bien entrenados y provistos de rifles. No podrás engañarlos. Con un millón de dólares en el fondo del coche, no podrás engañar a nadie.

Durante el prolongado silencio que siguió a estas palabras, Jappy empezó a abrir un cajón del escritorio —el mismo donde guardaba la botella de licor—, pero se lo pensó mejor y transformó este gesto en el torpe movimiento de rascarse una pierna. Battler rompió el mutismo:

—Supón que no se nos ocurre nada mejor.

—Ya pensaremos en algo —dijo Jappy—. Pero si no se nos ocurre nada, yo no robaré el Banco. Me importa un rábano que nos sirvan el dinero en bandeja y envuelto en papel de regalo. Si luego no puedes escapar con él, vale más no cogerlo.

—¿Y cuánto tiempo durarán los controles de carretera una vez dada la alarma? —preguntó Mitchell.

—Quién sabe. Algunas horas, tal vez seis u ocho, o incluso más. Pero las patrullas bien reforzadas durarán mucho más tiempo, quizá veinticuatro horas.

—¿Quieres decir que la alerta habrá acabado a las cuarenta y ocho horas?

—Mucho antes de eso. Saben muy bien que los ladrones de Bancos no se marchan *andando* con el botín a cuestas.

—Ahí tenemos la respuesta —dijo Mitchell.

—¿Que nos vayamos andando?

—Que permanezcamos en Amesville durante cuarenta y ocho horas.

A la mañana siguiente volvieron otra vez a Amesville. Estaba lloviznando, y la vegetación de los campos que se divisaban a través de los sucios cristales del coche aparecía empapada de agua y abatida. Apenas hablaban. Mitchell pensó que los ánimos de todos estaban como el día, deprimidos. Al llegar a los suburbios de Amesville, Jappy rompió el silencio.

—Mal día es éste para andar buscando una casa por el campo —dijo—. De buena gana se lo hubiera encargado a un agente inmobiliario.

—Eso ya lo discutimos anoche —agregó Mitchell—. ¿No estuviste de acuerdo en que sería peligroso establecer contacto con alguien que luego podría identificarnos?

—Lo sé, lo sé. No me hagas caso.

Battler se dirigió directamente al aparcamiento municipal. Jappy se bajó del coche y echó a andar por Main Street. Mitchell y Battler se quedaron dentro del vehículo. Al cabo de veinte minutos regresó Jappy con un ejemplar del *Amesville Banner*. Echó mano a la guantera y sacó el plano de la ciudad, entregándoselo a Mitchell. Seguidamente abrió el periódico en la página de los anuncios inmobiliarios.

—Ignoraremos los anuncios de los agentes inmobiliarios, ¿no? Y qué hacemos con respecto a los que sólo dan un número de teléfono.

—Por ahora es mejor dejarlos —dijo Mitchell—. Algunos son agentes encubiertos. Los que nos interesan dicen «propietario» o algo así como «sólo particulares, no agencias». Ya los verás más adelante.

Jappy señaló la página con el dedo.

—Aquí hay uno. «Renta anual, un año de antigüedad, tres dormitorios, en Cape Cod, un acre, magníficas vistas», etc., etc. «En Haislip Circle, lugar de moda, propietario...». ¿Dónde está Haislip Circle?

Mitchell consultó el índice alfabético de calles de la ciudad.

—Haislip Circle... C 8.

Recorrió horizontalmente con un dedo los números marginales que había en la parte superior del plano, y con otro dedo de la otra mano repasó,

de arriba abajo, las letras del margen izquierdo, hasta hacer coincidir ambos dedos en un mismo punto.

—Viene a caer a un kilómetro del Banco, pero probablemente se trate de una urbanización. Eso quiere decir que habrá demasiadas casas muy juntas unas con otras, demasiados ruidos de vecindad y sin suficiente cobertura de árboles y arbustos. Táchala.

—La tacho —dijo Jappy—. ¿Y ésta? «Colonial, dos dormitorios, porche soleado, chimenea de leña... propietario... Old Country Road, junto a la autopista estatal».

Mitchell buscó las coordenadas.

—Old Country Road, junto a la autopista estatal. Ya la tengo. —Frunció los labios—. Valdría la pena echarle un vistazo, aunque está un poco retirada. Yo diría que a unos diez kilómetros.

—La tacho —dijo Jappy—. Acordamos que no debía estar a más de seis o siete minutos de viaje. Cinco kilómetros como máximo. ¿Correcto?

—Correcto.

—«Dos acres, río, cuatro dormitorios, gran buhardilla...». No interesa. Sin amueblar.

El dedo de Jappy siguió recorriendo la página.

—«Tres dormitorios, dos baños, sala de juego...». No habla de garaje. Cranford Road.

Mitchell consultó el plano.

—A unos tres kilómetros, puede valer.

Antes de terminar los anuncios del periódico, tenían cuatro posibilidades. La primera casa que visitaron estaba bien situada, pero sólo tenía un pequeño garaje de una plaza. Mitchell consideró la segunda casa, la de Cranford Road, resultaba demasiado ostentosa. Jappy dijo que eso no importaba y la marcó visiblemente con una cruz. Una de ellas estaba demasiado cerca de la ciudad y fue eliminada. La última de las cuatro, emplazada en Brainerd Street, era de estilo colonial, un tanto decadente, a tres kilómetros y medio de la población, bien alejada de la carretera y en una vía rural. Pasaron por delante, lentamente.

—Bien —dijo Jappy—. Ya tenemos ésta y la de Cranford Road. ¿Es suficiente?

—Suficiente —respondió Mitchell.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó Battler.

Eran sus primeras palabras en una hora.

—No —dijo Jappy—. Volvamos a la ciudad. Mitchell, ¿sabes dónde está la comisaría de Policía?

—Mitchell indicó a Battler que se dirigiera al aparcamiento municipal. Pasado el aparcamiento, en dirección este, la vía se bifurcaba rodeando un gran prado herbáceo del tamaño de dos campos de fútbol, y luego corría sinuosa hacia Main Street.

—Sigue recto al frente —dijo Mitchell—. A la derecha está la comisaría de Policía.

Era un edificio de madera de dos plantas, con aparcamiento cerrado por una cerca, directamente al borde de la calle. Tenía la apariencia de una casa reconstruida.

—¿Ese edificio tan pequeño? —exclamó Battler.

—Por dentro es más grande de lo que te crees. Y además posee un sótano con celdas y oficinas. Hasta hace unos años era la biblioteca municipal. Luego construyeron una nueva, de ladrillo, y les dejaron esto a los polis. Se supone que están proyectando una comisaría nueva, pero les está llevando más tiempo del que pensaban.

—No tienen que darse prisa por *mí* —dijo Jappy—. Battler, pasa por delante, despacio pero sin pararte.

El coche pasó a unos tres metros de la puerta principal. Sus dos hojas estaban entreabiertas, proporcionando una vista de la entrada y de una parte de la comisaría con la figura de un hombre descubierto y vestido de azul sentado detrás de un escritorio labrado.

El coche avanzaba hacia Main Street. Battler dijo:

—¿Y ahora qué?

—Ahora a casa —respondió Jappy—. Dentro de unos días volveremos a echar otro vistazo.

—¿Te gusta ver las comisarías de Policía? —preguntó Battler.

—Me gusta ver ésta. Sobre todo porque está hecha de madera.

—¿Y qué más da de lo que esté hecha?

—Porque la madera arde muy bien. La madera vieja arde muy bien. Le regalaremos unas cuantas bombas incendiarias.

Sunny estaba sentada en el sillón de Jappy, y éste se apoyaba en el borde de la mesa y le iba leyendo números de teléfono. Mitchell permanecía de pie ante la ventana, contemplando ociosamente a una pareja de muchachos que jugaban por separado a los bolos, en pistas contiguas. Oyó cómo Sunny, con voz sorprendentemente bien modulada, daba un nombre falso y explicaba que acababa de llegar de otro Estado y que, en nombre de su familia, que llegaría después, deseaba alquilar una casa. Acordó ir a verlas al día siguiente, con unas horas de diferencia cada una.

Jappy, verificando las notas que había tomado en los márgenes del periódico, dijo:

—Cuando veas las casas, no te comprometas con ninguna. Di que ya volverás. Si las dos son igualmente buenas, nos quedaremos con la más barata. Jesús, qué locura de precios. Se necesita ser muy rico.

—¿Por qué preocuparse? —dijo Mitchell—. Después de todo no son más que unos miserables dólares.

—Hasta ahora, esos miserables dólares son pagados de mi bolsillo.

—Haz una nota de gastos y ya se te reembolsarán cuando hayamos terminado. Pero los intereses que saques del «Banco Popular» tienen que ir al fondo común.

—Mierda. Eso es dinero personal mío y... —Se quedó mirando la cara inocente y seria que ponía Mitchell—. Aquí todo el mundo es un comediante.

El último sol de las cuatro se filtraba por los visillos de encaje, recorría la cama, moría y reaparecía escalando la parte frontal del viejo buró, una pieza de caoba modelada en suaves curvas femeninas cuyo acabado se ramificaba en millares de delicadas hendiduras.

Mitchell yacía sobre la cama, tendido cuan largo era. ¿Cuántas semanas habían transcurrido desde su primer paseo, a la hora del crepúsculo por Philbin Street, hasta el momento en el que Jappy, unos treinta minutos antes, al igual que un general encomendando sus tropas a la buena voluntad del dios de la guerra, había declarado conclusos sus preparativos? Ocurrió en medio de un viaje de ensayo —¿el trigésimo, el cuadragésimo?— cuando Jappy, inesperadamente, dijo:

—Ya está. Si no lo sabemos hacer a estas alturas, no lo sabremos hacer nunca. Mañana vamos a robar un Banco.

Mitchell pensaba que si las cosas no salían bien, no podría achacárselo a ninguna imprevisión de Jappy. Mitchell era un hombre que deseaba apasionadamente continuar vivo y libre, y que creía firmemente que el resultado de cualquier acción estaba determinado, en un noventa por ciento, antes de ejecutarse la misma. Había temido que Jappy se estuviera excediendo en los preparativos y que, al igual que un luchador excesivamente entrenado, se dejara sus fuerzas en el entrenamiento.

—Escucha —había dicho Jappy—. La ejecución real del robo durará unos dos minutos, y la fuga otros dos o tres. Cuatro minutos en total. Cinco. Pero es lo suficiente para cometer mil errores, y con uno basta para meterse bajo tierra o entre rejas. Lo único que se puede hacer (exceptuando la suerte, buena o mala, contra la que no podemos hacer nada), lo único que puede hacerse, es tratar de eliminar los errores. Eso es lo que trato de hacer; eso es *todo* lo que trato de hacer.

Finalmente, tres semanas antes del robo, Jappy informó a Tully y Bobby de los detalles específicos. Los condujo por varias carreteras relacionadas con la operación, y les mostró el Banco y la comisaría de Policía. Les mandó entrar en el Banco por separado (Bobby para hacer preguntas sobre

la compra de bonos, y Tully sobre préstamos hipotecarios), y les dijo exactamente lo que tenían que mirar, en qué tenían que fijarse y en qué no, y cómo relacionar lo que acababan de ver con el croquis que él había trazado del Banco, el cual llevaban estudiándolo varios días.

Al día siguiente salió a solas con Bobby, en el coche, y estudiaron la comisaría de Policía; luego le dijo el lugar exacto donde debía detener el coche, dónde situarse cuando arrojara las bombas, y qué debía hacer después.

Por último, antes de regresar a casa, Jappy entró en el Banco e hizo un ingreso en su cuenta de ahorros. ¿Para qué sirvió esta última visita? Para nada. No, eso no era totalmente cierto. Jappy volvió con dos observaciones. La primera era que el vigilante del Banco, el holandés, era zurdo, un detalle a tener en cuenta si intentaba sacar el arma; y la segunda, que el sol daba de lleno en varios puntos del Banco y podía deslumbrar a alguien. De manera que ahora sabían que debían estar atentos a la mano izquierda del holandés, y dónde no tenían que situarse para evitar el deslumbramiento del sol.

—Imagínate que es un día de lluvia —le dijo Bobby a Jappy para pincharle.

—Si es un día de lluvia —respondió Jappy— habré perdido un poco de tiempo previniéndote contra el sol. Si no, habrás aprendido una cosa que puede salvar tu vida.

Y Jappy, desde luego, tenía razón. Él iba a por todas.

Jappy observaba los ensayos con tanta meticulosidad de detalles como un director de escena. Frecuentemente se apartaba a un lado, observaba e interrumpía el acto para hacer una observación.

—No, Tully; retírate un poco más para que tengas bajo tu mirada a los dos policías... Mitchell, no mires atrás para ver lo que está sucediendo. Concéntrate en el dinero y nada más.

A veces escuchaba las sugerencias, y sus juicios eran minuciosamente razonados.

Respecto al tema de desarmar a los policías, interiormente había sostenido un debate consigo mismo.

—Obligadlos a tenderse en el suelo boca abajo. Desde esta posición podrán hacer muy poco. El desarmar a un policía es como si le anularais y

le quitaseis su propia masculinidad; y entonces, podría decidirse a pelear. Además, para quitarle el arma os tendréis que acercar a él. Y él podría agarrarse a vosotros y entonces no será fácil prestaros ayuda, pues estaréis los dos en la misma línea de fuego. Cuando emprendamos la retirada, lo más probable es que intenten sacar sus armas. Es entonces cuando los desarmaremos.

Jappy se mostraba infatigable e infinitamente paciente, sin importarle las veces que debía repetirse la acción, aunque fuera la más simple.

—Hemos de emplear el menor tiempo entre la entrada y la salida, pero esto no significa alocamiento, sino rapidez y serenidad. El cronometraje y la labor de equipo han de ser perfectos; como en un equipo de fútbol. Si cada uno hace lo que se espera de él, y lo hace bien, entonces se moverá la pelota. Pero si no se mueve la pelota, os encontraréis muertos o en la cárcel, y, por lo que a mí concierne, tan mala es una cosa como otra.

La oficina de encima de la bolera se convirtió en una réplica a escala del Banco, con el mobiliario dispuesto adecuadamente para representar la cámara acorazada, las ventanillas de los cajeros, el despacho particular del director, las mesas con impresos y bolígrafos para uso del público... Y la incansable voz de Jappy continuaba:

—Obligad a los dos policías a que se echen al suelo aquí, a los clientes los hacéis ponerse contra esta pared, los cajeros allí; Tully, tú, desde aquí, cubres a los dos guardias; Mitchell, tú te vas directamente hacia la caja fuerte; Bobby, tan pronto como entres, dirígete por aquí hacia la cámara, sin pasar por entre Tully y los agentes...

En los ocasionales períodos de descanso se dejaban caer pesadamente sobre sus asientos, taciturnos, sin apenas decir palabra.

—Tenemos que conocerlo todo tan a la perfección, que seamos capaces de hacerlo mientras dormimos.

—Yo ya lo hago mientras duermo —dijo Mitchell.

Y así continuó, día tras día, y todos se iban poniendo tensos, pendencieros, exhaustos. Para Mitchell, el cansancio físico implicaba un riesgo; debía extremar los cuidados para evitar que su voz reincidiera o retomase a la nasalidad. La única interrupción de aquella rutina se produjo inesperada e indeseadamente. Una tarde, sin previo aviso, se presentó

Shannon anunciándose con sus recios y exigentes aporreos a la puerta, al estilo policial.

—Relajaos —dijo Jappy—. Nadie sabe nada. Tranquilos.

—Los muebles —señaló Mitchell—. ¿Los retiramos?

—No hay tiempo.

Jappy pulsó el botón y apareció Shannon bajo el dintel de la puerta. Después de cerrarla, recorrió con sus ojos azules toda la estancia.

—Hola, Jappy. —Examinó de nuevo la habitación—. Veo esto diferente. Has cambiado de sitio los muebles.

—Estaba harto de verlos siempre en el mismo sitio y los he cambiado.

—Pues lo veo horrible de esta manera.

—Si hubiera sabido que no le gustaban, no los habría movido.

—Tienes un gusto horroroso, Jappy. Sobre todo para elegir a tus amigos. Buenas tardes, bribones.

—Teniente —dijo Jappy—, ¿qué tiene en mente?

—¿Por qué iba yo a tener algo en mente? ¿Es que no puedo dejarme caer por aquí para hacer una visita social a mi favorito hatajo de granujas?

—Si usted lo dice, teniente...

—Claro que lo digo —añadió Shannon con voz apacible—. Por cierto, hace dos o tres días pasé por aquí. ¿Estabas fuera?

—Si vino por aquí y no me encontró —repuso Jappy—, estaría fuera. Eso es evidente.

—Eso es evidente. También estaban fuera estos distinguidos caballeros. Jappy, ¿se habían ido todos contigo, digamos, de negocios?

—Ignoro dónde se encontraban. Aquí tenemos por norma no metemos los unos en las vidas de los otros. Es como un código de honor.

—¿Honor entre granujas? —exclamó Shannon—. Me gusta ese sentimiento. —Su mirada se desplazó, centrándose en Mitchell—. ¿El señor Smith, no? ¿John Smith? ¿Le es grata su estancia en nuestra bella ciudad?

—No es tan mala —respondió Mitchell—. Sobre todo considerándola como la nariz del universo.

—Celebro oírle decir eso. No me gustaría saber que le desagrade nuestra ciudad y pudiera querer dejarla.

—Estoy pensando afincarme en ella, y pasar aquí mis años de retiro.

Su voz era festiva, pero debajo de aquel aspecto de calma, ardía de rabia. ¡Qué maldito bastardo, hacerle pasar semejante apuro, sólo por innecesaria ostentación!

Shannon iba a responderle, pero entonces se volvió hacia Tully. Los latidos del corazón de Mitchell redujeron su velocidad pero sonaban a hueco.

—Bien, aquí tenemos a Anatole —dijo Shannon sonriendo—. ¿Qué tal va eso, Anatole?

—Mierda —contestó Tully.

—¿De veras? —comentó Shannon—. ¿Te parece ésa una respuesta ingeniosa?

—Modera tu lenguaje, maldito paleta —le gritó Jappy.

—¿Bobby? —le dijo Shannon a Bobby, con jovialidad—. Estás muy guapo con esa peluca, Bobby. ¿Y si vinieras algún día a la ciudad para hacerte una foto nueva? En la vieja tenías la azotea pelada y no te hace justicia.

—En aquélla debía de tener muy corto el pelo —respondió Bobby—. Al rape.

—Además, te hicieron una jugarreta.

—Claro que me la hicieron —dijo Bobby sorprendido.

—Hola, Battler. ¿Cómo se encuentra el viejo y dinámico Battler? ¿Te siguen sonando esas campanillas en la azotea, Battler?

Shannon, en total, no había estado más de quince minutos en la habitación, pero había sido suficiente para dejarles a todos saltando de rabia. Nada más salir de allí y cerrar la puerta, Tully exclamó:

—¿Qué diablos ha venido a hacer aquí ese bastardo? ¿Creéis que sospecha alguna cosa?

—No —repuso Jappy—. Si le rondara algo en la cabeza, *lo que fuera*, nos habría puesto un precio. Ha venido aquí porque es un hijo de perra integral. Es lo que se dice un sádico.

—A la porra —dijo Tully escupiendo en el suelo—. De todas formas no me gusta esto. Ese tipo me pone nervioso.

Jappy le dijo a Mitchell:

—Le has dado un par de buenas respuestas.

Mitchell se encogió de hombros y dijo:

—A fin de cuentas no es más que un poli.

Y era cierto. Shannon era un policía y no podía evitar comportarse como tal, aun cuando estuviera planeando robar un millón de dólares.

Tres días antes, Sunny viajó en un coche provisto de una matrícula de otro Estado hasta Amesville, para tomar posesión de la casa que había alquilado en Brainerd Street. Al día siguiente, cumpliendo las instrucciones concretas dadas por Jappy, fue a Melton y compró provisiones suficientes para sus propias necesidades durante tres días, y para la de ellos durante dos. Tenía orden de dejarse ver lo menos posible fuera de la casa, y de no aparecer por la población.

—Yo no puedo estar tres días sin ver un hombre —protestó Sunny—. Si no me acuesto con un hombre no puedo quedarme dormida.

—Entonces, las tres noches próximas tendrás que acostarte con un plátano.

Esa misma mañana, Jappy pasaría revista al equipo de todos ellos, inspeccionándolos como si fueran soldados de una guarnición. Les hizo preparar sus armas y les pasó revista hasta de la munición. Examinó sus máscaras para ver si se les ajustaban bien a la cara y en busca de posibles fisuras, y revisó los macutos de campaña asegurándose de que no tenían orificios, y de que los cordeles funcionaban bien. Efectuó una inspección final al «Chrysler», a pesar de que Battler casi lo había desarmado y vuelto a montar pieza por pieza.

Durante el ensayo último, pocas horas antes del momento decisivo, encontraría aún algunas imperfecciones, pero el tiempo era inexorable. Casi de mala gana los despidió a todos para que se fueran a descansar, y los emplazó para que se presentaran en la bolera a las cuatro treinta de la madrugada, listos para el ataque.

Así, pensaba Mitchell sin parar de revolverse en su cama, finalmente, todo va a concluir. Sabía que debían asaltarle profundas sensaciones en torno a todo aquello: ansiedad, temor, anticipación... Pero lo único que

sentía era cansancio. Estaba agotado, desfallecido. Debería tomar alguna aspirina, tratar de dormir.

Unos minutos después de la medianoche se presentó Shannon. Estuvieron hablando durante veinte minutos. Cuando se marchó Shannon, intentó dormir, pero le resultó inútil. A las tres de la madrugada se bajó de la cama, entumecido por el frío de la habitación, se afeitó y se duchó lentamente. Luego, todavía más lentamente, se vistió, tomó más aspirina y, al fin, se le hizo la hora de ir a robar el Banco.

OceanofPDF.com

La sonrisa de imbécil que llevaba apoyada en la rodilla parecía ensancharse cada vez que el coche se sacudía. Exceptuando aquella sonrisa, la máscara tenía una expresión austera, ojerosa, de mentón afilado. Mitchell pensaba que casi era una máscara representativa de la muerte. Tuvo una visión súbita de sí mismo tendido y muerto en el suelo del Banco, sonriendo con gesto congelado a el hilarante chiste de la muerte...

Hizo un movimiento abrupto, casi un escalofrío, para desechar aquella imagen, y Tully, que se sentaba a su lado, le miró con un rostro descolorido e inquisitivo. En el asiento delantero, la cabeza de Battler y los hombros de Jappy aparecían inmóviles como si estuvieran diseñados de cartón piedra.

Cogió la máscara y se puso a examinarla. Jappy había comprado seis máscaras, años atrás en una tienda de remate, sin otra razón que el hecho de que fuesen una ganga irresistible, y las guardó para cuando llegara el momento en que pudieran ser necesarias. Por llamativas que fueran, difícilmente podrían seguirles la pista hasta el momento y lugar en que las comprara Jappy. Estaban fabricadas en un plástico blando que se ajustaba bien al rostro sin revelar los rasgos faciales. Las máscaras, unidas a unos guantes blancos de algodón y a los trajes de calle, oscuros, todos del mismo tejido, constituían un disfraz, excelente. Era un ejemplo más del genio organizador de Jappy. Éste era un tipo reflexivo, bien organizado, y merecía ser un ladrón próspero, pero nunca había tenido demasiada suerte.

Y todavía le rodaba mal la rueda de la fortuna. Pero esta vez no tenía ninguna culpa de su mala suerte, sino su propio carácter. Si no hubiera sido tan tacaño, si se hubiera gastado unos miles de dólares en vez de permitir que Johnny *el Guapo* fuera a prisión...

El coche, llevado por la mano experta de Battler, avanzaba a una velocidad constante de sesenta kilómetros por hora y, como ocurre en el caso de un buen conductor, el viaje resultaba suave, igual que si la carretera, queriendo premiar la aptitud del conductor, se hubiera desposeído de todos sus baches.

Bobby los precedía a cinco o seis kilómetros de distancia; al menos eso era lo que se suponía. Hubo un momento en que lo divisaron en una larga curva, lo cual significaba que se había rezagado. Pero ya no lo vieron por segunda vez, lo cual significaba que había recuperado su velocidad normal o, más probablemente, que Battler había corregido la suya propia. El coche de Bobby era un «Buick» en buen estado que había sido robado, la mañana anterior, en una estación de ferrocarril. Obviamente, su propietario era un conmutador de cercanías que lo había dejado allí toda la noche, de forma que cuando se denunciara el robo haría ya tiempo que lo habían abandonado. También este detalle era obra del genio previsor de Jappy.

Tully, con la máscara puesta, hacía cómicos sonidos amenazadores y gesticulaba en el aire con las manos. Jappy miró hacia atrás y le dijo.

—No seas payaso y quítate eso.

La voz de Tully, desde dentro de la máscara, sonaba incongruentemente irritable:

—Un poco de alegría no estorba. Parece que vais a un funeral.

—Quítatela. ¿Y si la ven desde otro coche?

Tully se despojó de la máscara, como si se quitara la piel. Lo que ocurría era que estaba asustado y trataba de disimularlo con sus bravatas. Mitchell, en cuanto a sí mismo, pensó que se sentía tranquilo e indiferente, exceptuando una pequeña sombra de ansiedad en un rincón de su mente. Había surgido durante la visita de Shannon, la noche anterior. No es que hubiese nada que lo justificara. Shannon, por una vez, no se había mostrado sarcástico ni amenazador. De hecho, había estado impropriamente nervioso. Pero ello resultaba comprensible. Al igual que todos ellos, él era un ladrón de poca monta realizando su primera aventura en un asunto importante; y posiblemente tenía suficiente alma policial como para sentirse inquieto ante la comisión de un gran delito, el que sin duda, él diferenciaba del soborno o la corrupción, cosas ambas permisibles en un policía, según la vieja tradición.

Shannon y él tenían que fiarse el uno del otro, como todos los delincuentes que en sus interrelaciones deben confiar en los otros delincuentes. Pero él se habría sentido más a gusto si Shannon no hubiese sido policía. Pensó, con una sonrisa, que a lo mejor se debía a que él no

había trabajado antes de acuerdo con ningún policía, y por eso era incapaz de medir su grado de fiabilidad, como medía, más o menos, el grado de fiabilidad de los ladrones.

Aquella noche le dijo a Shannon que después del robo permanecerían escondidos dos días y medio.

—¿Así que tenéis preparado un escondite? ¿Dónde?

—En alguna parte —respondió Mitchell.

Shannon se encogió de hombros y añadió:

—Bueno, eso es cosa tuya. Hablemos de echar el guante al dinero.

Mitchell asintió:

—Saldremos del escondite sobre las once de la noche, y volveremos a casa cuando esté cerrada la bolera.

Describió el sitio exacto, debajo de las pistas de la bolera tras el mecanismo de colocación de bolos, donde esconderían el dinero. Por razones de espacio lo distribuirían entre tres o cuatro pistas. Después se dispersaría el grupo. Mitchell volvería a su hotel, donde le recogería Shannon y ambos se presentarían en la bolera. Shannon subiría las escaleras metálicas, mientras Mitchell se quedaba abajo, y obligaría a Jappy a que le abriese.

—¿Y si no me quiere abrir?

—Usted es policía, ¿no? Tire la puerta abajo.

Shannon encañonaría a Jappy y le obligaría a entregarle las llaves de la bolera. Luego se las echaría a Mitchell, que estaría esperando abajo, el cual trasladaría el dinero a cuatro maletas y las metería en el maletero del coche de Shannon. Seguidamente, llevándose a Jappy con ellos, regresarían al hotel, donde Mitchell trasladaría la mitad del dinero a un coche alquilado previamente, y desaparecería de allí. Media hora más tarde, Shannon dejaría a Jappy abandonado en cualquier parte y se llevaría las otras dos maletas de dinero a un escondite que ya tenía preparado.

—¿Cogerás un avión para alguna parte? —preguntó Shannon.

—Tal vez.

—¿Y si te cogen?

—¿Teme que le delate? ¿Cómo iba a hacerlo, reconociendo que he robado un Banco? Y aunque lo hiciera, a usted le bastaría con negarlo.

Mientras no aparezca su dinero...

—No te preocupes por eso. Nadie lo encontrará.

—¿Quiere decirme dónde lo va a poner?

Shannon hizo un guiño y se quitó el sombrero.

—¿Qué debo decirte... buena suerte?

—Como usted guste —respondió Mitchell.

A las siete treinta Jappy abrió un termo y sirvió café en vasos de papel, y bollos dulces. Battler se quedó mirando a la parte posterior del coche y dijo:

—Procurad no ensuciarlo con migajas.

Esta exigencia de Battler, precisamente en el momento en que se disponían a robar un Banco, no le pareció chistosa a Mitchell. Al igual que le ocurría a Battler, la mente de Mitchell se encontraba distante del trabajo que tenían a la vista. El robo del Banco representaba solamente una estación intermedia; luego habrían de venir otras. Había urdido un plan intrincado, y existían muchos puntos por donde se podía romper. Incluso podía fallar el propio robo, se recordó a sí mismo. Si fallaba éste, todo iría mal. Sin embargo, no era capaz de concentrarse plenamente en él. Le pasaba lo mismo que a Battler, que se preocupaba por las migajas.

—Por amor de Dios, ¿te estás durmiendo?

Se dio cuenta de que había cerrado los ojos. Jappy, girado en su asiento, le estaba mirando con aire molesto. Tully dijo:

—Trata de hacernos ver que está tranquilo. Pero apuesto a que tiene los pantalones manchados.

Mitchell guardaba silencio, sorbiendo su café tibio.

—No vendría mal que hiciéramos un repaso final —dijo Jappy.

—Por Cristo —exclamó Tully—, si ya me sale por las orejas tanto ensayo.

—En un asunto como éste —dijo Jappy, obstinado—, nunca se es demasiado perfecto. Al mismo tiempo, nos resultará más llevadero el viaje.

—Oídmeme —dijo Battler—. Que todo el mundo guarde su vaso en una bolsa de papel.

El sol ganaba altura y proyectaba más calor, al menos en apariencia, sobre la tierra. Los coches se habían multiplicado en la carretera. La mayor parte de ellos iban ocupados por tres o cuatro hombres, por grupos de trabajadores manuales. Los ocupantes de cuello blanco, en coches bastante más nuevos, se unirían a la caravana matinal dentro de media hora. Era América en la carretera, pensaba Mitchell, conduciéndose soñolienta al destino diario de callada desesperación sin poner jamás en duda su respuesta tropística de mundo honrado a cada nuevo sol.

Jappy se volvió y dijo:

—Vuelvo a recordaros a todos la prohibición de disparar, salvo que sea necesario. Pero cuando haya que hacerlo, no dudéis. Tirad a matar.

—¿Por qué? —preguntó Tully—. Si en vez de matar herimos, la ley será menos dura.

—Mira quién habla de la ley. Escuchad; si hay que disparar contra alguien, quiero que este alguien quede fuera de combate. Pero nunca se sabe si se ha conseguido con un solo disparo, seguid disparando.

Battler anunció:

—Faltan exactamente cinco minutos para llegar al sitio.

—Puede que Bobby ya esté allí —dijo Jappy—. No quiero que espere demasiado. Acelera un poco.

—Vamos dentro de lo previsto —dijo Battler—. A la hora exacta.

—Lo sé —repuso Jappy dando un suspiro—. Pero adelántate un poco al tiempo previsto.

Resultaba imposible saber si Battler había aumentado la velocidad. Nada cambiaba en la sólida e inmutable estructura de sus hombros. Las tierras de labranza se deslizaban por las ventanillas y se iban quedando atrás planas, a lo largo de la carretera, hasta perderse en el horizonte. A corta distancia, los ganados permanecían inmóviles.

—Dos minutos —anunció Battler—. Llegaré a la hora exacta.

El punto de encuentro era en los restos de una gasolinera que había dejado de funcionar, e inexplicablemente se iría a la ruina. Exceptuando el edificio central que resistía a la expoliación, sólo quedaban sin destruir las

isletas de hormigón de los surtidores de gasolina. El interior del edificio también había sido saqueado. Battler se salió de la carretera y llevó el coche por detrás del garaje sobre un pavimento resquebrajado. Allí estaba detenido el coche de Bobby, fuera de la vista de la carretera, junto a un montón de escombros metálicos y neumáticos a medio quemar. Battler se detuvo a su lado.

—Te has retrasado un par de minutos —dijo Bobby.

Battler sacudió la cabeza.

—En punto. Al segundo.

Jappy se apeó, y rodeando el coche de Bobby abrió la puerta del lado de éste. Seguidamente cogió un trozo cuadrado de lona. Mitchell vio que estaba mirando lo que se ocultaba debajo: cinco botellas de cerveza llenas de una mezcla de gasolina y bencina, cada una de las cuales tenía una tira de trapo saliendo por su gollete. Vio cómo Jappy hacía una señal de aprobación con la cabeza, y luego volvía a tapar las bombas incendiarias con la lona. Seguidamente cerró bien la puerta y se acercó a la ventanilla del conductor.

—Veamos tu reloj, Bobby.

—Si ya lo hemos sincronizado antes de salir —dijo Bobby.

—Veámoslo.

Bobby apoyó el brazo en el borde de la ventanilla, y Jappy puso el suyo paralelo al del otro de forma que pudieran coincidir las esferas de ambos relojes a la misma altura. Luego se inclinó para verlos más de cerca.

—Veintiún rubíes —dijo Bobby—. Puede permanecer sincronizado durante un mes.

—Él sólo roba cosas buenas —comentó Tully.

—¡Robar! Lo compré en el centro de la ciudad; doscientos cincuenta pavos, al contado.

—Basta de cháchara y concentraos en el trabajo —dijo Jappy.

—No hay motivos para preocuparse —comentó Bobby.

—Pues más valdría empezar a preocuparse —añadió Jappy—. Como hago yo. ¿Sabes lo que quiero decir con eso? —Miró a su reloj—. Que te muelas. Tienes exactamente doce minutos y cincuenta segundos.

—Exacto.

—Sólo una cosa más... No falles.

—No te preocupes —repuso Bobby, y se marchó.

Giró en la esquina del edificio del garaje, y un momento más tarde oyeron el rugido del motor acelerando al volver a la carretera. Jappy ocupó su sitio en el otro coche.

—Adelante —le dijo a Battler.

Battler condujo el vehículo pasando sobre los escombros, y rodeó el garaje para introducirse en la carretera. Condujo suavemente, sin apresurarse, y nadie pronunció una sola palabra hasta que alcanzaron los suburbios de Amesville. Jappy dijo:

—Nos quedan dos minutos. ¿Alguna pregunta?

—Jesús, no —repuso Tully.

—¿Mitchell?

—Robemos el Banco —respondió éste.

En la calle principal de Amesville el tráfico era escaso y fluía sin interrupción. A lo largo de ella iban abriendo los comercios, pero las ventas resultarían de poca importancia hasta que, con el mediodía, llegara la invasión de los trabajadores de la fábrica de galletas. Cuando tuvieron a la vista el Banco, a dos manzanas de distancia, se encontraban a cuarenta y cinco segundos de la hora cero.

Jappy retiró la vista de su reloj y, volviéndose hacia atrás, emitió un silbido silencioso. Bobby ya habría lanzado la primera bomba incendiaria. Mitchell se lo imaginaba saliendo de su coche, delante mismo de la comisaría de Policía, y avanzando un paso o dos hasta la estructura de madera del edificio. La mecha de la primera bomba estaría ya encendida. Tranquila y metódicamente, un instante antes de lanzarla, encendería con ésta la mecha de la segunda y arrojaría la primera bomba que entraría volando a través de la puerta abierta. Para entonces ya estaría encendiendo la tercera bomba con la mecha incandescente de la segunda. La bomba número dos penetraría por la ventana, y si algún policía intentaba asomarse por ella, alarmado por la primera explosión, la segunda botella podía alcanzarle, o al menos rociar su cuerpo, obligándole a retroceder envuelto

en voraces llamas. La vieja madera del edificio estaría ya en llamas, pero Bobby continuaría arrojando la cuarta, incluso la quinta bomba...

Si esto había ocurrido así, de poco les iba a servir a los del Banco hartarse de pisar los dispositivos de alarma. En el supuesto de que no se hubieran quemado los fusibles por el intenso calor, los policías estarían bastante ocupados salvándose ellos mismos, y no tendrían tiempo de acudir a ayudar a los del Banco. ¿Y si Bobby hubiera fallado? Bueno, entonces tendrían que apechugar con ello y se encontrarían en situación comprometida.

En el aparcamiento de delante del Banco, destinado a los clientes, había dos coches aparcados. Pero lo más probable era que dentro hubiese más clientes que los ocupantes de aquellos dos vehículos. Seguramente habría algunos comerciantes que habían acudido desde sus tiendas a proveerse de billetes pequeños y monedas para realizar las operaciones de aquel día. Desde fuera sólo podían verse, a través de los cristales de las ventanas profusamente iluminados por el sol, los globos de luz amarilla de una araña que pendía del techo, en el centro del Banco.

Battler efectuó la señal luminosa de giro a la izquierda, y detuvo el coche de costado delante mismo de la entrada. Mitchell inclinó la cabeza y se puso la máscara. Cuando la levantó, Jappy y Tully ya estaban enmascarados. Jappy asintió con la cabeza y los tres abrieron las puertas y salieron decididamente del coche, con sus armas listas para disparar. Al mismo tiempo oyeron tras ellos que Battler aceleraba el motor y se dirigía con el coche hacia el aparcamiento del supermercado. Se alinearon en la puerta, uno al costado del otro, e irrumpieron en el Banco, con aire imponente, los tres pulcramente vestidos con trajes negros idénticos, guantes blancos y sonrisas de loco.

A Mitchell no le sorprendió que algo tan ridículo como un perro lanudo de menos de dos palmos de alto y voz rabiosa de soprano, dejara a Tully perplejo de miedo. Los accidentes eran, por naturaleza, imprevisibles. Incluso llegó a experimentar una agria satisfacción por el hecho de que Tully perdiera la calma; ello justificaba los recelos que había sentido hacia él desde el principio. Por supuesto, también la había perdido el policía joven, pero a éste no se le podían pedir cuentas por sus actos. Ni tampoco al perro.

Hasta entonces todo marchaba bien y ninguno de ellos daba muestras de estar más agitado que durante los numerosos ensayos. Con Jappy a la cabeza, abriéndose paso con su fea y amenazadora escopeta recortada del calibre doce, penetraron en el Banco como seres sarcásticos y conminatorios (Jappy les había hecho ensayar hasta las posturas), arrastrando sonoramente los pies sobre el pavimento de vinilo que imitaba un suelo de mármol. Se detuvieron, y Jappy anunció sus condiciones:

—¡Que nadie se mueva!

Su voz era severa, vibrante y muy elevada, apta para atemorizar.

—¡He dicho *nadie*, si no quiere ver en el suelo sus malditas entrañas!

Dirigió los cañones recortados de su escopeta hacia las cajas.

—¡Vosotras, zorras, fuera del pedal de alarma!

Eso era por si Bobby fallaba en su ataque contra la comisaría de Policía.

Mitchell, al escucharle, pensó que muy bien podía haber tomado aquellas palabras, literalmente, de algún filme televisivo proyectado a altas horas de la noche. Y sin embargo, ¿de cuántas formas se podía decir aquello? Quizá la forma vulgar fuera la más efectiva.

Nadie dio un solo paso, aunque casi todo el mundo sufrió una sacudida o un estremecimiento involuntario. Un hombre viejo se llevó la mano al pecho, como si tratara de impedir que le saltara el corazón fuera de la caja torácica.

En el Banco había doce personas: tres cajas (dos de ellas con aspecto de amas de casa), el policía de la ciudad y el vigilante del Banco, el

director, el subdirector y cinco clientes: un hombre viejo que llevaba puesta una chaqueta de mezclilla raída que en otro tiempo fue elegante; un hombre con un delantal de carnicero, descolorido, sucio de manchas oscuras de sangre; un hombre alto y delgado, con barba, a quien Mitchell catalogó al cabo de un rato como farmacéutico; y dos mujeres, una de ellas robusta, de mediana edad, que llevaba un perro caniche sujeto al extremo de una cadenita, y la otra de cabello blanco, crespo, y suéter de cuello vuelto, la cual podría haber sido seleccionada por algún director de cine para interpretar el papel de la esposa de un granjero.

Captó de un primer vistazo estos detalles, y continuó rápidamente su marcha hacia el interior del Banco, pasando ante los borrosos y atemorizados rostros que se alineaban en su camino. Pero aquellos rostros no eran de su incumbencia. Ya se encargaría Jappy de que permanecieran bajo control, intimidados. Tully estaba encañonando a los dos guardias, que representaban la única amenaza. Oyó la voz de Tully, de tono elevado y casi histérica, exigiendo a los guardias, con urgencia, que se echaran al suelo.

Era un momento crítico. Si éstos obedecían, todo iría bien. De lo contrario habría problemas. Pero el plan establecido no le permitía esperar para ver el resultado. Los miraba según iba pasando ante ellos. Se encontraban muy juntos. Probablemente les habían pillado charlando. Esto los convertía en un buen blanco. El holandés parecía asombrado y cauteloso. El policía joven estaba empezando a enfadarse, y su rostro iba enrojeciéndose, y Mitchell sabía que, en el mejor de los casos, iría obedeciendo con lentitud. Si lo hacía con excesiva lentitud, Tully podía asustarse y disparar. Pero el holandés seguramente serviría de ayuda, intentando convencer al policía joven para que se arrojara al suelo.

—¡Contra ese maldito suelo...! —La voz histérica de Tully constituía, en sí, una forma de violencia—. ¡Tumbaos, hijos de perra!

Dos zancadas más pusieron a Mitchell ante la cámara acorazada. Su puerta maciza se hallaba abierta en un ángulo de noventa grados, tapando casi por completo al director del Banco y al subdirector. Ambos estaban aterrados, igual que los clientes, pero antes o después, Neville, el director, podría tener la ocurrencia de cerrar la cámara de un portazo. Para

disuadirle, si es que ésta era su intención, Mitchell dijo con voz dura y enérgica:

—Permanezcan apartados de esa puerta o dispararé contra los dos.

No hubo el menor indicio de resistencia. De hecho, ya fuese por miedo o por sentido común, o ambas cosas, hicieron más de lo que se les había ordenado. Al retirarse de la cámara levantaron los brazos en toda su longitud, esforzándose tanto al hacerlo que sus chaquetas y chalecos desabrochados dejaron al descubierto la blancura de sus camisas.

Me complace que salgan bien las cosas pequeñas, pensó Mitchell, y dijo:

—Si bajan esas manos se las destrozo a tiros.

Fuera, se oyeron de pronto gemidos de sirenas con un ruido insistente y furioso que atronaba el interior del Banco. Bobby ha hecho su trabajo, pensó Mitchell, salvo que los camiones de bomberos acudiesen a extinguir el fuego de alguna chimenea. Echó al suelo el bulto de bolsas, las pisó y tiró de la correa de lona que las sujetaba. Al mismo tiempo apuntaba con el arma al director y al subdirector, para que permaneciesen inmóviles.

Miró por encima de su hombro. Los dos guardias yacían tendidos en el suelo, boca abajo; el de la ciudad formaba una línea delgada, mientras que el holandés parecía un saco arrugado de lona azul. Era el resultado de cincuenta años de comida feculenta y demasiada cerveza. Tully permanecía de pie junto a ellos, con el brillo niquelado de su revólver apuntando hacia abajo. Los clientes se apiñaban juntos en un apretado grupo al lado de los mostradores de las cajeras, encañonados por la escopeta de Jappy. Se abrió la puerta del Banco y entró un hombre, el cual se detuvo de golpe, palideciendo. Jappy le hizo señas con la escopeta para que entrase más al interior, y el hombre, temblando, fue a unirse al grupo que había junto a las ventanillas de las cajeras.

Nuevamente se abrió la puerta y apareció Bobby con la horrible sonrisa de su máscara puesta. Mitchell tiró enérgicamente de las bolsas de campaña y las situó ante la puerta de la cámara acorazada. Sobre el suelo de acero de la misma, a la izquierda, aparecían limpiamente colocados los fajos de billetes, como si fueran ladrillos. El borde externo de la hacina se encontraba a un pie de distancia de la puerta de la cámara. Amenazó con su

arma a Neville y al subdirector y se la metió en el bolsillo. Acto seguido se inclinó hacia el dinero. Cuando se volvió con el primer puñado de billetes, Bobby ya estaba allí, abriendo la boca de una bolsa. Echó dentro los billetes y se volvió en busca de más. Al descargar el segundo puñado, dijo en un susurro:

—¿Ha ido bien tu trabajo?

La sonriente máscara de Bobby asintió.

—Magnífico. Prendió como el papel y se ha quemado muy bien.

Cuando se inclinaba a recoger otro puñado de billetes, de pronto, resonaron en el Banco unos frenéticos y penetrantes ladridos a los que se uniría inmediatamente la voz histérica de la propietaria del perro instándole a que se callara. Mitchell, mientras esperaba que Bobby cerrara una bolsa y abriera la siguiente, vio que el perrito, exasperado de furia, tiraba con fuerza del extremo de su cadena y quedaba tendido repentinamente, patas arriba; luego, al incorporarse, tiró caminando hacia atrás, resbaló su cabeza por el collar y quedó libre del mismo. Entonces permaneció quieto, como sorprendido de su inesperada libertad, ladrando con voz estridente, y se lanzó sobre Tully igual que una iracunda pelota de lanilla voladora.

Mitchell, después de depositar un puñado de billetes en el saco de Bobby y disponerse a coger otro, oyó la voz de Tully, en una explosión de cólera. Al volver la cabeza vio que el perro se lanzaba en furiosa acometida contra Tully, cuyos pies no dejaban de patear contra el suelo para deshacerse del animal. Éste se retiraba, danzando sobre sus patas traseras y luego le acometería de nuevo enseñando sus pequeños dientes blancos. Parecía como si Tully estuviera bailando una grotesca giga, que en parte era una evasión y en parte un intento de aplastar al perro bajo su pie. Mitchell captó la difusa imagen de Jappy, y empezó a preguntarse si detrás de aquella jocosa máscara, aquel hombre seguiría tan imperturbable como siempre. Lo puso en duda.

Bobby estaba sacudiendo la bolsa impacientemente. Cuando se inclinaba otra vez hacia el dinero, escuchó un disparo y se volvió a tiempo de ver que el cuerpo del perro saltaba por el aire y luego quedaba inmóvil sobre el pavimento. La propietaria del perro se puso a gritar. Tully disparó dos veces más y la fuerza de sus balas de plomo empujaron el cuerpo

lanudo hacia su vociferante dueña, mientras que de él se desprendían, elevándose en el aire, copos de lana y carne de color rosa. Jappy estaba gritando. Cuando Mitchell volvió la cara la escopeta se dejó oír y atronó el Banco. Los siguientes disparos salieron del revólver de Tully. Mitchell contó dos, muy seguidos ambos, y luego un tercero. Luchó contra su instinto para no volverse a mirar, y siguió llenándose las manos de fajos de billetes. Los depositó dentro de la bolsa. Neville y el subdirector estaban pálidos como cadáveres y las manos, extendidas hacia arriba, les temblaban. En el aire se percibía un fuerte olor a cordita. Bobby dijo:

—Jappy ha disparado contra uno de los guardias. Tully también ha disparado contra ellos.

Mitchell volvió la cabeza. El policía joven de la ciudad estaba caído en el suelo, doblado por la cintura, con el vientre ensangrentado. No se movía. El holandés trataba de coger su arma, caída a un pie del alcance de sus dedos. Parecía haber sido tocado varias veces. Jappy le estaba contemplando, con los cañones de su escopeta dirigidos hacia abajo, casi de manera negligente. Luego le dijo algo a Tully, quien mantenía el revólver con el brazo extendido en toda su longitud, apuntando hacia abajo, el cual disparó dos veces. El holandés se retorció a cada disparo; luego quedó inmóvil.

Jappy se volvió hacia el grupo de clientes que se apiñaban junto al mostrador de las cajas y dijo, con voz clara y potente:

—Quien haga un movimiento sospechoso correrá la misma suerte.

El astuto Jappy, pensó Mitchell. No quería matar a nadie, pero ya que había sucedido aquello, sacaría partido de la situación. Tully contemplaba los dos cuerpos desgarrados de los policías, y los arroyuelos de sangre que trazaban por el suelo dibujos caprichosos.

Bobby dijo:

—Cuando Tully ha matado al perro el policía de la ciudad quiso sacar su arma. Jappy le destrozó. Luego Tully ha hecho algunos disparos contra el holandés.

Mitchell reanudó su trabajo en la cámara acorazada. Lo realizaba con rapidez y suavidad, rítmicamente, recogiendo fajos de billetes, acunándolos entre ambas manos y depositándolos en las bolsas abiertas. Los cogía, los

acunaba entre las manos y volvía a empezar; un paso dentro de la cámara, más billetes... hasta que el suelo de la cámara quedó desnudo, vacío.

—Ya está —le dijo a Bobby—. Cierra.

—Dios mío —dijo Neville—. Dios mío, señor...

Mitchell no le hizo ningún caso. Se inclinó y cogió dos de los macutos de campaña por las correas, igual que estaba haciendo Bobby.

—Listos —le dijo Bobby.

Bobby echó a andar delante, arrastrando las bolsas tras de sí, y Mitchell le siguió. Al encontrarse ante un charco de sangre se puso a dudar, pero luego pasó por encima. Una de las bolsas dejó marcada una huella roja. Mitchell continuaba inmediatamente detrás.

Cuando pasaron por delante de Jappy y Tully, éstos cambiaron ligeramente de posición para cubrirles la salida. Cuando abandonaron la puerta del Banco echaron a correr por la carretera de servicio que conducía hasta el «Chrysler», arrastrando las bolsas de dinero, después de pasar por delante del «Buick» de Bobby, que quedaría allí abandonado. Se abrió apresuradamente la puerta posterior y echaron dentro las bolsas. Luego entraron ellos. Mitchell cerró la puerta y miró a través de la ventanilla. Jappy y Tully estaban saliendo del Banco, de espaldas, sin dejar de apuntar hacia adentro con sus armas. Se volvieron los dos al mismo tiempo y echaron a correr hacia el coche. Battler abrió la puerta delantera, a su derecha, y por ella se metió en primer lugar Tully y después lo hizo Jappy, que la cerró. El coche ya estaba en movimiento. Saltó el bordillo del arcén y avanzó calle adelante.

Mitchell consultó su reloj de pulsera. Habían transcurrido dos minutos y cuarenta y cinco segundos desde que entraron hasta que salieron del Banco.

Al otro lado de la calle, frente a una ferretería, había un pequeño grupo de personas mirando. Parecían asustadas, pero no lo suficiente como para dejar de contemplar aquel fascinante espectáculo. Cuando pasó el «Chrysler» por delante, a toda velocidad, se echaron atrás y derribaron un tenderete de delgados rastrillos de recoger hojas, que quedaron revueltos entre sus piernas.

Durante el viaje por la carretera hacia Brainerd Street, sólo se encontraron con otro coche. En el caso de que, posteriormente, alguien

preguntara al conductor, éste diría, que los había visto conduciendo muy aprisa por la carretera del Estado. Era un supuesto perfectamente lógico.

OceanofPDF.com

El paseo de entrada estaba plagado de hojas. A Mitchell se le ocurrió que si Sunny las hubiese rastrillado, ello habría servido para delatar su presencia allí. Se estaba volviendo, como Jappy, un maniático de los detalles.

Battler condujo el «Chrysler» a través del paseo, y entró por la puerta abierta del garaje. Se detuvo junto al sedán rojo de Sunny, puso el freno de mano y salió del vehículo. Un instante después se hacía la penumbra dentro del garaje, al descender la doble puerta dando un golpe sobre el suelo de cemento.

—Que cada uno coja una bolsa —ordenó Jappy.

Mitchell alzó los pies y echó fuera del coche las bolsas de campaña. En fila, llevando cada uno una bolsa, pasaron por una puerta metálica en dirección al sótano. Abajo, el áspero suelo de cemento estaba cubierto por una capa de polvo fino sobre el que se marcaban las huellas borrosas de los pies. Jappy los condujo por un hueco de escalera ascendente, cuyos peldaños cedían bajo sus pisadas, y luego los llevó a través de un pasillo que comunicaba con la cocina y el salón.

Sunny los estaba esperando. Al ver los macutos lanzó un grito de júbilo y abrazó a Tully. Éste trataba de apartarla, pero ella continuó abrazada a él mientras todos seguían a Jappy hasta el salón. Desde un aparato de radio que había sobre una estantería sin libros, llegaba una música puesta a bajo volumen.

—Sintoniza la emisora local —le dijo Jappy a Sunny.

—Órdenes —dijo Sunny—. La primera cosa que sale de tu boca son órdenes. —Pero se acercó al receptor, subió el volumen, y la estancia se llenó de estridencias de rock duro—. Ésta es la emisora local.

Mitchell pasó revista a la habitación, que se hallaba adecuadamente amueblada pero le faltaba un toque de gracia o calor. Su mobiliario era útil pero triste, y las lámparas resultaban modernas para la moda de veinticinco años atrás.

Jappy le dijo a Sunny:

—Déjala. Ha sucedido hace sólo unos minutos y la emisora local todavía no sabe nada. Baja un poco el volumen.

—Es una música verdaderamente chanchi —dijo Sunny contoneándose.

—No lo toques —dijo Jappy.

La radio había quedado repentinamente en silencio.

Se oyó un zumbido raro durante unos segundos y luego la voz de un hombre joven, temblorosa por la excitación:

—«Interrumpimos nuestro programa...».

Dejó de hablar. Se percibía que le faltaba aire para respirar.

—«El “Banco Popular” de Amesville acaba de ser atracado».

Silencio.

—«Por una banda armada. Repetimos. El “Banco Popular” de Amesville acaba de ser atracado por una banda armada...».

Se hizo una pausa, oyéndose, entretanto, algunos susurros. Era evidente que le estaban facilitando información desde cerca del micrófono.

—«Esto es todo lo que podemos decir por el momento; el Banco ha sido atracado. Reanudamos nuestro habitual programa, pero lo interrumpiremos tan pronto como tengamos más información».

Volvió a sonar la música. Sunny estalló en risas.

—¿Puedo bailar la siguiente pieza? —dijo ella.

Jappy la instó a que bajara el volumen.

—Prepara un poco de café —le ordenó a Sunny, y ésta, haciendo una mueca, se dirigió a la cocina—. Sentaos todos. Podéis relajaros. El trabajo ha concluido. Hemos triunfado. Que todo el mundo se siente.

Tully cogió una bolsa y dijo:

—¿Qué os parece si la abrimos y contemplamos el botín?

—Dentro no hay más que dinero —dijo Jappy—. ¿No lo has visto nunca?

—Un millón junto no —repuso Tully—. No sé cómo es un millón.

—Lo mismo que un millar, pero en mayor cantidad.

—¡Jesús! —exclamó Tully con júbilo—. ¡Un millón! ¡Y ha sido fácil! ¡Fácil!

—No ha sido fácil —dijo Jappy con voz cansada—. Siéntate.

Mitchell se sentó en un sofá de color beige desvaído, entre Battler y Bobby, y le dijo a Jappy:

—No había necesidad de disparar.

Tully saltó, irritado:

—Si te hubiera atacado a ti ese maldito chucho...

—¿Te apuntó el perro con un arma?

—Quería morderme. ¿Qué tengo que hacer, dejar que me muerda un perro?

—No ha sido culpa suya —dijo Jappy—. No ha sido enteramente suya.

—¿Qué quieres decir con eso de *enteramente*? No fue culpa mía, y *punto*. Lo hemos ensayado durante semanas, y ni una sola vez hemos ensayado nada sobre un maldito perro.

Battler soltó una risita gruñona, y Tully le imitó sin mucha convicción.

—El perro iba a por él —dijo Jappy—. No sé, quizá pudo haberle dado una patada, pero el perro acaparaba su atención y le impedía vigilar a los guardias. Tully no tuvo más remedio que hacer algo. Puede que el disparar fuera lo mejor.

—Claro que tuve que hacer algo... Volar las entrañas del apestoso chucho.

—El policía joven se puso nervioso y quiso sacar su arma —dijo Jappy—. Tuve que dispararle. Luego, el holandés quiso hacer lo mismo... —Meneó la cabeza—. Eso me extrañó. Creí que sería más prudente.

—¿Matamos a los dos? —preguntó Tully. Su voz oscilaba entre el orgullo y la ansiedad—. ¿Crees que están muertos?

—No les tomé el pulso —dijo Jappy. Y dirigiéndose a Mitchell—: ¿Crees que habría sido mejor si les hubiéramos dejado que nos disparasen a nosotros?

—No me gusta matar policías más que cuando es absolutamente inevitable. Ellos van por obligación a la caza de los ladrones de Bancos. Pero a cazar asesinos de policías irán incluso en su tiempo libre si es preciso.

Jappy se encogió de hombros y dijo:

—Si ellos no hubieran intentado sacar sus armas, no les habríamos disparado. Les habríamos desarmado, pero no disparado.

Cesó la música de la radio. La voz del joven locutor era jadeante y granulosa. Bobby se acercó al aparato y subió el volumen.

—«Interrumpimos nuestro programa para facilitarles a ustedes más noticias sobre el atraco del Banco».

Se detuvo, como para tranquilizarse, y luego continuó:

—«He aquí todos los hechos que hemos podido recabar hasta el momento. Poco después de las nueve de esta mañana, seis hombres armados, provistos de máscaras...».

—¿Seis...? Por amor de Dios... —exclamó Tully.

—«... a punta de pistola, mientras los otros vaciaban la cámara acorazada. Hubo algunos disparos y se cree que, al menos, dos personas resultaron heridas. No se sabe la cantidad exacta robada, pero se cree que debe rondar el millón de dólares. ¡Un millón de dólares!».

—¿Y qué hay de los ladrones? —dijo Jappy—. ¿Lograron escapar?

—«Se cree que los ladrones consiguieron huir, pero ya está en marcha una intensiva búsqueda para su aprehensión...».

—Gracias —dijo Jappy.

—«La Policía del Estado se encuentra alertada».

El locutor jadeaba sensiblemente. Luego dijo, con voz áspera:

—«Me acaban de entregar una nota. La comisaría de Policía de Amesville ha quedado arrasada por un violento incendio de origen desconocido, a primeras horas de esta mañana...».

Su voz de profesional le estaba abandonando. Seguidamente añadió, con respeto y temor:

—«Señoras y caballeros, hoy es un día desastroso para Amesville; un día muy desastroso».

—Todavía no ha empezado a actuar la Policía del Estado —dijo Jappy—. Cuando actúe pondrá las cosas en orden, pero para eso ha de transcurrir algún tiempo.

—«... toda la información que poseemos hasta ahora acerca de estas dos tragedias gemelas que han golpeado a Amesville en esta mañana de miércoles. Increíble y asombroso. A medida que nos vayan llegando más noticias las pondremos en antena. Marve Holman, director de Deportes, se

encuentra en este momento en el lugar de los hechos, y tan pronto como pueda conectar con nosotros, nos pondrá al corriente».

Se detuvo para tomar aliento.

—«Señoras y caballeros, qué increíble serie de acontecimientos...».

—Café —dijo Sunny trayendo una bandeja con tazas y platillos, y una fuente de bollos—. Café para celebrar el triunfo del Banco... ¡Yu-hu!

El director de Deportes, Marve Holman, cuya voz era tan joven como la del locutor, pero más disciplinada, se presentó en los estudios de la emisora y se dispuso a relatar, ante los micrófonos, su versión de «testigo ocular»:

—«Poco después de las nueve ha irrumpido en el “Banco Popular” de Amesville un grupo de hombres fuertemente armados, llevando puestas máscaras grotescas, y vestidos con trajes negros o azul marino todos exactamente iguales. Después de amenazar con gran profusión de armas a los empleados del Banco y a varios clientes, los atracadores procedieron a vaciar la caja fuerte apoderándose de una enorme suma de dinero que estaba destinada a pagar los cheques de los empleados de la “Compañía de Galletas Munchmore”. Se calcula que el total asciende, aproximadamente, a un millón de dólares».

—Dile que le facilitaremos la cantidad exacta en cuanto contemos el dinero —dijo Tully.

—«Aunque la actitud de los ladrones era peligrosamente conminatoria, no se produjo ninguna violencia real hasta poco antes de marcharse, momento en que, sin previo aviso, abrieron fuego a discreción e hirieron a dos policías. No se sabe, por ahora, la importancia de sus lesiones, pero indudablemente son graves, pues un testigo presencial afirma haber visto mucha sangre por el suelo del Banco. “Como un lago rojo”, fueron las palabras del testigo.

»Los ladrones huyeron en un sedán color marrón o gris, con matrícula del Estado. La señora Louise Vance, de Redingote Road, cree haber visto al coche de los ladrones huyendo a toda velocidad hacia la carretera del Estado. El capitán de la Policía del Estado, William Hamilton, ha comunicado personalmente que, con toda celeridad, se establecieron

controles en los puntos estratégicos y están registrando minuciosamente todos los coches».

Guardó silencio para aclararse la garganta.

—«Perdón... Según palabras del capitán Hamilton, hubo cierta demora en la ejecución de las medidas policiales, como consecuencia del incendio sufrido por la Comisaría de Amesville. El capitán Hamilton ha descrito los puestos de control, que abarcan una red estatal, y ha dicho que han sido movilizadas, en un número sin precedentes, todos los miembros de las policías local y estatal, en un exhaustivo esfuerzo para aprehender a los autores de lo que él calificó como un crimen sangriento y horrible».

—Horrible —dijo Jappy—. Y yo que creía que era estupendo.

—«Les tendremos informados de ulteriores acontecimientos. Veo que Terry Storm, el locutor habitual, tiene detalles adicionales».

—«Gracias, Marve. Marve regresa ahora al Banco, al escenario del crimen, y volverá después. Tengo aquí una nota sobre el incendio de la Comisaría. El jefe Montrose ha dicho que se produjo como consecuencia del lanzamiento de bombas incendiarias desde un coche que pasaba por delante. Se investiga la posibilidad de que sea obra de agitadores llegados de fuera. Las bombas fueron arrojadas a través de la puerta de la Comisaría, prendiendo en la vieja estructura de madera que ardió vorazmente. Tres policías, incluyendo al jefe Montrose, han sido asistidos de quemaduras en el Hospital de Melton. El jefe de Bomberos, Ed Lohman, ha dicho que el edificio de la Comisaría se encuentra totalmente destruido».

—Todavía no lo relacionan con el robo del Banco —dijo Bobby.

—Ya lo harán —añadió Jappy—, tan pronto como llegue allí algún cerebro.

—«... la ciudad se halla conmocionada... Un momento, por favor».

El micrófono estuvo cerrado casi treinta segundos, y cuando se oyó de nuevo al locutor, su voz sonaba chillona a causa de la excitación.

—«Me acaban de facilitar dos notas. La primera procede del Hospital de Melton».

Hubo una pausa.

—«El agente de policía de Amesville, Sam Hendry, y el vigilante del “Banco Popular” de Amesville, Edwin Mueller, han ingresado cadáveres a

causa de las heridas de proyectiles de escopetas inferidas por los malhechores».

Se oyó el sonido de papeles revueltos.

—«La segunda nota procede de la capital, y dice que el gobernador Foxman, al enterarse de la tragedia, ha expresado su consternación y dolor. Fuentes cercanas al palacio gubernamental indican que el gobernador está estudiando el envío de una unidad de la Reserva para ayudar al mantenimiento del orden... Me acaban de pasar otra nota. Se dice que se dirige hacia Amesville el coronel Cari Wilmetz, para hacerse cargo personalmente de la investigación... Otra nota anuncia que el coche de los asesinos ha sido visto al Sur, por la carretera 34, perseguido de cerca por unidades policiales...».

Jappy se puso en pie y desconectó la radio. Tully protestó.

—¿Pero qué haces? Apagarlo en el mejor momento. Con lo que me gustaría saber si capturan al coche de los asesinos.

—¿Tú crees que enviarán soldados? —preguntó Battler.

—No tiene sentido —dijo Jappy meneando la cabeza—. Pero como la Policía ha recibido un buen golpe, tal vez vengan algunas tropas, durante un par de días. ¿Para qué iban a necesitar soldados?

Tully estalló en una risa de júbilo. Sunny, con los ojos chisporroteantes, saltó sobre sus rodillas y se puso a despeinarlo. Él le cogió un pecho y empezaron a revolcarse sobre el sillón, en busca de una postura más cómoda, y a besarse.

—Dejad de sobaros —dijo Jappy—. Si queréis hacer el amor iros arriba.

—Eso va por mí —comentó Tully. Apartó a un lado a Sunny y se puso en pie, detrás de ella. La cogió por la cintura y la fue llevando hacia la puerta al tiempo que realizaba una serie de movimientos eróticos. Cuando llegó al umbral se volvió y dijo—: Eh, ¿es que pensáis dejar ahí el dinero? ¿No lo vais a esconder?

—¿Dónde? —preguntó Jappy—. ¿En el frasco de las galletas?

Sunny empujó a Tully afuera de la habitación; las risas de ambos, confidenciales y excitadas, quedaron flotando en la escalera. Luego se oyó un portazo.

—Es una manera de pasar el tiempo —dijo Jappy encogiéndose de hombros—. Lo único que podemos hacer ahora es esperar. Si alguien quiere echar un sueño, adelante.

—¿Qué os parece una partida de cartas? —sugirió Battler. ¿Bobby? ¿Mitchell? ¿Echamos un póquer?

Mitchell sacudió la cabeza.

—Buscaré una habitación y veré si puedo dormir un poco.

—Quitaos esos trajes fúnebres y poneos vuestra ropa —dijo Jappy—. Luego haremos un bulto con ellos y con las caretas, y nos desprenderemos de todo ello. Mientras estemos en esta casa, llevad siempre puestos los guantes.

—¿Hasta cuando vayamos al lavabo? —dijo Bobby.

El dormitorio era pequeño, mínimamente amueblado. Las camas estaban hechas con pulcritud. Mitchell se hallaba tendido, mirando a la ventana, bisecada por la rama seca y sin vida de un árbol. Rodó sobre sí y estiró los miembros. Se sentía extenuado, pero también rígido por la tensión. Bobby yacía sobre la segunda cama, ya dormido, resoplando, con las manos puestas protectoramente sobre la cabeza. Bobby era un gran dormilón. Mitchell recordaba que, en los viejos tiempos, hacían chanza diciendo que la única forma de despertarlo era disparando un tiro al lado de su oreja.

Cerró los ojos y se quedó inmóvil, pero el sueño rehusaba llegar. En cambio, se le aparecían los acontecimientos de la mañana en rápidas y fugaces impresiones: la entrada de los cuatro al Banco, hombro con hombro; la ambivalencia de expresión en los rostros de casi todos los empleados del Banco y los clientes, una mezcla de miedo paralizante y fascinación, incluso de secreto placer ante el hecho de que sus monótonas vidas adquirirían, de pronto, un valor privilegiado. La rígida y a la vez dócil dignidad del director del Banco. Las sólidas hacinas de dinero, semejantes a montones de ladrillos.

Su imaginación convertía los ladrillos en hojas delgadas, en endebles rectángulos de color verde. Pensaba en el reparto definitivo del botín — medio millón de dólares— y, al igual que Tully, tenía ganas de contemplarlo.

¿Qué iba a hacer con ello? ¿Algo sensato? ¿O lo derrocharía estúpidamente como hacen la mayor parte de los ladrones? De todos los ladrones que conocía, Jappy era el único que había comprendido siempre el valor del dinero. Jappy sabía cómo invertir su dinero, diversificarlo; tanto en bonos municipales libres de impuestos, como en una cadena de boleras, o en acciones corrientes. Pero Jappy no recibiría, finalmente, ni un dólar de aquel botín, y tendría que conformarse con los intereses que le produjera su cuenta del «Banco Popular» de Amesville. ¿Y Shannon? Si Shannon fuera listo seguiría como antes, continuaría con su trabajo dos o tres años más, y luego se retiraría a vivir en otro sitio.

Jappy. Jappy acabaría con las manos vacías, enloquecido por el dolor de su privación. Cuántas veces le había visitado, en sueños, esta amarga y vengativa idea. En cambio, ahora que la tenía al alcance de la mano, era incapaz de experimentar ninguna excitación respecto a ella. Quién sabe si, de tanto pensar en ella, se le había agotado la pasión. Tal vez se encontrara todavía tan severamente dominado por su impostura —pensaba Mitchell, a manera de recordatorio—, que necesitaba que pasaran otras cuarenta y ocho horas...

¿Y Katsouras? Antes de empezar a hacer tonterías con su dinero, trataría de hacer algo en favor del doctor Katsouras. Debía apartar veinticinco mil, cincuenta mil para Katsouras, y hacer que le llegara de manera anónima. Podía emplearlo para financiar sus programas de rehabilitación... Estúpido, ridículo, imposible. Eso era como pasarle por las narices al doctor el dinero de su propio fracaso. Porque Katsouras había fracasado. Su bisturí sólo había modificado la superficie sin llegar al núcleo. Él se había fiado de la teoría de que la conducta antisocial era epidérmica. Estaba equivocado. Samuel Butler, un escritorzuelo de tres al cuarto, lo sabía mejor: *El ladrón... El robo, para él, es un mensaje de Dios...*

Casi con sorpresa, se sintió arrastrado por el sueño. Durante un buen rato, el suficiente como para poner en orden sus pensamientos, trató de resistirse al sueño, pero acabó siendo vencido y arrastrado, suave y placenteramente, hasta el umbral de la conciencia.

Sunny se acercaba a su cama, riendo, vehemente, y era generosa con él. Pero cuando trataba de poseerla aparecía Johnny *el Guapo* entre los muslos de ella, y los cuerpos de ambos subían y bajaban incesantemente. Y cuando Sunny, con el rostro demudado, respondía a los envites finales, tocándole con rudeza y rebeldía, Johnny *el Guapo*, hundiéndose profundamente en el último espasmo triunfal, la hizo gritar de gozo...

Entonces se despertó, y volvió a dormirse sin más ensueños, cuando volvió a despertar se sentía nuevo, recuperado. En la otra cama, Bobby continuaba resoplando pacíficamente, con ritmo acompasado, y aquella cara gastada expresaba el lastimoso rechazo hacia la caída de su rico pelo negro. Al final del pasillo encontró el cuarto de baño, y se estuvo echando agua fría contra el rostro hasta que le vio reflejado, terso y rubicundo, en el espejo; era el rostro de un extraño, un rostro prestado. Volvió al dormitorio y se puso los zapatos. Al empezar a colocarse el correa que ajustaba su arma al cuerpo, se percató de que pesaba mucho y lo arrojó sobre la cama, encima del traje negro y la máscara grotesca. Pensó que, de esta manera, se exoneraba de toda culpabilidad. «Los culpables son el traje, la máscara, el arma; yo, en mi pura esencia, soy inocente».

Cuando comenzó a bajar la escalera oyó risas en una de las habitaciones. Esas risas le traían la imagen ágil e intensa de Tully y Sunny sobre la cama, con sus cuerpos de carne joven, rosada e impaciente, entrelazados. Al acordarse de su sueño hizo una mueca. Bajó la escalera y siguió por el pasillo que daba al salón. Battler dormía en el sofá, con el cinturón desabrochado, sus manos enguantadas de blanco y semiabiertas. Su cara era impassible, reservada. Era la cara de un luchador profesional. Ni siquiera en sueños resultaría expresiva para sus oponentes.

Avanzó por el pasillo, pasando por delante de la puerta que daba al sótano, y entró en la cocina. Era muy espaciosa. Lo que los agentes inmobiliarios llamaban una cocina de campo. Tenía unas ventanas alargadas y estrechas, puestas muy altas en la pared. Jappy se hallaba sentado junto a una enorme mesa redonda de madera, cubierta por un mantel de hule a cuadros. La radio se encontraba situada en el centro de la mesa, y

ronroneaba con monotonía. Jappy tenía apoyados los pies sobre el borde de la mesa. Al lado de su silla se apilaban los macutos. Hizo un movimiento instintivo con la mano hacia la escopeta, que estaba erecta con su cantonera descansando sobre el suelo, y el cañón recostado en un armario de la cocina, junto a él, pero cambió el gesto y señaló a la radio. Mitchell tomó asiento.

Estaba hablando el mismo locutor, con voz cansada, pero ya no era la voz de un aficionado. En el curso de aquella larga mañana se había ganado a pulso su nombramiento.

—«... que las bombas incendiarias de la comisaría de Policía estaban relacionadas con el robo del Banco. El jefe de Policía de Amesville, Montrose, desde la cama del hospital, había hecho la siguiente declaración: “Los ladrones lo sincronizaron perfectamente, no sólo para anular el sistema de alarma del banco y asestar un severo golpe a la efectividad del departamento policial, sino también para producir un movimiento de diversión. Sin embargo, no hemos descartado completamente la posibilidad de que el bombardeo incendiario sea obra de elementos hippies o radicales. Pero por el momento suscribimos la opinión de los funcionarios de Policía estatales y de otros medios, en el sentido de que sea imputable a los asaltantes del Banco. Capturaremos a esos asesinos, aunque sea lo último que hagamos”, acabó diciendo el jefe Montrose».

Jappy dijo gruñendo:

—Ahí tienes a ese aficionado de Policía con su trasero en la cama del hospital. No tiene la menor idea de lo que sucedió ni de lo que está pasando, pero está empeñado en cogernos.

—«... según declaración del Consejo Municipal. Joseph J. Rankin, líder de la minoría, señaló que este incendio revela, una vez más, la necesidad de construir una comisaría moderna, y que semejante tragedia no habría ocurrido si la mayoría del Consejo no hubiera regateado esfuerzos para comenzar la construcción de un nuevo edificio de ladrillo, a prueba de incendios...».

—Políticos —dijo Jappy—. Ahí los tienes vociferando. —Golpeó con la puntera del pie una de las bolsas de dinero—. Tal vez debiéramos mostrarnos agradecidos y contribuir a la construcción del nuevo edificio.

—«... y ahora conectamos con Marve Holman, que se halla en la sede provisional de la comisaría de Policía, instalada en un centro oficial. Adelante, Marve...».

La voz llegaba debilitada:

—«... el agente especial del FBI, Krantz, que en este momento se encuentra reunido con el primer concejal. Cuando salga trataremos de recoger sus declaraciones. Mientras tanto, aquí tengo una nota facilitada por el capitán Hamilton, de la Policía del Estado. Dice así: “Ahora se tiene la creencia, en esta división, de que los malhechores han burlado los controles policiales. No obstante, se mantendrá una vigilancia permanente hasta agotar todas las vías...”».

—Caca de la vaca —dijo Jappy—. Carecen de personal para mantener una vigilancia permanente. Además, están convencidos de que escapamos antes de que establecieran los controles de carretera.

—«... extendiéndose la alarma a trece Estados. Esos hombres son unos asesinos desalmados, y hemos movilizado todos los recursos de que disponemos para lograr su captura. Por la rapidez e implacable precisión con que actuaron, resulta evidente que se trata de ladrones de Bancos eminentemente especializados. Ahora estamos haciendo un estudio exhaustivo de su M. O., es decir, de su *modus operandi*, y abrigamos la esperanza de que esto nos llevará a la identificación, y ulterior captura de los criminales. El FBI ha tomado cartas en el asunto y está cooperando plenamente».

—¿Lo ves? —dijo Jappy con cierto rencor—. Merece la pena ser un aficionado y carecer de *modus operandi*. ¿No crees, Mitchell?

Por un instante Mitchell creyó notar un acento cáustico en la voz de Jappy. Pero éste se hallaba sonriente y relajado. Miró neutralmente a Jappy, desde el lado opuesto de la mesa, y se encogió de hombros.

—¿Ves ese dinero? —dijo Jappy—. Un millón. Estoy empezando a sentirme millonario.

—Lamento aguarle la fiesta, Jappy. Pero ese millón no es sólo tuyo. Es de los dos.

—¿De veras? ¿Y cuánto me toca a mí?

Ya no había dudas en cuanto al acento cáustico y desafiante de Jappy. Mitchell respondió parsimoniosamente:

—¿Quieres saberlo con exactitud? Calcúlalo tú mismo. Tú sabes de números mucho más que yo.

—No. Quiero que seas tú quien me lo diga. Dime cuánto me toca de este trabajo. Si no lo sabes con exactitud, dímelo en números redondos. ¿De acuerdo, Mitchell?

La mano de Mitchell empezó a moverse desde su regazo hacia su costado izquierdo, pero abortaría aquel gesto antes de que se consumara. Se acordó de que no llevaba puesta la funda de sobaquera de su arma, y de que se la había dejado sobre la cama.

—Me he dado cuenta de ello cuando te he visto entrar —dijo Jappy—. No llevas encima tu cacharro.

Mitchell se puso en pie, derribando la silla, pero sabía que no le quedaba ninguna esperanza de salvación. Jappy estaba empuñando su escopeta.

—Recoge la silla —le ordenó Jappy—. Recoge la silla y siéntate, si no quieres que te vuele en pedazos. Con los dos cañones a la vez. Los volví a cargar. Levanta la silla y siéntate.

Mitchell puso bien la silla y tomó asiento. Con el tono de voz más tranquilo que pudo conseguir, dijo:

—Está bien, Jappy, has logrado asustarme. ¿Qué te propones hacer?

—Pon tus manos sobre la cabeza y te lo diré, Johnny.

Se colocó las manos en la cabeza y dijo:

—¿Quien?

—Johnny *el Guapo*, ¿no? —Jappy sonreía—. Hace tiempo que lo sé. ¿Sorprendido, Johnny?

—No. No estoy sorprendido. —Le agradó la serenidad de su propia voz. No es que eso importara mucho, ahora que estaba acabado—. Me lo has estado diciendo desde que entré en esta habitación.

Así que, penso Mitchell, quien le había traicionado había sido Katsouras... Pero no intencionadamente sino por engreimiento, al considerar su arte quirúrgico más perfecto de lo que estaba justificado.

Miró a Jappy a través de la mesa; o, mejor dicho, miró a su arma. Tenía el cañón de la escopeta acunado sobre la palma izquierda y el dedo índice de la mano derecha, ligeramente curvado, descansaba dentro del guardamonte delante del gatillo. No le temblaban las manos, y esto tranquilizó un poco a Mitchell; si moría, por lo menos no iba a ser por accidente.

La radio continuaba parloteando, y eso le recordó a Mitchell que también él tenía voz. Dijo:

—Sí, soy Johnny *el Guapo*. ¿Pero qué importa eso?

—Ah, claro que importa —las maneras de Jappy eran casi joviales—. Importa mucho.

—Escucha. Si cuando me presenté hubiera dicho que era Johnny *el Guapo*, me habrías mandado a paseo.

—Exacto —dijo amablemente Jappy.

—Bien. Pues entonces no habría habido ningún robo de Banco y tú no tendrías el pie ahora encima de un millón de dólares.

—Entonces opinas que debería estarte agradecido, ¿no? Pues te estoy agradecido.

Mitchell apartó la vista de la escopeta y miró a Jappy a la cara.

—Es cierto, proferí algunas furiosas amenazas. Me enfadé mucho contigo cuando permitiste que fuera a la cárcel. Pero no fueron más que palabras, y de eso hace ya seis años.

—Claro —dijo Jappy—. Sólo palabras.

Aquella amabilidad era tan impermeable como un control de carretera, pensó Mitchell. Dejó pasar un momento y luego dijo:

—¿Cómo lo supiste, Jappy? ¿Te lo dijo alguien de Fredding?

—¿Y por qué habría yo de decírtelo? —repuso Jappy sonriendo—. Pero poco importa eso. Sí, me lo dijo alguien de Fredding.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Jappy sonrió generosamente.

—Desde hace bastante tiempo.

—Tonterías. Tú me creíste... por completo.

—Te he seguido la corriente —dijo Jappy—. Soy un buen actor.

—Tal vez tú sí lo seas, pero no los otros. No son lo bastante listos como para hacer esa comedia. Se les habría notado.

Jappy asintió y dijo:

—Lo sé. Por eso no les dije nada. Todavía no saben quién eres.

Sí, pensó Mitchell, Jappy había vencido. Los dos habían estado representando su propia comedia, realizando su propio juego. Pero a la hora de la verdad, la mano de Jappy había sido más fuerte. Jappy había ganado la apuesta. Él había sido derrotado, el juego había concluido. Un buen jugador sabe siempre cuándo ha perdido. ¿Para qué suplicar por su vida? No. ¡No! Pero no era degradante tratar de sobrevivir. Si lo fuese, todo el mundo se estaría degradando cada día de su existencia. Dijo:

—Escucha, Jappy. Yo soy Johnny *el Guapo* pero he conseguido un millón de dólares. Si es cierto que hace seis años te puse verde, jamás he hecho nada para perjudicarte.

—Me has *usado* —replicó Jappy, y en su voz se notaba un acento de pasión—. Al volver a mí disfrazado, me has estado *usando*.

Disfrazado. Mitchell examinó este vocablo. En efecto, Jappy, inadvertidamente, había dado en el clavo. Él no era un Johnny diferente con una cara diferente, sino el mismo Johnny con un disfraz puesto. Jappy sabía más que Katsouras. Katsouras no era nada más que un artista del maquillaje, un proveedor de disfraces.

—Dentro de poco se despertarán los muchachos y entonces lo aclararemos todo —dijo Jappy—. Se van a llevar una buena sorpresa.

—Jappy, ¿qué vas a hacer conmigo?

—Matarte.

No había sido una pregunta baldía. Aquella respuesta era lo que necesitaba Mitchell para alimentar su resolución. Ahora ya no le quedaba otra cosa que hacer sino un movimiento desesperado, pero debía hacerlo cuanto antes. Por muy pocas probabilidades que tuviese ahora, cuando

llegaran los otros no tendría ninguna. Evaluó vertiginosamente sus posibilidades. La amplia mesa que había entre él y Jappy constituía un obstáculo insalvable. Antes de acabar de rodearla estaría muerto. Pero se sentía capaz de lanzarse por encima de la mesa y sorprender a Jappy, con la esperanza de golpearlo y desequilibrar la dirección del arma antes de que tuviera tiempo de disparar. Era una probabilidad muy remota, pero la *única*.

Se dispuso a reunir todas las fuerzas de que disponía, listo para saltar, pero en aquel momento oyó súbitamente un chirrido detrás de sí, y perdió la concentración. Se volvió instintivamente. Acababa de abrirse la puerta que daba a la bodega, y bajo su dintel se dibujaba la silueta de Shannon.

Durante un instante brilló en su imaginación un delirio de esperanza, pero murió en el momento mismo de nacer. Puede que Shannon hubiera oído por radio la noticia del atraco y sacara sus conclusiones, pero resultaba imposible que pudiera llegar hasta allí. Él no le había dicho a Shannon dónde tenían su escondite. En aquel instante comprendió que estaba irremisiblemente perdido y condenado a muerte.

Shannon empuñaba su pistola reglamentaria, y la sopesaba tiernamente en la mano. Sonriendo, le dijo a Jappy:

—Aparta ese cañón. Si se te dispara podrías hundir la pared. Ya le mantendré yo a raya con esta pequeña herramienta. —Se volvió sonriendo hacia Mitchell—. ¿Verdad, encanto?

A Jappy le costó trabajo aclararle que no había perdido la calma, y que su condena a muerte no era impuesta por influencia del capricho o la crueldad.

—Si sólo hubiera sido por saber que eras Johnny *el Guapo*, como has dicho, me habría conformado con darte una patada en el trasero y dejarte marchar, sin más. Pero pretendiste hacerme una rencorosa traición y quedarte hasta el último centavo del botín, engañándome miserablemente. Por eso voy a enviarte al otro mundo. —Guardó silencio y luego añadió fríamente—: Eres un maldito hijo de puta.

Sentados como estaban, en torno a la mesa de la cocina, con aquella naturalidad y el tono coloquial de las palabras, la escena cobró apariencias de una tertulia entre amigos o familiares. Jappy había colocado la escopeta sobre sus piernas, pero no apartaba la mano de ella. Shannon estaba sentado, con el revólver apuntando a quemarropa al pecho de Mitchell, libre del dispositivo de seguridad, y apoyado sobre el emplazamiento fijo de su muñeca izquierda. Sus ojos claros transmitían una expresión de indolencia mezclada con regocijo y desprecio. Pero Mitchell sabía que Shannon no se dejaría coger por sorpresa.

—Aunque te merezcas una muerte lenta —dijo Jappy—, te voy a despachar en seguida. Renuncio a la satisfacción de verte morir despacio.

—Bueno, la satisfacción no lo es todo —dijo Mitchell.

Jappy se dirigió a Shannon:

—¿Qué hay por ahí afuera?

—Está todo rodeado de coches oficiales. Al venir hacia aquí he cruzado varios controles de carretera, pero ya van aflojando y se limitan a mirar rápidamente a los que pasan. Lo hacen un poco a la ligera, por pura fórmula. Están convencidos de que habéis logrado escapar. Pero la muerte de esos dos policías los ha indignado. ¿Fue necesario matarlos?

—No disparamos precisamente por placer. Sucedió así. Mala suerte.

—¿Sabes?, yo también soy policía, no lo olvides —dijo Shannon—. Y no me gusta que maten a mis compañeros.

—Discúlpate ante él, Jappy —dijo Mitchell—. ¿No crees que merece que te disculpes ante él por sus delicados sentimientos?

Ninguno de los dos prestó atención a estas palabras. Mitchell pensó que ya estaba sentenciado a muerte, que ya era un cadáver, y de nada serviría continuar hablando. Se preguntó cómo sería la muerte. Un relámpago de dolor, una espantosa compresión, y luego se acabarían las angustias, las frustraciones, los odios destructivos... Bueno, de todas formas tendría un funeral cuando Katsouras se enterase de la noticia. ¿O maldeciría Katsouras a su cadáver, por traición?

Los ojos de color azul claro de Shannon le observaban astutamente. Le preguntó:

—¿En qué piensas, Johnny? ¿Te gustaría haber actuado de otra forma? ¿O no haber actuado en absoluto?

—Teniente, sólo cometí el error de no darme cuenta de que un hombre con su sentido del honor, un defensor de la moral pública, podría traicionarme.

—Cuando se traiciona a un traidor no se está traicionando a nadie. Entérate bien, pringoso: una cosa anula la otra.

Mitchell dijo:

—Con todo el debido respeto a sus convicciones morales, teniente, sigo sin comprender por qué se volvió contra mí. ¿Por qué se tomó esa molestia?

—¿Acaso no lo comprendes? —La voz de Shannon encerraba un acento festivo—. Me decidí por la parte más ventajosa. El mayor fallo de tu pacto consistía en que detrás iban a quedar cuatro tipos enojados por la frustración. Aunque no estuvieran en condiciones de quejarse, suponiendo que se hallaran en su sano juicio, siempre quedaba la remota posibilidad de que alguno de ellos se enfadase hasta el punto de no importarle lo que pudiese ocurrirle, si conseguía ponerme la bota encima. La naturaleza humana es así de rara. O supón que enchironan a uno de ellos por otro asunto, meses después, y decide cantar porque no tiene nada que perder, o hacer un trato para recibir clemencia. Imagínate que uno de ellos pierde la chaveta y viene a buscarme con una pistola. Eso casi me hizo desistir del trato contigo, hasta que encontré otro más simple.

Sacó a tientas un cigarrillo, del paquete, con la mano izquierda y manipuló el encendedor. El revólver ni siquiera se movió y el ojo negro de su cañón continuó apuntando inmutable hacia el tórax de Mitchell.

—Como digo, es muy simple —continuó—. Si aceptaba tu plan tenía que rechazar el de Schroeder, y si aceptaba el de Schroeder tenía que rechazar el tuyo. En ambos casos había en juego el mismo dinero. Pero trabajando contigo me encontraría ante cuatro enemigos, mientras que haciéndolo con Schroeder sólo tendría uno: tú. Mejores condiciones. Y si eliminábamos a ese enemigo, las condiciones serían perfectas. No habría de qué preocuparse. Preocupaciones *cero*. Así que me puse en contacto con el señor Schroeder. Al principio quiso cancelarlo todo. Pero cuando le dije que no se lo iba a permitir, cambió de opinión. Incluso aceptó graciosamente igualar tu oferta y darme el cincuenta por ciento del botín.

—Sí —dijo Jappy—. Graciosamente. Todavía no he dicho a mis queridos colegas que su parte va a ser menos de lo que esperan.

—¿Los otros todavía no saben nada sobre mí, ni sobre Shannon? —preguntó Mitchell.

—Todavía no saben absolutamente nada. No tuve más remedio que mantenerlos ignorantes de ello. Si se lo hubiera dicho, lo habrían echado todo a perder, y yo te necesitaba a ti para hacer el trabajo. Además, es una mala faena correr el riesgo de robar un Banco y que luego te engañen con el dinero. ¿Te das cuenta qué ironía?

—El señor Schroeder no me creyó, al principio —dijo Shannon—. Pensó que le estaba tomando el pelo.

—Me pareció absurdo cuando me dijo que tú eras Johnny *el Guapo*. Es cierto, me la pegaste bien.

—Pero cuando empezó a creerlo —dijo Shannon— le pareció muy bien.

—Tampoco podía yo contarles lo de Shannon —añadió Jappy—. Los habría puesto muy nerviosos saber que estaban trabajando con un policía. Después de todo, ninguno lo había hecho antes. Ni yo tampoco.

—Bueno, tal vez a partir de ahora le cojas gusto —dijo Mitchell—. Puede que tú y el teniente Shannon forméis una sociedad anónima, y cada vez que hagas un trabajo venga él a recoger el cincuenta por ciento del total. Aunque sólo sea por su cara bonita.

—Ya puedes hacer chistes —dijo Jappy plácidamente—. Haz todos los chistes que quieras, porque se te acaba el tiempo.

Mitchell oyó, de manera casi imperceptible, el sonido distante de un inodoro. Seguramente no pasaría mucho tiempo antes de que alguien bajase por la escalera. Sería Battler, que acababa de despertar. Los otros todavía no sabían nada sobre él ni sobre Shannon... En su mente cobró forma una sutil e indefinida esperanza.

Jappy, como si le hubiera estado leyendo los pensamientos, dijo:

—Será mejor que acabe contigo de una vez, y les explique todo a los demás.

—No es que yo quiera decirte cómo has de hacer tu trabajo —anunció Mitchell lenta y parsimoniosamente—, ¿pero has pensado que si me liquidas ahora vas a tener que pasar dos días al lado de mi cadáver?

—Eso no importa —añadió Shannon—. Muerto, no serás mala compañía.

—¿Y la descomposición? —aclaró Mitchell—. Dentro de pocas horas despediría un hedor tan fuerte que no podría parar nadie dentro de esta casa.

—Muerto no puedes oler peor de lo que hueles ahora —dijo Jappy.

Shannon dijo:

—Aguarda un momento. Tiene razón. Conocí algunos casos de fiambres que empezaban a descomponerse. Es imposible estar a su lado. No hay quien lo soporte.

Mitchell, disimuladamente, fue dejando escapar el resuello contenido. Creyó oír algo que parecía el chirrido de las bisagras sin engrasar de una puerta, en la planta de arriba.

—Creo que eso nos va a traer complicaciones —dijo Jappy—. Pero no me gusta la idea de tenerle vivo durante dos días, bajo custodia. Es arriesgado... Un momento. Esos fiambres de los que usted hablaba estarían, seguramente, dentro de habitaciones cerradas, ¿no? ¿Y si abriésemos las ventanas?

Shannon sacudió la cabeza.

—Eso en modo alguno solucionaría el problema. Además, los vecinos empezarían en seguida a percibir el mal olor. Es realmente insoportable.

—Dos días —dijo Jappy—. Aunque esté atado, habrá que ponerle vigilancia durante las veinticuatro horas. Es peligroso.

—Deberías haber pensado en eso antes de decidir matarme —dijo Mitchell—. Mala planificación, Jappy.

—Te aseguro que no se puede vivir al lado de un muerto —dijo Shannon—. Te lo aseguro.

Mitchell oyó pasos procedentes del pasillo. Parecía imposible que ni Shannon ni Jappy los hubieran oído, aunque él se encontraba más cerca que nadie de la puerta, y ellos estaban preocupados con el problema que les había planteado. Pero en cosa de pocos segundos...

—Escucha —dijo levantando suficientemente la voz como para anular el sonido de los pasos, pero sin levantar sospechas—. He cambiado de opinión. Si he de morir, prefiero que sea cuanto antes. Morir es malo... —Se detuvo para recuperar el aliento. Oyó los pasos que se acercaban y retomó sus palabras rápidamente—. Morir es malo, pero estar sentado esperando la muerte es peor. No soy tan valiente como para eso.

—Has cambiado muy pronto de parecer —dijo Jappy—. ¿Por qué has dicho lo de la descomposición?

Se jugó el todo por el todo, sin pararse a escuchar ya los pasos que se acercaban.

—Dije eso porque quería retrasar mi muerte. Ahora creo que es mejor hacerlo rápido. Así que te daré la solución, Jappy. Manda traer ochenta kilos de hielo picado y me lo echas alrededor...

Tully apareció en la puerta.

—¡Shannon! ¡Está aquí la Policía! —gritó Mitchell—. ¡Mátale!

Saltó hacia la izquierda de la silla, y oyó a Jappy que decía a gritos:

—¡No! ¡A Mitchell!

Sonó un disparo, y vio que Shannon había hecho fuego. Al caer detrás de la mesa sintió en el lado derecho del tórax un dolor agudo, arriba, justamente por debajo del hombro. En el momento de golpearse contra el suelo, retorciéndose, captó una fugaz visión de Tully sacando su arma de debajo de la axila. Acto seguido oyó los pasos precipitados de Battler, y el áspero sonido de su voz soñolienta.

Se lanzó en picado debajo de la mesa, arrastrándose a gatas en busca de las piernas de Jappy en el otro extremo, mientras éste le gritaba a Tully frenética e incoherentemente. Siguió avanzando como un cangrejo, con prisa desesperada, golpeándose la cabeza contra la mesa. Se produjeron media docena más de disparos, cruzándose entre sí, y llenando la habitación de un ruido interminable e infernal. Oyó gritos de uno y gruñidos de otro. Se golpeó la cabeza una vez más y luego se lanzó hacia delante agarrándose a los tobillos de Jappy. Éste empezó a agitar las piernas en el aire, en una extraña y alocada danza. Uno de sus tobillos consiguió soltarse. Mitchell continuaba asido al otro, pero el pataleo que ejercía Jappy, con la pierna libre, le obligó a soltarle. Mitchell cayó de bruces, golpeándose repentinamente la barbilla contra el suelo. De nuevo se lanzó hacia delante, consciente de que Jappy retrocedía y bajaba el cañón de su escopeta. Un cuerpo cayó encima de Jappy, derribándolo. Era el corpulento y pesado Shannon que le agarró por las rodillas y muslos y lo derribó como en un placaje de rugby.

Los tres quedaron entrelazados en un montón de cuerpos y miembros que se golpeaban ciegos de terror. La cara de Shannon se le acercó y tocó la suya. Al apartarla del contacto de su viscosidad, Mitchell se percató de que estaba palpando la sangre de Shannon, al que le habían volado media mandíbula, y su ojo claro le estaba mirando con fiereza. En ese instante notó que algo le estaba presionando las costillas. Echó mano instintivamente para desviarlo. Era el cañón del revólver de Shannon, quien hizo fuego en aquel momento. La bala le golpeó con fuerza, como si hubiera recibido un violento puntapié. Emitió un grito ahogado, pero tiró del arma en un acto reflejo, la cual quedaría en su poder, libre de la presa que ejercía Shannon sobre ella. Shannon cayó de bruces con el rostro ensangrentado.

Jappy trataba de hacer uso de su escopeta, pero al no poder sujetarla bien ésta se movía caprichosamente de un lado a otro, y él era incapaz de dominarla. Mitchell le aporreó en la mano, que no dejaba de moverse, con la culata del revólver de Shannon y oyó que el hueso se cascaba oblicuamente. Pero Jappy continuaba agarrado a la escopeta, y, gruñendo, se dejó caer de espaldas, al suelo, en un intento desesperado por encontrar

sitio para poder apuntar. Mitchell cogió el revólver por la empuñadura, y disparó a quemarropa contra Jappy. Saltó hacia arriba el cañón del revólver, por acción del disparo, y el rostro de Jappy desapareció detrás de un fogonazo de color rojo brillante. Seguidamente se desplomó sobre el suelo como un peso muerto.

Arrebató la escopeta de entre los dedos inertes de Jappy y giró el cañón hacia la entrada de la cocina. La violencia de este movimiento le produjo un intenso dolor. Caídos en el suelo, entre las patas de la mesa, vio a Tully y a Battler. Tully estaba inmóvil, con los ojos abiertos y sin vida, mirando al infinito. Battler aparecía medio incorporado, apoyándose en un codo. Su cuerpo se agitaba convulsivamente, y vomitaba sangre en una espantosa erupción bermeja.

Detrás de él se produjo un movimiento que atrajo su atención. Era Shannon tratando de levantarse. Estaba inclinado hacia delante, con la frente apoyada en el suelo, y tenía la mandíbula empapada de sangre. Usando la cabeza a manera de fulcro se esforzaba por ponerse de rodillas.

Mitchell, por el rabillo del ojo, vio algo que se agitaba en la puerta. Bajo el dintel estaba Bobby, empuñando su pistola automática; su rostro moreno estaba perplejo y sus ojos, ofuscados todavía del sueño profundo del que acababa de ser despertado por aquella ruidosa batalla de armas de fuego.

Mitchell rodó sobre su abdomen, notando cómo manaba la sangre de sus heridas, a causa del brusco movimiento. Apuntó con la escopeta a la cintura de Bobby y dijo:

—Tira tu arma, Bobby.

Su voz era floja, congestionada, y no estaba seguro de que Bobby le hubiera oído.

—Dios mío —exclamó Bobby—, Dios todopoderoso.

—Está bien —dijo Mitchell—. Pero cálmate y tira el arma.

Bobby pareció tener conciencia de sí mismo por primera vez. Daba la impresión de que sus ojos, desmesuradamente abiertos, estaban vacíos. Cuando empezó a disparar no sabía qué estaba haciendo, y actuaba de manera instintiva. Su primer disparo cogió de lleno a Mitchell en el estómago, pero el segundo erró el blanco. Antes de que tuviera tiempo de

hacer el tercero, Mitchell, casi con indiferencia al dolor de la nueva sacudida, oprimió el gatillo de la escopeta.

El estruendo de aquella fuerza material fue ensordecedor. Vio que Bobby era arrojado contra la pared, impulsado por el impacto de las postas. Rebotó hacia delante, con las manos como garras cogiéndose el pecho, y se dobló por la cintura cayendo como un saco. En la pared quedaron adheridos vestigios de su cuerpo; trozos de piel, de ropa, de carne...

Mitchell bajó la cabeza un instante, presa de abatimiento y dolor. Luego se volvió. Shannon había logrado, al fin, ponerse a gatas, y venía hacia él. A través del color rojo de su mandíbula destrozada se le veía el blanco del hueso. Mitchell se quedó mirándole, exento de cualquier sensación. Notaba que estaba a punto de desmayarse. Pero debía mantenerse consciente, tenía que luchar contra Shannon. Lenta y penosamente fue apuntando la escopeta hacia él. Era muy pesada. Le temblaban las manos y le resbalaban la culata y el cañón mojados con su propia sangre. Levantó el arma, y a partir de ese momento tuvo lugar una carrera en cámara lenta, durante la cual Mitchell intentó determinar si Shannon le alcanzaría a él antes de que él pudiera accionar el gatillo con su dedo entumecido, o antes de que le sobreviniera la somnolencia.

Shannon alargó la mano hacia el cañón recortado. Se oyó un estruendo infernal. En el instante en que Mitchell empezaba a perder la percepción del ruido y de la propia cocina, y a ser engullido por el remolino del desvanecimiento, vio desintegrarse la cabeza de Shannon en medio de un brillante relámpago de color rojo.

El último sonido que oyó fue el del silencio.

OceanofPDF.com

Había mojado la cama. Aquel calorcillo húmedo y picante era para él como un santuario, hasta que lo descubría su madre y empezaba a gritar y a maldecirle, flagelando su cabeza esquiva. Pero si conseguía ocultar su cabeza y recibir los cachetes salvajes en las manos y brazos, jamás lograba eludir el látigo de sus maldiciones preñadas de odio. La orina, que empapaba su cinturita y piernas como una envoltura y el olor acre aquél... Pero ahora el olor acre que se metía por sus fosas nasales estaba mezclado con algo más dulzón.

Abrió los ojos.

—Creí que estabas muerto.

Se vio nuevamente en la cocina de la casa de Brainerd Street. No era orina sino sangre. No era olor a meados, sino el tufo agudo de la cordita, mezclado con el regusto dulzón de la sangre. Él se encontraba empapado de sangre, yaciendo en un suelo inundado de rojo. Su pie descansaba sobre la blandura de la carne. Era la carne de un muslo, el de Jappy. No, era el de Shannon. Shannon había estado delante de él, mirándole, cuando le voló la cabeza. Jappy había estado a su derecha, en otra parte. Volvió la cabeza y vio el cuerpo de Jappy en el charco personal de su propia sangre; parte de ella había encontrado una grieta en el linóleo, y formado un delgado afluente tributario.

Le quemaban tanto las entrañas que se quedaba sin resuello. Era insoportable. Aquello acabaría con él; no la herida, sino el dolor. En el costado tenía otra herida, donde Shannon le había disparado. No era mala. Por propio instinto, él debió de apartar el cañón, y la bala le hizo un sedal y siguió su camino. Tenía una tercera herida —en realidad, era la primera— debajo del hombro. Se percató de que perdía sangre. No le salía a torrentes, sino poco a poco. Tal vez se hubiera desangrado y no había bastante presión para que le saliera con fuerza. Era igual que los barriles de cerveza; cuando no tienen suficiente presión hay que ladearlos para que salga el líquido. Debía tener cuidado de no ladearse él...

Alguien había hablado desde cierta distancia, por encima de él.

Estaba muy débil, extenuado. Quería dormir. Se le cerraban los ojos. Cuando volvió a abrirlos supo que se había desvanecido. Pero se sentía más fuerte y descansado. Si no le doliera tanto... Si no fuera por el dolor podría seguir adelante. Estaba seco; tenía los labios tumefactos, cuarteados. Le atormentaba la sed. Estaba deshidratado. Tenía que beber agua. Pero recordó algo así como que no hay que beber agua cuando se tiene una herida en el estómago. ¿Por qué? ¿Acaso se le iba a escapar el agua por los orificios? Pero si pudiera chupar alguna cosa, como por ejemplo un trapo mojado, ello paliaría su sed. No tenía necesidad de tragar ni una gota; sólo remojarse los labios.

—Cuando has cerrado los ojos parecías estar muerto. Me has engañado. Otra vez te creí muerto.

Era la voz de Sunny. Por fin la localizó. Estaba sentada en una silla recta de madera, con las piernas flexionadas sobre los travesaños, como si buscara refugio contra la creciente marea de sangre que había en el suelo. Vista desde aquel ángulo, Sunny ofrecía una imagen distorsionada; su cabeza lejana y la línea que mediaba entre su cintura y rodillas presentaban una longitud increíblemente grande. Tenía la espalda enhiesta, como si hubiera tomado la determinación de negar la existencia de cuanto había detrás de ella; especialmente la alejada pared con los horrendos despojos de Bobby: la sangre secándose ya en alargadas y ondulantes serpentinas verticales, las feas y viscosas salpicaduras dejadas por la carne y las vísceras, antes de caer rendidas por la acción de la gravedad, trocitos de piel, pelo... El cuerpo de Bobby estaba caído sobre el de Tully. Los dos yacían juntos, hacinados, igual que dos masas de carne sanguinolenta. Bobby tenía la cabeza oculta; no podía saberse si conservaba puesto el peluquín en su sitio. ¿Y Battler? Battler, seguramente, seguía vivo.

Como si hubiera adivinado estos pensamientos, Sunny dijo:

—Han muerto todos. Todos muertos.

—Le salía una voz sin inflexiones, desolada. Sunny se había vuelto vieja; su juventud se había esfumado en el transcurso de pocos minutos, de segundos.

Las intenciones de Mitchell dieron resultado. Tully había disparado contra Shannon y éste le respondió. Battler y Shannon habían disparado,

matándose mutuamente. Felicidades.

Se incorporó ligeramente sobre su codo. Exceptuando el dolor, hacerlo le resultaba más fácil de lo que se había imaginado. Buscó el rostro de Sunny. Estaba pálida, y sus ojos exentos de expresión; ni siquiera estaban aturridos; solamente vacíos. Fuera de sí. Acabados.

Mitchell preguntó:

—¿Qué hora es?

Ella no dio muestras de haberle oído. Mitchell trató de humedecerse los labios, rígidos y cuarteados, y añadió con voz lenta y clara.

—Te he preguntado qué hora es.

Sunny examinó su reloj de pulsera con detenimiento.

—Dos treinta.

Mitchell percibió el sonido de la radio. Seguía en el centro de la mesa, sobreviviendo a la catástrofe. Del aparato salía una melodía de jazz apagada y lánguida. Entonces dijo:

—¿Por qué no hablan del Banco?

Su voz sonaba extraña, como la voz de otro.

—He cambiado de emisora. —El blanco de los ojos de Sunny mostraba cierta perplejidad—. Qué voz tan rara tienes.

Mitchell lo comprendió en seguida. Había vuelto a las andadas, dejando que el aire de su voz saliera por la nariz. Ella repitió:

—Todos están muertos. Bastante muertos. Como dicen ellos, bastante muertos.

Mitchell notó algo raro en Shannon. En medio de la ruina de su cara tenía los ojos intactos, pero sesgados, en diferentes planos uno y otro; desviados de su línea.

—Lo siento por Tully —dijo—. Yo no lo maté.

—¿Quién?

Sunny estaba enloquecida, fuera de sí. Miró a Jappy, caído entre los macutos de campaña. Los recios poros de la lona habían absorbido parte de la sangre. ¿Le gustaría a Jappy saber que una parte tan vital suya se había fundido con el dinero? Dinero de sangre. Debía lavarse antes de usarlo. No importaba; había tanto que podía permitirse el lujo de tirar los billetes manchados. Sonrió.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

La voz de Sunny le llegaba desde muy lejos, y pensó que se había vuelto a desmayar. El olor de la cocina le producía náuseas.

Mitchell dijo:

—Aquí apesta. Abre la ventana. —Sunny asintió con la cabeza pero no dio un solo paso—. Abre la ventana, Sunny. Me estoy poniendo enfermo.

—Ábrela tú mismo.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Mitchell—. El aire está corrompido.

Perdió el hilo de sus ideas en un acceso de dolor. Cuando se hubo calmado un poco añadió:

—El dinero. Busquemos un médico para que me cure. No hay que preocuparse por lo que cueste. Puedo pagarle bien, ya sabes. Puedo pagar espléndidamente los servicios de un médico.

—Yo no me muevo de esta silla. No quiero mancharme los zapatos.

Sunny se había quedado otra vez ausente; sus ojos estaban vacíos. Pero él la necesitaba. Estaba seguro de que podía moverse y ponerse en pie. Su hemorragia parecía haber quedado reducida a un simple goteo. Pero no iba a poder manejar los macutos del dinero, ni conducir el coche. Sunny tenía que ayudarle.

—Escúchame, Sunny. Cada cosa a su tiempo. Primero levántate de esa silla...

—No pienso ponerme de pie y estropear mis zapatos.

—Te compraré unos nuevos. Una docena de pares, a treinta dólares el par.

—Yo los he estado pagando a cuarenta y cinco. Unos zapatos de treinta dólares es poco para mí, ya lo sabes.

Mitchell emitió un sonido seco sin palabras. Sus labios rígidos y cuarteados le impedían articular las palabras. Se detuvo, reuniendo todas sus fuerzas para hablar, y lo intentó de nuevo. Le dio resultado.

—Busca un trapo. Mójalo y me lo traes.

—¿Para qué?

—Estoy sediento. Hazlo. Luego nos marcharemos.

—Estás muerto. No puedes irte.

Pero bajó de la silla con una expresión de remilgado disgusto en la cara. Puso los pies en el suelo con sumo cuidado, y echó a andar de puntillas, como una bailarina, manteniendo el equilibrio hasta llegar al fregadero. Cogió una bayeta y la puso debajo del grifo. Seguidamente volvió con ella chorreando agua.

—Dámela.

Sunny, de pie junto a él, se quedó dudando. Continuaba de puntillas, tensos los músculos de sus piernas. Mitchell levantó la mano. Su guante blanco aparecía teñido de rojo. Ella, respirando con dificultad, soltó el trapo y volvió a su asiento. El trapo le cayó sobre los dedos. Se lo llevó a los labios y los empapó ligeramente de agua, sintiendo el contacto de su carne agrietada sobre las fibras de la tela. Luego introdujo en su boca el trapo y lo succionó hasta dejarlo seco, haciendo que un hilo de agua descendiera por su garganta.

—Sunny. ¿Sunny? —Esperó a que ella le mirase—. ¿Ves esas bolsas? Échales un vistazo.

Pero ella no podía o no quería molestarse en mirarlas. Mitchell continuó hablando:

—Están llenas de dinero. Un millón de dólares. La mitad es tuyo. Medio millón. Ya no tendrás que buscar más clientes en toda tu vida.

—Me gusta hacerlo.

Se quedó un instante callado, mientras succionaba el trapo húmedo.

—Sunny, ¿has estado alguna vez en el Brasil?

—¿Qué?

Sunny continuaba mirándole, pero sus ojos no enfocaban a ninguna parte. Él trató de poner más fuerza en sus palabras, para obligarla a volver en sí.

—Brasil. Sudamérica, el paraíso adónde van los delincuentes de primera fila, los bolsistas, los políticos. Allí no hay extradición. Tú y yo... y un millón de dólares.

—¿Tú y yo? Tú y yo ¿qué?

—Nos iremos juntos allí, quizá sigamos juntos...

—Bastardo, nunca me has mirado en serio, ni una sola vez desde que me viste.

—Quería hacerlo, pero Tully y tú... Por eso no lo hice.

—No me torees, que no soy una niña.

Volvió a chupar la tela mojada.

—Está bien. Pero tenemos que salir de aquí. Hemos robado un Banco, hemos matado a dos guardias...

—Vosotros habéis robado un Banco y matado a dos guardias.

Mitchell negó con la cabeza.

—Tú estás tan metida en esto como yo. Eres cómplice. Tú alquilaste la casa...

Los ojos de Sunny se movían erráticos, describiendo un arco indefinido.

Mitchell dijo, tajantemente:

—Escúchame, Sunny. Presta atención. Dentro de un instante voy a levantarme. Puedo hacerlo. Pero voy a necesitar tu ayuda. Echaremos los macutos por las escaleras del sótano abajo, luego las cargaremos en tu coche y me llevarás a un médico que conozco. Él me curará. Sé que siente un interés personal por mí, y no puede negarse.

—Te entregará a la Policía. Tienes heridas de bala. Es la ley, ya lo sabes.

—Cada cosa a su tiempo. Primero quiero que recobres la calma. Luego, cuando me ponga de pie...

Ella le miró.

—Me estás toreando otra vez.

—No. Debemos salir de aquí. Tienes que ayudarme.

Ella ladeó la cabeza y se puso a mirarle con curiosidad.

—Está bien. Te ayudaré.

Sunny se puso a tirar de él. Mitchell sintió que le quemaba la cintura. Flexionó las rodillas hacia los hombros, retorciéndose, igual que había visto hacer a los insectos y animales machacados. Por vez primera se preguntó si se estaría muriendo. Mordió con fuerzas la bayeta, y la traspasó, sintiendo que sus dientes se encontraban y rechinaban entre sí. Se dejó caer en el suelo, jadeante. Una oleada de dolor comenzó a apoderarse de él y lo cubrió por completo.

Cuando recuperó el conocimiento se sentía más descansado. El dolor había cedido bastante. ¿Cuánto tiempo llevaría desmayado? No más de un minuto. Al estirar las piernas le volvió inmediatamente el dolor. Todavía tenía el trapo entre los dientes. Lo apelotonó y volvió a morderlo. Se apoyó en un codo, sobre su propia sangre, y miró hacia Sunny que estaba sentada en la silla.

—Ayúdame a levantarme —dijo.

Ella negó con la cabeza.

—No quiero.

Se dirigió a ella en tono paciente:

—Sunny, yo sé lo que más conviene. Lo que nos conviene a los dos. Lo que quiero que hagas...

—No importa lo que quieras hacer. He telefoneado a la Policía.

Todavía en tono paciente, como si se dirigiera a un niño, dijo:

—Tú no has hecho eso, Sunny.

—Sí que lo he hecho, ¿sabes? —Curiosamente, parecía que ella trataba de hablar también en tono paciente—. Mientras estabas desmayado.

—Si sólo ha sido unos segundos.

—Unos diez minutos. La Comisaría se halla provisionalmente instalada en el Ayuntamiento. Llamé allí.

Mientras estaba pensando qué decir para convencerla de que no había llamado a la Policía, de que ni siquiera se había levantado de aquella silla, comprendió de repente que ella estaba diciendo la pura verdad.

—¿Por qué has hecho eso, Sunny?

—No sé por qué lo hice.

Y era cierto, ella ni siquiera sabía por qué lo había hecho. Durante una brevísima fracción de tiempo pensó en matarla. Pero su muerte, su vida, era irrelevante. Dijo con voz sosegada:

—Sunny, vete a la otra habitación.

Algo cálido y dulzón afluyó a su garganta. Volvió la cabeza tosiendo y echó sobre la bayeta un chorro de sangre clara. Antes de volverse otra vez hacia ella, se limpió los labios.

—Te he dicho que te fueras.

Ella no dijo nada pero su imagen empezó a oscilar y a emborronarse hasta que acabó desapareciendo. Cuando pudo verla claramente otra vez, al remitirle el dolor, se dio cuenta de que ya no estaba sentada en la silla. La localizó moviéndose hacia la puerta, cruzando ante los cuerpos de Battler, Tully y Bobby, sin mirarlos, tal vez sin tener conciencia de ellos, avanzando de puntillas, con mucha delicadeza, esquivando los pequeños lagos de sangre que cubrían el suelo. Al llegar a la puerta, a un terreno seco, se detuvo para inspeccionar sus zapatos.

Después de palpar a tientas el 38 de Shannon, lo empuñó. Apoyándose en el revólver a manera de palanca dio comienzo al proceso extremadamente lento y doloroso de girar sobre sí mismo hasta poner la cabeza mirando a la entrada de la cocina. Le llevó un buen rato. El dolor que experimentaba era muy agudo y le cortaba la respiración. Luego se sintió aliviado y creyó que había vuelto a desmayarse. Se dejó caer cautelosamente sobre el estómago, quedándose inmóvil unos instantes. La sangre fluía por su boca y se mezclaba con el trapo. Descansó un momento y luego flexionó el codo del brazo izquierdo, y lentamente fue adelantando el revólver hasta apoyar su pesado cañón en la horquilla interior del codo, sujetándolo fuertemente entre el bíceps y el antebrazo. Apuntó hacia la puerta, arrimó su mejilla a la empuñadura del arma y buscó la línea de tiro. Sunny se encontraba en el punto de mira.

—Te he dicho que te vayas —anunció.

Su voz era un susurro y seguramente ella no le había oído.

—Si haces eso te matarán —dijo Sunny. Le estaba mirando con aire especulativo—. Tú eres más guapo que Tully. ¿Lo sabías?

Asintió y dijo:

—Seré el hombre mejor parecido de todo el cementerio.

Sus ojos percibieron, distorsionada, la imagen de Sunny en el hueco de la puerta, y cuando se le aclaró la vista ya había desaparecido, aunque continuaba el eco de sus palabras finales. Mitchell lamentó su frase acerca del cementerio. Debiera haberle dicho a Sunny que su cara no había significado nunca nada para él, que no fue nunca *suya*, y que continuaba sin serlo. Katsouras jamás habría entendido esto. Katsouras estaba convencido de que le había proporcionado una cara, pero lo único que le había dado era

una máscara. Katsouras, al no entender esto, había fallado. Y él le había fallado a Katsouras. Medio mundo fallaba al otro medio, y por eso éste era un mundo apestoso.

Las sirenas se filtraron en su conciencia, en un gradual crescendo de rugidos que luego se trocaría en una desaceleración fragorosa de motores, y chirriar de neumáticos. Oyó golpes de portazos metálicos y griterío de voces.

Se sobrepuso al dolor tratando de suprimirlo mediante un ejercicio de su voluntad, y miró hacia la puerta. Éste era ahora su mundo, un arco rectangular y unos cuantos pies de linóleo desgastado en el suelo. A esto se había quedado reducido su mundo.

Se le cerraban los párpados, pese a los esfuerzos que hacía para mantenerlos abiertos. En el salón se produjo un fuerte rumor. Oyó recios pasos que se arrastraban. La voz de Sunny. Más susurros. Un total silencio que fue roto de golpe por la violencia de un grito, medio histérico, de rabia y temor.

—¡Tira el arma! ¡Tira tu maldita arma y sal con las manos en alto! ¡Tira el arma, hijo de perra, o te vuelo la maldita cabeza! ¡Tira el arma, bastardo...!

Abrazó firmemente el revólver dentro del pliegue interior del brazo izquierdo flexionado, pegó la mejilla a la fría suavidad del cañón y se quedó esperando.

Documentos **BLACK**

«Pulps», «Hardcovers» y «Paperbacks»

por JAVIER COMA

Entre los confusionismos que brotan y se desarrollan alrededor de la genuina novela negra destaca el referido a una hipotética especialización de los representantes de tal corriente literaria en primeras ediciones de carácter peyorativamente popular. Con alguna frecuencia se dice y se escribe que los más significativos escritores de novela negra se veían sujetos al marco editorial del libro de bolsillo, con tapas en rústica y a precio barato, y en consecuencia se llega a elucubrar que este fenómeno indicaba una marginación a la que aquellos novelistas quedaban empujados por el escaso reconocimiento de los círculos literarios a sus obras «de género».

No es así, aunque aficionados a la novela negra (e incluso comentaristas) participen de las mencionadas creencias. Parece que se eleve, alegremente, a generalizaciones algún caso concreto, como el de Jim Thompson, con tenaz dedicación al mercado del *paperback*, o libro de bolsillo en rústica con muy asequible precio de venta; y, en todo caso, se olvida que la explosión del *paperback* en cuanto a nutrirse de obras originales no tuvo lugar hasta el término de la década de los cuarenta, cuando la historia de la novela negra ya estaba muy avanzada. Puede ocurrir, asimismo, que se identifique esta corriente literaria con la multitud de escritores de tercera o cuarta fila que, bajo el influjo de las grandes figuras (a quienes se debe precisamente, y no a sus imitadores, la razón de ser del concepto de novela negra), alimentaron con numerosas obras de tema criminal sin excesivas ambiciones creativas las colecciones de bolsillo y se profesionalizaron en atender continuamente las demandas de los editores de *paperbacks*.

Los que incurren en los errores mencionados quizás hayan imaginado, ante la infinidad de ediciones en *paperback* de importantes autores de novela negra que las obras de éstos vieron originariamente la luz en libros de iguales formato y características, hipótesis de difícil cumplimiento en lo que respecta a escritores de los años treinta que publicaban su producción con anterioridad al auge americano de los *pockets*. Se dirá que en aquella época el lugar del futuro *paperback* o *pocket* estaba ocupado por los *pulps*, pero se olvidaría entonces que estos últimos, publicaciones periódicas a modo de revistas de narrativa, tenían un carácter muy diverso y convivieron, durante años y años, con los anteriores. En sentido estricto, también habría que diferenciar el concepto *paperback* del concepto *pocket*, sobre todo a tenor de sus respectivas evoluciones en los últimos tiempos: el primero, que en rigor sólo entrañaría la encuadernación en rústica, existe por oposición al sistema *hardcover*, o sea el correspondiente a la tapa dura; el segundo recibe su denominación a causa del formato de bolsillo y no por el común recurso a la tapa blanda. Ahora bien, el apogeo de la publicación directa de originales en libros de pequeño tamaño y rústica a lo largo del decenio de los cincuenta ha conducido a que se hable hoy de aquellas ediciones como de *paperbacks* y *pockets* indistintamente, y, más, de acuerdo con la generalización de este último vocablo a partir de los libros surgidos desde 1939 con la marca de colección y con el sello editorial de Pocket Books.

Conviene precisar que una cosa es, por lo que respecta a la novela negra, el mundo editorial europeo y otra el americano. Tradicionales motivos de mercado y consumo han determinado que, en nuestras latitudes, las obras del rumbo tratado aparecieran en rústica de modo habitual, y se acogieran paulatinamente (dejando aparte las imitaciones del formato *pulp*, con más amplias dimensiones) al módulo de bolsillo. Por el contrario, las novelas de Burnett, Cain, McCoy, Chandler, y otros primeras espadas de la corriente negra, surgieron en Estados Unidos como libros de tapa dura (con las excepciones que confirman la regla) y sólo después, mediante reediciones, accedieron al universo del volumen de bolsillo. No hace falta visitar Nueva York para observar que idéntico procedimiento preside hoy las ediciones de quienes han prolongado la (escuálida) supervivencia de la

novela negra: en las librerías españolas que importan tomos americanos resulta fácil descubrir sucesivamente la edición en tapa dura y la edición en tapa blanda, es decir, el *hardcover* y el *paperback*, de una misma obra de, por ejemplo, Elmore Leonard. Lo que sucede es que, debido a razones de comercialización y tiraje, han llegado aquí con manifiesta preferencia los volúmenes en rústica y de bolsillo, y así se ha contribuido a la imagen de una novela negra editorialmente marginada. No suscitan tal imagen los *pockets* referidos a escritores de prestigio literario con signo oficial porque nadie piensa en estos autores como faltos de reconocimiento, e instintivamente, y con acierto, se atribuye a los correspondientes volúmenes de bolsillo la condición de reediciones en busca del mercado mayoritario mediante bajos precios de venta.

Tal vez la errónea creencia en una novela negra con reclusión histórica en ediciones baratas provenga de la mitificación de los *pulps*, el ámbito donde nació esta corriente. Es sabido que un *pulp* del género de misterio, *Black Mask*, acogió durante los años veinte sucesivas tentativas de aportación de realismo en la contemplación de la actualidad criminal y que éstas hallaron en la producción de Dashiell Hammett una vía de creatividad literaria que el director de la revista desde 1926, Joseph Thompson Shaw, pretendió extender mediante los colaboradores que creía más dotados para ello. Floreció de este modo una escuela generadora de la novela negra, y obras extensas que representan las cimas de estos inicios aparecieron originariamente bajo los módulos de seriales, o de sucesivos relatos con íntima interconexión. Así ocurrió, de una u otra forma, con cuatro célebres novelas de Dashiell Hammett, que inmediatamente fueron publicadas, por otra editorial, en tomos con tapa dura. El mismo caso se dio con obras de Raoul Whitfield y Paul Cain, pronto accedidas a los dominios del *hardcover*.

Pero hay que decir que, con toda la trascendencia histórica de los *pulps* para el nacimiento de la novela negra, estas revistas con lomo y sensacionalistas portadas ni fueron, después del período hammettiano en *Black Mask*, el ámbito principal de publicación de la comentada corriente, ni proporcionaron a ésta un alto número de novelas extensas. Los *pulps* (cuyo nombre procedía del barato papel de pulpa empleado) acogieron, con

hegemónica preferencia, una narrativa de carácter criminal sin grandes aspiraciones literarias, más bien ceñida a la tradición del enigma y de la acción para lectores poco exigentes; y, dada su estructura de revistas periódicas, se decantaron mucho más a los relatos cortos que a los seriales y, por tanto, que a la novela larga. Cabe rastrear en los *pulps* múltiples narraciones de importantes autores de la corriente negra, pero ello se debe, sobre todo, a necesidades alimenticias o a primeros pasos de éstos, y no a que dichas publicaciones constituyeran su medio natural, ni siquiera *Black Mask* tras la citada fase de apogeo hammettiano. El ejemplo de Raymond Chandler resulta concluyente: aportó a *Black Mask* y *Dime Detective* numerosas narraciones entre 1933 y 1939, para publicar, en este último año, su primera novela larga en volumen *hardcover* y bajo los auspicios de la misma editorial, Knopf, que había presentado con idéntico formato las obras de Hammett previamente impresas, por entregas, en *Black Mask*.

Entretanto, la mejor novela negra se había abierto paso directamente en tomos de tapa dura y con total independencia de los *pulps* (e, insisto, el concepto de novela negra sólo existe en virtud de su nivel más alto, puesto que es la calidad literaria lo que la separa del macrogénero de narrativa criminal, comúnmente sujeto a producciones para el mero consumo y el simple entretenimiento). William Riley Bumett, James M. Cain, Horace McCoy, todos ellos vértices de la novela negra en la época de la Depresión, dieron los originales de sus primeras obras largas a editoriales que las pondrían a la venta con tapa dura. Y lo mismo sucedió en la década siguiente con las nuevas personalidades llegadas a la primera línea de esta corriente literaria.

Al finalizar el decenio de los cuarenta, los *paperbacks* sistema *pocket*, que habían obtenido creciente éxito mediante reediciones, comenzaron a implantar la táctica de publicar originales, y las compañías propietarias de las colecciones de bolsillo empezaron a reclutar para ello a autores de novela negra, tentados éstos, entre otros motivos, por los gigantescos tirajes de los pequeños formatos en rústica. De ahí que, por ejemplo, un David Goodis y un Jim Thompson, iniciados, con respecto a la novela larga, en el área del *hardcover*, se trasladaran al campo del *paperback*. Distintas razones, a menudo peculiares según los casos, determinarían colaboraciones

directas de importantes autores de novela negra para los editores de *paperbacks*, pero lo normal consistió siempre en que los mejores novelistas de tal trayectoria hayan considerado el universo del libro de bolsillo y en rústica como una segunda vía de difusión, complementaria a la, más prestigiosa, de la tapa dura.

Al fin de clarificar la incidencia de *pulps*, *hardcovers* y *paperbacks* en el eje histórico de la novela negra, resulta interesante comentar la presencia de estas fórmulas editoriales en la carrera de diez sobresalientes autores, sobradamente conocidos por los aficionados españoles.

Dashiell Hammett

Cosecha roja, *La maldición de los Dain* y *La llave de cristal* aparecieron en *Black Mask* según la estrategia de relatos acumulados, cuatro en cada caso, mientras que *El halcón maltés* fue publicada por dicha revista como un auténtico serial en cinco partes. Todas estas novelas disfrutaron seguidamente de ediciones unitarias en tapa dura gracias a Alfred A. Knopf, entre 1929 y 1931, y Hammett las reformó algo (especialmente las dos primeramente citadas) con este motivo.

William Riley Burnett

Sus novelas negras (o periféricas a ese rumbo) desde que debutó en 1929 con *El pequeño César* salieron en *hardcover*. La decimocuarta de ellas, *Big Stan* (y única de las mismas que firmó con seudónimo, John Monahan), estuvo destinada a la colección de *paperbacks* Gold Medal Books, de la editorial Fawcett, en 1953. Ocho años después, en 1961, Burnett confió las ediciones originales de *Juego sucio* y *Alrededor del reloj en Volari's* a otra editorial del ramo, Popular Library, y a Fawcett, respectivamente. Y de nuevo Fawcett (siempre a través del sello Gold Medal) se cuidó de difundir en primer término *El hombre frío*, novela con la que se ha estrenado la colección BLACK. Los otros dos títulos de Burnett contratados para BLACK, *Romelle* y *El último refugio*, aparecieron, por tanto, en *hardcover*, concretamente en el marco de la ya citada editorial neoyorquina Knopf.

Obsérvese que cuatro *paperbacks* entre una veintena de novelas negras o seminegras representan un parco porcentaje.

James M. Cain

Knopf editó también las obras de Cain desde *El cartero siempre llama dos veces* en 1934 hasta *Galatea* en 1953; luego la producción del novelista circuló, asimismo originariamente en tapa dura, por distintas editoriales. Hubo un momento en la carrera de Cain en que éste, de 1947 a 1951, entregó tres manuscritos a la editorial neoyorquina Avon para una primera difusión en *paperback*: correspondieron a las novelas *Sinful Woman*, *Jealous Woman* y *The Root of his Evil*, las cuales no encontraron tapa dura hasta 1980, cuando la Gregg Press, de Boston, las juntó en un solo tomo, *Hard Cain*. Sólo una quinta parte, pues, de la obra negra de Cain se estrenó en *paperback*, y no precisamente la que mejor define sus méritos literarios.

Horace McCoy

Asiduo colaborador de *pulps* (en especial, de *Black Mask*) desde 1927 hasta 1932, McCoy escribió luego cinco novelas negras. *¿Acaso no matan a los caballos?* (1935), *Luces de Hollywood* (1938) y *Di adiós al mañana* (1948) fueron editadas en *hardcover*. La obra de 1937 *Los sudarios no tienen bolsillos* fue rechazada en aquel tiempo por los editores americanos y, tras ser publicada en Londres, no resultó aceptada en América hasta que la New American Library la incluyó en la serie de *paperbacks* denominada Signet Books (1948). Finalmente, una historia escrita por McCoy para la venta a una productora cinematográfica, *This is Dynamite*, fue recuperada años después de la muerte del autor por Dell, que la publicó en *paperback* y bajo el nuevo título *Corruption City* (1959); está prevista su inclusión en BLACK. Como puede advertirse, el destino normal de las novelas de McCoy se revestía de tapa dura; sólo una obra «maldita» y otra póstuma se vieron privadas de este privilegio.

Raymond Chandler

Las siete novelas protagonizadas por el detective privado Philip Marlowe gozaron de tapa dura; Knopf imprimió las cuatro primeras, y Houghton Mifflin, de Boston, las tres restantes. Las dos últimas aparecieron en Gran Bretaña, merced al editor londinense Hamish Hamilton, con unos meses de adelanto a la edición americana. Parece pintoresco, desde el punto de vista actual, el escaso tiraje de las primeras ediciones chandlerianas, y más cuando, en los años cincuenta, no pocos *paperbacks* de autores de la corriente negra lograban centenares de miles de ejemplares. *La hermana pequeña* fue la novela chandleriana cuya primera edición alcanzó el mayor número de copias: doce mil quinientas, en junio de 1949. Y la cifra mínima, cinco mil, corresponde a *El sueño eterno*, en febrero de 1939.

William Irish (seudónimo de Cornell Woolrich)

Se sabe que Woolrich, al que se conocería preferentemente en nuestros lares por suseudónimo William Irish, empezó con la novela fuera de género (en tapa dura, por supuesto), ámbito en el que surgiría su primera obra negra, *Manhattan Love Song*, en 1932. Mediante *La novia vestía de negro* (1940) arrancó su definitiva especialización, ornamentada igualmente por la tapa dura. Tan sólo unas pocas, y quizá las menos valiosas, de las novelas de William Irish fueron editadas primeramente en *paperback*: *Savage Bride* (1950, por Fawcett en Gold Medal Books), *You'll Never See Me Again* (1951, por Dell, pero había visto la luz original en un *pulp* a finales de 1939, *Detective Story*), *Death Is My Dancing Partner* (1959, por Pyramid), y *The Doom Stone* (1960, por Avon, aunque se basaba en un serial, *The Eye of Doom*, difundido por la revista *Argosy* durante enero de 1939). Cuatro *paperbacks* frente a catorce *hardcovers*, sin incluir en el recuento las obras iniciales fuera de género.

David Goodis

Es éste un caso de renuncia expresa al universo de la tapa dura y de inmersión en el *paperback*. Tras colaborar prolíficamente para los *pulps* y publicar, en 1939, una primera novela en *hardcover*, Goodis llevó a cabo, de 1946 a 1950, cinco obras de carácter negro y editadas con esta misma fórmula. Pero a continuación entró en el reino del *paperback* y de la editorial Fawcett, a la que brindó toda su producción en adelante, exceptuando tres novelas para la Lion y la póstuma editada en nuestros lares como *La víctima*.

Ross Macdonald

Todas las novelas de la serie protagonizada por el investigador Lew Archer, más otras sin ese personaje y dos de las firmadas con el nombre auténtico del novelista (Kenneth Millar), fueron publicadas en tapa dura por Knopf, desde 1947 hasta 1976.

Jim Thompson

En relación al tema tratado, Jim Thompson se aproximó a Goodis: después de tres novelas en *hardcover* (entre 1942 y 1949), pasó al *paperback*, colaborando principalmente con Lion y New American Library, y secundariamente con Fawcett y Popular Library.

Donald E. Westlake

Como es fácil suponer, las novelas firmadas por Donald E. Westlake desde que debutó en 1960 han merecido los honores de la tapa dura (suministrada, sucesivamente, por los editores Random House, Simon and Schuster, M. Evans, Viking, Mysterious Press, etc.). Igual ha ocurrido con la serie protagonizada por el ex policía Mitch Tobin y firmada con el seudónimo Tucker Coe, bajo los cuidados de Random House. En cambio, la serie correspondiente al personaje del delincuente Parker y firmada con el seudónimo Richard Stark se desarrolló durante un tiempo (1962-1969) en

paperback, al inicio para Pocket Books y a partir de la novena novela para la colección Gold Medal de la Fawcett, pero con la subserie dedicada entretanto a un compañero de Parker, Grofield, en *hardcover* y a cargo de la editorial Macmillan; componían esta derivación *The Damsel* (1967), *The Dame* (1969) y *The Blackbird* (1969). Tras esta última obra, Westlake, conservando la firma Richard Stark, entregó cuatro novelas más de Parker a Random, y una de Grofield a la editorial World, de Cleveland, en todos los casos para la edición en tapa dura. Síntesis: los *paperbacks* originales de Westlake no llegan a la quinta parte de su producción.

La elección de los anteriores diez novelistas para clarificar la repercusión de los formatos de edición en la novela negra brinda un panorama variado y representativo donde se puede percibir la trascendencia de los *pulps* durante los últimos años veinte y primeros años treinta, la hegemonía permanente del *hardcover*, y el auge de los *paperbacks* en la década de los cincuenta, fenómenos todos ellos referidos, por supuesto, a la corriente literaria tratada y, en especial, a su primera línea de desarrollo histórico y estético.

Si se quisiera extender el análisis a un campo más vasto, los ejemplos pertinentes redundarían en significaciones análogas. Así, tránsitos similares a los de las novelas de Hammett en lo que respecta al itinerario del *pulp* al *hardcover* brillan con referencia a otros dos famosos colaboradores de *Black Mask*. Raoul Whitfield y Paul Cain (seudónimo de George Sims), cuyas obras largas fueron editadas en tapa dura por Knopf y Doubleday, respectivamente, tras nacer por entregas en aquella revista. La vehiculación del *hardcover* como soporte básico de la novela negra en su período clásico está también demostrada por autores que se agregan o siguen, en notoriedad e importancia, a los antes tratados específicamente; basta citar los nombres (con el de cada principal editor en tapa dura entre paréntesis) de Patricia Highsmith (Harper, Doubleday, Knopf, etc.), William P. McGivern (Dodd Mead), Kenneth Fearing (Harcourt Brace), Dorothy B. Hughes (Duell, no confundir con Dell), Fredric Brown (Dutton), Robert Finnegan (Simon and Schuster), Stanley Ellin (Random House), Mickey Spillane (Dutton), Jonathan Latimer (Doubleday)... Por supuesto, alguno de estos autores dio

asimismo uno o más manuscritos a los editores de *paperbacks*, pero, como en la rotunda mayoría de los diez casos previamente comentados, sin que ello fuera más allá de una derivación secundaria de sus hábitos profesionales.

Con Goodis y Thompson ha quedado ilustrada la dedicación de diversos autores de novela negra a facilitar sus originales a las editoriales de libros de bolsillo y en rústica durante los años cincuenta (y aun en los tiempos posteriores). Bajando un tanto el listón de calidad, hallamos casos de autores muy interesantes que se asomaron simultáneamente a la novela y a los *paperbacks* cuando arrancaba la década de los cincuenta y que permanecieron largo tiempo en el ámbito del libro en rústica: John D. MacDonald, Charles Williams, Harry Whittington, Lionel White. Ahora bien, Williams y White empezaron, al cabo de un tiempo, a alternar *paperbacks* y *hardcovers*, y MacDonald quedó instalado, desde 1973, en esta segunda área. Tampoco hay que olvidar las presencias en los *paperbacks* de Evan Hunter, alias Ed McBain (entre otros seudónimos), quien se asentaría paulatinamente en la esfera de la tapa dura. La historia señala un período de cierta relevancia de novelas negras escritas directamente para los *paperbacks*, al igual que subraya, en tiempos anteriores, una época de trascendencia de los *pulps*. Pero el *hardcover* fue siempre la categoría dominante y, después del apogeo de las ediciones originales en rústica, recobró su abrumadora preponderancia.

Prueba constante de la contemporánea supremacía del *hardcover*, no ya sólo en lo que podemos catalogar aún como secuelas de la novela negra clásica sino también en cuanto queda abarcado por el macrogénero de la narrativa criminal en Estados Unidos, se halla en cada número de la revista trimestral *The Armchair Detective*. Esta publicación integra una sección que ofrece la lista de los libros editados de *mystery, detective and suspense fiction*, diferenciando entre *hardcovers* y *paperbacks*. Pues bien, en el número correspondiente al primer trimestre de 1990, figuraban 88 volúmenes en tapa dura, y sólo 39 en rústica; y en el del segundo trimestre de este mismo año, 98 *hardcovers* y únicamente 12 *paperbacks*. Téngase en cuenta que los *paperbacks* acostumbran, desde luego, a incluir más reediciones que los *hardcovers*, por motivos obvios, y se tendrá la

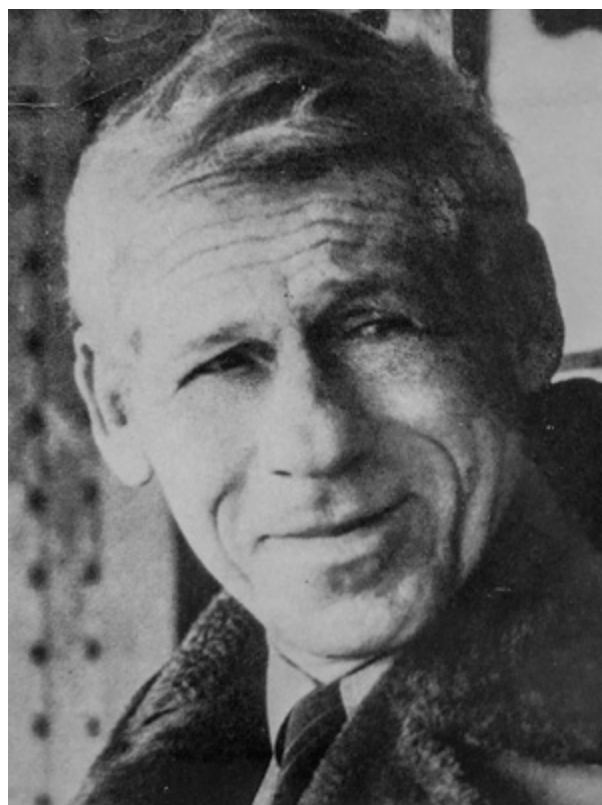
demostración final de que en Estados Unidos, un ámbito editorial muy distinto al nuestro, tapa dura y novela criminal están manifiestamente unidas. Lo cual constituye la última fase de una relación que empezó muy poco después de que naciera la novela negra en las páginas de un *pulp* llamado *Black Mask*...

OceanofPDF.com

LA GENUINA NOVELA NEGRA **BLACK**

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *El hombre frío* (William R. Burnett)
2. *Fuego en la carne* (David Goodis)
3. *La mujer del pelirrojo* (Bill Ballinger)
4. *Son ladrones como nosotros* (Edward Anderson)
5. *La educación de Patrick Silver* (Jerome Charyn)
6. *La viva imagen* (Fredric Brown)
7. *La viña de Salomón* (Jonathan Latimer)
8. *Ligeramente escarlata* (James M. Cain)
9. *Romelle* (William R. Burnett)
10. *Johnny el guapo* (John Godey)
11. *El asesinato como diversión* (Fredric Brown)
12. *La calle de los perdidos* (David Goodis)
13. *Telaraña para matar* (Harry Whittington)
14. *Atraco perfecto* (Lionel White)
15. *En bruto* (Jim Thompson)
16. *El gorrión caído* (Dorothy B. Hughes)
17. *El último refugio* (William R. Burnett)
18. *Noche salvaje* (Jim Thompson)
19. *Plenilunio sangriento* (Fredric Brown)
20. *Persecución en la noche* (Dorothy B. Hughes)
21. *El odiado* (Don Tracy)
22. *El hijo de la ira* (Jim Thompson)
23. *El abrazo de la muerte* (Don Tracy)



JOHN GODEY, seudónimo de MORTON FREEDGOOD (Brooklyn, 1913 - Nueva Jersey, 2006), empezó escribiendo cuentos en *Cosmopolitan*, *Collier's* o *Esquire* mientras trabajaba en la industria del cine —como relaciones públicas de varios estudios— y escribió otros libros. Publicó otras novelas —incluso una como Freedgood, *The Wall-to-Wall Trap*, en 1957—, pero una de ellas, *Pelham Uno Dos Tres* (1973) provocó una revisión del sistema de seguridad de la red metropolitana de Nueva York y ha sido llevada al cine tres veces.

OceanofPDF.com

Notas

[1] Jappy: japonais. <<

OceanofPDF.com